

111

UAN

TÓNOMA DE NUEV

CIÓN GENERAL DE BIBLIOTEC

PIETIGRILLI

LA VIRGEN

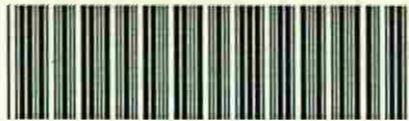
DE

18 QUILLATES

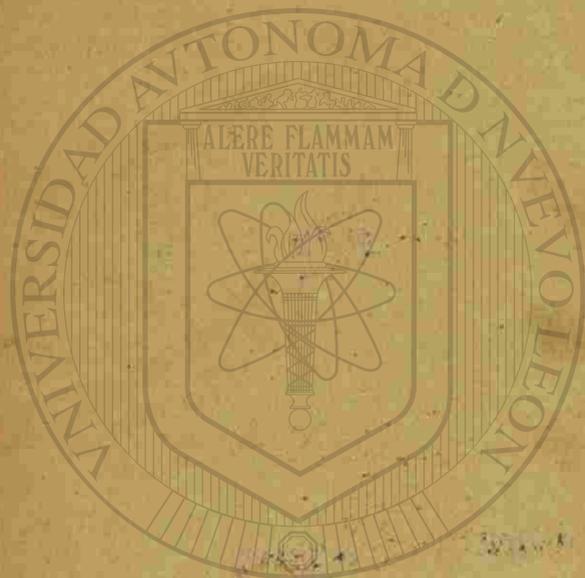
PQ4841

.E4

V57



1020027151

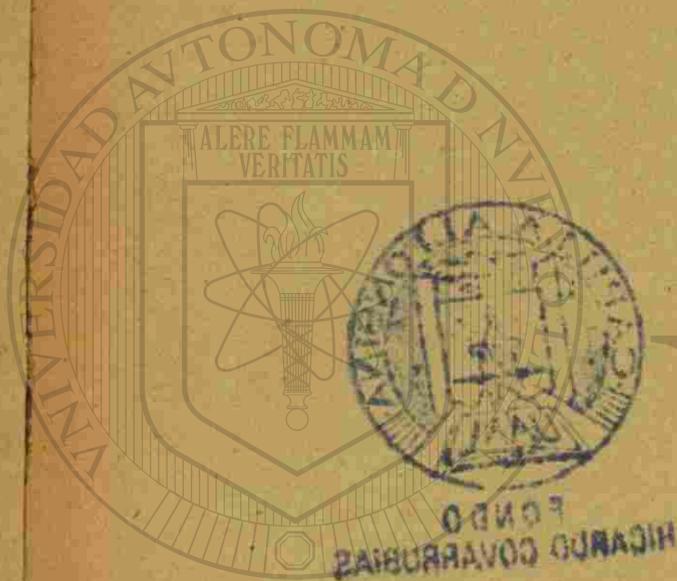


FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





LA VIRGEN  
DE 18 QUILATES

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. 101  
Núm. Autor 5455  
Núm. Adq. 31083  
Procedencia -8-  
Precio CAS  
Fecha 29  
Clasificó 29  
Catalogó 29

COLECCION IDEAL

Se publicarán en esta «Colección Ideal» novelas de autores modernos, nacionales y extranjeros, de alto valor literario; obras escrupulosamente seleccionadas y que comprenderán todos los géneros en boga, desde el idealista más puro al que sólo rinde pavés a la realidad hiriente y descarnada.

Las traducciones de las obras extranjeras que aparezcan en esta Colección, estarán cuidadosa y concienzudamente hechas y revisadas; cuantas producciones novelísticas del extranjero hayan logrado un éxito relevante y notorio formarán parte de esta Colección.

El \* colocado antes del título de las obras anunciadas, indicará que éstas pueden colocarse en todas las manos.

Títulos de las obras publicadas

BRUNO CORRA: EL TORO (Novela de amor y de aventuras de la época de los Borja).

» » BEBEDORES DE SANGRE

ALFONSO DAUDET: SAFO.

VIRGINIA GIL DE HERMOSO: \* INCURABLES...!

ALEJANDRO LARRUBIERA: CAMINO DEL PECADO.

MARIO MARIANI: POBRE CRISTO.

MARCELO PREVOST (de la Academia Francesa)

LA NOCHE ACABARA (2' tomos).

PITIGRILLI: MAMIFEROS DE LUJO.

» COCAINA

» EL CINTURON DE CASTIDAD

» ULTRAJE AL PUDOR

CONSTANTINO SUAREZ:

DOÑA CAPRICHOS. (Novela de amorios)

H. J. WELLS: \* UNA UTOPIA MODERNA

» » \* EL HOMBRE INVISIBLE

» » \* LA VISITA MARAVILLOSA

» » \* LOS PRIMEROS HOMBRES  
EN LA LUNA.

» » \* LA GUERRA EN LOS MUN-  
DOS

COLECCION IDEAL

PITIGRILLI

La virgen de 18 quilates

RICARDO GOVARRIAS  
(NOVELA)

Versión española de

Emilio Gómez de Miguel

CAPILLA ALFONSO



EDITORIAL B. BAUZÁ  
ARIBAU, 175 a 179  
BARCELONA

100095

31083

853

P.

PQ4841

E4

V57



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

ES PROPIEDAD

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
ALFONSO REYES  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Talleres Gráficos B. BAUZA.—Aribau, 175 a 179.—Barcelona.

En todos mis libros, desde junio de 1920 en adelante, ha venido anunciada "La virgen de 18 quilates".—Dos años después del primer anuncio, me fué robado dicho título, no sé si por unos pelicularos de América o unos cinematografistas de por acá, que cambiaton el 18 por 19, pero dejaron intacto el resto, titulando por su cuenta lo mismo que este libro unos centenares de metros de su celuloide. Hago esta advertencia, para que se distinga, entre los señores de la manivela y el autor, quién es el ladrón y quién es el robado.

Nota del Autor.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS  
ALFONSO REYES





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



# 1

—Nuestro amor durará un año.

—¿Tanto?

—Un año, calculando el sufrimiento.

Y los amantes pasaron del silencio absoluto de su cuarto al estruendo del comedor, en donde ya el dueño de la casa, grave y prosopopéyico, les salía al encuentro con la más vana de sus sonrisas, retirándoles las sillas, y ofreciéndoles la carta de los vinos.

La entrada de la actriz produjo un movimiento general vibratorio, un ligero murmullo de curiosidad.

La noche anterior, después de la última función de la temporada y de varias horas de automóvil, habíase unido a aquel amigo, para reposar con él un mes en aquel paraje de la alta montaña, donde el cólchico de otoño apunta ya en Junio, y en aquel hotel un tanto rústico, decorado suntuosamente por tres incomparables artistas: el salitre, el almizcle y los líquenes. ®

Se sentó sin mirar en torno suyo, como quien siente náuseas de los alimentos y de las personas. El amigo, en cambio, dibujó una reverencia general y semicircular, a la que respondieron aquí y allá, de las distintas mesitas llenas de rosas y de orquídeas silvestres.

—¿Ya tienes alguna aventura?—preguntó ella, sirviéndose puré con displicencia.—¿Quién es aquella señora sola, que está leyendo?

—Una egipcia.

—¿Auténtica?

—Como un cocodrilo.

—¿Con ese pelo del color de la mostaza?

—Precisamente por eso. Si fuera una imitación, tendría el trastorno de barnizárselo de negro, para la mayor semejanza.

—¿Y qué hace?

—No sé si estudia o dibuja; ni si se divierte ella o divierte a los demás.

—¿Quién es su amante?

—El más indicado parece aquel señor de la cabeza redonda y colorada como un queso de Holanda; se le ve inflado a cuarenta atmósferas porque posee ricas minas en Suiza, y fabrica un derivado del alquitrán, el nitrobenzoato, que impregna sus ropas de un insoportable olor a almendras amargas; para no sentir ese olor, su mujer viene a veranear a esta misma montaña, pero en la vertiente opuesta.

—¿Y esas tres señoritas, vestidas lo mismo, con siete filas de botones de madreperla, alineadas como teclas de piano?

—Tres hermanas indesflorables: las he conocido este invierno pasado en el Patronato para la rehabilitación de niños antropófagos, y en no sé qué otro lupanar de beneficencia; están más cerca de la menopausia que de la pubertad, y tienen una especie de padre ridículo, que lleva constantemente en la cabeza sombrero duro, para resguardarse de los rayos ultravioleta, y tomar parte en los juegos de sociedad en los que siempre le toca cumplir la penitencia, que consiste en dar tres vueltas sobre un solo pie alrededor de una mesa, o hacerle una grosería a un caballero pacíficamente engolfado en su periódico. ¡Oh! son muy espirituales. Entre todos los cuadros de piedad que observé durante mis bre-

ves paseos por el mundo, uno sólo me causó alegría: ver envejecer a las vírgenes, deteriorarse, destruirse, en la inútil espera de un marido hipotético, como le sucede al avaro, cargado de valores de bolsa, que ve que un día su dinero ya no valdrá nada.

La mujer de teatro se dignó sonreír.

—A mí, por el contrario, me dan lástima—confesó melancólicamente,—aunque yo me pregunto si son más dignas de pena las viejas solteronas, que por atrapar un marido no se han entregado a nadie, o aquellas otras que, por entregarse a todo el mundo, no han tenido tiempo de asegurarse un marido.

Sketch no respondió. Sketch poseía un nombre y dos apellidos; pero como todos los amantes tenía uno especial, de alcoba: Sketch.

La gran actriz, que había llegado muy joven a la celebridad, la mujer que conocía los perfumes de las flores de todos los invernaderos del mundo, porque sobre todos sus meridianos y todos sus paralelos había celebrado, ante muchedumbres magnetizadas, los misterios de su arte, la bella actriz trágica, protagonista de historias y leyendas, con fama de amores lesbianos, acusada de pasiones reales y de espionaje en tiempo de guerra, la hembra que había probado todas las emociones, guardaba un solo deseo, tenía un único suspiro: la casa; una vieja casa de campo, con una gran chimenea, junto a la cual el abuelo, deliciosamente conservador, contase sus extraordinarias aventuras de mar y tierra.

—Todos somos desdichados—observaba en las horas de tedio,—porque todos ambicionamos siempre algo distinto de lo que poseemos. Son felices, quizás, los hombres pequeños, de escasos ideales y de vuelos bajos, que el domingo se van de paseo con su bastón, con la pluma estilográfica bien sujeta al borde del bolsillo, y con su prolífica esposa colgada del brazo. Yo, mujer envidiada, me siento la menos envidiable de todas las mujeres.

—Aquí no hay ya más personas interesantes—re-

sumió Sketch, cerrando el triste paréntesis y pasando revista a los demás comensales.—Nuevos ricos, que se sientan a la mesa de través, que se limpian los labios con el dorso de la mano, que mordiquestean furiosos los mondadientes, proclamando en alta voz que la mejor agua mineral es el vino.

—¿Y aquel jovencito?

—Un señor muy a la moda, un verdadero *dandy*. Tiene una pequeña dificultad en el hablar, y es que le sería muy conveniente lubricarse el centro de Broca; ese pequeño defecto le obliga a decir menos estupideces que las que él quisiera.

—Está devorando con los ojos a su vecina, la señorita sola.

—No le será difícil devorarla también con lo demás; es una ramerilla recientísima; una queridita, a quien le falta la pátina del tiempo.

—¿Quién la mantiene?

—Cada noche se hace echar las cartas, para saber si al día siguiente ha de recibir un giro. Su negocio no está consolidado aún del todo; pero ella posee el sentido de la publicidad: distribuye gratuitamente numerosísimos besos-reclamo.

—¿Has cogido alguno de ellos?

—Hasta ahora, he recogido solamente sus sonrisas-recuerdo. Aquella otra de allá, que hace ejercicios estilográficos en seco con la cucharilla, es una virgen, pero una virgen verdad, la virgen *standard* (1): la virgen de 18 quilates.

—¿La conoces?

—No.

La gran actriz comprendió que aquel «no» tan rotundo era una afirmación encubierta.

El camarero servíales un potaje caldoso, como una novela psicológica, cuando una gárrula voz protestó:

—¡Esto no es un potaje: es una bebida!

(1) Modelo.

La actriz miró disimuladamente a la que acababa de hablar, y dijo luego a Sketch:

—¡Es bastante necia tu virgen!

—¿Mía? ¿Una virgen? No tengo temperamento de iniciador.

Sketch no se daba apenas cuenta de que la insignificante muchacha existiera, y ya su amiga, por su milagrosa intuición de mujer, había descubierto que entre los dos circulaban oscuras y recíprocas corrientes.

—¿Y está aquí sola?

—Sí. Un día vino a verla su padre, hermoso ejemplar humano, rubio como ella, de unos cincuenta años: el tipo del polígamo voluntarioso, enérgico, expeditivo: uno de esos hombres que producen la impresión de que va a vérselos pronto en el Senado o en la Corte de Asís, y que han pegado sobre sus equipajes los rótulos de los mejores hoteles del mundo, y los sellos de cuarenta aduanas... Y otro día recibió la visita de una mujer buena y panzuda como un azucarero, pero que se apresuró a alejarse en el primer tren.

—¿Y por qué la dejan sola?

—Eso se llama educación inglesa. En cuanto la ves, te parece una niña en la edad ingrata, una «catorce» insulsa.

—O sea, lo que los alemanes llaman *Backfisch*.

—Exactamente.

—Y los americanos «pollo tierno», *spring chicken*. Sólo que esa tiene veinte años y no es tonta: no baila y, por lo tanto, no levanta polvo; y tiene el gran mérito de no tocar el violín, ni el piano, ni ningún otro instrumento de tortura.

—En una palabra, que te gusta.

—Tiene una preciosa boca. Parece un sello de lacre.

—Sobre una redomita de bacilos. Tú sientes debilidad por esos cadáveres con permiso, por esos can-

didatos al sanatorio. Para que te guste una mujer ha de tener descarnadas las clavículas.

—La belleza clásica no me satisface. El gran defecto del clasicismo es la salud. Si las innumerables Junos hubieran padecido gástricas y las Venus nefritis, algunas estatuas y algunos lienzos fueran hoy soportables todavía.

—Pero tu virgen no es precisamente una belleza de museo.

—Es bella como todas las muchachas de su edad.

—Eso quiere decir que yo soy vieja.

—No me atribuyas palabras que no digo, ni pensamientos que no cruzan por mi mente.

—Lo piensas y lo dices.

—Fantasías tuyas.

—¡Insúltame encima!

—No levantes la voz. Te están observando.

—Me tiene sin cuidado.

—Y así debe ser: pero cuando se vive en estas pequeñas aglomeraciones...

—Me cisco en las aglomeraciones pequeñas y en las grandes.

—¡Domina tus nervios!

—¡Quien domina sus nervios es que no los tiene. Y en cuanto a esa señorita, no vaya a darte la ocurrencia de presentármela. Debe de ser una de esas provincianas que pierden el tren y se dejan robar el bolso en el tranvía.

El pollo oponía una seria resistencia al cuchillo de Sketch, el cual se apoyaba sobre él con toda su fuerza para descuartizarle los huesos del pelvis y para ocultar además el rostro rojo de cólera. Y como la actriz seguía mortificándole con sus lamentaciones, le suplicó:

—No hagas escenas en público. Si has de abrir un sumario, vayámonos de aquí.

—Eso es lo que deseo.

Y salieron.

La señora egipcia les dirigió una mirada lánguida,

mientras cortaba una hoja del libro con el dorso del cuchillo, para formar esas rebarbas que contraseñan los libros leídos con demasiada avidez o con demasiado fastidio.

—«Bacarrá», ¿a dónde vas?—gritó la semi-rubia ramerilla, no trabajada todavía por el tiempo, para detener a su perro que se iba tras Sketch. Y el can, cabizbajo, jesuítico y largo, volvió arrepentido a su dueña, con aquel andar suyo desvaído y blando de anguila.

—Está bien conservada—dijo el joven *dandy*, cuando la actriz hubo traspuesto el umbral.—Y ha debido de ser hermosa.

—Sí, bajo el reinado de Carlos Alberto,—rebató la ramerilla, inclinándose a atar al indisciplinado «Bacarrá».

Un nuevo rico exclamó:

—No me es desconocida esa cara.

—¡Quizás! La usa desde hace cincuenta años.

—Pues no lo demuestra.

—*Elle a du chien*—sentenció la egipcia.—*Elle a du cran* (1).

El fabricante de nitrobenzoatos alargó una mirada oblicua al joven *dandy*, y al cruzarse las miradas, comentó, con sorna:

—Usted quería música durante el almuerzo; pero hemos tenido algo mejor: teatro.

—Sí: *grand-guignol*. ¡Qué mal carácter tienen los dos!

—¡No lo crea usted!—corrigió el patricio químico, gran frequentador de proscenios.—Yo los conozco. Cada uno de por sí tiene un carácter dulce, pero cuando se juntan explotan. Son como la esencia de trementina, sustancia inofensiva y la tintura de iodo, sustancia inerte en absoluto; pero se las mezcla... y ¡catástrofe!

—Hay parejas de amantes—suspiró con fúnebre

(1) Tiene ángel aún, pero empieza a chochear.

sonrisa la egipcia trascendental, diafragmando sus grandes ojos de almendra—que sienten la exquisita necesidad de hacerse daño. Es una necesidad de martirio.

Puso el codo sobre la mesa, y enderezando el antebrazo, dobló la mano en ángulo recto, y con el dorso se acarició la sien, alisándose el cabello con las piedras de sus anillos.

La virgen de 18 quilates se marchó fuera, a reirse. La marquesa (*má tío el arzobispo... má cuñado el almirante... el marqués má marido*) ordenó en un francés aproximado a la impertérrita ama (saboyana, se entiende) que se llevara al marquesito de catorce meses, el cual, aunque ya destinado a la carrera de las armas, no estaba bien todavía que oyese semejantes discursos.

—*C'est abominable, madame la marquise!* (1)—gruñó el ama, llevándose en vilo al marquesito de catorce meses, colorado y rollizo como un gorrinillo del condado de York.

Las tres señoritas indesflorables, aquellas señoritas que habían contado once estrellas once noches seguidas, continuaron sin distraerse su casta conversación sobre la frescura comparada de las fuentes y sobre los setos cargados de frambuesas, las ricas frambuesas de que era tan glotón el tío Bautista, ¡Cómo se hubiese divertido el tío Bautista de haber estado allí!

\*  
\* \*

Algún tiempo antes, durante uno de sus paseos de vagabundo, sin razón ni objeto, por las calles de una gran ciudad, había entrado indolentemente en cierta perfumería.

(1) La señora marquesa es aborrecible.

—Desearía un frasquito de esencia.

—¿Para caballero o para señora?

—Para ambos sexos.

Y había cogido la batuta del diálogo, entre el dependiente reverencioso y una señora desconfiada y flemática.

—¿Cuánto cuesta?

—Señora, cuesta trescientas liras, porque es usted.

—¿Y si no fuera yo?

—Doble.

—Pues preferiría pagar doble y no ser yo.

El entonces se aproximó a la hermosa cliente.

—Oiga, señora: un hombre que no baila, ni frecuenta la buena sociedad, ni sigue a las señoras, ni las para en la calle, ni se pone a preguntar a las porteras, ni seduce a las camareras del hotel... ¿cómo debe arreglárselas para conocer a una mujer que le interesa?

—Muy sencillo—respondió la señora, observándole con sus grandes ojos grises, de reflejos amarillentos.—Puede hacer lo mismo que ella.

—Pues bien: yo soy Mauro Mauri, de veintiocho años, buena posición, sin residencia fija, con una pequeña condena condicional por ultraje a un ferroviario, y con reacción Wasserman negativa. Si el modisto, los autores, los admiradores, las funciones y los ensayos le dejan media hora libre, dedíquemela. Quiero hacerle la más respetuosa de mis visitas. No llevo ninguna mala intención.

—Pues si no trae mala intención ninguna, no es interesante. Pero venga usted esta misma noche.

A la mañana siguiente, echándosele al cuello con todo el ímpetu mórbido de su cuerpo desnudo, le hablaba así:

—Tú, chiquito mío, no debes ser para mí una tragedia. Ni mucho menos una comedia frívola. Y de ninguna manera una comedia pesada y larga. Tú serás para mí un acto breve, un poco sentimental y un poco alegre, lo que se llama un *sketch*.

Y él le quedó muy agradecido llamándose así:  
—¡Sketch!

\*  
\* \*

La existencia tranquila y vana de Mauro Mauri entraba así en una fase imprevista. Viajó él también con la compañía dramática de su amante, de ciudad en ciudad; vivió la vida ficticia y milagrosamente intensa del tablado: aprendió una jerga del lenguaje patrio, se asimiló supersticiones, se metió entre chismes y cuentos, participó en las disputas de camerino, supo cómo se imita el estruendo del huracán, cómo se acortan las narices y cómo se borran los años. Experimentó la emoción de la partida apresurada, al terminar una comedia que ha de repetirse, a la noche siguiente, ochocientos kilómetros más allá; gozó y padeció la alegría un poco ridícula de ser el amante de la primera actriz, ese individuo que no sale del cuarto cuando la dama se viste, que le lleva el perro de paseo, que le juzga y destina las comedias de los noveles, que da información a la prensa y pases de favor a los importunos. El amante de una mujer célebre ofrece el aspecto del guardián de un museo, retratado al pie de un monstruo prehistórico, para que del contraste pueda calcularse la voluminosa estatura del coloso. El amigo de la primera actriz es una especie de príncipe consorte, a quien los de la compañía preguntan con silenciosa malicia y con recriminación socarrona, cuando la dama, más nerviosa que de costumbre, revela un algo de insatisfecha y de insaciada en su condensada feminidad.

Vió cómo las mujeres catastróficas, presuntas volatilizadoras de millones, saben ser tiernas, saben ser niñas, saben ser mujeres, cuando artojan su mutable máscara porque la encuentran pesada e inoportuna. Sufrió el irónico e inexpresivo juicio de la

opinión pública, a la que le disgustaba que él fuese el elegido de la gran actriz, del idolo de los públicos.

—No te preocupes de la opinión pública—le había advertido ella.—Si te ven con una mujer elegante, eres un explotador de mujeres; con tu mujer, un cornudo; con un amigo, un invertido; si vas solo, un onanista. No hay más que un medio para defenderse de la opinión pública: sufrirla.

La actriz se había abandonado a él con su alma poliédrica, envolviéndolo en sus pasiones de vampiresa, absorbiéndolo con su deseo tentacular, con la sagaz experiencia de su múltiple vida, compuesta de innumerables existencias de falsos personajes que animaba, mataba y resucitaba cada noche en escena. Sketch aprendió que esas mujeres proteiformes, bellas y espinosas, que siembran síntesis de infamia y de esplendor, son capaces de grandes impetuosidades, pero saben también, a veces, inocular la desesperación con la frialdad del loco incendiario, que prende fuego a un henar y se va luego silbando.

Hasta entonces sus amores habíanse reducido a esas mujercitas que salen de la casa de uno sin calma y sin prisa, prometiendo que quizás volverán, y no dejan de sí mismas en casa más que algún cabello enredado en el peine y una huella de polvos en la ropa.

Había desfogado su juventud entre albergues y mansiones amueblados con una pátina de sombra, esos albergues desolados y mortificantes, con olores de ajo, con jabones vulgares y medicamentos sospechosos, donde nos sentimos solos como en un sepulcro, aunque lleguen a nosotros de la habitación inmediata el tintineo de las espuelas de un ordenanza que resopla, o el estribillo de una cancioneta gargarizada; aunque cada uno de los huéspedes que por allí pasaron sobreviva en algo, entre aquellas paredes equívocas, consteladas de clavos escuálidos, de los que cuelgan alternativamente irrigadores y crucifijos.

El amor a la actriz ilustre había sido la revelación desconcertante de un horizonte fantástico, el paso de una juventud estéril a una madurez entre comedias modernas, histriones genialoides y cortesanas intelectuales, que ponían a hervir el agua antifecundativa de su *bidet* en el Fuego Sagrado del Arte. Viviendo en la sublimización de lo absurdo, en la exasperación de lo irreal, hubiese él querido hacer todavía más vagabunda su vida de errante, para multiplicar el espacio, y abreviar las noches con la prolongación de la tarde hasta el alba, en las lívidas luces eléctricas que dejan exangües las mejillas y desfiguran los rostros. El perfume de la femineidad, de la infidelidad, del adulterio, que revolotea en los camerinos de los teatros, exacerbaba su sensualidad cerebral, y todo el artificio escénico le daba la lubricidad de lo falso, la embriaguez envenenadora que deforma las concesiones del mundo, como en las parabólicas visiones de los calenturientos.

La gran actriz había descentrado sus gustos, sus emociones, sus sentimientos, infligiéndoles con sabia perfidia el martirio de la negativa, inoculándoles con insospechada habilidad la tortura del engaño.

¡Cuántas veces, después de la función, despedido por ella con un inapelable «hasta mañana en el ensayo», él pasó y volvió a pasar, trenzando sus nervios, bajo la ventana de la amante, coloreada por una tibia luz que proyectaba sobre las cortinas anónimas sombras agitándose hasta muy tarde! ¡Y cuántas veces, al entrar de madrugada en la habitación de la gran actriz, percibió el olor de tabaco muy diferente al que fumaba él!

—Hoy no como contigo—le anunciaba imperturbable.

Y cierto día en que él quiso dibujar una débil oposición, ella le puso ante los ojos una cuenta del modisto, diciéndole:

—Ochenta y seis mil liras. ¿Las pagas tú?

Después de uno de estos episodios, él desapareció en un tren cualquiera, el primer tren que partía. Pero a la noche siguiente volvió a comparecer en la platea, a aplaudir con entusiasmo de niño, y a coger de nuevo la cadena de las crisis y de los abandonos, de los retornos y de las amenazas, de las locas recaídas, de los implacables deseos, de los celos sangrientos.

La bella amante le envenenaba con lo ilógico de su amor, con la intermitente aberración de sus ternuras, con la fría maldad de sus nervios llenos de corriente de alta tensión. Hoy lo rechazaba sin piedad después de haberle llamado hacia sí con las palabras más serenas de la más dulce amante; mañana lo destrozaba con el describir detalladísimo de su traición, y cuando veía que en sus pupilas se enturbiaba la luz, como en una sombra de naciente locura, le decía con dulzona perfidia:

—¡Chiquillo! si no te he engañado. ¿Por qué no has venido? Me hubieras encontrado sola. Estaba esperándote.

\*  
\* \*

Moreno, simpático, de veintiocho años, como se autodescriben en los anuncios económicos aquellos que buscan un «afecto sincero» en la cuarta plana de los diarios, Sketch procedía de una de esas humildes casas en que la llegada de un telegrama es un acontecimiento sensacional que detiene la circulación de la sangre en todos y cada uno de los miembros de la familia, y en donde las visitas, antes de ser introducidas, han de someterse a un minucioso examen y un riguroso interrogatorio, de menos a más, como en espiral. Pero pertenecía, también, a la gran raza de los inquietos, de los irregulares, de los refractarios, de los vagabundos, de esos hombres que van sin sombrero bajo la lluvia,

que desprecian a los galgos rusos y a los gatos de Angora, porque no transigen con ninguna aristocracia, ni siquiera de los animales.

Había dejado su casa por no sufrir disciplinas de ningún género, ni siquiera la hora de comer, y porque le cargaban horriblemente los acostumbrados diálogos de sobremesa. «Después de veinte años en que todos nos conocemos, no tenemos ya nada en absoluto que decirnos», contestó a cuantos le preguntaron por qué había abandonado tan resueltamente a su padre, a su madre, al cuarto de baño, a la despensa y al huerto.

Muy rara vez había hecho la corte a las mujeres. Eran ellas las que le buscaban y buscaban, precisamente por esa indiferencia poco común, que lo distinguía de los acostumbrados «comecocado» del amor. La primera vez que había hablado con la actriz, pidiéndole aquella media hora de coloquio, que acabó en una noche de sensualidad y en el principio de unos largos amores, se vió como impulsado por una curiosidad cerebral antes que por un deseo de los sentidos; y habíale él gustado a la actriz por la carencia de ese espíritu de inquisición, de averiguación que en palabras y en gestos suele ser común a todos los hombres.

Pero también el hombre común acabó por des-  
pertar en él, entre las manos de aquella experta mujer que le había estimulado energías nuevas, y resucitado instintos dormidos, y valorizado su anterior existencia malgastada, entre gentuza inútil. Ella consiguió revelarle a él ante sí mismo, refinando sus gustos, acuciando su cerebralidad, multiplicando sus necesidades, abriéndole los ojos hacia un vasto ángulo del horizonte, haciéndole vibrar todo su registro fisiológico, con una variedad insospechada de satisfacciones y alegrías.

Esos amores devoradores, absorbentes, son como una incrustación de vejez en la juventud de un hombre.

—¡Vete!—le gritaba ella.—No admito imposiciones ni impropiedades de nadie, más que de mí misma; el diamante no puede ser tallado más que por su propio polvo. O me tomas como soy, con todas mis extravagancias y traiciones, o te vas. El que yo te reciba en mi cama, no te da derechos, sino deberes. Yo no sé ser fiel; la vida tiene ciertas necesidades, ante las que se doblegan hasta los gigantes. Y si estas razones no te bastan, te diré que una mujer como yo no puede ser juzgada con sujeción a normas corrientes. Una artista está sobre toda moral: debería estar también sobre toda ley. Por otra parte, cuanto yo conceda de mí misma a los demás, no tiene ni mucho menos el valor de lo que te he dado a ti; porque a ti te he dado el amor.

Consciente de su superioridad sobre las otras mujeres, sobre los hombres y sobre su amante, había eliminado el concepto evangélico de la reciprocidad. Ella podía engañarle, pero no consentía que él dirigiese una palabra ni una mirada a las otras mujeres. Una vez que le sorprendió, durante los ensayos de cierta aburrida comedia simbólica, en coloquio con una genérica, le quitó a ella su papel, y le ordenó que pasase por la administración a que le pagaran lo suyo; y al marido de la genérica, que dibujó una tentativa de defensa, le gritó con su voz estridente:

—¡Cállese usted, imbécil! Y que me perdonen los imbéciles si les ofendo comparándolos a usted.

¡Sin embargo, Sketch no se veía con fuerzas para sacudirse aquella cadena de tan terrible amor! La absurda uterinidad de tan absurda mujer, que le amaba con un amor oscilante, de péndulo, hoy glacial hasta la indiferencia, mañana exasperado y febril hasta la crisis, le era ya necesaria para su vida. Se le había entrado en la sangre, como escriben los psicólogos sin pretensiones, que son, después de todo, los más exactos: se le había entrado en la sangre como un virus ponzoñoso.

—¡No hay más que un remedio contra tu mal!— le dijo cierto día el actor cómico de la compañía, que escribía comedias, estudiaba botánica, grababa xilografías, y leía revistas médicas.—Es un remedio sueroterápico: inyectarte bajo la piel bacilos atenuados de amor: es decir, enamorarte de una mujer mentes célebre, pero más mujer: puesto que has tenido la desgracia de caer en un útero que piensa, y que te ha envenenado, intenta ahora enamorarte de una mujercita sin relieve, de una corista, de una tornera de taponés, de una dactilógrafa, de una maestra, que te devuelvan a la realidad.

¡Qué fáciles parecen siempre los dramas ajenos! Los problemas de los demás son sencillísimos, y se resuelven con las cuatro reglas: «¡Déjala! ¡No pienses más en ella!» Pero Sketch no se veía con fuerzas para abandonarla. A los dieciocho años se consigue fácilmente olvidar a una mujer: basta con darse un paseo con otra. Pero cuando ya se está en el umbral de la madurez, en lo que falsamente se llama segunda juventud, separarse de una querida es un desgarramiento cruel. Nos ha comunicado tanto de sí, y nosotros a ella tanto de nosotros mismos, que no es nada fácil reconquistar nuestra individualidad. Nuestra voz ha tomado inflexiones de la suya, y sus nervios han sentido la influencia de los nuestros; hemos adoptado un mismo léxico; ha obrado sobre su carne y la nuestra una polarización recíproca; nuestros dos cuerpos se han fundido en una célula, que para quien nos juzga es una copia, pero que para nosotros es un solo núcleo indivisible. No tenemos una individualidad propiamente dicha: cada gesto nuestro está subordinado a uno suyo; somos como un transformador eléctrico, que solamente se anima bajo el fluido de esa mujer. Todas las otras hembras nos parecen asexuales, y si un día, por capricho de la sensualidad llegamos a poseerlas, todavía las hallamos extrañas, y nos persuaden ellas

a su vez de que estamos fatalmente encadenados a la amante única, a la necesaria, a la insustituible.

Sketch no podía separarse de la actriz; las ásperas disputas, las frecuentes riñas debidas a la hiperestesia de ella, le impulsaba a abandonarla para siempre; pero él conocía lo efímero de las fugas, y lo tremendo, inevitable y peligroso de los retornos. No podía vivir ni con ella ni sin ella, como han dicho y dicen todos los amantes oleográficos, de Ovidio acá. Era inútil en absoluto que se fuera: se veía a sí mismo de regreso, en el fondo de la platea, entre el olor a muchedumbre y a cortezas de naranjo, aplaudiéndola con el infantil entusiasmo de una Hija del Sagrado Corazón recién escapada del colegio.

Los simples, los superficiales, que valoran sumariamente el amor, juzgándolo un aspecto social, tan grosero como todos los otros, creen que el momento más oportuno para la ruptura entre dos amantes es el que sigue a una discusión, a una crisis, a un estallido de celos o a una traición. ¡Qué ingenuidad! Esa es justamente la ocasión menos propicia para el abandono. La riña, la cólera no repelen, sinó que atraen; tienen fuerza cohesiva, no disgregatriz; la separación definitiva sin probabilidad de retorno, puede llevarse a cabo solamente en un momento de serenidad, cuando no hay sombra ninguna de engaño en el horizonte, cuando se nos puede contemplar el alma, como un agua cristalina, en la que ninguna agitación remueve los posos de su fondo, posos de torpes recuerdos y de sentimientos impuros.

En este estado de serenidad vivieron durante varios días los dos amantes en la aldea de la alta montaña, donde el estío dura veinte días, en un

alto valle poblado de grandes tubos negros y frecuentado por senadores.

Tubos y senadores. Cualquier extranjero se equivocaría fácilmente ante muchos de esos aristocratuchos piamonteses, que acicalan con fiereza y con economía los apagados destellos de su corona de oro fijo.

Una gran señora de magnífico nombre sube todos los domingos de su pálido y almenado castillo moderno, a postrar su venerable persona ante el altar de la parroquia; y esto es el acontecimiento más sensacional de la temporada: todos los caminos del castillo a la aldea se pueblan de faldas escarlata—costumbre del valle—y de aldeanos tartarinescos. La vieja señora ilustre llega puntual, anunciada por la bocina de su resplandeciente automóvil; y el cura, uno de esos curas de aldea, que más parecen maestros de esgrima que eclesiásticos, la espera rígido en el umbral de la iglesia, vestido ya con los ornamentos litúrgicos, como dando a entender que el buen Dios está ya pronto, y no espera más que a Ella.

Terminada la misa, levántase de su banco, que un sencillo cojín de terciopelo rojo contraseña y distingue de los demás, y sale al campo libre lleno de sol, de aromas silvestres y de faldas escarlata: los aristocratuchos piamonteses la rodean en seguida, masturbando el blasón, con toda su miserable osadía, felices con recibir de la augusta señora la límosna de una palabra o de una sonrisa.

Cualquier aristocrático «pura sangre» se inclina con una reverencia *vieux temps*, entre los anacrónicos golpes de resorte de los aparatos fotográficos.

Y ella sonríe bonachona, con su cara del color de las gardenias chupadas, en la que se transparenta el auténtico señorío, la superioridad de la estirpe y del espíritu; a todos tiende la mano, y a todos reconoce; a todos hace una pregunta; nadie escapa a aquellas pupilas que han acumulado señorío siglos

y siglos en su melancólica profundidad. Y mientras suenan las campanas del mediodía, la blanca señora vuelve a partir, aclamada a grandes voces, sobre su resbaladizo automóvil, silencioso como una litera; en las curvas, la bocina lanza sus metálicos ecos, como si un heraldo de antiguas edades galopase delante, anunciando a la señora con fuertes trompetazos.

—¿Usted no ha estado en misa, señorita?—preguntó cierta mañana Sketch a la rubia virgen contrastada, la virgen de dieciocho quilates.

—Aquí hay demasiadas condesas, duquesas y marquesas—gorgé ella, con una brizna de hierba entre los dientes.—He preferido hacer la visita de siempre a mis ranas de un estanque vecino; tengo más de un millar entre ranas y renacuajos. Los pobrecitos se aburrirían mucho, si yo no fuera de cuando en cuando a distraerlos. Me conocen ya. Se meten en seguida en sus escondites, aún antes de llegar yo y de tirarles las primeras piedrecitas.

La virgen de dieciocho quilates bajaba a zancadas un sendero, llevando bajo el brazo y contra el costado un libro, y el dedo del corazón entre sus páginas.

—¡Tiene buen gusto la señorita!—exclamó Sketch, dando una ojeada al título.

—Pues ¿qué creyó usted que iba yo a leer?—dijo, cómicamente resentida la muchacha.—«¿El mondadientes envenenado?» o bien «El gorila fantasma?» o bien «El engullidor de hombres?»

—Precisamente porque los conocimientos literarios de nuestras jovencitas de hoy, no van más allá de los estorninos toscanos dando vueltas alrededor del chocolate, es por lo que me ha sorprendido ver en unas manos tan immaculadas y tan prudentes al poeta Mallarmé, el lírico loco.

La rubia muchacha se puso a reír como una fuente.

—¿Y su amiga de usted?

—Está vistiéndose para bajar a la mesa.

—¿No va nunca a la iglesia?

—Dice que cuando no haya más joyas en esta parte del mundo, irá a buscarlas a la otra; que el público que va a oírla a ella a su teatro, ya no va a oír a nadie en ningún otro teatro; y que atenderá a las historias que cuentan los demás el día que los demás dejen de contar historias suyas.

—¿Y está muy lejos aún ese día?

—Creo que sí. Parece que está en su mejor época.

—Lleva en su mejor época treinta años.

Y sin darle a Sketch tiempo de contestar, atenuó:

—Perdone. Soy muy mala. Pero su señora debe de ser peor que yo.

La delgadísima muchacha, maravilloso conjunto de huesos y de luces, era como una de esas vírgenes grabadas en los vidrios de las catedrales cuando las hiere el sol. Una languidez hierática se difundía a veces por toda su persona; otras una inquietud de chiquilla movía su cuerpo casi eléctrico; y otras también, tímida y palpitante como un lagarto, jadeaba como si un fuego interno la devorase. Sonreía tristemente, con los labios cerrados, sin deformar la boca pentagonal y roja como los pequeños claveles silvestres de la alta montaña. Complaciéndose en su descarnada prestancia de bailarina rusa, sabía valorizarla, poniéndose vestidos negros que acentuaban lo dorado de su cabellera, y se prolongaban desmesuradamente la persona. Sutil, escurridiza, luminosa, perfumada como un palito de vainilla, pasaba indiferente por entre las comadres del hotel, hacinadas en torno al piano de cola, y salía sola, en la noche, a escuchar la polifonía del valle, o a pasear como una preciosa gatita blanca, cuyos ojos luminosos relampagueaban en la oscuridad con la lumbre de sus cigarrillos. Mucho se murmuraba, entre la colonia, de estas desapariciones nocturnas de la muchacha,

y se echaban a volar las peores y más misteriosas hipótesis. Ella, empero, se complacía en estas calumnias con sordina que la seguían indefectiblemente en sus correrías de gatita sentimental, cuando cada noche, sobre una rústica balaustrada de madera, pasaba largas horas, envuelta en un tul blanco, para agradar a la luna.

—¿Quiere usted que seamos amigos?—propuso a Sketch.

—No lo juzgo posible. La escritora francesa Raquel ha dicho que la amistad entre un hombre y una mujer *c'est de l'amour blanc*. O dicho de otro modo, preliminares del deseo.

—¡Hasta más ver!—y tendió la mano a Sketch.

—Si nos sorprende su señora, me mata. Y hoy no es el día más a propósito para una operación así, porque me han traído un cesto de melocotones riquísimos. ¿Le gusta a usted la fruta? A mí mucho. No comería otra cosa que fruta y azúcar. Soy golosa como las abejas.

—Celosa y rubia. Debería llamarse usted Mélitta.

—Y eso ¿qué significa?

—Abeja.

—Es bonito. Y no me sienta mal. Me llamaré Mélitta. Y a usted, ¿cómo debo llamarle?

—Llámeme... Mire usted: llámeme siempre que quiera.

Sketch y la actriz hallaron en aquel país de la alta montaña una paz desconocida hasta entonces. Después de la cuestión del primer día, debida quizás a algún residuo de electricidad ciudadana llevado en las ropas, habían transcurrido largas jornadas enteras pacíficamente, tendidos en la terraza, frente a la policromía centelleante de las lejanías nevadas, o buscando flores en los prados, o triturando

bizcochos ingleses, o jugando al poker con el propietario del hotel y con la señora egipcia, que se empeñaba en regalarle a la actriz un antiquísimo escarabajo procedente del Valle del Rey (*made in Germany.*)

La actitud de los cuatro jugadores, que en presencia de la mística pureza de las montañas pasaban viciosamente las tardes con las cartas del poker, exasperaba a los demás huéspedes del hotel: el padre de las tres hijitas indesflorables, que tocaba su cabeza con un sombrero duro, para proteger su cráneo de los rayos ultravioleta, y dormía con anteojos ahumados para que al amanecer no le desvelasen los rayos de luz que se filtraban por la persiana, hacía correr a lo largo de sus tres selladísimas hijitas, las diabólicas expresiones de los jugadores encorvados sobre las cartas:

- Paso.
- Pase.
- Juego.
- Voy.
- No.
- ¿Carta?
- Una.
- Tres.
- Dos.
- Servido.
- Chip.*
- Diez liras.
- Veinte.
- Cuarenta.
- Visto.
- Fudl* de dama.
- Color.

Un senador muy digno, sentencioso y dogmático, pneumáticamente inflado de doctrina y de solemnidad, con su barba de pelos ordenados, perpendiculares y paralelos como sus convicciones políticas y los elementos de su muy disciplinada erudi-

ción, fué abordado por una piadosa dama de sangre azul, presidenta de varias ligas donde la burla se asocia al buen corazón, para escuchar el tanto de culpa que tiene el poker en la decadencia de los tiempos modernos. Esta irrepreensible señora había recomendado al ama que no dejase jugar al niño con sus coetáneos, los que pudieran quitarle, al menos, tres cuartos de nobleza, y bajaba a la mesa la primera, para así no pasar por la humillación de ver que no se levantaba nadie a su entrada. El senador, peinándose con sus largos dedos espirituales la barba sapientísima, habló luego de la alarma social, del protoplasma germinativo que sobrevive en los individuos pluricelulares, y enfrascándose en el animismo religioso, en el polidemonismo de los pueblos primitivos, sacó la consecuencia de que el poker no es un juego de ázar, sinó una gimnasia del espíritu, porque geometriza la vida, llevando el intelecto a los reinos del percepciónismo, afinando la intuición, lubricando los vínculos o correaes de la asociación y la percepción, y curándose en los casos graves de adinamia, al menos en su forma anestésica más benigna. El mismo confesó, con una sonrisa eclesiástico-moderada, que cuando le nombraron doctor *honoris causa* de la Universidad de Búfalo, jugó con cuatro profesores de la facultad de filosofía, e hizo perder al magnífico rector.

Esto conmovió en la púdica señora devota, todos sus principios, y le quitó las últimas ilusiones sobre la dignidad del Senado del Reino.

Y aquella misma noche, el propietario del hotel era obligado a renunciar por su parte a las partidas de poker con la egipcia, la actriz y su amante, si no quería que los otros bípedos de la casa, incluso el meridional de la cabeza roja y redonda como un queso de Holanda, y la marquesa (*mi tío el embajador, mi primo el nuncio pontificio*) se fueran de allí al otro día, con el alba, en el primer tren.

En la mesita de poker faltó, por consiguiente, el cuarto.

—¿Usted juega, señorita?

—Sí.

Y así es como la actriz estrechó la mano de la virgen de dieciocho quilates, la rubia muchacha de los grandes ojos azules, de un azul mineral, sombreados por el negro de las pestañas retorcidas.

Al presentarse a la muchacha la actriz le preguntó su nombre.

La egipcia emitió algunas sílabas aspiradas, precedidas de un *Lady*.

Y la muchacha pronunció con cierta emoción el nombre propuesto por Sketch algunas mañanas antes, cuando ella había confesado ser golosa de frutos como las abejas:

—Mélitta.

El rancio puritanismo del hotel entero tembló por la suerte de la pálida muchachita de los grandes ojos azules, atraída a la órbita vertiginosa de aquella vampiresa espiritual que era la actriz, con fama de amores lesbianos. Pero cuando se vió que ningún cambio se operaba en la rosada frescura de sus mejillas, ni en sus preocupaciones juveniles, ni en su apetito de chiquilla, el público de veraneantes se fué acercando poco a poco, tímidamente, prudentemente a la caótica mujer de teatro.

—Mis admiradores me los escojo yo—proclamaba ella.

El joven *up to date* (1) que hacía reír hasta a las gamuzas con un soberbio bastón Hammerless, un impermeable Biskery y unos irreprochables guantes de kangurc, y que pasaba impávido bajo el fuego cru-

(1) Al día, a la última moda.

zado de las miradas femeninas, con una máscara aborta, mediatunda, contraída bajo el peso de su desmedida inteligencia, había sido apodado por la actriz: «el imbécil que piensa». Como en cada casa hay un pianista, en cada tertulia hay un «imbécil que piensa», es decir, que ensalza los beneficiosos efectos de la leche fermentada, sostiene gravemente que todo es relativo y que la excepción confirma la regla; y cuando alguien expresa una opinión poco original, él se ríe socarronamente, reservándose para, en la primera ocasión, explanarla por su parte con toda solemnidad.

—Me gustan los hombres sencillos—le dijo la actriz, volviéndole la espalda.—Hoy que todos se hacen los interesantes, los únicos verdaderamente interesantes son aquellos que no lo son.

El joven, resentido, apeló a su propio noble linaje, a sus magnánimos riñones que no le permitían sentir como un burgués cualquiera. Y la actriz rebatió:

—¡Vaya una aristocracia! La única aristocracia que yo reconozco es la de la inteligencia.

El joven «al día», encalabrinado entonces por la llameante fiereza de su gloriosa estirpe, se fué por toda la sala, en busca del amante de la mujer que le había ofendido.

—¡Señor!—exclamó.—Su señora me ha inferido grave ultraje. ¿Acepta usted la responsabilidad de sus palabras? Exijo una pronta reparación. ¡Tendrá usted mis noticias!

En efecto, una hora después Sketch recibía la visita de dos señores vestidos de negro, tiesos, impávidos, truculentos, irrepudablemente abotonadas sus respectivas levitas caballerescas, como dos mandolinas metidas en fundas de piano. Eran los tales dos gentileshombres: el caballero y el barón.

El caballero, de bello rostro atacado de encefalitis letárgica, era uno de esos capitanes desdeñados de todo el mundo, por imbecilidad precoz, y que todavía, como los frutos verdes puestos a madurar sin

esperanza de que puedan comerse, llegan a comandantes, tenientes coroneles, coroneles, generales... y tienen siempre un empleo seguro como buenos escribientes, buenos ujieres, y mozos de almacén meticulosos y honrados.

El barón (el otro gentilhomme) era el marido de la baronesa Esmeralda, la famosa literata, autora, como todos saben de «El dedito en la nariz», novela para señoritas. Barón y baronesa habitaban una especie de casa colonial, suntuosamente circundada de ortigas, y compuesta de una habitación y un rinconcito, con dos o tres mirlos, un reloj de arena y una panoplia. Cada ocho días ponían bien a la vista en la terraza del «castillo» un faisán disecado, y usaban medias blancas de seda en verano y en invierno. Los viles burgueses murmuraban y decían que un mismo par, cortado a media pierna, servía para los dos: el barón, como usaba zapato muy descotado, se ponía la mitad de abajo, la del talón, y la baronesa la otra mitad, porque llevaba botinas muy altas. De esta suerte, por el módico precio de un par de medias, los cónyuges ponían en salvo el decoro de su nombre cinco veces secular.

El caballero y el barón presentaron a Sketch la tarjeta de desafío, invitándole a que nombrara por su parte dos padrinos.

—No me sería difícil respondió él—hallar por ahí dos desocupados. Pero, o bien son dos cretinos, y entonces no los juzgo capaces de apadrinar mi honor y mi piel, o son dos inteligentes, en cuyo caso no aceptarán el encargo estúpido de ponerse a discutir con ustedes bagatelas que no les interesan.

Los dos enfundados gentileshombres se alejaron de allí, pomposamente dignos y fueron a entrevistarse con su representado.

Su representado, el joven de mundo, hizo desdeñosamente sus baúles y con su bastón Hammerless, su impermeable Biskery y sus magníficos guantes de karguro, se fué a la capital, en busca de otros

dos padrinos más resueltos y expertos en los delicados lances de caballería. Su dignidad, ultrajada por una comediante cualquiera, reclamaba una enérgica reparación. Y su honor no podía quedar insatisfecho.

Bastaba con que quedase insatisfecha... la cuenta del hotel.

2

Y así es como el público se renovaba. En el sitio de la semirrubia ramerilla, no trabajada todavía por el tiempo, y que de improviso se había marchado porque la presión atmosférica no congeniaba con «Baccarrá», su perro, sentábase ahora una solterona cincuentona, la última soñadora: una cinta azul celeste sujetando sus ricitos acampanillados, perfumados con ilhang-ilhang (1901), un portamonedas dorado al fuego, en estilo liberty (1902), una capa de encaje Richelieu (1903) sobre el seno, palpado todo él por el ya inexistente cardenal... Y andaba por la hierba con zapatos barnizados y tacones Luis XV, y se arrodillaba en las laderas de los arroyos, para coger esas flores que se llaman «no-te-separes-de-mí».

En la época del «asunto Dreyfus», cuando aparecieron los primeros ventrílocuos, había tenido una

esperanza de que puedan comerse, llegan a comandantes, tenientes coroneles, coroneles, generales... y tienen siempre un empleo seguro como buenos escribientes, buenos ujieres, y mozos de almacén meticulosos y honrados.

El barón (el otro gentilhombre) era el marido de la baronesa Esmeralda, la famosa literata, autora, como todos saben de «El dedito en la nariz», novela para señoritas. Barón y baronesa habitaban una especie de casa colonial, suntuosamente circundada de ortigas, y compuesta de una habitación y un rinconcito, con dos o tres mirlos, un reloj de arena y una panoplia. Cada ocho días ponían bien a la vista en la terraza del «castillo» un faisán disecado, y usaban medias blancas de seda en verano y en invierno. Los viles burgueses murmuraban y decían que un mismo par, cortado a media pierna, servía para los dos: el barón, como usaba zapato muy descotado, se ponía la mitad de abajo, la del talón, y la baronesa la otra mitad, porque llevaba botinas muy altas. De esta suerte, por el módico precio de un par de medias, los cónyuges ponían en salvo el decoro de su nombre cinco veces secular.

El caballero y el barón presentaron a Sketch la tarjeta de desafío, invitándole a que nombrara por su parte dos padrinos.

—No me sería difícil respondió él—hallar por ahí dos desocupados. Pero, o bien son dos cretinos, y entonces no los juzgo capaces de apadrinar mi honor y mi piel, o son dos inteligentes, en cuyo caso no aceptarán el encargo estúpido de ponerse a discutir con ustedes bagatelas que no les interesan.

Los dos enfundados gentileshombres se alejaron de allí, pomposamente dignos y fueron a entrevistarse con su representado.

Su representado, el joven de mundo, hizo desdeñosamente sus baúles y con su bastón Hammerless, su impermeable Biskery y sus magníficos guantes de karguro, se fué a la capital, en busca de otros

dos padrinos más resueltos y expertos en los delicados lances de caballería. Su dignidad, ultrajada por una comediante cualquiera, reclamaba una enérgica reparación. Y su honor no podía quedar insatisfecho.

Bastaba con que quedase insatisfecha... la cuenta del hotel.

## 2

Y así es como el público se renovaba. En el sitio de la semirrubia ramerilla, no trabajada todavía por el tiempo, y que de improviso se había marchado porque la presión atmosférica no congeniaba con «Baccarrá», su perro, sentábase ahora una solterona cincuentona, la última soñadora: una cinta azul celeste sujetando sus ricitos acampanillados, perfumados con ilhang-ilhang (1901), un portamonedas dorado al fuego, en estilo liberty (1902), una capa de encaje Richelieu (1903) sobre el seno, palpado todo él por el ya inexistente cardenal... Y andaba por la hierba con zapatos barnizados y tacones Luis XV, y se arrodillaba en las laderas de los arroyos, para coger esas flores que se llaman «no-te-separes-de-mí».

En la época del «asunto Dreyfus», cuando aparecieron los primeros ventrílocuos, había tenido una

desilusión de amor, o una pasión reñida, como dicen las echadoras de cartas.

Una comisión de espiritistas (esos espiritistas que se improvisan en todos los balnearios de altura, los días de lluvia), después de haber molestado a los espíritus magnos y a las sombras de los héroes que se pasean por entre los evónimus de los Eli-seos, propuso a la actriz que tomase parte en sus sesiones.

—Quién sabe, señorita, si es usted medium—exclamó el más inteligente de la brigada, un viajante de comercio (tules, encajes, *guipures*.)

—Ni soy medium—cortó la actriz por lo sano—ni creo en esos espirituales juegos de sociedad.

—Sin embargo, señorita, hoy día—sentenció el más inteligente de la brigada (tules, encajes, *guipures*)—no es lícito poner en duda ciertos fenómenos; y deben admitirse, aunque no puedan explicarse.

—Si yo los explico muy requetebién—interrumpió la actriz.—En cada familia donde hay una mesa que cojea, todos se creen mediums. El espiritismo no existiría, si los carpinteros tuviesen más cuidado al cortar en sus bases las patas de las mesas.

Un enjambre de señoritas necias, de esas señoritas para las cuales pulirse las uñas y manejar una raqueta de tennis constituyen el alfa y omega de la existencia, se acercaron a la actriz, evaporando todo su espíritu que se resume en esas expresiones ingeniosísimas: «Exagerado, bestial, no me fio, más elegante que un bello morir, he tomado un rico café», pero fueron acogidas con un silencio glacial. Otro grupo de señoritas ensayó maneras opuestas para tener mejor fortuna con la actriz trágica, y adoptaron actitudes extrañas, posturas indefinibles, aires de esfinge, ojos ambiguos, boca enigmática, signos cabalísticos con las manos, gestos indescifrables, almas ocupadas por tremendas antitesis. Esas señoritas que dilatan su nariz, se muerden los labios

y miran a la bóveda celeste, exclamando con voz trascendental: ¡Tal vez!

—Nosotras somos señoritas modernas—confesaron a la actriz, para congraciarse con ella;—somos muchachas evolucionadas.

—Evolucionada o retrógrada, la señorita es siempre como la definió Baudelaire—respondió, glacial, la actriz:—*Une petite sottise et une petite salope; la plus grande imbécillité unie à la plus grande dépravation. Il y a dans la jeune fille toute l'abjection du voyou et du collégien* (1).

Pero a la virgen de dieciocho quilates que entraba en aquel momento, y la miraba con ojos extraviados, le dijo, cogiéndole las dos manos:

—Menos contadísimas excepciones, Mélitta.

Y le pasó sus largos dedos por los cabellos.

Las otras señoritas no volvieron más.

\*  
\* \*

—Ten mucho cuidado—le advirtió Sketch cuando quedaren solos.—Insultas a las señoritas, ofendes a los hombres, me proporcionas duelos con mosqueteros de bailes de máscaras: nos hacemos antipáticos en el hotel a todo el mundo.

—¿Antipáticos? Pues no busco otra cosa. Así me dejarán en paz. Tú eres el que me ha traído a este innoble fonducho de feudales con cédula, y de comadres con *tailleur*.

—Es el mejor hotel de la montaña.

—No hemos debido venir a la montaña.

—La escogiste tú.

—Porque no la conocía.

—Y yo menos que tú.

—Haberte informado.

(1) Una pequeña boba y una pequeña sucia; la imbecilidad más grande unida a la más grande depravación. La señorita tiene la abyección del golfo y del colegial.

—¿Y después?

—Después de informarte, me llevas a otro sitio.

—Eres una mujer a la que no puede proponersele otra cosa de lo que tiene ya decidido.

—¡Calla! Llevo dos años no haciendo más que tu voluntad, como la más estúpida de las mujeres.

—Pero quien obedece soy yo siempre.

Una pausa. Alguien entraba en la sala, desplegaba un periódico y se ponía a leerlo.

—Habla bajo—rogó Sketch—porque tenemos público.

—Estoy acostumbrada a él—y moderó la voz.

—Por otra parte—dijo Sketch,—en cualquier otro hotel de cualquiera otra montaña a donde hubiésemos ido, habríamos hallado este mismo ambiente: porque en todas partes se encuentra uno con el «veraneante»: no son ya el doctor, ni el contable, ni la estudiante, ni la entretenida, ni el diputado: son «veraneantes», con todo su cortejo de ruidos y alegres imbecilidades.

—¡Lo sé, pero estoy harta ya de toda esta gente que me rodea y me oprime! Espiritistas, bailarines, intelectuales, aristócratas, tenderos que cambian de mostrador, señoritas en busca de cualquier distraído que las comprometa, señoritas borrachas de fatalismo, solteronas sentimentales pasadas ya de moda, marquesas que se suben las medias en caracol, y se perfuman con almizcle y bergamota. ¡Basta, basta! ¡Acabaré yo también por ser víctima de este ciclón de cretinismo! Los timbres eléctricos no funcionan; pides una esencia de cedro y te traen un limón exprimido; encargas agua tibia y te la traen hirviendo; la pones en la ventana a refrescar, y la retiras helada; le das la ropa a la camarera, y en lugar de sacudirla por dentro, te la cepilla a contrapelo. No he visto jamás una camarera tan estúpida.

—Si fuese inteligente no sería camarera: sería *cocotte*.

El señor que había entrado en la sala para leer, había leído, vuelto a doblar el periódico, hecho una reverencia y tomado la puerta. Desde que los abogados han sacado la moda de molestar a los testigos, no es prudente asistir a las tragedias de amor.

La mujer pudo elevar la voz nuevamente, y tocar el registro de las lamentaciones.

—Si nos hubiéramos ido a otro sitio, no habríamos encontrado a esa desgarrada pelirroja.

—¿Quién?

—Esa descolorida cara de pecho liso: tu virgen hierática y fatal.

Sketch intentó hablarla suavemente, con dulzura.

—Te ruego que reflexiones siquiera un cuarto de segundo, amor mío. ¿No eres acaso tú misma la que le pasas la mano por los cabellos y la sonríes?

—Claro que sí. No soy ninguna provinciana para mostrarme celosa.

—Podrías no preocuparte de ella.

—Para dejaros libres.

—Yo no la miro siquiera.

—Pero la tocas.

—Me molestas con esas extravagancias.

—Son hechos.

—Que no tienen la más leve sombra de verosimilitud.

—Tampoco había la más leve sombra de verosimilitud este invierno pasado cuando te sorprendí con aquella genérica, cuando te encontré en un paseo con la mujer del administrador, cuando te cogí en la mesa con...

—Hablar; coquetear, en la mesa, por los paseos. ¡He ahí mis culpas! ¿Qué no podría decir yo de ti, que te vas a la cama con todos los hombres que te caben entre las piernas?

—Yo hago lo que me da la gana.

Y se levantó. Al quedarse solo, Sketch paseó por la sala como un autómatas; en el silencio de la hora no se percibía más que el eco rítmico y sordo de sus

pasos; en la penumbra de la estancia, el último rayo de sol habíase detenido sobre los candelabros de bronce del piano de cola. Sketch apoyó la frente contra el cristal de la ventana, y fijó sus ojos tristes y como apagados en la dorada luz del crepúsculo; una araña se deslizaba a lo largo de su audaz puente colgante, entre el arquitrabe y el quicio; un tarro de melaza puesto al fresco, en un listón, lloraba sobre el vidrio, una lenta gota como de resina.

El joven se retiró, anduvo indeciso, se detuvo perplejo, e inició el mutis por donde se había marchado la actriz-amante.

En el hueco de puerta que daba sobre la escalera, Mélitta se le presentó con sus vastos ojos, y moviendo vagamente la cabeza, en silencio.

Sutilísima y delgada, casi incorpórea, era como una aparición; del rostro exangüe irradiaba la tumultuosa cascada de sus luminosos cabellos; los brazos se abandonaban a lo largo de la larga persona.

Con aquella palidez aureolada por un rubio radiante sobre el cuerpo erguido, en el hueco de la puerta, parecía propiamente un ostensorio de oro.

Un timbre repiqueteó con impaciencia. Abajo se vió correr a un camarero, que leyó el número en el cuadro indicador eléctrico, subió de dos zancadas los escalones, y se detuvo de pronto, volviéndose a Sketch:

—¿También el señor deja la habitación?

—¿Por qué?

—La señora se va mañana. Ha pedido un asiento en el coche de mediodía.

Sketch no respondió; buscó una decisión en el claro rostro de Mélitta; pero los ojos azules del más líquido azul permanecieron abiertos, y la boca pentagonal y roja como un clavel silvestre no se inmutó.

La flaca muchacha, que tenía la gracia enfermiza de la anemia, y que la presentaba más ingenua y

transparente que un cristal de cuarzo, revelábase ahora perturbadora como un enigma.

Era una de esas imágenes que nadie sabe pintar porque las líneas no son bastante inmateriales, y porque los colores no tienen el brillo suficiente. No se pueden ver más que en sueños: o en música, porque la música es un sueño que se cuenta.

El camarero, dispuesto a seguir su camino:

—Si el señor manda algo...

—Llamaré.

El sol declinaba tras los montes lejanos, en una sonrisa sangrienta, cauterizando con su aliento de agonizante las crestas ensangrentadas de los picachos; y el valle se poblaba de sombras bajo la caliginosa melancolía azul de la tarde.

Sketch y Mélitta salieron fuera. El tenía necesidad de ver en el rostro de aquella criatura, que tal vez bajo la transparencia de su alma ocultaba alguna insidia. La conocía muy poco; sin embargo, le había proporcionado ya oscuras inquietudes. Se habían dicho pocas palabras, pero a él le pareció que la conocía ya desde muchos años antes, que había pasado con ella, a través de horizontes fantásticos, en una vida anterior.

Ella no hacía nada para influir en su suerte; no era entrometida, no era importuna; y hasta en ciertos momentos de duda, en el vértice de alguna crisis, se la había visto delante, aparecer y desaparecer en silencio, dejándole en los nervios una inquietud inexplicable, y en el corazón el casto perfume de sus vestidos vaporosos.

—¡Te gusta!—había asegurado su amante, refiriéndose a Mélitta.

—Me gustaría... colgarle de las orejas dos guindas—había atenuado Sketch.—Deberían sentar muy bien dos manchas rojas a los lados de ese rostro exangüe de masticadora de alcanfor.

Pero ahora después de algunos días, después de un cambio de palabras insignificantes, y de un

cruzamiento de miradas elocuentes, después de raros y casuales encuentros en los puntos angulares de su amor por la mujer perturbadora, aquella muchacha pura como la pureza, aquel esqueleto rubio, pareciale la encarnación de un peligro, el símbolo de una amenaza, el árbitro (incónciente, tal vez) de su suerte.

—Déjese ver, Mélinna—arriesgó él, cuando estuvieron en un recodo desierto.

La muchacha rió.

—Déjese mirar, Mélinna—insistió él ansiosamente, examinándola como se examina a un adversario que puede ocultar un arma.

Pero ella se deslizó bajo su mirada, y se separó de él unos pasos.

—¡Míreme!

Estaba subida sobre un cubo de roca negra como el basalto, y cuadrado como un pedestal; allá arriba, a dos metros del nivel del camino, su personilla se destacaba blanca sobre esa especie de tenebroso manto de terciopelo negro en el que se apolotonan de noche las montañas, que se sueltan solamente en las noches serenas, para sumergirse en un baño de luna.

Pero no le cuadraba bien aquella pose cómicamente estatuaria. Bajó y se acercó a su amigo, para que no sospechase en ella la malicia de hacerse seguir.

—¿Me permite que le dé el brazo?

Y lo tomó.

El camino corría a lo largo de un torrente; un torrente que canta en aquel punto como ningún otro torrente; canta como un violín al que le faltan las tres cuerdas mayores, y conserva el canto consumado del viento y de su voz.

¡El Lys!

Hasta su nombre es como un sonido arrancado de la última cuerda.

—¡Bajemos!—propuso Mélinna, dirigiendo su oído hacia un grosero tintineo de cacharros de aluminio.—Excursionistas que vuelven.

Y sin descolgarse de su brazo, describió un medio arco en torno suyo.

El hotel mostraba en su negro fondo ocho pequeños rectángulos de luz.

—Quisiera despedirme de usted—murmuró Mélinna, después de una gran pausa.—Usted partirá mañana. Ya no nos veremos más. Y nosotros no podemos decirnos adiós como dos extraños, que el azar ha juntado en una misma sala del restaurant y que el *maitre d'hôtel* ha sentado en dos mesas distintas. Quisiera tenderle mis manos un poco lejos de toda esa gente. Y al coche no iré: allí da demasiado valor el equipaje propio; por otra parte, no sería yo quién.

—¿Baja usted también?

—Salgc. Pero en dirección contraria: a la montaña.

—¿Con quién?

—Con nadie. Yo siempre voy sola. Sola me han visto todos siempre, a lo largo de la escollera del mar, por los vericuetos de los valles, por las calles estrepitosas de la metrópoli. Y no lo hago por pose, créame. Todo puede fingirse menos el amor a la soledad. El que finge amar la soledad, por un capricho de snobismo, y no la ama, un día cualquiera la traiciona con el primero que pasa.

—Entonces yo...

—Usted no es el primero que pasa. Otros muchos pasaron, y yo los dejé ir.

Como los excursionistas se aproximaban con su andar cadencioso, Mélinna y Sketch se echaron a un lado.

En el olor a almendras amargas que dejaron tras sí, pudo reconocerse al fabricante de nitrobencina. Cuando la masa confusa de sacos y personas se diluyó, en la oscuridad, la muchacha repuso:

—¿Sabe usted dónde nos sentimos verdaderamente solos? En el tedio de la muchedumbre, entre tres millones de habitantes, entre tres millones de

31083

desconocidos. Por el contrario, en los parajes desiertos, en el más abandonado y perdido de los villorrios, no se encuentra la soledad, porque basta con conocer a una sola persona para vérsela uno a cada paso entre los pies.

Y bajando en la sombra con la muchacha pálida y rubia, vestida de claro, tan ligera a juzgar por el peso de su brazo, tan tibia a juzgar por la larga mano desnuda que lo remataba, él pensaba confusamente, sin convicción:

«Esta muchachita es un precioso, policromo y pintoresco vegetal; paseando con ella se me figura, todo lo más, que llevo una flor en el ojal.»

Pero mentíase a sí mismo. Con nadie nos atrevemos a ser tan impudicamente embusteros como con nosotros mismos.

—¿No ha estado usted nunca en el extranjero?— preguntó la niña.—Yo sí: he viajado mucho.

—¿Sola?

—Sola.

—¿No tiene familia?

—No tengo a nadie. Tengo, sí, algún hermano, alguna hermana, hasta un padre. Pero no tengo madre. Y quien no tiene madre, puede decirse que está solo en el mundo.

Callóse, pensativa. Y reanudó:

—Además que... Los verdaderos parientes no son los que tenemos por destino genealógico, sino aquellos por los que se siente alguna afinidad: un día encontraremos por el mundo a un extraño, al que sentiremos hermano o padre. ¡Ese será un pariente verdadero!

—¿Y esa señora...

—...que ha venido a buscarme? Una tía cualquiera. Hace un mes, como hoy, comía yo pasteles en un bar de mala fama de la Cannebiere. El año pasado, por esta época, después de oír los chillidos estridentes de las cigarras de Provenza, fui a hundirme en el silencio religioso del golfo de Viz-

caya, entre danzadores y pelotaris vascos. Yo viajaría siempre. En el extranjero, si se lleva la ventaja de no conocer la lengua, todo el mundo parece genial: cuando no se comprende lo que dicen, nos parece que es una sutileza, un pensamiento trascendental. Pero el día que empieza uno a entenderles, ve que todo el mundo razona de igual manera. Y entonces se saca pasaporte nuevo, se pasa una frontera, se va uno a otro país que hable idioma distinto, para que resurja la ilusión.

Estaban sobre un puentecillo ligero, asentado sobre piedras inciertas, y levemente bamboleante.

Méjitta se colgó de su brazo.

—¿Pere por qué digo yo estas cosas?

—Para retrasar el momento de la despedida. No le tengamos miedo a ese instante.

El violín del Lys daba su largo sostenido de siempre, y el puentecillo temblaba bajo sus pasos. Se soltaron.

—Yo no tengo miedo a nada—declaró Méjitta.

Pero como un viento fresco de las lejanas montañas le desflorase la nuca, y agitase amenazadoramente las ramas de los abedules inmediatos, se cogió con sus manos a las de él, y se refugió en su pecho.

El aspiró el perfume de sus cabellos blandos y enroscados, y la estrechó contra su cuerpo, toda ella palpitante, tibia, viva, y puso sus labios en aquella nuca suave y desnuda por el corte masculino de su pelo, saturada de una sensual tibieza de intensa juventud.

—¡No!—gimió ella, echando atrás la cabeza como un pájaro, para ofrecerle su rostro, pálido pero ardoroso, para ofrecerle una boca llena de amor y dos ojos llenos de lágrimas.

Una muchachita rubia, la noche oscurísima, el viento, el puentecillo sobre el torrente que canta...

En las viejas edades de maravilla, cuando los palos del telégrafo no profanaban la montaña civi-

lizándola, las bellas fábulas que narraban los rústicos, y que después rimaban los poetas y repetían los amantes (los amantes son poetas sin rima), las viejas fábulas de las edades maravillosas se formaban así.

—Usted tiene algo que decirme, pobre muchacho—murmuró la chiquilla con alterada voz.—Dígame todo. En esta penumbra de confesonario son muy dulces las pequeñas confidencias.

A pasos lentos se dirigieron al hotel, que los reclamaba con sus luces veladas y sus falsos repiqueos de *gong*.

—¿Sabe el señor que la señora come en su cuarto?—preguntó con flemática locuacidad el *maitre d'hôtel*, retirando de la mesa de Sketch uno de los cubiertos.

—¿Han llegado periódicos?

El *maitre d'hôtel* se los alargó, y Sketch desdoblándolos, alternó una cucharada de sopa con un párrafo de prosa. Pero no hubiera sabido decir si leía un artículo de esos acróbatas de las finanzas, que con la misma facilidad y las mismas cifras demuestran cómo la nación camina hacia el abismo, o le sobra el oro para empedrar las carreteras; o si leía el pretendido derrumbamiento de un artista célebre por el estéril desahogo literario de uno de esos críticos desconocidos, que con sus artículos indigestos no llegan nunca a salir de la oscuridad perpetua, ni a cambiar siquiera de postura.

Méltita y la actriz, la mujer que representaba su ayer y la muchachita que podía despejar su mañana, la mujer que había sido amante y la chiquilla que pudiera ser el amor, se juntaban, se compenetraban en su inquieta imaginación.

El comedor no existía más que para sus ojos: le quitaron un plato y le pusieron otro, sin que él se diese cuenta; deseó buen apetito a un señor que salía; condimentó con mostaza francesa la mermelada de albaricoques; contestó que sí al camarero que le preguntó si quería café, y cuando lo tuvo delante dijo que no lo había pedido. Pero después se lo bebió, sin querer.

Méltita habíase puesto un vaporoso vestido verde, del que salían los brazos flacos y asexuales de niña: parecía envuelta en un alga tierna y agujereada, de esas que los pescadores llaman encajes de las sirenas.

«¡Quererla bien, no!—se repetía a sí mismo, para autosugestionarse, tomándoles delantera a las sensaciones.—Me gustaría ir con ella de paseo, y entrar en un café lleno de luces, teniendo a mi lado el pintoresco juego de colores armoniosos y rutilantes, que esa mujercita sabe colocar sobre su cuerpo. Pero amarla, ¡no!»

Méltita, sentada enfrente, alargó un brazo para coger algo de la mesa próxima. Y se estremeció toda ella.

«Electrogalvánica rubia—definió Sketch para sí, contemplándola.—Lo más parecido a ella es un insecto, un ortopétero: porque es también verde, y largo, y tiene el dorso plano, el tórax metido hacia dentro, los grandes ojos llenos de curiosidad como ella, y las piernas secas y desmedidas, dobladas en actitud de rezar. Mantida religiosa, se llama.»

«Pero he sido duro al compararla a los insectos», pensó con remordimiento; y reaccionando contra la instintiva ternura, completó: «...su cara parece también de un animalejo.»

—¿Le habéis llevado la comida a la señora?

—Ya se ha acostado.

—¿Es que está mal?

—No: muy bien. Duerme.

Después de la crisis nerviosa, dormía.

El actor cómico de la compañía, el gran lector de revistas científicas, le decía que el encorvarse de los gatos y su ronquido son producto de una especie de descarga eléctrica.

—¡Descarga eléctrica!—anunciaba el actor cómico durante los ensayos o en noches de estreno, cuando la artista preparaba, a nervios tendidos, una escena de cólera.

Y Sketch se había acostumbrado a semejantes descargas eléctricas: habían llegado a serle hasta necesarias.

Disputar todas las mañanas durante diez minutos con la amante propia es una gimnasia saludable, que prepara a la lucha diaria con la vida. Y todos los días ella le hacía ejercitarse en esos diez minutos de gimnasia doméstica.

—Esa mujer tiene un poder excitante, sobre tus nervios, como el cloruro de sodio—diagnosticaba el actor cómico.—Tú necesitarías bromuro. El bromuro aplaca.

El bromuro podía ser Mélitta, la muchachita que se le había aparecido con una brizna de hierba entre los dientes.

Pero el bromuro en grandes dosis atonta.

Insectos, recuerdos lejanos, medicinas... todo se resolvía turbiamente en su cerebro.

—«En adelante—pensaba—ya no puedo amar más que mujeres volcánicas como ella, pero jamás encontraré una tan perturbadora. Una virgen, una virgen rubia, es como un vasito de agua mineral ofrecido a un alcohólico.

«Pero aun cuando hallase una mujer más bella, más sensible, más inteligente, que me amara más, no acertaría en la sustitución. Amar a una mujer quiere decir acostumbrar a nuestro sistema cerebroespinal a que no vibre más que por ella. Cada mujer tiene su «longitud de onda», como diría un radiotelefonista. Aunque yo recorriese todo el mundo,

no encontraría otra mujer con su «longitud de onda», aunque fuera más bella, más sensual y más enamorada.

«Sin embargo, esa mujer me envenena, me hace envejecer, me deforma la visión de todos los hechos, la valorización de todas las cosas. Es un fenómeno inexplicable como la jettatura y como la hipnosis. Es una especie de influencia maléfica que actúa sobre mí, que me comunica su locura lúcida, su fobia dinámica; río como si aspirase el protóxido de azúce, el gas de la hilaridad; me entristezco como si hubiera comido ensalada boliviana de hojas de coca; después de un choque con ella estoy varios días sobreexcitado; exploto, sin razón ni motivo.

»Llego a ponerme en ridículo ante mí mismo, pasando las noches bajo sus ventanas, para contar las veces que su amante le hace encender la luz.

»Llego a ponerme en ridículo ante los demás, mostrando en mi rostro las señales de sus uñas.»

—Antes de enzarzarte en una discusión con esa mujer—le habían aconsejado—toma una inyección antitetánica como preventivo.

Se había quedado solo en el comedor. Un camarero apagó todas las luces, menos la de su lámpara. En el telégrafo óptico de los empleados del hotel, eso es una señal que quiere decir:

—Señor, no queda nadie por marcharse más que usted.

Sketch no se movió.

«¿Irme? Es una tentativa inútil. No, no es una tentativa inútil. Lo era cuando nos separábamos en un largo período de crisis, de desesperación, de angustia, cuando los celos me devoraban. Pero hoy que ningún hombre se halla entre ella y yo, tal vez pudiera marcharme, sin que los celos me indujesen a volver.

«Si nuestro amor se describiera por medio de un gráfico, ¡cuántas interrupciones aparecerían, cuántos borrones, cuántas enmiendas!

«Mañana se va, dice ella. Y se irá, si yo no la suplico que se quede.

«¿Y si yo no se lo suplicase?»

El camarero se había quitado el mandil protocolario, y comenzaba a colocar las sillas sobre las mesas con un estrépito insolente.

—¿El señor no manda nada?

Sketch se levantó y salió.

Encerrada en un voluptuoso abrigo de castor, asomando los dos puñitos por las dos mangas, Mé-litta bajaba lentamente la escalera, deteniéndose a cada escalón, en equilibrio sobre una sola pierna.

—¿Dónde va usted tan deprisa, Mé-litta?

—Por una caja de cigarrillos y una consulta meteorológica.

—¿A qué hora se pone en camino?

—He dado orden de que me despierten a las cinco.

—La acompaño.

—¿A la montaña?

—Al Observatorio meteorológico.

—Vamos.

—Pero a la madrugada no podrá partir. ¡Verá qué tiempo más horrible! Si no llueve me voy con usted. ¿Me quiere?

—Estaré fuera algunos días.

—Pues me voy por esos días. ¿Me quiere?

—Querré.

Y abrieron, haciendo sonar la campanilla de alarma, la puerta del estanco.

El viejo de la gran barba fluida como un chorro de agua que resbalase por un mármol, puso en la mano de la joven cliente el acostumbrado paquete de cien cigarrillos.

—¿Qué tiempo tendremos mañana?

El viejo tomó un puñadito de sal, observó sus condiciones higrométricas, después levantó la cabeza buscando a través de los turbios vidrios de la tienda un punto invisible de la colina en sombras.

—No hay duda ninguna—sentenció.—Cuando...

Y declamó un proverbio en rima libre, y en una incomprensible mezcla de alemán averiado y de celta descompuesto, que Mé-litta comprendió divinamente: lluvia segura.

—¿Qué ha dicho?

—Que un magnífico sol—tradujo la muchacha.

Saludaron.

—¿Y usted no es engullidor de humo? ¿No? Yo fui criada por una formidable ama búlgara, que mientras me confiaba sus grandes pechos balcánicos, fumaba en una gran pipa de madera.

A la salida, un nuevo repiqueteo del campanillo les siguió a lo lejos, lleno de gárrula y tintineante malicia. La joven lo sintió en sus orejas todavía como un campanillazo de augurio, cuando más tarde, en su cuarto se soltaba la larga cabellera de oro sobre la espalda, y la contemplaba a la luz de la lámpara.

\*  
\* \*

Durante toda la noche, estuvo la actriz en una languidez compuesta de acabamiento y de deseo. Habíase hecho más hermosa con un estudiado provechamiento de pequeños utensilios, de frasquitos multiformes, de milagrosas cremas: había velado la luz improvisando una pantalla con un pañuelo de seda a grandes manchas, para que su cuerpo, tan conocida por el amante en sus sombras más íntimas, fuese acogido ahora con la novedad del misterio. Pero la noche pasó muda. Ni una campanada, ni un ladrido lejano, ni el leve ruido de la carcoma (la campana, el perro y la carcoma de todas las noches de insomnio). Hasta el Lys parecía haber puesto sordina a su canto, como si la sociedad del hotel le pagase selamente para que cantara de día.

Había dejado entreabierta la puerta, para que por la juntura de las maderas se filtrase, como reclamo

para el amante, un haz de luz, y él pudiera llegar hasta la cama sin humillación.

Se adormeció, se desveló, se retorció en ese tormentoso período que hace las noches interminables, hasta que se durmió con un sueño plúmbeo de enferma. Cuando volvió a despertarse, era de día.

Sin ahucarse el pelo, sin mirarse al espejo siquiera, se puso una bata y corrió a la puerta del amante.

—¡Abrel!

Silencio.

—Te ruego que abras.

Silencio.

—Te suplico que abras. Amor mío, no seas así.

Y se asió con sus dedos a la puerta, como a una tabla de salvación.

—Perdóname. ¿Qué te he hecho yo? ¡Te adoro!

Bajo la presión de su cuerpo, la frágil puerta pareció ceder.

Ella empujó más, con las dos manos abiertas, y se halló en el cuarto de Sketch.

Olor de agua de Colonia y de dentífricos al mentol: el lecho deshecho; el desorden desesperado de quien ha tenido prisa por desaparecer.

La amante volvió a su habitación muy despacio, muda, sin llorar, sin desgarrar pañuelos, sin romper botellitas de cristal.

Sacó de su caja de peines una lima finísima, de mango de marfil, y se puso a limar con cuidadosa diligencia la punta de una uña, arreglándola luego con el polisuar.

3

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO LÓPEZ"  
Año. 1625

Dos formas humanas subían, en la pálida luz del amanecer, por un angosto sendero a media cuesta, que cortaba los brezos con sus arabescos caprichosos.

En el atajo de la montaña, como dos contrabandistas de amor, que llevasen la peligrosa riqueza de sus ilusiones, callaban al huir, para que su voz no los denunciase.

Pero ella, Méllita, que iba delante, parecía mecerse sobre sus propios tobillos, sonriente, como si el alma le centellease dentro, en voz baja, la canción de su juventud.

—¿Estás cansado, Mauro?—dijo burlonamente la muchacha reparando que le había *handicappato* algún paso.

Sketch sonrió y la siguió.

Se llamaba Mauro Mauri. Ciertos padres, en lugar de pedir perdón a sus hijos, por haberles dado el inútil regalo de la vida, se permiten estúpidas bromas e insulsas argucias con su nombre.

Mauro Mauri estaba sereno, como si su drama no lo llevase en la carne, ni le hubiese lanzado a un abismo. La angustia de la noche anterior se había aplacado milagrosamente, desliéndose en una especie de dulzura.

El mal le desgarraba las entrañas, pero él llevaba

para el amante, un haz de luz, y él pudiera llegar hasta la cama sin humillación.

Se adormeció, se desveló, se retorció en ese tormentoso período que hace las noches interminables, hasta que se durmió con un sueño plúmbeo de enferma. Cuando volvió a despertarse, era de día.

Sin ahucarse el pelo, sin mirarse al espejo siquiera, se puso una bata y corrió a la puerta del amante.

—¡Abrel!

Silencio.

—Te ruego que abras.

Silencio.

—Te suplico que abras. Amor mío, no seas así.

Y se asió con sus dedos a la puerta, como a una tabla de salvación.

—Perdóname. ¿Qué te he hecho yo? ¡Te adoro!

Bajo la presión de su cuerpo, la frágil puerta pareció ceder.

Ella empujó más, con las dos manos abiertas, y se halló en el cuarto de Sketch.

Olor de agua de Colonia y de dentífricos al mentol: el lecho deshecho; el desorden desesperado de quien ha tenido prisa por desaparecer.

La amante volvió a su habitación muy despacio, muda, sin llorar, sin desgarrar pañuelos, sin romper botellitas de cristal.

Sacó de su caja de peines una lima finísima, de mango de marfil, y se puso a limar con cuidadosa diligencia la punta de una uña, arreglándola luego con el polisuar.

3

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO LÓPEZ"  
Año. 1625

Dos formas humanas subían, en la pálida luz del amanecer, por un angosto sendero a media cuesta, que cortaba los brezos con sus arabescos caprichosos.

En el atajo de la montaña, como dos contrabandistas de amor, que llevasen la peligrosa riqueza de sus ilusiones, callaban al huir, para que su voz no los denunciase.

Pero ella, Méllita, que iba delante, parecía mecerse sobre sus propios tobillos, sonriente, como si el alma le centellease dentro, en voz baja, la canción de su juventud.

—¿Estás cansado, Mauro?—dijo burlonamente la muchacha reparando que le había *handicappato* algún paso.

Sketch sonrió y la siguió.

Se llamaba Mauro Mauri. Ciertos padres, en lugar de pedir perdón a sus hijos, por haberles dado el inútil regalo de la vida, se permiten estúpidas bromas e insulsas argucias con su nombre.

Mauro Mauri estaba sereno, como si su drama no lo llevase en la carne, ni le hubiese lanzado a un abismo. La angustia de la noche anterior se había aplacado milagrosamente, desliéndose en una especie de dulzura.

El mal le desgarraba las entrañas, pero él llevaba

lejos su mal, en un estado como de narcótico. Ciertos enfermos aceptan la muerte, con tal de irse a otra parte, y no piden más que una droga que les calme para el último viaje.

Sabía que la mujer perturbadora había velado inquieta, en espera de que él se presentase a besarle, como había sucedido en todos los casos idénticos, la gran cabellera destrenzada sobre la almohada y empapada en llanto. Pero él se había quedado absorto, en una abulia trasnochada, dentro de su cuarto, siguiendo en el oscuro fondo de la noche las dos lancetas fosforescentes del despertador luminoso, que se separaban, se perseguían, se juntaban y se montaban, señalando con su fósforo las horas.

No había dormido, para velar el sueño de su propia voluntad.

De pronto, en el primer vestigio de la aurora, se había levantado como los hipnotizados en estado de vigilia, había reconocido algún que otro objeto disperso, metiéndolo en un saco de excursionista, y había salido luego de puntillas, conteniendo la respiración para no despertar a su propia voluntad durmiente.

Méltta, muy bella, muy rubia, plena de juventud, más fresca que un fruto, acariciada en sus cortos cabellos por el aire casi frío, aparecía equipada como para la montaña, con un largo jersey, de lana gruesa y ligera, a cuadros escoceses, sobre el modelo del *kilt* (1) que ondea en las rodillas desnudas de los *highlanders* (2) y evoca una nostálgica alegría de tambores y trompetas.

Y se habían puesto en camino, hablando a largos intervalos, de cosas ajenas a su locura.

—Méltta, ¿qué ha metido usted en ese saco tan grande?

—Todo lo que usted no ha puesto en el suyo.

(1) Toncele.  
(2) Montañeses.

El ruido de los bastones herrados contra las piedras rimaba su andar. Méltta, delante; Mauro, dos pasos detrás, inspeccionaba más que ella el camino; entre la cascada de oro, desordenada por el viento, y la camiseta de lana, se abría un paréntesis de carne, velada por el tenue rubio de un vago vello. En la transparencia del cielo, una guirnalda de nubes corría de aquí para allá.

Subieron una larga cuesta, vadearon el torrente espumeante, salieron al declive opuesto. Su paso por el centro de un grupo de casas, excitó la curiosidad de algunas caras sobre el umbral, de las puertas sombrías, y provocó una fuga de gallinas que picoteaban en torno a una fuente.

Y después otra vez la soledad.

Otro villorrio, con un pequeño camposanto y una turba de chiquillos persiguiéndose por entre las tumbas.

—En estas aldeas, los niños no tienen miedo a la muerte—observó Mauro, mirando a través de la verja.—Los niños, que están más próximos a la naturaleza que nosotros, tal vez tienen la oscura intuición de que los cementerios son laboratorios silenciosos donde la muerte se transforma en vida.

—¡Justo!—exclamó una voz desde dentro.

Era un viejo que cavaba una fosa. Y en lugar de cantar, como Hamlet, el sepulturero, bebía.

—¡Buenos días, maestro!—le saludó Méltta, volviéndose hacia él.

El viejo (maestro, síndico, sepulturero y vigilante de la sociedad hidroeléctrica) apoyó el barbudo mentón en el mango de la pala y sentenció:

—No le tienen miedo a la vida, porque no saben que es un valle de lágrimas.

—Un valle de lágrimas canalizadas por tubos—dijo burlescamente Méltta, señalando con el bastón las tuberías hidroeléctricas.

—Lagos, torrentes...—ilustró con pausado gesto el filósofo expedicionario.—Hay mucha agua.

—Pero se bebe poca—aseguró Mauro.

—¿Qué quiere usted? El médico me ha indicado que coma uvas, pero sin tragarme el pellejo ni los granos; yo le obedezco, y me tomo la uva sin granos ni pellejo, a los dos meses de haberla exprimido.

Méjitta echó atrás la cabeza, riendo como una chiquilla, y oyó sobre su tímpano el epigrafe, viejo:

*Un peu de fête,  
beaucoup de deuil;  
depuis un cercueil,  
et la vie est faite. (1)*

—¡Exageraciones!—protestó; y, cogiendo a Mauro de un brazo, saludó graciosamente, y se volvieron al camino.

—¡Es simpático este embalador de cadáveres!

—Y simpático también el que le provee de ellos.

Una pequeña y blanca villa, con un balcón encendido por un enorme tiesto de geranios.

—Un médico—musitó Méjitta—más escéptico que tú. Tiene siempre preparadas tres recetas: para el mal de cabeza, para el mal de vientre y para todos los otros males. Cuando vienen a llamarle de noche, la mujer se informa, desde la ventana, de los síntomas de la enfermedad, y deja caer la receta correspondiente. A la mañana siguiente, el marido va con la mayor tranquilidad a casa del enfermo, diagnóstica, y si le parece que no va a salvarse, extiende sin más preámbulos el certificado de defunción y la autorización para sepultarlo, dejando en blanco la fecha, para ponerla cuando Dios quiera. Llevaban andando dos horas.

—¿Tienes hambre, Mauro?

(1) Un poco de fiesta;—un mucho de duelo;—después un ataúd:—esa es la vida

—Tengo sed.

—Andando, no se bebe.

Y adoptó un aspecto autoritario, arreglándose el nudo de la corbata.

—¿Quieres un bombón, Mauro?

—No.

—¿Quieres un beso?

—Sí.

—Es muy pronto. Estamos solamente a mil seiscientos metros de nuestra fuga.

Un rebaño de carneros apareció en una revuelta del camino. Algunos de ellos huyeron asustados: otros, muy pocos, se acercaron a Méjitta, que les convidaba con un reclamo especial, consistente en alargarles la mano cerrada. Rodeada en seguida, en vuelta, acosada por toda aquella lanosa masa de animales, sacó del equipo un gran pedazo de pan, que distribuyó entre los más audaces, sin tiempo apenas de partirlo.

Avides, infantiles, prepotentes, egoístas, los que se habían quedado detrás, abriánse camino, con el testuz, para llegar a la obsequiante. Y Méjitta reía con una risa voluptuosa, estremeciéndose al contacto de tanto hocico húmedo y casi dulce.

—No hay más—exclamó, alargando los dedos, y batiendo una palma contra otra, sobre todas aquellas cabezas de ávidos ojillos. Algunos se quedaron todavía mirándola, con su mirada lánguida, con su perfil semítico. Uno de los más pequeños, tiesto sobre una roca, como un pisapapeles, se quedó inmóvil hasta que los dos misteriosos personajes desaparecieron a la vuelta de un montículo.

—¡Es delicioso el hocico de estos animales!—confesó Méjitta, lavándose la mano barnizada como de una materia viscosa en un arroyo claro.—Produce un estremecimiento singular en toda la piel al acariciarlo. Cuando yo era niña, me creía una pequeña degenerada, porque no comprendía la música, ni miraba los cuadros, porque los versos me daban risa,

y, por el contrario, gozaba hasta palidecer tocando ciertas sedas, ciertos frutos aterciopelados, ciertas cosas blandas y tibias y pegajosas, como el belfo de los caballos. Acariciaba las plantas de nuestro jardín, en Calcuta, donde mi padre era cónsul, y me parecía acariciar las patas rugosas de un elefante, y me preguntaba cómo era posible que de un tronco tan grueso y vulgarote pudieran salir cosas tan delicadas como las flores y tan exquisitas como los frutos; acercaba la mejilla a la corteza como para averiguar tales misterios, y besaba los brotes húmedos, más tiernos que la boca de un niño. Mi pobre mamá decía siempre que yo tenía los ojos en las puntas de los dedos, como los caracoles los tienen en las de los cuernos.

Mauro callaba, bajo la fatalidad de aquel paseo suyo por la montaña, detrás de una niña tan sutil y tan rubia, que parecía una figura de la mitología del norte, como dicen aquellos que no conocen la mitología del norte ni la del sur.

No podía suponer siquiera cuál sería la meta. ¿Un valle? ¿Una ermita? ¿Una aldea en la otra vertiente?

—Admiro las alturas—confesaba él, irreverente—cuando están domesticadas por un funicular que llega hasta lo último. Comprendo las nieves perpetuas, pero cuando puedo contemplarlas desde la terraza de un hotel, sentado en un profundo sillón, con una humeante cafetera-filtro al lado, goteando sobre la taza, y entre las manos un artículo de Bergeret. Pero pelarse las piernas contra las rocas, colgarse sobre los abismos, dormir en cuevas, vestirse de equimosis, y volver congestionados, despelejados y calenturientos, me parece un sacrificio que las rocas, aun siendo vírgenes, y las nieves, por más perpetuas que sean, no merecen. Por otra parte, no hablemos del alpinismo señorial, elegante, pasional, melodramático, furibundo, con peligro de muerte en el programa... ¿Cómo tomar en serio el

pretendido fanatismo de esas elegantes señoras lánguidas, afectadas y empalagosas, que en la ciudad no suben a un entresuelo como no haya ascensor, que una pastilla de jabón se la hacen llevar a domicilio, y que, por el contrario, en el campo engullen kilómetros cuesta arriba, por senderos impracticables, con pesos inhumanos sobre la encorvada espina dorsal?

—Es preciso saber—sutilizó Mélitta, dándole el brazo y caminando a su lado—si esas gentes tienen su verdadera vida aquí arriba o en la ciudad. Puede suceder que, cansados de la vida ciudadana, al abandonar etiquetas y mojegaterías y subir a estas alturas se purifiquen; en tal caso, hallarán su vida y su alma en el oxígeno de los montes y no en el perfume de los salones. ¿Te parece ilógico? ¿Te parece absurdo? ¿Y no te parecen bellas las cosas ilógicas? ¿No es absurdo que tú y yo en este momento, nos encontremos en esta excursión?

Se detuvo, mirando el camino. Adelantó unos pasos y reconoció el suelo.

—Mauro—dijo, volviéndole las espaldas como para ofrecerle el saco:—¿ves las cintas? Suéltalas.

—Ya están.

—¿Qué hay?

—Chocolate.

—Coge el chocolate. ¿Qué viene luego?

—Té.

—Sácalo. ¿Qué viene ahora?

—Tintura de iodo, algodón hidrófilo, melocotones en almíbar.

—Fuera todo eso. ¿Y ahora?

—Una carpeta amarilla.

—Pues dame esa carpeta amarilla, y vuelve a meter los melocotones, el iodo, el algodón, el chocolate y el té.

Vuelto otra vez toda a su sitio, Mauro la besó en la nuca, mientras ella con cómica seriedad consultaba un plano militar.

—¡No distraer al Estado Mayor!

Y utilizada ya la carpeta amarilla, dióselo por detrás sobre los hombros.

—Mete también en el saco la carta topográfica. Y ahora sigamos. Por aquí.

Anémicos lagartos, agazapados bajo las piedras tibias por el sol, como sometidos a una cura de helioterapia, escapaban hacia sus viviendas.

—¿Y si nos sentásemos?

—Bueno, querido; así probaremos el melocotón en almibar. ¿Lo has puesto muy en el fondo del saco? Aquí lo tengo. Deja: yo lo abro: es muy sencillo: ¡abierto! Busca unas cucharillas. Mira mejor. ¿Has visto cuánto hay? Empieza tú, que eres el invitado: abre la boca; quita las manos; ¿es bueno? Ahora yo. ¿Te sabe mal, goloso? Ahora tú. Ahora yo. ¿Te gusta el almibar? ¡Oh, mira quién hay aquí. ¿Querrán picarnos? ¡Qué atrevimiento! Se ponen en el mismo borde del dulce.

—Son abejas de las colmenas próximas. Se trata de una comisión que tus hermanas, las castas bebedoras de rocío hacen salir a tu encuentro, para darte la bienvenida.

—Buenos días, señoras comisionadas. Podían haber delegado en dos reinas, y no en dos obreras.

—Es que se trata de una comisión obrera.

—Me inspiran poca confianza mis hermanas rubias. Entre las hermanas cabe hasta el fratricidio. Déjalas la lata y vámonos.

Roja y carnosa como un rododentro, una niña de tres años apareció sobre el umbral de su caverna troglodítica. La madre, en un altozano próximo, segaba cuatro espigas de centeno, nacidas como una limosna anónima, entre las piedras, sobre un páramo de estiércol.

La niña reía con la boca cortada en semicírculo sobre la cara redonda, semejante a una hucha.

—Una hucha que espera el óbolo de un confite.

Ni dió las gracias ni se llevó en seguida el

regalo a la boca, sino que se quedó inmóvil y contemplativa.

—¿Te lavan alguna vez la cara?—preguntó Mélietta bonachonamente.

—¡No!—desmintió la niña, rechazando desdeñosamente la calumniosa insinuación.

—Sigamos—rogó Mélietta.—¿Estás cansado?

—Yo no. Tú debes estarlo, tan frágil, diáfana, imponderable...

—¡Echa ahí! ¿Por qué no dices también impalpable, inmaterial, etérea?

—Si me viera precisado a cogerte entre mis brazos, tendría miedo de romperte.

—Me tratas como un vidrio grácil de Murano. Sin embargo, soy fuerte. Ya lo verás. Tengo voluntad para mí y para los demás.

—Pues yo no la tengo ni para mí. Carezco de voluntad, de decisión. Cuando yo sea rico, tendré a sueldo un hombre encargado de importarme su voluntad, de tomar iniciativas, de combinarme los viajes, de escogerme las corbatas, de mandarme a la cama. En vez de pagarme un siervo, me pagaré un tirano. Es mejor tener un tirano que un esclavo. Yo creeré que hago su voluntad, cuando en realidad haré la mía, porque a mi voluntad, potencial y amorfa, él le habrá dado forma y actualidad.

—¡Qué lenguaje más cabalístico!—susurró Mélietta.—Me recuerdas al senador de nuestro hotel, que cada noche se cuelga un plomito de cada palo de la barba, y duerme sentado, para no perder su aire de catedrático ni en el sueño. ¿Te he ofendido? Perdóname. Pero cuando me conozcas mejor, me comprenderás. Yo adoro a los ingenuos. Y los busco, en mis correrías; pero encuentro pocos; las criaturas excepcionales han llegado a ser ya tan comunes, que encontrar una mujer común es un caso excepcional; todos se precian de ser complicados y escépticos. Los escépticos me divierten un instante, pero después ya no les tolero ni una paradoja. El

escepticismo me parece una ingenuidad disfrazada, como la máscara de la ignorancia, y me causa tanta pena como la miseria de frac. Me gustan los ingenuos, los primitivos, los sencillos, los que leen presagios de muerte en la manera de hervir el café, los que adivinan el destino en las líneas de la mano, y los que sienten el mugir del océano en la cavidad de las conchas. No puedo sufrir a las señoritas de mi condición y mi edad porque todas tienen *pose*, porque todas poseen un alma en espiral, una psiquis laberíntica, la tragedia de no ser comprendidas. Y, por el contrario, ¡son tan necias! Y creyéndome yo también una incomprendida, las detesto por mi temor de parecerme a ellas.

—¿Por quién eres incomprendida?

—Por mi familia. Por eso me voy a dar vueltas por el mundo. Yo soy una infeliz: por eso me he acercado a ti, que no eres feliz.

Mauro quiso sentarse. Se descargó del saco y lo abandonó contra una roca. Tenía las manos frías, y los ojos escocidos y cansados, con una invencible tendencia a cerrarse.

—¡No duermas! —le dijo Melitta.— ¡No hay que dormir! ¡Muévete, habla! —añadió autoritaria. — Dime algo.

El espectro del mal de las montañas la espantaba. Estaban muy altos, en una garganta silenciosa, lejos de poblado, en una soledad de rocas y de áridas hierbas enanas, sobre un suelo calizo, con palidez de osario blanqueado, y bajo un sol tibio.

Melitta se vió perdida, con aquel cuerpo inerte entre sus brazos.

A su alrededor, el silencio perfumado de menta silvestre, ajedrea y tomillo. Centenares de saltamontes grises describían desordenadas parábolas, y al saltar abrían sus alas, de un tono oscuro, para mostrar al sol, por un instante, sus ocultos atavíos azul y escarlata.

—Haz un esfuerzo, Mauro. Levanta. Quedan unos metros, y en seguida ya se baja.

Abrió los ojos, y, sin hablar, se puso en pie. Apoyado en el brazo de su compañera, subió, bambolearse hacia la cumbre, que parecía próxima, pero que se alejaba a cada paso. El que parecía último recodo del camino descubría otro más allá, que serpenteaba hacia el cielo, como si en su vértice no hubiera otra cosa que el azul y el abismo.

—¡Ya! —gritó la niña, respirando profundamente con la boca abierta.

Estaban en una altiplanicie, olorosa a vegetación varia y apretada, como la lana de un rico tapete de Esmirna, entrecruzado de hilos blancos, lleno de graciosos arabescos y policromías, que vistos de cerca descubren una geométrica simetría de pequeñas corolas, y un silencioso ofrecimiento de minúsculos cálices rebosantes de nectar.

—¿Ves allá abajo, en el fondo?

—Un lago. No parece más grande que un *tub* (1).

—¿Y aquel rectángulo blanco en la orilla?

—También lo veo. Parece una cabina.

—Es un pequeño hotel. Allí descansaremos.

Estaban juntos, en una esquina del tapete, donde empezaba el descenso: papeles de estaño, cáscaras de huevo, una caja de películas Kodak denunciaban el reciente paso por allí de un hombre civilizado.

¡Cuánto más ligero parecía el saco, y más fino el aire, a la vista de aquel azulado lago que por momentos ganaba en dimensiones y transparencia!

—Quisiera bebérmelo todo, con una paja, lo mismo que un refresco.

El vestido escocés de la muchacha, aquí y allá vetado de briznas y punteado de grapas, caía en bonitos y pesados pliegues sobre las piernas nerviosas que saltaban sobre las piedras, pendiente abajo,

(1) Cubo.

y, tomando como centro el bastón, describía en los saltos elegantes arcos de círculo.

Llegados a la minúscula casa, dos mujercitas, minúsculas también, les miraban desde el umbral.

—¡Buenos días!—dijo Mélitta, poniendo en manos de una de las mujeres cierta moneda propiciatoria.—

¿Están libres las dos habitaciones que dan al lago?

Y se libró del saco, y se quitó el sombrero, dando libertad ante el sol purísimo a su purísima cabellera de un rubio *chartreuse*. El viento le hinchaba la blanca camiseta.

—Estás sudando, Mauro. Ponte mi capa.

Mauro, mudo, contemplaba la montaña,

y el lago,

y el silencio sobrenatural,

y las blancas cimas del sur, que se copiaban

en el agua encrespada por el viento,

y el vuelo solemne de los halcones,

y el infinito,

como escriben los novelistas jóvenes, que tienen más papel a llenar que ideas a exponer.

—¿Vas por el pollo?

—Voy.

—¿Con habas, como le gustaba a Pitágoras?

—Pitágoras tenía gustos de profesor de matemáticas. Le odio.

—¿Con setas, entonces?

—Si no hay peligro inminente de muerte.

—He tomado informes particularísimos en la cocina, y me han dado inmejorables referencias.

—¿Han hecho la prueba del perejil y de la moneda de plata?

—Son pruebas que no prueban nada. Hay un sólo medio infalible: dárselas a comer antes a un pariente próximo.

—Es que ciertos parientes—dijo Mauro—resisten hasta las setas envenenadas. ¿Cómo es la cocina?

—La última palabra en modernismo culinario.

—¿Pulida?

—Esterilizada. Voy a dar órdenes.

Mauro estaba sentado a la mesa, y miraba en torno suyo, un poco asombrado de hallarse en aquella especie de refectorio monástico, sin adorno ninguno, como en una admirable sublimidad de renunciamento; largas planchas sobre caballetes, en vez de mesas; manteles muy viejos, pero immaculados; bancos desde aquí hasta allá.

En las paredes, ni almanaques, ni invitaciones a probar este licor o aquel aperitivo, ni cuadros con el Moro de Venecia o con el combate de Ábba Garima y el retrato de Menelik.

Dos ventanas abiertas sobre el espejo del lago.

Por un instinto de defensa había huido; y un automatismo inconsciente habíale empujado todo el camino. No había sabido dónde iba, desconocedor de lugares y de nombres. Habíale parecido recorrer un libro de ciencias naturales: habíase metido dentro de los abedules, luego de las plantas de hojas caducas, y después de los rododendros; en los claros de los larix y de los abetos había infinitos enebros enanos, y las violetas delicadísimas habían surgido entre los musgos y los líquenes.

Primeramente le había parecido cometer una de esas travesuras que se perdonan «si no se hacen más». La separación de la actriz era cosa irremediable; lo sabía pero no lo pensaba; y era irremediable, porque no podía regresar antes de que ella partiese, y no hubiera sabido ya dónde encontrarla, ni aún habiendo insinuado ella la idea de ir a París por unos vestidos, y a Praga, a entenderse con un escenógrafo bohemio ultraneoilusionistahipermetafísico, para el montaje de la nueva comedia quirúrgico-musical «*La pulga en la oreja*», agonía en

tres actos, con ballets religiosos de Nikotina y Kar-cioff.

La primera señal de angustia había intentado sofocarla, rememorando los sufrimientos, las inquietudes, los espasmos con que aquella mujer de los nervios indomables había dramatizado su amor.

(Mélitta le precedía con el bamboleo de su falda escocesa, escuchando la alegre canción del torrente).

Llevaban andando una hora, y él estuvo tentado de tirar el saco, de volverse atrás, de correr a la actriz, a la maravillosa falsificadora de balances sentimentales, con los que le había hecho probar todos los múltiples y submúltiplos del amor, la mujer injusta y bella como un privilegio, la trágica de las muchas vidas; la mujer que lo había atraído por aquel su substracto feroz, que lo había fascinado con su genialidad, histérica en el fondo, con la naturaleza inquieta, intermitente, oscilante y reincidente de la pasión, con su carácter acuchillador, con sus nervios cargados de cincuenta mil kilowatts, con la exaltada virulencia de su lenguaje de amor, imaginativo y frondosísimo lenguaje de amor que ninguna otra mujer hubiese podido hablar.

(Mélitta caminaba delante, por el sendero tapizado de césped, rubia, ligera, pasándose de cuando en cuando un pañolito rojo de seda por la pálida nuca espolvoreada de oro.)

«Ha acabado, ha acabado—se repetía a sí mismo.—No la veré más. Peor aún: la veré siempre que quiera, pero no podré hablarla; y la volveré a ver en sus mejores momentos: en la escena. Pasará por mi lado, con otros, de noche, después de la función; será todavía bella, para los demás; será elegante, para los demás; esbelta y burlona, como la esterilidad, me clavará con sus inmensos ojos grises, punteados de reflejos metálicos.»

(Mélitta, delante, miraba el paisaje, consultaba el reloj de pulsera y caminaba).

«Prodigará sus dulzuras y su neurastenia a otro:

a otro que le sacará el perro de paseo, que sufrirá las recomendaciones y el malhumor de los contratados, que hará sonreír al actor cómico de la compañía, a aquel que llevaba siempre en el bolsillo una gramática noruega y una revista científica, y que para consolarme decía:—Pobre amigo mío, esa mujer se inflama aunque no se la provoque, porque arde espontáneamente, como el fósforo.

»Ten paciencia—le dirá a otro el cómico recolector de ciencia médica.—Ella no tiene la culpa: es la edad crítica, la víspera de la decadencia; fenómenos explicables; desequilibrios armónicos; insuficiencia ovárica; anuncio de la menopausa; la delincuencia femenina es mayor en la pubertad y en la edad crítica: las explosiones nerviosas, las crisis de llanto, las cóleras insensatas son como equivalentes epilépticos.

»Y la víctima responderá: ¿Pero te parece que yo deje mi tranquilidad a merced de su insuficiencia ovárica y de sus desequilibrios armónicos?

»Sin embargo, seguirá todavía encadenado a ella, en estado de catalepsia espiritual, en la ilusión, mejor dicho, en la hipertrofia de la ilusión que me ha hecho vivir a mí hasta hoy.»

Mélitta le había llevado allá arriba, con su ligereza soñadora de niña inteligente, cubriéndole de atenciones con su parloteo sensato, haciéndole mimos, acariciándole el rostro y el corazón con sus largos y castos dedos como de una clarisa, pero armados de rojas uñas en forma de lanza. Y llegados al claro albergue, sobre el lago dormido, había transformado la propia celda pulverizando perfumes, quemando un cono japonés, disponiendo con bella gracia, sobre la sencilla mesita que hacía de armario, cintas muy vivas, cajitas de plata, un libro encuadernado en piel, un portarretratos de tortuga rubia, una florecilla de ciprés recogida en la ascensión a la montaña, una cruz de topacio, y su ropa blanca íntima, fina e incitante. (Para ser virgen no es

obligatorio enfundar la propia virginidad en gruesas telas de madapolán).

El lecho pobre y desnudo, lo había vuelto amarillo esparciendo sobre él los amarillos crisantemos y los dragones rojos de sus vestidos de crespón de China.

Dondequiera que se hallen, cierta clase de mujeres saben crearse un ambiente de intimidad.

—¿Tienes apetito, Mauro? Yo sí. ¿Has dicho que no? ¿Que no? Pues hay que tener apetito. Yo lo quiero. ¿Tienes apetito?

—Sí.

Se sentó frente a él, mientras una de las mujercitas llevaba un gran plato humeante.

—¡No mires tanto a esa campesina rubicunda, y come!

—No tengo gustos geórgicos—sonrió Mauro con amargura.

Entraron con estrépito dos enormes pares de zapatos herrados, como de un palmo de grueso.

De los zapatos salían dos espigadísimos excursionistas ingleses de *knickerbocker* (1): un hombre y una que, después de un examen muy atento, podía parecer una mujer. Se miraron bien antes de emitir ese gruñido de foca constipada que para los anglosajones quiere decir un saludo.

Cuatro jovencitos morenos, de cara tostada y anchos calzones de terciopelo estrechos por los tobillos, aparecieron en el umbral, llevándose al sombrero verticalmente, la mano abierta, con la palma hacia fuera.

—Franceses—dijo Mélitta.

En efecto, atronaron la estancia con una estrepitosa jerga de trinchera, y dando en la mesa con sus pipas enormes, pidieron a grandes voces vino:

—*Du pinard!* (2).

(1) Caja de juguetes.

(2) Término de trinchera.

\*  
\* \*

Mélitta y Mauro salieron fuera: necesitaban silencio.

Frente a ellos tenían una gran llanura, vagamente ondulada que conducía al lago. Mélitta recordaba haber visto en los escaparates de las tiendas de modas peces de colores nadando en *acuarios* improvisados con la falda de ciertos vestidos, para demostrar la impermeabilidad del paño. Aquel lago encalmado era como un poco de agua sobre un ángulo de tejido árido, tendido sobre la corona de los montes; una corona fantástica donde brillaba el iris perlado de las nieves, donde centelleaban los diamantes de los hielos; donde el horror de la murena de ágata se confunde con la esmeraldina serenidad de los pastos.

(Esta descripción idiota, campanuda y vieja satisface al paladar de los guardias municipales. Para las señoritas que estudian para maestras, tendremos que añadir unos puntos suspensivos, el lamento... muy lejano... de unas campanas).

Un vientecillo fresco les azotaba, agitando las ropas y modelándolas con gracia sobre el pecho, sobre el vientre, a lo largo de las piernas de Mélitta.

Cuando estuvieron junto al lago, en un lugar tranquilo, lleno de sol acariciador, un lugar que parecía preparado adrede con finísimas e infinitas briznas de hierba, resguardado del viento, la muchachita extendió su capa.

—Hay sitio para dos.

Y cruzó las piernas a la manera turca: Mauro se tendió boca abajo, apoyando en la hierba los codos, y el mentón en los puños sobrepuestos.

Recto, frente a Mauro, el gran valle de donde habían subido.

El miraba hacia allá, fijo, mudo, ausente.

—Tengo que decirte una cosa, Mauro. Te la he callado hasta ahora, no porque no me atreviese a confesarla, sino porque no la consideraba urgente. He podido hablarte anoche, allá abajo; o esta mañana, mientras subíamos, o en la mesa: pero me parecía que podías despedirme, o que no me seguirías.

—¿Y bien?

—Es preciso que yo te deje, como cosa de una hora.

El se volvió hacia ella y la miró cara a cara. Después retornó a su postura de antes, miró hacia el gran valle, abierto como dos grandes manos protectoras que le invitasen, y dejó caer el rostro entre las dos suyas abiertas.

No lloraba. Pero los hombros y la espina dorsal daban sacudidas como sollozos.

—¿Qué hora es?

Méjitta se miró la muñeca: las dos: pero no contestó.

Se plegó luego a un costado de él, poniéndolo contra el hombro su seno; trató de verle el rostro, de apartar las pálidas manos que se interponían entre él y la tierra; pero él continuó inmóvil, con la boca en la hierba, como si quisiera volcar sobre la tierra todas las lágrimas que de la tierra, es decir, de la carne provienen.

Méjitta metió su propio rostro entre el rostro y las manos de él, mezclando con la amargura de su tormento de hombre destrozado, todo el perfume de su juventud, toda la fragancia de su alma transparente.

Y besándole las mejillas semiocultas, y la boca húmeda del rocío de las lágrimas, murmurábele en voz baja:

—Llora, pobre Mauro. Llora.

, \*  
\* \*

Allá abajo, a cinco horas de marcha, algunos camareros reverenciosos, con inclinaciones mitad de diplomático y mitad de pederasta, hacían los honores al carruaje, cargado de polvo y de baúes.

Un grupo de señoritas de inteligencia roma como sus zapatos de tennis trataba de descubrir bajo el velo el rostro de la señora solitaria que partía.

, \*  
\* \*

—No llores más. No te dejes, no: aquí está tu Méjitta; no, no se va.

Del refugio, que fué en tiempos albergue de caza de un gran rey, y que ahora con el pomposo nombre de hotel restaurant hospeda a los soñadores que escalan las nubes con su imaginación, llegaba el canto de los cuatro jovencitos franceses, que conservaban de las trincheras la jerga y las canciones.

Cantaban la *Madelon*.

Grandes mechones de árnica amarilleaban entre las rocas de la murena.

A una altura vertiginosa, un equipo de halcones se abandonaba a pruebas de virtuosismo, al sol que hacía de reflector. Giraban en lentas espirales, iban y venían en evoluciones magníficas, rizaban el rizo, se dejaban caer como cosas inertes, y de pronto recobraban el vigor de su vuelo y se remontaban a una mayor altura.

(Si, después de todo, no eran halcones, da lo mismo. Pero mirlos no eran).

A lo lejos, el jovial estribillo de nostálgico amor soldadesco:

—¡La *Madelon*!

Y el sol bajaba de pronto tras una cresta altísima,

dejando tras sí una fría humedad. Melitta, sintió frías sus manos y le pareció que se hundían en la humedad violeta de aquella sombra.

—Volvamos.

Los cuatro jóvenes se habían marchado. El inglés hombre, con su pipa de raíz entre los largos incisivos, leía la Biblia, proyectando sobre las sagradas páginas profanas espirales de humo, mientras la inglesa mujer le preparaba una especie de torta de mermelada, con manteca y miel.

—¿Y si nosotros tomáramos el té?—propuso Melitta.—Voy a la cocina, a prepararlo. En mi habitación tengo un paquete blanco y un frasquito amarillo.

Encontró los bizcochos y el ron. Antes de salir, miró otra vez la mesita roja, transformada en un ángulo de intimidad. Los lazos, la cruz de topacio, el portarretratos de tortuga rubia con la fotografía de mamá, una cajita de plata, un...

Un curioso objeto mal envuelto en un papel: una especie de caja de cerillas hecha como de hojas de papel de estaño sobre otras hojas de parafina.

Mauro la miró por todas partes, la sopesó con aire interrogativo, y con el paquete y el frasco volvió a entrar en el comedor, escualido, monástico y bello como un refectorio.

Tomaron el té. Melitta ofreció ron a los ingleses; los ingleses le ofrecieron mermelada de frambuesa, y elogiaron el sol de Roma, la fuente de las tortugas y las alcachofas con judías que se comen en Piperno, en el monte Cenci. Melitta demostró estar al corriente de las excentricidades del Príncipe de Gales, habló de su nostalgia del Támesis y discutió sobre la última llegada de momias para el Museo Británico.

Mauro pensaba que a aquella misma hora, una

mujer cubierta por un velo viajaba quién sabía por dónde, en busca de quién sabía quién.

La comida no fué larga ni alegre, a la débil luz amarillenta de la lámpara de aceite. La noche estaba fría: en un desgarrón de las nubes blanqueaba alguna nebulosa, entre parpadeantes asteroides.

La muchachita se empeñó en que Mauro tomase una píldora calmante, se aseguró de que el lecho donde él tenía que dormir era blando, plano y dotado de buenas ropas; y cuando le pareció que el medicamento iba a producir su efecto, aquietándole los nervios, se fué a su habitación.

Pero no durmió.

El cansancio, las emociones, el mismo calmante le velaban la mente, produciéndole una somnolencia nerviosa. La fantasía le proyectaba extravagantes visiones de hechos recientes y remotos, contorsionados en un pavoroso ovillo, en el cual se abrían dos grandes ojos grises, punteados de escamas amarillentas, y una doble hilera de lámparas al pie de un proscenio lleno de áurea luz: se sentía transportado en vilo, por encima de una muchedumbre victoreante, y de unos halcones negros que volaban sobre el anfiteatro de los montes, sobre el pequeño lago azul.

—¡Melitta!—gritó, con la garganta abrasada por la fiebre.

No respondió. ¿Era posible que durmiera, mientras él en la desolada alcoba de un albergue de caza, solitario como un lazareto, se retorció las manos atacado de una como locura incipiente?

—Yo soy como esas muñecas—habíale dicho Melitta—que apenas se tienden boca arriba cierran automáticamente los ojos.

Se echó de la cama. Se acercó a la puerta, llamó.

Nada.

La superstición asimilada en el ambiente de los cómicos se agudizó, atormentándole. Pensó en la venganza, en el castigo: la mujer de los ojos grises

con resplandores amarillos encerraba en su mirada algo mágico. También a él, quince horas antes, le habían llamado a la puerta, suplicándole:

— ¡Sketch!

Tampoco entonces, forzada la puerta, encontraron a nadie.

Mauro llamó de nuevo:

— ¡Mélitta!

No muy lejos, alguien que sin duda quería dormir, dió tres golpes resueltos.

Escuchó, conteniendo la respiración y miró en torno suyo: después empujó la puerta, iluminando alegremente la habitación con su propia luz.

El lecho estaba intacto. Todas las cosas de Mélitta en su sitio. Los lazos, la cajita de plata, el crucifijo de topacio, el vestido de crepón de China con los dragones encarnados y los crisantemos. Examinó los objetos uno a uno. Aquella cosa hecha de hojas de papel de estaño sobre hojas de parafina, no estaba.

Vistióse mejor, se envolvió en una capa y salió a la noche, llamando a Mélitta en voz baja. No podía estar muy lejos. Estaba ciertamente allí mismo, y en el silencio tenía que sentirla.

— Mélitta... Mélitta...

Dió una vuelta completa a la casa, volvió a su habitación, salió, la llamó una vez más, fué de un lado para otro en las tinieblas, hacia el lago, hacia el monte; le pareció haberse alejado mucho, y se encontró por el contrario contra una pared; avanzó poco a poco, por una especie de sendero, se metió en un arroyuelo, vió algo que brillaba en las sombras: ¿el espejo del lago? Avanzó con cautela, y volvió a llamar a Mélitta, inútilmente.

Siguió dando vueltas por la sombra desolada una hora, dos horas, ¡quién sabe cuánto! Se sintió solo, como si todos los hombres hubiesen desaparecido de la tierra, y se estuvo largo rato contemplando tan espantosa desolación.

Le daba miedo, no la oscuridad sinó el silencio. La naturaleza tiene horror al vacío: el hombre tiene horror al silencio.

¡El silencio!

¿Qué es lo que leía aquel hombre en la Biblia? ¿Y aquellos pajarracos negros qué figura habían trazado sobre su cabeza, con sus vueltas como signos cabalísticos? ¿le entretejían acaso una corona de martirio?

— ¡Mélitta!

Sombra. Montañas monstruosas: el lago era como una losa funeraria de cristal.

Coordinó sus pensamientos: disciplinó su voluntad.

Mélitta no podía haberse ido. ¿Por qué había dejado allí, si no, todos sus objetos? ¿Por qué había partido sin decirle una palabra? ¿Y dónde iba a ir? ¿De noche, por aquellos caminos invisibles, en un descampado tan inmenso?

Buscó la dirección de la casa: le pareció buena; dió algunos pasos: se desvió; no era aquella; se detuvo a escuchar: ¿un susurro? ¿una voz?

Nada.

Vagó de aquí para allá. Se volvió inquieto, desorientado.

Un gusano de luz.

Era como el que tiene una pesadilla, y aun sabiendo que lo es, no acierta a despertarse.

No. No era un gusano de luz. La luciérnaga palpita, se ilumina, se oscurece a intervalos regulares. Aquella luz era fija. ¿Llegada de excursionistas? ¿Caminantes en dirección al refugio?

Corrió hacia la lucecita, tropezó con una piedra, cayó, se levantó, siguió corriendo.

Una voz.

De mujer.

Se detuvo, intrigadísimo.

La voz de Mélitta.

Avanzó con cautela, conteniendo la respiración, su-

jetándose las alas de la capa, para que ni siquiera produjese el ruido de su roce.

No acertaba a ver quién acompañaba a Mélitta: una linterna eléctrica proyectando un triángulo de luz, ya hacia adelante, ya sobre el suelo, hundía en una sombra más negra a dos personas.

Temió ser descubierto: bastaba un desvío de la lámpara hacia él, para iluminarlo de lleno. Cuando hubieron pasado, pudo distinguir, viéndolas por la espalda, dos figuras humanas recortadas como en un papel negro, sobre el cono de luz.

Debía de ser un hombre bastante joven: y alto como él. Percibió alguna palabra: le pareció que se trataban de tú.

Llegados a la casa, ella abrió cautelosamente la puerta, y se mostró alumbrada por la débil luz de la linterna: ésta, al proyectarse hacia adelante, iluminó también el rostro del desconocido. Se saludaron quedamente, el desconocido besó a la niña y se volvió sobre sus pasos en la noche oscura, precedido del cono de luz blanca.

Mélitta entró en su habitación despacito y cerró la puerta. La casa, por un momento salida de las tinieblas, se hundía nuevamente en la oscuridad.

La linterna del misterioso caminante proyectó en la negrura sobre el suelo su cono de luz, osciló de aquí para allá, se convirtió en un punto confuso... y desapareció.

## 4

Despierta poco después de elevarse el sol, por el relincho y el piafar de los caballos que esperaban a los ingleses, Mélitta salió a la explanada a saludar a los montes velados de rocío, y a saturarse del aire de la mañana. En las altas crestas lejanas había nevado durante la noche.

Volvió a su cuarto, a despertar sus pequeñas cosas dormidas: una cobertera que brilla pretenciosa y rutilante, el agua que canta cayendo en la jofaina, un golpe de peine contra el espejo.

—*El Padre Eterno es aquella cosa...*

Mélitta canturreaba enjabonándose la nuca con una brocha.

—*...que vela por ti día y noche...*

Terminó, dejó la brocha y fijó luego una cuchilla entre las dos defensas de la navaja de seguridad.

—*...pero que después se burla y se ríe...*

Cogió la gillette por el mango, y ayudándose con dos espejos contrapuestos, uno a la espalda y otro de frente, comenzó a rasurarse.

—*...de tus calamidades...*

—¿Puedo entrar, Mélitta?

—¡Adelante!

Siguió rasurándose la nuca a grandes navajazos: el brazo desnudo, levantado y retorcido hacia atrás,

jetándose las alas de la capa, para que ni siquiera produjese el ruido de su roce.

No acertaba a ver quién acompañaba a Mélitta: una linterna eléctrica proyectando un triángulo de luz, ya hacia adelante, ya sobre el suelo, hundía en una sombra más negra a dos personas.

Temió ser descubierto: bastaba un desvío de la lámpara hacia él, para iluminarlo de lleno. Cuando hubieron pasado, pudo distinguir, viéndolas por la espalda, dos figuras humanas recortadas como en un papel negro, sobre el cono de luz.

Debía de ser un hombre bastante joven: y alto como él. Percibió alguna palabra: le pareció que se trataban de tú.

Llegados a la casa, ella abrió cautelosamente la puerta, y se mostró alumbrada por la débil luz de la linterna: ésta, al proyectarse hacia adelante, iluminó también el rostro del desconocido. Se saludaron quedamente, el desconocido besó a la niña y se volvió sobre sus pasos en la noche oscura, precedido del cono de luz blanca.

Mélitta entró en su habitación despacito y cerró la puerta. La casa, por un momento salida de las tinieblas, se hundía nuevamente en la oscuridad.

La linterna del misterioso caminante proyectó en la negrura sobre el suelo su cono de luz, osciló de aquí para allá, se convirtió en un punto confuso... y desapareció.

## 4

Despierta poco después de elevarse el sol, por el relincho y el piafar de los caballos que esperaban a los ingleses, Mélitta salió a la explanada a saludar a los montes velados de rocío, y a saturarse del aire de la mañana. En las altas crestas lejanas había nevado durante la noche.

Volvió a su cuarto, a despertar sus pequeñas cosas dormidas: una cobertera que brilla pretenciosa y rutilante, el agua que canta cayendo en la jofaina, un golpe de peine contra el espejo.

—*El Padre Eterno es aquella cosa...*

Mélitta canturreaba enjabonándose la nuca con una brocha.

—*...que vela por ti día y noche...*

Terminó, dejó la brocha y fijó luego una cuchilla entre las dos defensas de la navaja de seguridad.

—*...pero que después se burla y se ríe...*

Cogió la gillette por el mango, y ayudándose con dos espejos contrapuestos, uno a la espalda y otro de frente, comenzó a rasurarse.

—*...de tus calamidades...*

—¿Puedo entrar, Mélitta?

—¡Adelante!

Siguió rasurándose la nuca a grandes navajazos: el brazo desnudo, levantado y retorcido hacia atrás,

descubría en la cavidad de la axila, no lustrosa aún, un tenue espolvoreo de oro pálido, vaporosa muestra de intimidad.

—¿Te has escandalizado de mis canciones? Desde hace muchísimo tiempo el Padre Eterno goza de una inmejorable reputación. ¿Prefieres las canciones napolitanas donde se habla de inocencia, muerte y amor?

Mauro no respondió. Entonces ella se volvió, dejó el espejo y la navaja, y cogiéndole las manos, le miró fijamente.

—¿Qué tienes? ¿Sufres? ¿No has dormido? Habla.

El rostro descompuesto, el cabello en desorden, despeinado de un lado y alisado del otro, los ojos como espantados en las lividas órbitas.

—¿Dónde estuviste anoche?

—¿Me viste?

—Sí.

—¿Me seguiste?

—Sí.

—Pues ¿por qué me preguntas?

—No te seguí.

—Pues no hiciste bien. ¿Y qué has descubierto?

—Te he visto volver. ¿Quién era aquel hombre?

—El ogro. El ogro que se come a las niñas.

—Por eso, sin duda, acercó su boca a la tuya.

—No me besó en la boca: viste mal. Aquel hombre... Siéntate aquí, en mi cama. Yo te contaré. Espera. El agua del café está hirviendo. Voy a prepararlo, para servírtelo yo misma. Dame esa toalla; el mango quema; ¿mucho azúcar? ¿poco azúcar? ¿Así? Un momento: no está filtrado todavía. ¿Lo encuentras muy cargado?

Le ofreció una taza, y se sentó en una silla, a su lado.

—No te figures, niño mío, que yo haya venido por puro amor a la montaña: conozco países mucho mejores. Dame la taza. Yo la pongo. Has de saber

que... Un momento. Ayer, cuando estuvimos sentados en mi capa, junto al lago, ¿no te dije que tenía precisión de ausentarme de ti dos horas? Y tú respondiste: «No, chiquita mía, no me dejes solo: tengo miedo». ¿No me dijiste eso?

—Sí te lo dije.

—Pues, como ves, no te he ocultado nada.

—Entonces, ¿por qué saliste de noche?

—Porque no te dabas cuenta de que estabas solo. Dormías.

—No dormía.

—Pues debiste llamarme. Hubiera estado a tu lado, como ahora.

—Nada de eso explica dónde has ido, ni quién era ese individuo.

—¿Quién supones que era?

—No sé.

—Respóndeme antes: ¿me crees una viciosa?

—No.

—¿Una perversa?

—Tampoco.

—Sin embargo, has podido pensar que yo te traje aquí para asistir... a lo que te figuraste. Sí, sí: dílo claro. ¿Tú crees que aquel hombre era mi amante?

—No lo creo.

—Entonces, ¿qué puede ser un hombre a quien veo de noche, en un lugar desierto, con el que estoy varias horas, y que luego me acompaña a casa, y al dejarme, me besa?

—No sé.

—Pues vas a saberlo: un hermano mío.

Pausa larga.

—¿No me crees?

Mauro respondió con la cabeza. Es mucho más fácil responder así que de otro modo, cuando se sufre. Y en vez de mostrarle su ternura con palabras, prefirió poner el rostro en la desnuda garganta de la niña, que se colgó de su cuello con los largos brazos

de nieve, veteados de violeta, y con un oro pálido y vaporoso en las axilas, como si de la masa llameante de los cabellos metálicos, hubiérase desprendido, y fijado allí, un espolvoreo de limaduras.

El kimono de crespón de China, con los vaporosos dragones trepadores y los crisantemos, se abrió sobre el pecho, dejando ver la ligerísima camisa de seda: ella trató de cubrirse, apretándose contra él, estrechando más el abrazo en su cuello; y para ocultar a sus ojos indiscretos la tímida carne, puso contra el pecho de Mauro, estrujándolos, aplastándolos, sus dos pequeños senos, avanzados centinelas de su latente sensualidad.

—No he terminado de afeitarme—balbució apartándose y reponiéndose.

Buscó la navaja. Pero la mano le temblaba.

—Dame jabón. Sigue tú donde yo lo dejé.

Mauro obedeció.

—Mira—dijo Mélitta con la cabeza doblada, estremeciéndose un poco por el frío de la navaja al resbalar sobre sus vértebras.—Este es el peinado a lo Tito, el corte «a lo víctima»; tiene el nombre del tocado que se hace el reo antes de que la cuchilla de la guillotina cumpla su misión.

—Tienes, en efecto, un cuello precioso para la guillotina. Te sentaría bien una cinta roja, con una gota de rubí sobre la garganta. Tienes además una bonita espalda.

—Algo flaca.

—Una bella nuca.

—¡Adulador!

—Una preciosa garganta.

—Mientes, mientes.

—¿Y volverás a ver a tu hermano? ¿Vive aquí todo el año?

—Todo el año.

—¿Solo?

—Con un criado muy fiel, un andarín que en el invierno baja al fondo del valle por provisiones

para los dos. Fué su asistente en la guerra, y le salvó la vida. Meses después, mi hermano le salvaba la suya, con una trasfusión de sangre: de su propia sangre.

—¿Y qué hace aquí arriba?

—Lee, estudia, estudia siempre y de todo; piensa mucho; no ve a nadie; no quiere ver a nadie.

—¿Es un eremita?

—Sí: un eremita moderno. La única persona que se acerca a él, soy yo. Gracias. Dame la navaja. Lávate las manos. El jabón, aquí. Mi hermano y yo tenemos un carácter idéntico: por eso nos queremos tanto, y nos comprendemos. Yo te lo presentaré, si quieres.

—Será él quien no quiera conocerme ni saber de mí.

—Mi hermano quiere siempre lo que quiero yo.

—¿Y lleva muchos años aquí arriba?

—Doce.

—¿Sin bajar nunca?

—Sí. Cuando la guerra. Hizo su servicio. Fué herido. Luego volvió a la montaña, y se ha quedado otra vez.

—¿Y por qué ha escogido esta soledad?

—Para estar cerca de un cadáver.

—¿Un cadáver?

—Tragado por una hendidura. Hay nieves que no se derriten ni en el estío. Era una jovencita de dieciocho años.

—¿Eran novios?

—Sí. Está fresca la mañana. ¿Te gusta esta camiseta de franela? Se abrocha en la espalda y tapa el cuello: es un modelo ruso: me la ha hecho una modista rusa establecida en Viena.

—Te da un aspecto moscovita.

—Al principio de conocernos, me dijiste que yo tenía un cuerpo de ballet ruso. Ve a tu cuarto, a arreglarte también. Yo voy a prepararme entretan-

to, y aquí mismo, mi café con leche. Si alguna de mis cosas te sirve...

\*  
\* \*

Se quedaron de únicos huéspedes; todas las caravanas de excursionistas se entretenían sólo el tiempo suficiente para reponer un poco sus fuerzas, y beber un aromático *génépi* (1).

El lago, iluminado por rosadas irisaciones concéntricas, el anfiteatro solemne de las montañas, el invencible silencio... eran todo su mundo.

Probaron a gritar, a silbar, a disparar un tiro: la voz, el silbido y la detonación se perdieron, con múltiples ecos, en las montañas.

¡Selos!

No se regulaban las comidas por el tiempo, sino que el tiempo era medido por las comidas: no había disciplina de campana o de timbre que llamara a la mesa, ni interruptor de luz que anunciase oficialmente la noche; no había nadie a quien sonreír ni a quien saludar; podían ir por lugares llanos o por precipicios, turbar el sueño del lago, coger gencianas, sin caer en comentarios maliciosos sobre su amistad, ni en malos augurios sobre su serenidad.

Todo serenidad.

—No me propongas ecuaciones sentimentales—dijo Mauro a la muchacha una noche en que, paseando muy juntos bajo las estrellas, ella le preguntaba cosas de su ternura.

¡Cómo brillaba aquella noche el cielo, allá arriba, donde no había poetas que lo adulasen, ni astrónomos indiscretos, ocupados en contar las estrellas, como para metérselas en el bolsillo!

—¿Y qué será de nosotros dentro de unos días?—preguntó otra vez el joven, pensando en la

(1) Licor de aquilea almizclada.

fatalidad de la separación.—¿Qué será de nosotros mañana? ¿Nos veremos? ¿Habrá manera de encontrarnos? ¿Cómo? ¿Dónde?

—No hagas proyectos para el porvenir—le contestó, mostrándole un periódico y señalando con el dedo la nota demográfica.—Treinta y siete muertos. Treinta y siete personas que hacían proyectos para el porvenir.

Serenidad.

No analizar, no prever, no preguntarse alternativamente, ni sobre el futuro ni sobre el pasado.

Ignorar.

Parecía propiamente que todo lo supiese el uno del otro, y que no hubiera punto oscuro ninguno en la recíproca vida de ambos.

—Tienes ya dos canas,—le anunció ella un día, acariciándole las sienes.—Es hora ya de que te cases.

—No tengo blasones para venderme a una carnicera rica, ni una prepotente virilidad para entusiasmar a una aristócrata lánguida.

—Sin embargo, llegará tu día: una buena provincianita romántica, que juntará en un mismo amor los rosales, el marido y las gallinas.

—Melitta, respeta mis canas.

—Porque tengas ya dos...

—Pues respeta esas dos.

Habían descubierto una especie de ensenada, compuesta de algunos montículos aislados, adamascados de líquenes e iluminados por grandes mechones amarillos de árnica. Arrodillados uno frente a otro, en aquel pequeño *tea-room* (1) para ellos dos, prepararon el té sobre un prehistórico hornillo formado con cuatro piedras, y alimentado por un combustible recién recogido, productor de un humo que hacía reír y toser al mismo tiempo.

Y riendo y tosiendo, acababan invariablemente con un beso, un largo beso, en las rodillas.

(1) Sala de té.

Méllita decía:

—Parece el beso de Hugo y Parisina.

La muchacha habíase llevado un libro encuadrado en piel, con guarniciones de plata. Era el libro de un poeta malogrado, a quien ella había conocido de niña.

—Mi padre era entonces cónsul de Italia en Calcuta, como ya te he dicho. Y el poeta enfermo que buscaba «en bellas y cálidas tierras lejanas» su curación, fué a él por una necesidad burocrática: un sello o una firma. Yo tenía unos diez años; el italiano, pálido y rubio, que decía ser poeta y amar las mariposas, me llenó de curiosidad; habituada como estaba a ver solamente hombres de piel de bronce, interesados nada más que por fieras y serpientes, descubrí en el exangüe soñador algo de mí misma, de mi propia raza. Hablaba de regalos que le habían hecho: un diente de elefante, una uña de tigre, una piel de leopardo... Yo fui a mi cuarto en busca de una dorada mariposa disecada, de esas que no se ven más que en el golfo de Bengala, y la puse tímidamente en la punta de sus dedos. Dos meses después, el poeta me enviaba desde Italia este libro, con este cortapapel de plata.

Mauro examinó la hoja inofensiva, ingenuamente cincelada a la antigua manera; y ella, tendida boca arriba, con las piernas juntas y estiradas, y apoyada la cabeza en el mechón amarillo de árnicas, comenzó a leer a media voz una poesía atormentada, en la que una mujer bella y triste confiesa al poeta: «Yo, en mi sueño errabundo, sufro por todo el vasto mundo, que no es mío! ¡Todavía sueño en una aurora que mis ojos no vieron; todavía deseo y deseo, terriblemente!...»

—¡Es una poesía que hace daño!—y Mauro se tendió también junto a Méllita, adosando su cuerpo al de ella.

✓ Ella cerró el libro.

La tibieza del mediodía los sumía en una suave

somnolencia. Callaron largo rato, sin suspirar, sin mirarse. Tendidos paralelamente, con las manos alargadas a lo largo del cuerpo, los rostros llenos de sol.

—Parecemos Tristán e Isolda—comentó Méllita con una risotada—los cuales, miserables y castos, dormían con una espada desnuda—y diciendo esto levantó en alto el cortapapel—puesta entre sus dos cuerpos.

Las bromas de Méllita eran como el alivio de su sueño, como la máscara de su sentimiento.

—¡Qué versada estás en cuadros plásticos de amantes célebres!—dijo Mauro—Hugo y Parisina, Tristán e Isolda... Puedes compararnos también a Pablo y Virginia. Podríamos componer un calendario de amor. ¿Estás cansada? ¿Tienes sueño?

La muchacha se recogía en una voluptuosa castidad, y el joven inmóvil, llenábase sus ojos adoradores de aquella espiritual criatura, descolorida, transfigurada, de dulce perfil, de grandes cejas arqueadas, bajo una frente vasta y luminosa.

Y en el ensimismamiento, la boca pentagonal se cerró.

Una mariposa, pequeña y azul, como una viruta de esmalte, revoloteó incierta sobre las amarillas árnicas y los cabellos, luego alrededor de una mano de la durmiente, y se posó en el libro del poeta malogrado, el pálido y rubio poeta que amaba las mariposas.

\*  
\* \*

—Es sencillísimo—explicó ella, cascando el huevo en el borde del vaso, y separando luego la clara de la yema, con la caricatura de solemnidad que ponía en ciertos gestos humildes.—Se agita la yema con una cucharilla—y diciendo esto separó los dedos, como hacen los prestidigitadores para demostrar que no hay

engaño—se añade un poco de pimienta, dos gotas de limón, un polvito de sal.

—¿Y por qué sal también?

—Porque sí. Los niños bien educados no hacen preguntas. Abre la boca: valor: a Mélitta no se le dice que no. Necesitas nutrirte. No lo niegues. Obedece. ¿Has visto?

Y de este modo Mauro, aleccionado por Mélitta, aprendió a tomarse los huevos como las ostras.

La muchacha sentía una atracción inevitable hacia aquel hombre a quien había conducido allá arriba, por una especie de piedad de hermana, por un samaritano instinto consolador, pero al que rápidamente había llegado a amar. Precisamente porque no se sentía más que hermana, de la hermana estudiaba las actitudes para mentirse a sí misma, y para esconderse de él.

—¿Nosotros nos hemos encontrado por una pura casualidad o por una casualidad impura?—le dijo ella, rechazando sus manos que le buscaban la cabeza para posar sobre ella la boca una vez más, y aspirar el perfume de sus aromáticos cabellos.—Yo te he dado algo de mí misma; más de cuanto yo hubiera querido. Me propuse servirte solamente de consuelo: pero de amor, ¡no! He tratado de curarte tu espantoso mal, matando en ti la pasión por aquella mujer. ¿Soy un asesino? Pues es un asesinato piadoso. Tu pasión era una enfermedad incurable, sin otro remedio ya que la muerte. Yo le he apresurado el fin, un fin dulce, sin que tú mismo te hayas dado cuenta. Y ahora que tu drama está acabado, y no hay probabilidades de que resurja, te abandono a tu suerte. Y yo sigo la mía.

Lo miraba con sus grandes pupilas dilatadas.

—No podemos abandonarnos a la vida—afirmó el joven cogiéndose a ella, y llevándola en dirección opuesta al valle, como si la idea de volver al llano le inspirase miedo.—Tú no serás ya la pequeña Mélitta, la frívola golosa de azúcar que me parecís-

te el primer día. Eres una mujer a quien amo. Te amo con toda mi alma.

—Y yo con todo mi cuerpo—gimió ella echándosele al cuello, y estrechándolo fuertemente sobre sí, como si quisiera absorberlo por entero.—Te amo, te amo, pero no quiero amarte.—Y diciendo esto, le ofrecía sus labios. Pero súbitamente se separaba.

—Déjame: en mí no debes ver otra cosa que la amiga, la samaritana, el delfín, el perro de lanas—y una risotada le inflamó la esclerótica—que ha querido salvarte. Pero la amante, no.

—Sin embargo, tus palabras se contradicen con tus gestos, con la voz, con el instinto, con el impulso que te lanza a mis brazos. Yo te siento ya mía, como si lo hubieras sido realmente.

—Es que te pertenezco. Me has hecho tuya sin tomarme. Solamente cuando tú me besas en los labios es cuando me parece que vivo.

Y se estrecharon uno contra otro.

Tibia languidez se difundió por sus cuerpos. Estaban unidos en un escondido rincón de los montículos, sobre la blanda y amarilla almohada de las árnicas.

Avanzaba la tarde.

El horror de la montaña en tinieblas avanzaba también sobre sus cabezas, precedido de la amplia voz del viento.

Se dejaron deslizar, haciéndose pequeños, pequeños, y él la recogió toda ella contra su pecho, y le besó las manos heladas y mórvidas, y para calentarla y defenderla (pobre niña asustada) la besó en la garganta, en la espalda, buscando la tibieza del seno entre los pliegues del vestido, y sorbiéndole el corazón con la boca, como si quisiera aplacar sus locos latidos.

Caida en el suelo, emitían sus labios cerrados un gemido leve, teniendo la cabeza sobre una mano de Mauro que le hacía de almohada, mientras la otra mano, sin hallar defensa, tanteaba convulsa

a lo largo de la cintura para desatar los lazos, y buscando por entre las junturas de la ropa el camino más corto para llegar a la carne.

Desapareció la luna: la ligera nubecilla deshinchada que hasta entonces había servido como de cortejo, creció y creció hasta hacerse un nubarrón de tempestad.

Pronto la viva llama de un relámpago iluminó cárdenamente sus rostros. Y el trueno que retumbó en seguida, apagó un grito de la muchacha.

—Vámonos.

Una llovizna helada les siguió en su carrera, y nuevos relámpagos y más profundos truenos parecían perseguirles. Con las dos cabezas bajo la misma capa, un poco encorvados, asombrados y dichosos, huían hacia la casa; y habían apenas entrado en el aposento de Méllita, cuando un turbión violento se desató, martilleando los cristales de las ventanas y el techo del albergue.

—Cierra la puerta, querido, y sécate el cabello. Puedes venir aquí si quieres, a ver la tormenta. ¿Oyes los truenos? Tienes las mejillas frías: acerca tu cara a la mía, y estémonos así, muy juntitos, muy juntitos.

Una chispa eléctrica iluminaba a grandes trechos el paisaje verdoso, indescifrable, sumergiéndolo luego en un gris más hondamente oscuro.

La nube inmensa se desgarraba luego como a los mandebles de una espada, ennegreciéndose en el centro e iluminándose en los extremos; y sus ojos heridos retenían largo rato la imagen opuesta: una nube roja en el centro, y negrísima en sus bordes.

—¡No he visto nunca un espectáculo tan soberbio!—dijo entusiasmado el joven, contemplando a la muchacha iluminada por el relámpago.

—¿Cómo estoy?

—Estás blanca toda tú, toda tú bella.

—Pero ¿qué belleza es la mía?

—Una belleza intraducible.

—Dime, dime qué belleza es esa. Quisiera verme. Mirame bien con tus ojos, y dime luego cómo soy. Quisiera saber si me parezco a...

—¿A quién?

—Calla.

—Dime a quién quisieras parecerte.

—A una mujer delgada como yo, pero morena, que tenía mis mismos ojos, y viajaba por Lituania, Bohemia y Galitzia, con una caravana de zingaros caldereros, danzarines, músicos y, tal vez también, ladrones.

—¿Quién era?

—Y cantaba una canción—continuó ella—que decía: «La muchacha zingara enamorada de un hombre de otra raza, es como la paloma que quiere posarse sobre la punta de un puñal. Ella no puede sostenerse, y el acero le traspasa el corazón.»

Dieron un salto. Una improvisada manga de granizo dió contra los cristales, y les hizo retroceder, como si les hubiese azotado el rostro: caía como un formidable espolvoreo de granos, saltando, resbalando, persiguiéndose unos a otros, igual que si se hubiesen roto miles de collares a la vez. El viento al mismo tiempo parecía empujar el montante de la ventana y la puerta, como si fuera a descuajarlos, y la casa toda, envuelta por el huracán, resonaba como un monstruoso instrumento de danzas macabras.

—Los carrós de los zingaros debían de ser sombríos y pavorosos como este albergue, cuando se separaban de ellos los caballos, para que la tempestad no los derribase.

En los dedos, y la mano y la muñeca de Mauro palpitaba la tibia carne de la muchacha, que él había llegado a descubrir, avanzando una mano por entre sus ropas, y haciéndola resbalar entre la tibieza de la camisa y la morbidez del seno.

El seno, una firme semiesfera recogida toda en su mano, le repetía los latidos del corazón, y entre

dos de sus dedos, el terciopelo delicado del vértice se ponía turgente, concurriendo a aquel punto todos los deseos desperdigados, toda la sensualidad difundida por las venas.

Atormentada por las caricias, Méliſſa se enderezó, echóse hacia atrás como un arco tenso, y se abandonó en el brazo de Mauro. Con el otro brazo, la atrajo él hacia sí, contra su pecho, contra su cuello, y antes de llevarla a la cama, quiso fundirla consigo mismo, teniéndola en alto, para separarla del mundo, para aislarla del suelo, para que fuese una cosa exclusivamente suya.

En la oscuridad de la estancia, sobre el lecho en sombras, no brillaban más que dos grandes ojos abortos, de esclerótica centelleante, y los dientes clavados en los semicerrados labios; y estas dos manchas blancas eran tan sumamente blancas que oscurecían, por contraste, el rostro de la niña desvanecida.

No se definió cuando Mauro le desnudó el pecho y le desabrochó la cintura: por el contrario, se agitaba toda ella con voluptuosos movimientos contra las manos un poco temblorosas de él, y se retorció buscando las caricias, y se impacientaba por lo premioso que él era en descubrir las últimas y pálidas intimidades.

Entre los senos había una sutilísima cadena de oro brillante, que soportaba un curioso objeto, pequeño como una pequeña fresa, menudo como un menudo pezón: era un cono de plomo, afilado en la punta y que por base tenía un botón de plata.

¿Amuleto?

No. Era toda una armonía de curvas lentas, dulces, admirablemente trazadas, bajas en las sinuosidades, elevadas en los tenues relieves, vagamente arqueadas en sus trozos convexos.

El la acariciaba con la mejilla y con la boca todo su cuerpo, de la garganta a las rodillas, y en tan larga caricia no encontraba ni la resistencia de su pudor, ni la áspera rudeza que, por salvaje y ances-

tral herencia, a través de la evolución animal, ha quedado protegiendo el sexo.

Era toda ella lisa, con una lisura de estatua, y el sexo, inocentemente impúdico, como lo tienen las niñas, parecía señalado por un escultor que hubiera ido de prisa, con un golpe de su pulgar.

\*  
\* \*

La pudibunda lectora, que corta las hojas de este libro con una horquilla de su pelo, indolentemente abandonada a la izquierda del honesto y promiscuo lecho conyugal, mientras el marido, a la derecha, lee «la relación de sindicatos y la propuesta de aumento de capital»; la embebida lectora que pone para leer el pretexto de que le duele una rodilla, o un piececito martirizado durante el día por un zapato estrecho, y que bosteza porque su señor marido bosteza; esa casta lectora, al llegar a este punto de la historia de Méliſſa y Mauro, no sufre ya de la rodilla, y si se le cae la horquilla ya no la recoge.

Pues a esa timorata lectora, que concibe sin pecar y peca sin concebir, para indemnizarla siquiera de 1,60 liras que indirectamente me ha satisfecho de derechos de autor, yo debería contar lo ocurrido sobre aquel desnudo cuerpo de niña, en aquel modesto lecho de un triste albergue de caza, lejos del mundo, mientras el granizo ametrallaba los cristales. Debería contarle el número de veces, cantidad, calidad y peso de las mismas, que el macho penetró en ese misterio que no es un misterio para nadie, y describirle las fases acrobáticas de la ceremonia. Le proporcionaría así, a la inocente lectora, un agradable, tibio y líquido disfrute, y le ofrecería para mañana, en el té de las cinco, una ocasión para ensañarse con la frívola «literatura de la post-guerra», expresión puesta en boga por esos demacrados

y soperíferos escritores que no han conseguido hacerse leer ni antes de la guerra.

Que esa, pues, incontaminada lectora del alma de armiño y de la conciencia ortogonal, que por su posición social tiene obligación de hablar mal de mis libros, que no engaña al marido más que en las grandes ocasiones, y aún entonces para luego quererle más y verle superior a los otros hombres...; que esa espiritualísima señora se imagine lo sucedido entre los dos amantes de esta historia.

Permítame: Ella (la lectora) ha dejado sobre la mesilla de noche una pastilla ovoidal, envuelta en papel de estaño. La desenvuelve. Al rumor metálico del papel, su marido comprende la intención, y la sonríe con resignación y gratitud.

¿Qué?

Perfectamente. Mientras Ella espera que aquello se deshaga, yo le diré que entre Mauro y Mélitta no sucedió lo que Ella cree.

No se abstuvieron por vicio de la maravillosa ceremonia.

Ni mucho menos por un obstáculo literario.

Se abstuvieron porque...

Pero tengamos en cuenta que a estas horas ya se ha deshecho el huevo antifecundativo, y que el marido ha terminado «la relación de síndicos y propuesta de aumento de capital».

Que no se preocupen de mí; como si yo no estuviese.

Entre tanto describiré el paisaje, que es lo que hace el autor cuando no quiere describir gestos o palabras de sus personajes.

El temporal había cesado. Raras gotas caían ya de la altura tenebrosa, y...

La Luna, excelsa en el crepúsculo, viajaba arrebolada entre vellones de nubes que...

Y el cielo parecía...

El lage era así como...

Hubiérase dicho que...

El monte era también...

Algún que otro pájaro...

El zig-zag del relámpago...

¿Han acabado? Pues sepa la tal lectora que Mélitta y Mauro no se acoplaron en el lecho como dos vulgarísimos esposos. Repugnábales cumplir así el acto sublime que Ella y su Marido y todas las otras mujeres y todos los otros maridos han hecho inmóvil, rebajándolo al nivel de las más humildes necesidades del cuerpo.

Mélitta, la niña de los rubios cabellos y los ojos azules (movibles éstos como los de las muñecas) no podía sacrificar su virginidad en una cama donde habían dormido tantos excursionistas allí refugiados a su regreso, y oliendo a cuero, a paja húmeda y a sudor.

Mélitta, la glotona de azúcar, golosa y dorada como las abejas, se había trasladado allá arriba, tan alto, tan alto, lejos de las viviendas de los hombres, de sus leyes y de sus prejuicios, para cumplir el rito del amor en el reino del azul, como hace la reina de las abejas.

La estancia era todavía algo del mundo. El lecho era todavía la estancia cerrada. No quería entregarse allí dentro.

Se entregó toda ella, enteramente, en la mañana, bajo el sol, en pleno mediodía, sobre la hierba árida, olorosa a tomillo; las lágrimas que escaparon de sus ojos azules, bajo el azul del cielo, se llenaron de sol, y un hilito de sangre tñó de rojo uno de aquellos flecos de las florecillas blancas, cuyo nombre ignoro, y que precisamente por ignorarlo se me figuran más bellas. ®

En los mediodías prehistóricos, cuando el comercio no había creado todavía la necesidad del engaño, ni la astucia de ocultar las mercancías para valorizarlas, la Venus era llevada siempre al verde tapete de la hierba, bajo el vívido palio azul, entretejido de misterio, de infinito y de sol.

Ofreciase al descubierto, como Mélitta, en medio del espacio, donde todo cuanto rodea es amor. La chispa desencadenada entre nube y nube es un beso entre dos fuerzas eléctricas que se juntan; las inmensas evoluciones de los astros se llevan a cabo en virtud del amor; el polen, en su ciego viaje por los aires, por esa misma virtud del amor, halla siempre receptáculo de flor donde posarse; el perfume de las corolas es un afrodisíaco para el erotismo de las mariposas; el color de las plumas es un pijama elegante para el amor; el insecto que va de salvia en salvia, desflorando aquí un estambre y allá un pistilo, es un infame violador en la noche de las flores.

Y ahora, la casta lectora del alma impoluta se lava (me figuro), se seca, y apaga la luz.

5

Aquella noche Mélitta cantó una canción zingara que dice:

«Mis delicados pezones se harán túrgidos como las ciruelas silvestres, y yo que te los he entregado del todo, volveré a entregártelos todavía, mientras la pandereta de los crótalos de plata verterá en tu vaso de ajeno algunas notas de música.»

Una modistilla hubiera exclamado:

—Ahora me abandonarás.

Una estudiante de letras:

—Me has tratado como a una modistilla.

Una maestra:

—Me he conservado pura hasta ayer.

Una muchacha bien:

—Ahora soy yo como las demás.

Una hija de familia burguesa:

—Me has deshonrado.

Y después:

—Ya sabes tu obligación.

Y en seguida:

—O si no, se lo digo a mi padre y a mis ocho hermanos.

(Es curioso: ciertas muchachas, después de un incidente de este género, suelen tener más hermanos que antes de él. Es decir, que en lugar de traer hijos al mundo traen hermanos.)

Mélitta no dijo nada. Cantó la canción zingara: «Y la pandereta de los crótalos de plata, mientras tú me beses, dejará caer en el vaso de ajeno algunas gotas de música.»

Y sentándose en las rodillas de Mauro, pasándole un brazo por la espalda, le deslizó en su oído con el mayor secreto:

—Es preciso querer mucho a Mélitta.

La otra mano se alargaba sobre los rojos tizones de un brasero improvisado, agitando los dedos, y, poniéndolos, cuando estaban casi quemando, sobre el rostro del amante.

A través de los cristales de la ventana, percibiase el agotado calor del otoño ya próximo.

—Un mulo—dijo Mélitta, accionando con el cigarrillo—le lleva a mi hermano las provisiones de leña. Estamos casi en otoño: yo me lo siento ya en los huesos. ¡Tienes el hociquito frío, pobre gato!

El reflejo de los tizones enrojecía sus perfiles, acentuando la negra sombra del rostro y del aposento: la turbia niebla, fluctuando fuera con vagas

Ofreciase al descubierto, como Mélitta, en medio del espacio, donde todo cuanto rodea es amor. La chispa desencadenada entre nube y nube es un beso entre dos fuerzas eléctricas que se juntan; las inmensas evoluciones de los astros se llevan a cabo en virtud del amor; el polen, en su ciego viaje por los aires, por esa misma virtud del amor, halla siempre receptáculo de flor donde posarse; el perfume de las corolas es un afrodisiaco para el erotismo de las mariposas; el color de las plumas es un pijama elegante para el amor; el insecto que va de salvia en salvia, desflorando aquí un estambre y allá un pistilo, es un infame violador en la noche de las flores.

Y ahora, la casta lectora del alma impoluta se lava (me figuro), se seca, y apaga la luz.

5

Aquella noche Mélitta cantó una canción zingara que dice:

«Mis delicados pezones se harán túrgidos como las ciruelas silvestres, y yo que te los he entregado del todo, volveré a entregártelos todavía, mientras la pandereta de los crótalos de plata verterá en tu vaso de ajeno algunas notas de música.»

Una modistilla hubiera exclamado:

—Ahora me abandonarás.

Una estudiante de letras:

—Me has tratado como a una modistilla.

Una maestra:

—Me he conservado pura hasta ayer.

Una muchacha bien:

—Ahora soy yo como las demás.

Una hija de familia burguesa:

—Me has deshonrado.

Y después:

—Ya sabes tu obligación.

Y en seguida:

—O si no, se lo digo a mi padre y a mis ocho hermanos.

(Es curioso: ciertas muchachas, después de un incidente de este género, suelen tener más hermanos que antes de él. Es decir, que en lugar de traer hijos al mundo traen hermanos.)

Mélitta no dijo nada. Cantó la canción zingara: «Y la pandereta de los crótalos de plata, mientras tú me beses, dejará caer en el vaso de ajeno algunas gotas de música.»

Y sentándose en las rodillas de Mauro, pasándole un brazo por la espalda, le deslizó en su oído con el mayor secreto:

—Es preciso querer mucho a Mélitta.

La otra mano se alargaba sobre los rojos tizones de un brasero improvisado, agitando los dedos, y, poniéndolos, cuando estaban casi quemando, sobre el rostro del amante.

A través de los cristales de la ventana, percibiase el agotado calor del otoño ya próximo.

—Un mulo—dijo Mélitta, accionando con el cigarrillo—le lleva a mi hermano las provisiones de leña. Estamos casi en otoño: yo me lo siento ya en los huesos. ¡Tienes el hociquito frío, pobre gato!

El reflejo de los tizones enrojecía sus perfiles, acentuando la negra sombra del rostro y del aposento: la turbia niebla, fluctuando fuera con vagas

apariencias de crepúsculo, ofrecía una especie de esgrima a la proyección soñadora de sus fantasías.

—Imaginate en esa niebla silenciosa—fantaseaba Melitta—una fuga de luces, en dos hileras interminables que convergen al infinito; de cuando en cuando la violenta luz de un faro de automóvil pulveriza la niebla y la condensa en millares de gotas irisadas. Por la calzada de asfalto que ilumina la humedad, pasa gente y más gente, con impermeables calados, con paraguas que chorrean sobre los zapatos y que brillan un momento a la luz de los escaparates. Así veo yo, amo y siento la gran metrópoli. Andar, andar por la niebla, siempre recto, empujada por la corriente, y atraída por la doble hilera de luces; detenerse una en los escaparates, mirar las cosas bonitas, retratarse en los cristales como espejos; y andar siempre hacia adelante, hasta que se dejan los barrios elegantes y se llega a otros en que, si no se ve gente con gabán, sube en cambio a la nariz un democrático olor a castañas asadas. Los globos eléctricos no se acaban, sino que el rectilíneo se bifurca en otros paralelos, y una siempre, siempre adelante, por entre mesas de verdura y puestos de pescado, brillante bajo el cielo, entre la música de una pianola de bar y el resplandor del arco voltáico de un cinematógrafo.

Yo conozco esos cines de tercer orden, predilectos de la grey proletaria por sus rincones oscuros, debidamente acondicionados. Viejos carteles, amarillentas fotografías clavadas en el vestibulo, películas medio rotas; un portero de voz aguardentosa y de raído uniforme ensalza el valor dramático de los films, ante un solitario vendedor de buñuelos que saben a aceite de lamparilla, o de negruzcas bananas en avanzado estado de putrefacción.

Y tú sigues adelante todavía, y pasas un puente sobre un río; todos los ríos de las metrópolis se parecen unos a otros: son ríos hipocóndricos, oscuros

todos ellos, con grandes reflejos de un verde vitriolo. En los bancos hay parejas de enamorados; y éstos se parecen también unos a otros; de noche, todos los gatos son pardos y todos los amantes son negros. Ves una pareja cualquiera, pequeña desde lejos; sigues caminando, te acercas, se agranda y queda a tu espalda; luego otra y otra, pero siempre parece la misma; crees haberle abierto paso unos minutos antes; y la que encuentras sobre un banco del Danubio, se te figura haberla encontrado ya sobre uno del Sena, o del Volga, o del Támesis. Cuando leo que se ha ahogado una mujer, creo reconocer en ella a una de las que ví pasear a lo largo de aquel río, con su amante, un joven que se detenía a besarla en las zonas de sombra, donde acaba el radio luminoso de un farol y no empieza todavía el del siguiente.

Mauro escuchaba a la narradora: pequeña sultana de las *Mil y una Noches* sabía evocar visiones de ciudades remotas, congestionadas de muchedumbre, en aquel negro albergue de caza, separado de los hombres, donde no había otro oasis de vida que el fuego de un brasero y el latido de dos pequeños corazones.

Callaba de cuando en cuando, concedora de la gracia de las pausas y del valor musical de los silencios. Y en la nostalgia desbordante de sus palabras había un deseo de retorno a la gran ciudad.

Mauro formuló una pregunta precisa.

—Sí—suspiró ella después de una breve vacilación.—Una fatalidad hereditaria me empuja por el mundo. Soy nómada: soy hija de una zingara. Mi madre pasó la infancia y la adolescencia en un carro de zingaros húngaros. La raza zingara tiene tradiciones, leyes, un rey al que todos obedecen, aunque caminen por opuestas sendas en el mundo; pero mi madre era de sangre real: y desobedeció hasta las leyes de su estirpe, casándose con mi padre.

Una canción dice: «La muchacha zingara enamo-

UNIVERSITÄT  
BIBLIOTEK  
"ALPHEUS"  
MAY 1925

rada de un hombre de otra raza es como una paloma vagabunda que quiere posarse sobre la punta de un puñal. Ella no puede sostenerse, y el acero le traspasa el corazón.»

Se enamoró de mi padre, que era agregado comercial en Viena y se escapó con él; se casaron; tuvieron dos hijos: mi hermano y yo. Las mujeres que dejan la caravana para seguir a un hombre de otra raza, tarde o temprano hallan su castigo; los zingaros poseen el secreto de venenos misteriosos, y preparan ciertos proyectiles especiales que llevan en su base un escudito de plata con un signo: el signo de la tribu; es una especie de firma. La tribu de mi madre tenía por signo un ojo entre dos cruces.

Pero ni en nuestra lejana villa de Shangai, ni en Calcuta llegaron a descubrirla. Una noche—habíamos vuelto a Europa y vivíamos en un piso bajo precedido de jardín—oímos un disparo.

Mélitta se desabrochó. Y sacó la cadenita que colgaba entre su camisa y su piel y que arrastraba una especie de amuleto, un pequeño cono de plomo puntiagudo en su vértice y cerrado en la base por un escudito de plata.

Mauro lo examinó: estaba caliente por el calor de Mélitta, y sobre el escudito veíase un ojo entre dos cruces.

—Herida,—continuó la narradora,—curó pronto. Pero un mes más tarde, en París, en un restaurant nocturno, donde un zingaro auténtico dirigía una orquesta de falsos zingaros, atacaron la canción que dice: «La paloma vagabunda que quiere posarse sobre la punta de un puñal...»

Papá y mamá cenaban con mucha gente: oficiales, diplomáticos, actrices.

Mamá palideció. Se la llevaron desmayada. Durante todo el tiempo que estuvieron en París, ella salió rara vez, comiendo siempre en casa. Pero la mañana en que tenían que emprender su viaje,

fueron servidos por un camarero nuevo, que rehuía el hablar, y contestaba siempre con gestos y monosílabos.

—¡Calla, chiquilla!—y Mauro le tapó la boca con la mano.

—Murió casi de repente. El camarero desapareció: nadie supo jamás de dónde había salido.

La muchacha suspiró profundamente, cogió un cigarrillo entre sus dedos, y lo encendió en una de las brasas.

—Pertenezco a una raza errante: desde hace siglos, los niños nacen en los carros, que siguen andando por llanuras y valles, sin que les detenga el fausto suceso de un nacimiento: antes de venir al mundo han recorrido centenares de kilómetros y han dejado a sus espaldas centenares de países.

Mauro interrumpió:

—Y tu hermano...

—Sé lo que quieres decir. ¿Cómo llevando en sus venas mi misma sangre, en lugar de ser un vagabundo como yo, es un misántropo, inmobilizado como un cristal entre los hielos? Te lo explicaré: yo soy una mujer; fuerte, como mujer; fuerte para reaccionar, para defenderme; pero débil para reaccionar contra mí misma, para defenderme contra mi propia melancolía.

Mi hermano es fuerte, y no necesita ver panoramas vertiginosos de grandes ciudades, ni sumergirse en el océano de las muchedumbres para dominar su propio dolor. El piensa como Nietzsche, que la filosofía es la vida mejor entre los hielos en la alta montaña; es la investigación de todo eso que hay de extraño y de enigmático en la existencia, de todo lo que ha prohibido la moral. Mi hermano sigue un régimen de soledad por higiene de su espíritu: él, por una necesidad de conocer a los hombres, se ha separado de ellos, y los observa desde lejos; yo, precisamente para no conocerlos, y no aficionarme a ninguno, conviví entre ellos. Y

de esta suerte el solitario misántropo y la inquieta vagabunda, están de acuerdo en un mismo punto, llegando a dos conclusiones simétricas y equivalentes: no ver a nadie para conocer a todos, y ver a todos para no conocer a nadie.

\*  
\* \*

¿Has entendido, lectora intelectual? Voy a repetirlo: no ver a nadie para conocer a todos, y ver a todos para no conocer a nadie.

La explicación, en el próximo número.

Comprendo que esto no te interesa. Lo esencial para ti es que has comprado este libro para entretenerte, y que el corazón de Mélitta y el de Mauro «laten al unísono», como lees en las buenas novelas recomendadas por el *Corriere della Sera*.

Se me ha olvidado añadir que el color (violáceo, se entiende) del crepúsculo, y la niebla aumentaban el *pathos* (1).

El *pathos* es un producto del que se habla todavía sobre los rojos divanes de terciopelo de los cafés de provincia. A veces, cuando Ella saca el traje dominguero de su guardarropa intelectual, lo llama también él el *pathos*; sólo que creyendo que es un término francés, lo pronuncia *pató*.

\*  
\* \*

—¡Apaga!—ordenó Mélitta, dejando caer su falda de Diana cazadora y desabrochándose la túnica.

Mauro no obedeció. Tapado hasta los ojos bajo las mantas, asistía por tercera noche a la revelación de aquella sutil desnudez.

—Te mostraré una preciosa cosa—prometió ella.

(1) Dolor.

—Las cosas preciosas se ven mejor a la luz.

—Pero ésta se ve en la oscuridad precisamente. Y apagó la luz.

—¡Mira mis cabellos!—y se pasó el peine.—Atiende: ¿no oyes así como un leve rumor de azufre que se deshace entre los dedos?

—Es verdad. Lo oigo aún. Y el rumor sigue al peine a lo largo de los cabellos.

—¿No ves nada?

—Pequeñas chispitas. Es precioso.

Mélitta dejó el peine, y dijo con una parodia de misterio:

—¡Electricidad!

Se metió bajo las ropas, y sin dejarle volver de su asombro por aquella rareza zoológica, le cerró la boca con un tibio fruto de carne. Y no se lo quitó de la boca más que para sustituirlo por otro fruto de carne, exactamente idéntico, pero un poco más frío, por el poco rató que llevaba al descubierto.

—¡Basta!

Resbaló muy abajo, muy abajo, a lo largo del cuerpo de él, palpitante toda ella, acariciadora, adhesiva.

Dormían íntimamente enlazados en un nudo de miembros, en una mezcla de respiraciones, y su sueño era turbado por deseos irreprimibles, por visiones extenuantes, por la precisión de aplacar la última curiosidad de los sentidos.

Peró las abluciones matutinas en el agua casi helada, libaban a los nervios del exquisito envenenamiento de la noche de amor, y refrescaban las mejillas enrojecidas por el frotamiento del uno contra el otro. Y la serenidad transparente de la cuenca alpina, y el follaje frondoso, y los infondes precipicios, y el lago cerúleo, y el templo de nieve decorado de hielos, les acogían al salir del albergue, con una lluvia de colores y una bendición de luces.

A la embriaguez de amor seguía la embriaguez de pureza; sus almas iban ligeras, separadas, en la inocencia de la propia contemplación. Sentíanse

amantes ideales, o sea, oscuras fuerzas terrestres, que inconscientemente se elevaban por un momento de las profundidades subterráneas, para contemplar las estrellas, para pasear por los jardines colgantes del infinito.

Quien solamente se ha acoplado con la propia mujer o con una venus de cinco liras, no comprende cómo puede sentirse uno puro después de una noche de espasmos, cuando el aire frío de la mañana abre las pequeñas incisiones de los labios, producidas por los pequeños mordiscos en el gimiente frenesí de la noche.

A esperar a una amiga en la esquina de una calle, darle al cochero la dirección de una casa por horas, copularse y salir, la gente le llama también amor. Pero no es amor. Al acoplamiento, al verdadero amor, se llega inconscientemente, por grados, o de un salto; y cuando se recobra la lucidez de espíritu, no puede precisarse siquiera de qué modo se ha llegado a donde se ha llegado.

En el verdadero amor, la comunión de los cuerpos se lleva a cabo como la cópula de las flores, como las noches de los insectos.

¡Qué sublimes maestros de amor son los insectos! Y es más interesante ver cómo se aman los coleópteros, que cómo lo hacen las cortesanas, las actrices, los poetas, los eclesiásticos, los filósofos y los reyes.

—Me siento intimamente tuya—confesaba Mélitá.—Mi vagar por el mundo tal vez no fuese más que una carrera en busca del hombre que me completara, una carrera en tu busca.

—¿No buscabas la soledad?

—Hay algo más hermoso que la soledad: la soledad entre dos. Existía en mí una enorme cantidad de amor en estado latente, y tú has sido lo que los fotógrafos llaman líquido revelador. Dejarás una gran huella en mi vida!

—Hablas como si fuéramos a separarnos mañana.

—Mañana, no, pero pronto. Nuestro amor ha sido un episodio tan espontáneo e imprevisto en mi vida, que no debe degenerar en hábito, ni degradarse en costumbre. Nos separaremos para que nuestro amor sobreviva. ¿Comprendes?

—No. Eso no son palabras; son símbolos, jeroglíficos, fórmulas de magia.

—Es preciso. Los otros amores pueden terminar en el concubinage o en el matrimonio, o en una serie de encuentros metódicos de tres horas al día, incluidos los besos, el paseo y el vermouth. Nuestro amor es distinto, por ahora. Más tarde llegaríamos a ser amantes como todos, y acabaríamos con la antipatía, o el aguantamiento recíproco, que es peor, o el matrimonio, que es el aguantamiento obligatorio. Yo he sido enteramente tuya, y lo seré unos días aún; y cualquier cosa que me sucediera no habrá de producirte molestia ninguna, porque es posible que ni llegues a saberlo siquiera.

La mujer calló. Una casita blanca había aparecido de pronto, como en un salto. Un macizo rocoso la tenía oculta, como un nido.

—Mira—dijo ella.

Algunos escalones, abiertos en la piedra viva, llevaban a su puerta de ermita.

Mélitá lanzó un ligero silbido, y la puerta se abrió.

Una perra de pastor, ladadora, hermosa, socarrona y detectivesca salióles al encuentro, y después de un detenido examen olfativo, les otorgó permiso, con grandes movimientos pendulares de su lanosa cola.

Un hombre como de treinta años, color aceitunado, pelo negro echado para atrás, y barba enmarañada, los acogió con un señorial gesto hospitalario. De un chaquetón de pana negra, apretado por un cinturón de cuero, salían el cuello de la camisa, extendido luego sobre el del chaquetón, y los puños blandos, admirablemente blanco todo ello, entre lo moreno de la piel y lo negro de la pana.

—¡Buenos días, Iluska!—y avanzó hacia su hermana, que le ofrecía la frente.

—Buenos días, Sándor.

Y presentó:

—El señor Mauro Mauri: mi hermano Sándor.

Sándor le tendió la mano y lo entró en la casa.

Había tres paredes cubiertas enteramente de libros. Hileras de obras en varios tomos; altos volúmenes, de gruesos lomos, revelaban el carácter científico de su contenido, destinado a largas meditaciones, y a frecuentes y repetidas lecturas.

—He estado esperándote estos días, Iluska.

—Te había prometido venir antes de que bajara al llano. Y mañana es la partida.

—No puedo ofrecerle más horizonte que este, señor—dijo Sándor invitándole a Mauro a asomarse a la ventana.

El lejano hielo incandescente, martilleado por el sol, despedía chispas.

—Parecen las cúpulas doradas de las iglesias rusas. He metido hacia dentro el alféizar de esta ventana, para no ver a mis espaldas otras cimas.

—Ilusión óptica.

—La más inocente de las ilusiones.

Sobre una mesita, sobre la ventana, numerosos libros sobrepuestos y abiertos, denotaban trabajo interrumpido.

Dos retratos. Una mujer idéntica a la que Melitta tenía en aquel marco de tortuga, y una muchacha como de unos dieciocho años.

A uno y otro lado de la puerta, diversas fotografías de cosas húngaras.

—El último día que nos vimos, Iluska, no me hablaste del prometido de Donatella.

—¡Es verdad!—dijo Melitta; y volviéndose a Mauro:—Donatella es una hermana nuestra, hija natural de mi padre, que después de la muerte de mamá la metió en casa. Pero la verdad—y se volvió a Sándor—te interesa bien poco, como a mí me

es también indiferente. El novio lo he visto yo en retrato: debe de tener panza y ser calvo, porque se ha hecho retratar en busto y de medio perfil.

—Si es cierto qué en la evolución animal el cabello tiene que desaparecer, los calvos son precursores.

—Se llama... Mira qué bonitos nombres: don Cecilio Cacao de Capacaída, y pertenece a una de las familias más antiguas del Mediodía.

—Cuanto más antigua es la nobleza, más sospechosa.

—Procede de... de... de uno de esos países que exportan naranjas y agentes de investigación.

—Comprendo: donde el analfabetismo de su población llega al cuarenta y cinco por ciento. ¿Y quién ha proporcionado esa ganga?

—Ella misma. Se siente feliz al casarse con un *don* que ostenta la magnificencia de su árbol genealógico. Los más famosos nombres pertenecen a la nobilísima estirpe de los Capacaída. ¿Federico II? Un Capacaída. ¿Musset? Un Capacaída. ¿Garibaldi? Un Capacaída. Hindenburg, Eleonora Duse, Lenin, Girardin... todos pertenecen a la super-raza de los Capacaída.

—¿Se casarán pronto?

—Cree que sí. El espera con ansia el momento de tener un hijo.

—¡Los hijos!—exclamó Mauro.—No he comprendido nunca cómo los padres sufren el descuido de echar hijos al mundo, de invitar a nuevos hambrientos a este triste banquete, harto ya de comensales. Los hombres hacen un hijo con la misma facilidad que toman un tranvía.

—Creen que hacen niños—dijo Sándor—y no piensan en que hacen hombres.

—Es la especie que tiene necesidad de perpetuarse—observó Melitta, dirigiéndose a la ventana, y dejando solos a los dos hombres.

—Pero el individuo tiene el deber de disciplinar

esta ciega necesidad de la especie. Si la multiplicación de los hombres no fuese una cosa de locos, no habría que recurrir de cuando en cuando a esas cruentas prácticas maltusianas que son las guerras, y que, despojadas de retóricas, de intrínquilis poéticos y de prestancias ocasionales, tienden únicamente a disminuir por la violencia el número de los comensales, para que los que queden coman con mayor apetito.

—Ni estoy de acuerdo con usted—objetó Sándor.—Creo que la voluntad de los progenitores tiene una participación mínima en el nacimiento de los hijos: son éstos los que se proponen venir al mundo, y su voluntad de salir de la nada, del estado ideal, avasalla la voluntad y los instintos de los que van a ser sus padres. La suerte de los hijos no depende de la voluntad de los progenitores, sino que son los progenitores quienes obedecen inconscientemente a la voluntad del hijo, que reclama transformarse en materia, en sustancia, en animal, en hombre. Nos hemos acostumbrado a considerar siempre el tiempo en una sola dirección: del ayer al hoy, del hoy al mañana; y creemos que el después es producto del antes, y que las cosas son así, porque sus causas fueron previamente ordenadas en ese sentido. Por lo tanto, el hijo que nació lo consideramos consecuencia de la unión de los padres: si esa unión no se hubiese efectuado—decimos con nuestra lógica simplicísima,—el hijo no habría nacido. Yo creo que se deben mirar los hechos desde lo alto, sin referencia ninguna a las cronologías. El hijo, «queriendo» venir al mundo, ha provocado la unión del macho y de la hembra que van a ser sus padres. Yo no puedo creer que Dante, Leonardo, Napoleón, Pasteur sean el fruto accidental de un coito. Fueron ellos los que quisieron venir al mundo, y lo provocaron. Toda la ferocidad que las sociedades humanas vuelcan sobre la muchachamadre es monstruosa. La muchacha-madre ha obe-

decido, no al prejuicio, que es el pasado, sino antes bien al futuro. La reacción de la naturaleza contra quien procura el aborto (enfermedad y acaso muerte de la madre), es una confirmación de lo que estoy diciendo. La madre no ha «querido» el hijo, y, efectivamente, la naturaleza le niega ya el derecho a «quererlo» en cualquiera otra ocasión.

—Admitirás, sin embargo,—interrumpió Mélitta, destacándose de la ventana y colocándose de nuevo entre los dos hombres—que los progenitores, después de nacido el hijo, van formándolo, plasmándolo con la educación.

—¡De ninguna manera, Iluska! La educación, cuando más, crea seres mediocres. La educación es éxtasis, inmovilidad; como valor formativo, como valor plástico, es la negación del progreso. Educar a nuestro hijo quiere decir modelar su conciencia y su inteligencia para conseguir un ejemplar semejante a nosotros, o lo que es lo mismo, impedir la transformación, la renovación, el progreso. Como resultado práctico, la educación de los hijos no tiene otro objeto que asegurarnos de su fidelidad para el día que no necesiten ya de nosotros. Pero el día que se basten a sí mismos, nos plantarán.

El criado acercó un vaso.

—Le ofrezco un kummel—dijo Sándor, interrumpiendo su discurso—que prepara mi compañero de destierro.

El aludido se inclinó ligeramente.

—Recoge las semillas de kummel y las trata a la manera rusa, añadiéndoles cierta dosis de *agaricus muscarius*, una seta venenosa que contiene un alcaloide semejante a la atropina.

—La que hace bonitos los ojos.

—Sí, Iluska. Por eso las bebedoras de kummel tienen dilatadas las pupilas.

Ofreció un vaso a cada uno de los huéspedes, y al criado.

—Cuando yo era estudiante de medicina en Pe-

tersburgo, todas las noches nos embriagábamos con kummel: algunos hospitalizados, que se conservaban conscientes, antes de dejarse tocar por nosotros, nos miraban a los ojos, para sorprender en ellos las señales del embriagador veneno.

—¿Es usted médico?

—Sí.

—¿Y ha practicado?

—En el ejército ruso. ¿Verdad, Páprika?

Páprika había puesto su enmarañada cabeza sobre las rodillas de su patrón, en demanda de una caricia, y cuando sintió la afectuosa mano por entre sus rizos de color de paja, entreabrió los ojos, escuchando.

—Yo soy súbdito ruso. Estaba considerado como un mal oficial, porque con igual amor curaba a los rusos que a los enemigos, a los soldados que a los generales, a los prisioneros que a los héroes. Para mí, el enfermo, el herido, el moribundo no tienen grados ni escalas honoríficas, ni indicaciones de religión o de patria: es un hombre desnudo; desnudo y sangrante, sin galones y sin medallas. El dolor y la agonía no tienen nacionalidad. Para mí una mujer encinta es sencillamente una criatura a la que se deben todos los cuidados y todas las piedades: hasta si es adúltera, aun cuando no sea esposa, por más que se haya vendido. Pero allá abajo—y Sándor señaló con la mano la llanura civilizada que imaginaba muy lejos, no se piensa así. Allá abajo se dividen todavía los enfermos en morales e inmorales, en confesables e inconfesables. Para mí las enfermedades son únicamente curables e incurables. Allá abajo existe esa cosa horrenda que se llama organización, es decir, institución de relaciones e intereses, dicho de otro modo, de señores y esclavos. Entre los hielos y los halcones no veo la gente organizada. La organización envilece hasta las cosas más bellas; en cada ciudad hay una cárcel; en cada casa, un

retrete; en cada cuerpo humano, un tubo digestivo. La organización es más triste que el caos. Los padres exasperan a los hijos y se quejan de que éstos los aborrecen; los taberneros envenenan a sus clientes, y cuando están borrachos, llaman a los guardias para que se los lleven; la burguesía obliga a las mujeres a venderse, y luego las llama prostitutas.

—¿Y usted no bajará más a la ciudad?

—Es difícil, acostumbrado como estoy a lo absoluto, que vuelva a lo convencional. Los valores convencionales lo envilecen todo. El oro fué un día algo purísimo, pero dejó de serlo cuando imprimimos en él cifras y letras, y el perfil de un soberano. Y algo purísimo fué también el desnudo en la mujer, hasta que junto a sus rodillas, apretamos con unas ligas la carne.

Y además que allá abajo, el olor compuesto de todas las fermentaciones humanas me repugna. Yo odio a la muchedumbre, esa monstruosa limadura de hierro que se acumula en torno a cualquier imán, en torno a cualquier hombre cuyo solo mérito consiste en haber comprendido que es mejor ser imán que limadura. Yo amo a los individuos, pero odio a la muchedumbre. Si un hombre se rompe un brazo, me causa lástima; pero si una epidemia acabó con cien mil hombres, me produce alegría. Le tengo miedo a la muchedumbre, padezco su obsesión, su fobia. Estoy seguro de que si yo enloqueciese, mi imaginación demente no se poblaría de espectros sino de una muchedumbre amenazadora, de una multitud aullante.

—A mí, por el contrario—dijo Mélitta—me gusta sumergirme en esa marea de mil formas.

—No, Iluska. La plebe no tiene formas; no tiene tampoco ideas, ni voluntad. Para que un hombre se haga adorar basta la publicación de un retrato suyo, en tamaño 18 por 24, en la primera plana de un periódico. Es más fácil eso que acreditar una pas-

tilla o una pomada. La muchedumbre que el día de la entrada en la guerra apaleó a los súbditos enemigos y tiró sus muebles por las ventanas, es la misma que hubiese aclamado a su rey, de haber venido a visitar al propio; y aquellos que vitoreando a la anarquía ocuparon las fábricas, escupieron sobre las divisas de los oficiales y asaltaron las guardias revólver en mano, son exactamente los mismos que dos años después incendiaron las cámaras del trabajo, aclamando al rey. Si mañana el prestigio del papa estuviera por los suelos, saquearían las iglesias, los mismos que gritarían «¡viva el paparey!», si el pontífice maniobrara con alguna probabilidad de éxito, para recobrar el poder temporal. Todos esos constituyen una tremenda máquina, que llega a ser dócil instrumento en manos de uno solo; servirse de la muchedumbre vale tanto como ofrecerle el medio de que desahogue la exuberancia de su ferocidad o de su idiotez; por la alegría del asesinato o del sacrilegio, la muchedumbre sirve a un partido, o al partido contrario, con igual indiferencia. Se habla de las ovejas de Panurgo. Debería hablarse de los tigres de Panurgo.

—La muchedumbre no tiene la culpa—musitó dulcemente Méliitta—de que haya quien la esmule, la guíe y la vuelva mala.

No es necesario exasperarla, Iluska, para desencadenar sus bajos instintos, y cuando se sueltan con la revolución, el individuo no adquiere instintos excepcionales, creados en aquel momento por él y para él, sino que manifiesta precisamente lo que por la fuerza habían contenido las leyes.

—Pero ¿es que en la masa no hay hombres inteligentes y de buena fe?

—Sí, Iluska: los que se creen servir a una idea, y no comprenden que sirven a un hombre, a una banca, a un grupo de industriales.

—Usted ha declarado hace poco que amaba a los individuos.

—Perfectamente, señor Mauri, pero en particular.

—¿Por qué, pues, no practica la medicina?

—He dirigido una pequeña clínica quirúrgica durante algún tiempo. Pero mi sacerdocio estaba fiscalizado por un administrador, el cual observaba que yo hacía demasiado gasto de algodón hidrófilo. Era víctima de la organización. Es intolerable que el cirujano, el hombre que puede dar la vida y la muerte, que viene después de Dios—si es que hay Dios—se vea fiscalizado por un contable cualquiera. Es como un poeta juzgado por un tribunal. Yo vivía entonces iluso. Pero he comprendido que para censurar alguna ilusión sobre la medicina, es preciso empezar por no estudiarla. El médico concienzudo sabe que no es indispensable: los secretos son tan pocos, que todos los médicos los conocen. No creo que mi bajada de la montaña fuera muy ventajosa para los dolientes. Ni que me lo agradeciesen tampoco. Ten presente, Iluska, si ves a un hombre debajo de un coche, que no debes sacarlo de allí, porque en lugar de agradecerte el que le salves la piel, te insultará porque le has desgarrado la manga.

—Me parece, Sándor, que contradices ahora lo que has dicho antes. Tu amor por el individuo en particular...

Sándor quedó un momento absorto.

—Sí, soy incoherente. Pero es tan estúpido y tan fácil ser coherente... Basta decir siempre lo mismo. La coherencia es la cristalización de la idea.

El criado preparaba la mesa, para tres.

El repiqueteo de un timbre hizo que Méliitta y Mauro se volvieran.

—Es el teléfono sin hilos—explicó Sándor, señalando una caja negra que había quedado inobservada en la sombra.—Me anuncian las comunicaciones de la tarde: los cambios de la Bolsa de París, el recuento de diputados en la Cámara francesa... y otros hechos salientes. No tiene interés. Dentro de

poco señalarán el principio de un concierto; son las seis, y es jueves.

Y consultó un largo cartelito puesto en la pared.

Otro repiqueteo.

Sándor volvió la bocina hacia los huéspedes, y con un par de pinzas de madera movió dos botones en la cara anterior del aparato, para regular la longitud de la onda.

Las seis válvulas termoiónicas se iluminaron, y de la bocina salió el nombre de un violoncellista célebre, el título y el autor de la pieza, y el nombre de una sala de música de París.

Al violoncellista siguió un cuarteto de arco; pero en su punto más patético fué interrumpido por una rarefacción.

—¿Qué es?

—Perturbación atmosférica—explicó Sándor, tocando un índice con las pinzas de madera. Las válvulas termoiónicas se apagaron.

—Esperemos que pase el temporal—dijo—y sentémonos, entre tanto, a la mesa. No puedo ofrecerles ostras de Arcachon, ni rosas de la Costa Azul.

—Sándor, ¿has probado el condensador que te traje yo el otro día?

—Sí: va muy bien.

—Temí que la parafina que separa una de otra las hojas de estaño se hubiera fundido por el calor de la mochila.

—Pues no.

—¿Todos los días puede usted oír música?

—Me transmiten los conciertos de París y de Londres. Oigo la música sin ver al público, sin que me distraiga la persona del artista; sin leer los ataques de bilis que han sufrido sus compañeros de observatorio, revolcados por lo común en los exámenes y confinados a las orquestas de los cafés, que se meten a críticos suyos en los grandes diarios.

¡Páprika, ponte ya!

Está acostumbrada a comer en mi mesa, pobre Páprika, y cuando estamos solos, le permito que ponga sus patas sobre el mantel. ¡Nos hemos calentado alternativamente tantas veces en la trinchera!... Se ha resignado a vivir entre estas rocas y a comer carne congelada, o lo que es igual, a ingerir ácido salicílico. Pero hasta al ácido salicílico se acostumbra uno, ¿verdad, Páprika? ¿Y en invierno, cuando rompemos a martillazos el pan de marinero? Pero Páprika tiene buenos dientes. Enséñaselos a estos señores.

Y Sándor le metió en la boca un pedazo de carne.

Después de la fruta y el café, que llenó la estancia de un exquisito aroma de moka, oyeron aún el Andante Religioso de Bach, tocado en Londres por Marcelo Boasso.

Y como la tarde caía, se despidieron del huésped. Sándor besó a Iluska en la frente.

La melenuda perra de pastor, terriblemente bella, les siguió unos centenares de metros, mientras no la entretuvo otro olor más interesante.

Tenían una gran ansia de besarse. Cuando se volvieron a mirar, para cerciorarse de que estaban solos, Páprika volvíase a la casa, a buen paso.

Méltita se estrechó contra su amante, le aplicó los labios a los suyos, como una ventosa, y siguió andando.

—Nos iremos en seguida a la cama.

—En seguida.

Méltita, voluptuosa y vibrante, pensaba:

—Pasaré la noche entre mis pechos.

(Advierto al señor procurador del rey que esta frase no es mía. Está tomada del «Cantar de los Cantares» de Salomón, un escritor de la post-guerra de hace 3.000 años.)

Todavía pasaron dos noches y un día en el viejo albergue de caza, y partieron. La bajada no fué

triste: fué triste la aparición del hotel, entre los larix.

Antes de la aldea encontraron a algún que otro grupo de excursionistas, que a su paso interrumpían la charla, los miraban de reojo y desahogaban su comprimida virtud en comentarios de risitas sarcásticas: Mauro y Melitta se sintieron seguidos por un cortejo de juicios virulentos, como esas pequeñas esferas de vidrio que, al romperse, exhalan un olor pestilente. La crítica que de las llamadas malas costumbres hacen las gentes de bien está compuesta toda ella de esas esferas aceitosas de pestilente puritanismo.

La Baronesa Esmeralda («El dedito en la naricita»), novela para muchachos) solemne en su torre, ponía a pecar las setas entre los mirtos, a la antigua manera. Las tres señoritas indesflorables, pegadas dentro de sus huecos vestidos blancos a un prado de color verde esmeralda, hacían un precioso efecto de huevos duros con achicoria. El senador filósofo y jugador de poker, paseaba para facilitar las funciones de recambio, con la venerable agilidad, con la juvenil desenvoltura de los rejuvenecidos por el profesor Voronoff; en un campo de tennis, una mujer honesta, decidida a no ceder, jugaba con un muchacho joven; y el marido lo presenciaba beatíficamente, y saltaba de cuando en cuando en la hierba circundante, para recoger las pelotas perdidas.

De la sala del hotel llegaba la música de una danza de moda, esa danza convulsiva que les hace subir la leche a las parturientas.

Se detuvieron junto a una ventana, por fuera.

En el piano de cola un muchacho «bien» braceaba con gran movimiento de cabellera y proyección de puños, y para dar color a aquellos espasmos epilécticos, golpeaba con los nudillos el compás en el atril, y con una llave en el platillo del candelabro.

—Los criminales de la música—susurró Melitta. Parejas de señoritas delicuescentes y jovencitos

*gommeux* (1) iban y venían dando vueltas, y cogidas por el único sitio que no se ataca a las buenas costumbres entre los pueblos civilizados. La música, monótona hasta repetir en un mismo motivo todas las modalidades de una misma nota, los impulsaba a pasos uniformes, que más que de baile parecían de un paseo digestivo; pero de pronto se desencadenaba un estrépito de manicomio, y las parejas se retorcián, se doblaban, se perfilaban en un abandono de pechos gelatinosos oscilantes y colgantes, y en un furioso sacudimiento de intestinos.

Cada pareja tiene un estilo propio. Este bailarín, esteta exangüe, crea efectos de fisonomía, plegando los labios sobre el corazón, y levantando al cielo la inspirada mirada en los momentos lánguidos; y cuando el ritmo se hace convulsivo, dilata sus narices palpitantes de fauno, extravía sus ojos desorbitados de danzarín mitológico, muestra la dentadura, y ofrece el labio inferior libidinosamente húmedo.

Ese otro hace dar las vueltas a su pareja con sosiego, como si la ilustrase mostrándole los ejemplares de un museo arqueológico; baila como cumpliendo un deber, y tiene la máscara solemne de quien presta un juramento, o lleva el cordón de un estandarte o de un féretro.

Y aquel de más allá, bufo, clown, caricaturesco, empeñado en hacer reír a toda costa, arruga el hocico, juega los ojos convergentes, se endereza como un juguete, proyecta hacia adelante las vértebras sacras, como si fuera a sacar la cola, de la que sin duda antepasados más o menos remotos le han desheredado.

Cada vez que pasa por delante de un espejo se da una ojeada, satisfecho de sí mismo.

Y este de acá, el muchacho que «baila bien», que conoce el baile científico, y sigue la música con absorta gravedad, y se concentra sobre sus propios

(1) Gomosos.

pies, como si a cada golpe de batuta se le presentase un problema imprevisto y trascendental: los anchos pantalones se le bambolean en torno a las piernas, sobre los flacos tobillos que salen de los zapatos, bajos, escotados, sin tacones, de animal plantigrado; con el instrumento de precisión en sus dos piernas no hace baile, sino trigonometría; apoyado en un pie, gira sobre sí mismo a compás, diseñando con el otro justísimos segmentos de círculo, y después atrae hacia sí a la dama, la lleva hacia el diseño geométrico como para que no lo desflore, la pone en el con exquisita delicadeza, la dobla hacia atrás, tal que por sorpresa, hasta casi hacerle tocar el suelo con la espalda, pero la recoge luego a un palmo del pavimento, y la exhibe triunfante, en alto, lo mismo que una ofrenda. La dama proyectada hacia el techo deja caer una pierna, y el público se recrea durante un instante con la visión fugaz de una liga, una raya de piel y alguna cosa blanca.

La mujer del vinatero enriquecido, con mucha quincalla en el cuello y sobre el vientre, da el triste espectáculo de la persona embarazada que se hace la desenvuelta. Creyendo imprudente dejar en el asiento el bolso de cuero, lo lleva muy apretado entre su puño grasiento, cargado de minerales, en la espalda del caballero.

La señorita despreocupada luce en el ángulo de los labios el cigarrillo (de opio, se comprende, aunque sea de picadura barata) y mientras habla, lo hace saltar en movimientos verticales, parpadeándole un ojo, atacado por el humo. La señora refinada, de morbosa espiritualidad—según ella—apenas toca al caballero, como adherida a él por un fluido magnético: la mano, arqueada como los pétalos de una ninfa, se mueve con la voluptuosa oscilación del cuello de los cisnes.

La madura señora, siempre joven (para ella no pasan los años) se resigna a los bailes modernos, pero conservando en el corazón la nostalgia del *Boston*

y del *Escuadrón de Lanceros*, y en las articulaciones algún que otro depósito de ácido úrico.

¿Y las dos hermanas (feas, ¡pobrecitas!) que, autorizadas por la madre, dan también juntas «algún que otro salto»?

¿Y los casados? Hay siempre una pareja de casados, bastante pasables, que un poco por celos y otro poco en serio, quieren demostrar a los jóvenes del día de cuánta energía disponen ellos aún. Sonríen arrogantes de su *performance* (1), protestando contra el pianista que acelera los tiempos y que, para vengarse pérfidamente, vuelve a empezar varias veces lo mismo.

Y cuando se ven obligados a darse por vencidos, se desploman jadeantes y apopléticos en sus sillas, enjugándose los dos el sudor con un solo pañuelo.

Méltita y Mauro atravesaron un salón, donde se desenvolvía este diálogo entre un joven y una señorita: el macho y la hembra de la *idiota elegans*.

—No fumo.

—¿No fuma?

—No tengo vicios.

—Fumar no es un vicio.

—Porque lo tiene usted.

—Si fuera un vicio, no lo tendría.

—Tendrá otros.

—Lo dice usted.

—Porque lo sé.

—*Shockin!* (2).

—¿Me perdona?

—Nunca.

—¿Hacemos las paces?

—*Jamais de la vie!*

Méltita y Mauro pasaron a la sala de lectura. Otro diálogo inteligente entre dos espiritualísimos representantes de la imbecilidad integral:

(1) Ejecución.

(2) Ofensivo!

—¿Quieres té?

—Quiero-te.

Subieron a sus habitaciones.

Sobre la mesilla de Mauro el despertador estaba parado, las flores secas, y blanqueaba una carta de la amante abandonada.

Se metió en la cama, pero no pudo dormir. La música epileptoide hizo vibrar las paredes durante algunas horas más.

—¡Cómo comprendo hoy—pensaba él—el gesto de Apolo cuando descortezó vivo a Marsyas, el sátiro que sabía arrancarle a la flauta sonos dulcísimos! Aquel virtuoso de la flauta debía ser un vecino de su casa o un compañero de hotel.

Méllita, por el contrario, durmió. La niña con cosas de muñeca era como esas muñecas que apenas se dejan boca arriba, cierran los ojos y se duermen. Al atardecer fué a saludar por última vez a la blanca gatita sentimental que pasaba largas horas con su tocado, para agradar a la luna.

Un cielo inverosímilmente palpitante. Estrellas amarillentas, estrellas azules, estrellas de color de rosa, estrellas blancas. En la inmutabilidad estereotipada, convencional, de todas aquellas estrellas, he aquí que una se emancipa, corta el horizonte en vuelo hiperbólico y desaparece.

Es una estrella separatista.

A la mañana siguiente, Méllita partía con Mauro hacia la ciudad.

—¿Me escribirás?—preguntó ella, cogiéndole una mano.

El coche bajaba a motor callado, silenciosamente. La rosada luz del amanecer recortaba el perfil de las rocas.

—No—respondió el amante.—Detesto las cartas de amor y todos los epistolarios que lo nutren. La correspondencia postal denota poca dorada reserva de pasión.

Se acercaban al llano.

Una gallina por poco se dejó sus plumas bajo los neumáticos. Méllita dió un pequeño grito, y cuando la vió salir corriendo hacia el prado, se rió alegremente.

—Las gallinas—observó—se nos parecen a las mujeres. Cuando se ven en peligro de ser atropelladas, en lugar de echarse a un lado, cruzan el camino.

Dos horas de tren y estuvieron en la ciudad. Se dieron un beso y una cita para la tarde del día siguiente en la sala de té de una confitería, y se separaron.

Méllita se acercó despacio a la portezuela, buscando a alguien en el andén, por encima de las cabezas y de los bultos a la espalda de los mozos.

—¡Iluska!

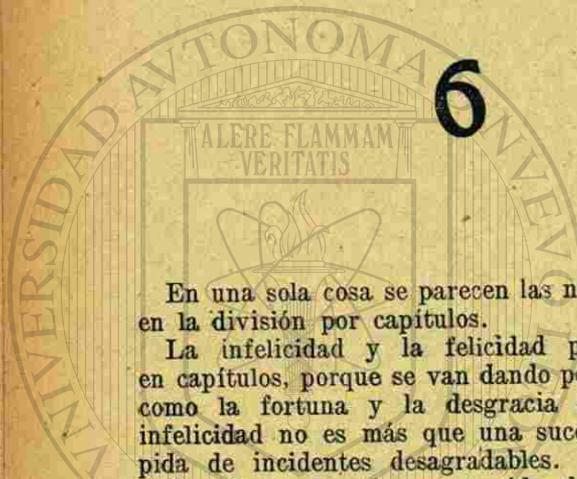
Estaba la tía, dulce y panzuda como un azucarero, y el padre, bella figura enérgica y rubia, de macho bien conservado.

No les parecía verdad el tener con ellos en casa, aunque fuese por pocos días, a la hija vagabunda, la criatura inestable, tan poco amante del hogar, la inquieta peregrina, siempre en busca de nuevos horizontes y de idiomas distintos.

¡Pero Méllita tenía tanto amor en las venas, aquel día!

Metió el pequeño maletín entre los brazos de la tía, se echó al cuello de su padre, y le dijo una palabra que pronunciaba pocas veces.

—Papá.



En una sola cosa se parecen las novelas a la vida: en la división por capítulos.

La infelicidad y la felicidad podrían dividirse en capítulos, porque se van dando por series alternas, como la fortuna y la desgracia en el juego: la infelicidad no es más que una sucesión ininterrumpida de incidentes desagradables.

Cuando os hagáis un vestido de luto, procurad que la tela sea fuerte: porque al acabar un luto tendréis que empezar un segundo, y aun quizás un tercero, puesto que os hallaréis en la serie triste. O alegre. Pero decimos simplemente triste, aun cuando sea alegre: la costumbre de llamar las cosas así.

\*  
\* \*

Para Mauro comenzaba un capítulo nuevo. El último había sido un sueño: un sueño sin término de comparación, vertiginoso y al alcance de todas las fortunas. El amor insospechado de Mélitta, la posesión de un cuerpo incontaminado, la revelación del amor en un lugar apartado del mundo, en un escenario de tribu primitiva.

El penúltimo: vagar errabundo de ciudad en ciu-

dad, de hotel en hotel, con una actriz de ojos turbios, de temperamento atrabiliario y de carácter *extra-dy* (1) que le había paralizado la voluntad, le había hundido el espíritu en la catalepsia y abierto en su ánimo heridas tales, que ninguna mano, a excepción de las de Mélitta, la niña inocente, hubiera sabido restañar. En ciertos momentos de meditación, preguntaba él si no hubiese curado con la aplicación de aquella farmacopea del 1600, que prescribía comunicar el propio mal, para curarlo, a una jovencita implume. Las jovencitas implumes de hoy ponen en circulación el mal heredado de sus antepasados del 1600, que tal vez se vengan de ese modo.

Antepenúltimo capítulo: peregrinación por las tétricas habitaciones de muebles grasientos, de alimentos pestíferos y de jabones vulgares.

¿Y ahora?

¿Tendrían que recibirle de nuevo esas habitaciones?

No. Debía formar un nido prodigiosamente bello para acoger en él a Mélitta. Mélitta no era de esas mujeres que salen de tu cuarto sin dejar de sí mismas más que algún pelo enredado en el peine o una huella de sus polvos en la ropa. No podía recibirla en uno de tantos aposentos del caso, todos parecidos entre sí, con el tapete intencionadamente turco, aquí y allá quemado por fumadores distraídos, y con la Virgen colocada sobre un ramito de olivo, y adornada por tal que cual malévolo lunar, que hiciera con su boca una mosca iconoclasta.

Y mucho menos podía llevarla a la *garçonnière* (cuarto de soltero; para los puristas que digieren mal) dispuesta conforme al modelo de la baja literatura: alfombras que silencian el paso, cojines de todos los colores y calibres sobre otomanas que apenas levantan un palmo del suelo; aparadores con recuerdos queridos, entre los que se guardan el hornillo del Extremo Oriente para alimentar los

(1) Extraordinario.

quema-perfumes, y los imprescindibles bizcochos, y la balsámica botella de Porto para apuntalar al gran simpático cuando se resiente.

A Mélitta había que tratarla como una mujer diferente a las demás, porque, como todas las amantes en activo, era una mujer de excepción.

Encontró un pisito bajo, en una casa digna de ella, de ella tan al margen de los prejuicios y tan immaculada, aun teniendo un amante. En el primer piso de aquella casa vivía la entretenida de un magistrado, la cual recibía de cuando en cuando a algún que otro abogado anhelante de entrar en inteligencia con el campo enemigo; y en el segundo y último, una buena señora, espantosamente honesta e ininterrumpidamente encinta, había instituido un centro de instrucción y educación de hombrecitos de ambos sexos.

\*  
\* \*

Decoradores, tapiceros, mueblistas crearon un aposento distinto de todo lo corriente hasta el día.

Que cada cual se lo imagine a su gusto.

Casi todas las tardes, Mélitta se dirigía a él con su paso elástico, y salía cuando las primeras nieblas del otoño naciente confundían las luces de la noche con los últimos resplandores del día.

Otras veces se veían en la sala de té de Baratti, una confitería de comadreo que recoge cuanto viene de allá, de la «vieja Inglaterra», sobre mundana ciudadanía; señores de voz aflautada y de escogido léxico, que cuando enuncian vocablos de gran lujo, como incompatibilidad, pesimismo, hipercrítico, incommensurable... levantan la voz para no privar de ellos a los clientes más distantes. Señoras distinguidas que ofrecen la mano a los labios de todo jovencito irresistible, como en las viejas estampas; viejas señoras que se estropean la dentadura con el azúcar

cristalizado de las castañas garrapiñadas. Un jovencito irresistible, recién iniciado en la carrera del *viveur* se sentó con una mueca de disgusto, abrió nerviosamente el diario, dió una escéptica ojeada al artículo de fondo, lo dobló por la mitad, y dando una impaciente orden al camarero, se puso a observar a las señoras con aquella superioridad otorgada por las quince liras que llevaba en su bolsillo, producto de un sablazo a mamá, por la venta de una *Divina Comedia*, y de un empréstito amistoso hecho a la cocinera.

La poetisa Amalia Guglielminetti pone en el *suave labio de Calíope* una estrofa llena de espíritu—como ella—regulando la exposición de los dientes en el espejo altísimo.

Un elegante de gabán casi nuevo (la tela no fué vuelta del revés más que una vez sola) asiéndose con las dos manos al bastón que pende de uno de sus hombros, se presenta en el umbral, en actitud de buscar a alguien. Y como a ese alguien, en tales casos, no se le encuentra nunca, una vez explorado el horizonte en todos los sentidos, salió, sin hacer gasto, seguido por la irónica sonrisa de Angelo, el conocedor de dulces y de mujeres, el psicólogo distribuidor de té aromático e informes a la vainilla.

Mauro y Mélitta se quedaban hasta ese momento en que la gárrula fauna de laboratorio se vuelve a la calle, y los pórticos se animan, se rejuvenecen, adquieren un ritmo más acelerado y más vario. Los tranvías, presurosos y plétóricos pasan, sin dejar de dar campanillazos, mientras un mozo echa abajó los cierres metálicos, se entrevé a la dependienta poniéndose los guantes y componiéndose con dos solos toques las patillas. Y alguien hay fuera, más o menos distante, que espera.

Mauro acompañaba a Mélitta por las calles henchidas de vida y erotismo, y junto al jardín de su casa se separaban, felices por las horas trans-

curridas, felices por las que habían de transcurrir de igual modo al día siguiente. A veces, de improviso, en la quietud de la sala de té de la antigua confitería, bastaba el encuentro de las manos o de las miradas para impresionarse amorosamente. Retiraban la taza, dejaban a mitad el aperitivo, y en tres minutos de automóvil hallábanse en la villa acurrucada al pie de la colina, envuelta en el espolvoreo de oro que el otoño arranca de los árboles.

Entrando en su casa, llena de cojines y tapices, los acogían los veintidós grados centígrados de la estufa eléctrica, perfumados por una cáscara de banana colgada del techo. Preparadora muy hábil de mixturas alcohólicas (un *barman* negro de Nueva Orleans habíales confiado el secreto de ciertos cocktails) vertía con notable precisión diferentes líquidos en la cubeta de níquel, y mientras los agitaba violentamente para mezclarlos, Mauro le quitaba los zapatos y le ponía unas zapatillas vienesas, de melodrama de José Verdi.

Antes de ofrecer el vaso al amante, lo probaba ella, con un choque de sus incisivos contra el cristal.

Aparecieron las primeras pieles, que dejan una estela de perfume, mezcla de alcanzor, de polvos y de mujer, en esos días en que parece flotar por todas partes un olorillo cadavérico de crisantemos, y a través de los portones de las casas burguesas los patios echan bocanadas de mosto y de vino.

Los amantes caminaban en la niebla, a lo largo del río, bajo los débiles faroles, entre los largos ramajes de los árboles esqueléticos. Iban como las parejas de enamorados que había encontrado Mélitta junto al Sena, junto al Luegoteveré, en los bancos del Támesis, y que son siempre las mismas, porque repiten el tipo acostumbrado: pareja de ilusos, que persigue en la sombra el fantasma inabordable de la felicidad.

Consumían alegre y juvenilmente la golosina del amor, unas veces circunspectos y ocultos como dos

malhechores, otras temerarios hasta el punto de darse los besos casi en presencia de esos laceros del amor que se llaman guardias municipales.

—¡Qué bien se estaría en mi casa—suspiró ella una tarde—sin ese emplasto de mi cuñado futuro! Es un sér que me da náuseas. A fuerza de morderse las uñas, se ha puesto los dedos como diez salchichas hervidas hasta lo infinito; y se las come en la mesa, antes de los postres, después de los postres, cuando discute, cuando duerme. No sé cómo Donatella puede sufrirlo. Es uno de esos seres que para mirarte te ponen rostro sobre rostro, y no saben hablar sin acercarte la lengua a la boca. Como en su pueblo, de muchacho, tiraba de la cuerda del fuelle en el órgano de la iglesia, se cree entendido en música, y en la comida y en el almuerzo nos ilustra sobre las bellezas de Rigoletto o el Trovador, y nos hace revelaciones importantísimas sobre el cuerpo de baile del teatro municipal de su pueblo.

—¿De dónde viene?

—De...

—Tocará la mandolina.

—No.

—Un hombre de ese país que no toque la mandolina es como una cocinera inglesa que no sepa preparar el *pudding* (1).

—Pero toca la ocarina, ¿sabes?, ese instrumento gordo, de barro, que parece un topo despellejado, y que chilla como los topos cuando los despellejan. Tiene además la manía de las estadísticas anecdóticas: sabe decirte cuánto tiempo tiene que transcurrir para que los cigarrillos que te fumes diariamente, puestos uno contra otro, en forma de esterilla, puedan dar la vuelta al globo terráqueo, y cuántas libras esterlinas costaría actualmente la Torre de

(1) Salchicha.

Babel, si hubiera de hacerse con cemento armado.

—¿Por qué no lo tiras por el balcón?

—Necesitaría antes tener los pies prensiles, como los monos, porque con las manos me da asco tocarlo.

Don Cecilio Cacao. Había nacido en una vieja casa de la callejuela del Manicomio Provincial, esquina a la calle del Peso Público, en una de esas pequeñas ciudades que obligan a los empleados de correos a hojear, maldiciendo, los diccionarios postales; de esas ciudades que no se han oído nombrar ya desde la campaña contra el bandidaje.

La falta de una escuela técnica, prometida por todos los ministerios, de Crispi a nuestros días, pero nunca abierta, le indujo a abandonar el país natal, pidiendo hospitalidad a unos parientes que vivían en cierta región volcánica, donde florecen las ginestras.

Coronados sus estudios con un título de tenedor de libros, halló empleo junto a un mar saturado de helenismo, donde se encuentra todavía algún vocablo griego, hasta que un buen día le dieron un muestrario de gelatinas, cola y barnices, una lista de clientes y un kilométrico, y le dijeron: ¡Andando!

Se captó en seguida el aprecio de su jefe—decía él—y un curioso modo de hablar, compuesto de floridos giros del lenguaje más característico de las regiones visitadas por su comercio de barnices, colas y gelatinas.

Tan extraordinario don de gentes y su nombre ilustre (Capacaida) una de las más insignes familias del mundo, ensancharon pronto el círculo de sus negocios, y en su primer viaje por el norte conoció a Donatella.

Donatella: lo más característico de esta muchacha era el no tener nada característico.

Hacía pensar en esas tortugas caseras, estúpidas y dulces, tímidas y taciturnas, que se las pisa y no protestan, conformándose con esconder la cabecita

bajo el caparazón; parece que escuchan nuestros discursos, y, por el contrario, duermen; creemos que duermen, y, por el contrario, están prestando atención a algo que no tendrán nunca, porque no saben hacerse comprender.

Donatella amaba a don Cecilio.

Y amaba también a la tía, y hasta al padre, y aún a Mélitta, que se reía de ella por su adoración a aquel curioso individuo.

—Mira tu Cecilio con la boca abierta, como si te hiciese inhalaciones de amor.

Y Donatella sonreía, con las manos cogidas bajo el delantal, y bajando los ojos, pudorosa.

—Le he faltado al respeto a la tía—le confió un día a Mélitta,—pero le he pedido perdón a la Virgen.

—¡Era mejor habérselo pedido a la tía!—observó Mélitta, con una vaga sonrisa burlona.

Donatella suavizaba siempre las palabras, como si las untase de manteca. Mélitta rociaba las suyas con el ácido corrosivo de su sarcasmo.

—Para hacerme la piel de topo, han sido precisas cuatrocientas sesenta y seis pieles—informó Donatella, describiendo su equipo de boda.

—¡Cuatrocientas sesenta y seis pieles! ¡Cuántos topos para vestir a uno solo!—comentó Mélitta. Y balanceando sus brazos, dió un salto y fué a sentarse sobre el radiador de la calefacción.—¿Y por qué no te quitas todas esas pecas que llevas en la frente?

—¿Qué quieres, Iluska? Dios me ha hecho así.

—Pero no te ha prohibido embellecerte. También al agua oxigenada la ha hecho así, para que pueda quitar las pecas.

—Le preguntaré a Cecilio qué le parece.

A don Cecilio no le pareció bien.

—Me excusará usted, mi bella señorita Iluska—dijo a Mélitta, acompañándose de una mímica de sordomudo—si le digo claramente que lo siento.

Donatella me gusta como es: ni mejor ni peor de como es: no es discolora, ni sofisticada, ni rechaza jamás los consejos que se le dan, como hace usted; no lleva camisa bordada, ni ese escote de armiño que usted muestra, ni sueña cosas estúpidas; me dolería mucho que fuera de otro modo. Perdoneme, Iluska, y consérvese buena.

Méltita, inteligente, fina, alimentada con ideas modernas, no podía estar de acuerdo con aquel salvaje lleno de prejuicios, que en la mesa afilaba los mondadientes con el cuchillo, se preciaba de beber como los grandes de España, y revelaba en el vestir caligráfico gustos de negro: pantalón blanco, con los tirantes sobre el vientre, y bajo una americana atildadísima, de solapas relucientes, como las vueltas de seda de un *smokin*.

Donatella tenía que sufrir contestaciones a este tenor:

—Créeme, Iluska: Cecilio es bueno como el pan.

—¡Como el pan de centeno, Donatella!

Donatella, dolórica, se retiró a su cuarto, colocó un lienzo sobre un caballete, trazó una línea horizontal a todo lo largo, dió de azul a la parte superior y de verde a la inferior, pintó sobre la línea separatriz una especie de coma grande, blanca... y quedó hecha su quincuagésima marina, con barquitos de vela en el horizonte.

Don Cecilio, en materia de moral, llevaba unos doscientos años de retraso. En su país, las mujeres de buena familia no salen nunca solas, y cuando lo hacen en coche, el cochero tiene buen cuidado en cerrar la portezuela y en vigilar la llave.

Sus cinco hermanas no sabían aún lo que era el cinematógrafo, ni habían visto teatro alguno, ni diseñado siquiera en un periódico de modas; crecían bajo el ojo avizor de la madre, que consideraba como actos de mujer mala, si no precisamente el asomarse a la ventana, si el echar una ojeada a través

de las persianas (como no fuera que pasase una procesión).

La madre de las cinco hijitas llevaba una minuciosa contabilidad de sus enfermedades mensuales, y cuando en alguna de ellas la estación de las lluvias producía retraso, irregularidad o trastorno, brotaba la tragedia: el haber mirado a través de las persianas cerradas pudo ser fatal. Y entonces, un poco de perejil.

Para que reinase la serenidad era indispensable que una u otra de aquellas señoritas se metiese en la cama con dolor de vientre, y necesitara unas gotas de láudano.

En aquella familia, como en todas las familias bien surtidas de señoritas, el láudano se compraba por botellas.

Sin embargo, a pesar de su atávica ferocidad, el sarraceno imbuído en toda clase de supersticiones y de dogmas, se permitía hablar del amor.

—En mi país se empieza a hacer el amor a los ocho años.

—Como las anguilas—comentaba Méltita, maliciosa.

Y mientras él reanudaba su tema, después de una sonrisa, explicando que en su país hacer el amor significa pasar tres años bajo una ventana, Donatella miraba a Iluska con dos grandes ojos atónitos que imploraban piedad. Don Cecilio intentaba defenderse de la ironía de Iluska con alguna que otra cabriola espiritual, pero resultaba enorme y grotesco como un hipopótamo que se pusiese en la oreja una pluma de pavo.

La ironía es un arte difícil—le advertía Méltita:—o es muy ligera, y entonces no se la comprende, o muy pesada, y entonces machaca los pies de quien la lanza. La ironía es más difícil de adquirir que los barnices, las colas y las gelatinas.

(Donatella se tragaba una lágrima.)

Méltita y Cecilio representaban dos psicologías,

dos civilizaciones, dos conciencias opuestas. Inteligencia bastante para vender gelatinas, colas y bar-nices, pero insuficiente para comprender nada por fuera de sus paquetes, botes y cajas; instinto investigador de polizonte, capaz de descifrar en el espejo las manchas de papel absorbente, de interceptar una carta, de seguir, espiar, escuchar, someter a interrogatorio, coger en contradicción, registrar cajones ajenos.

—Si no lo tomase usted mal, Iluska, le preguntaría por qué ha venido tan tarde a la mesa hoy, ayer y tantos otros días. En toda esta casa, con lo grande que es, no hay una sola mujer que pase fuera de ella toda la tarde. Yo tengo cinco hermanas y tres primas, que no salen nunca solas. Perdóneme, Iluska, si me he querido quitar esta espina del corazón, pero...

Méllitta le echó al rostro una mirada llena de desprecio, y le contestó:

—Por hoy ha dicho ya bastantes estupideces. Guárdese las que le queden para mañana.

Y se levantó de la mesa.

La tía, hinchándose como una zambomba, suspiró.

¡La buena tía! Existen todavía tías buenas, incommensurablemente crédulas, a las que se puede hacer creer que la sífilis se trasmite por teléfono, y que vuelve uno a casa a las tres de la madrugada, porque el tranvía se quedó sin corriente.

Donatella vertió la lágrima diaria, y don Cecilio, para elevar la moral de la mesa, explicó de qué manera Bismarck, Mascagni y San Genaro (sangre y seltz) pertenecían a la nobilísima estirpe de los Capacaída; y demoliendo con los dientes el último residuo de una uña, hizo mentalmente el cálculo exacto de los cerdos que deberían prestar gentilmente sus intestinos para la fabricación de una salchicha que llegase de la Tierra a la Luna.

Las apariciones del padre de Méllitta eran muy fugaces. Cuando llegaba de improviso pedía noticias

de Méllitta, pero no las escuchaba, porque se engolfaba en seguida en una carta o en una orden por teléfono. Los negocios y las mujeres le dejaban poquísimo tiempo que dedicar a la familia; a menudo no estaba en casa más que el preciso para coger un documento o pedir por teléfono una plaza en los coches-camas. Hombre de gesto seguro, de mirada firme, de palabra decisiva, acostumbrado a dirigir serios consejos de administración, y a presidir asambleas tumultuosas de accionistas, no reparaba en las pequeñas vicisitudes de la familia ni se maravillaba de la excesiva estancia de don Cecilio Cacao en su hogar, ni trataba mucho menos de adelantar la fecha de la boda entre él y Donatella.

—Usted, Iluska, tiene un secreto—atacó cierto día el futuro cuñado, con una sonrisa entre fina y puerca.—Confíemelo. Usted sabe que las confidencias me entran por un oído y me salen...

—Por la boca—rió burlona Méllitta.

—Yo sé—continuó el otro, curioso e inquisidor—que cada día ve usted a un caballero. Mire usted lo que hace. Si su padre se entera va a enfadarse muchísimo. Mírelo usted bien. Yo la he avisado ya.

Méllitta, la independiente, la rebelde, la acostumbrada a no obedecer otra voluntad que la suya, enrojeció de cólera:

—Pero ¿por qué no vuelves a tu asqueroso país, bruto salvaje, cruce innoble de albanés, negro y mahometano? ¡Vuelve al país de tus abuelos! ¿No sientes la nostalgia del trópico, de oriente, de la selva? ¡Vuelve a donde el coco, la gutapercha, el alcanfor, la tapioca, el sándalo, el sagú, la banana, los dátiles, la serpiente boa, la peste negra, la fiebre amarilla y el suplicio del palo!

—¡Ih, ih, ih!—silbó largo rato el salvaje, herido en su color local; y víctima de una improvisada crisis de onixofagia, se llevó a la boca cuatro uñas de una vez.—Lo decía por su bien. Pero ya que

no quiere hacerme caso, yo hago como Poncio Pilato: me lavo las manos.

—Así las tendrás limpias un día.

\*  
\* \*

Méltta amenazó con irse a Hungría o cruzar el Océano. Para amar la casa es preciso alejarse de ella. Fueron necesarias todas las dulzuras de la tía, diluidas en lágrimas de Donatella, para conseguir un armisticio entre Méltta y Cecilio.

—Tú, Huska, estás prevenida en contra de ese hombre. Le crees necio y, por el contrario, es inteligente.

—Será inteligente, pero no ha dado nunca pruebas.

—Pues su negocio lo lleva bien.

—Si fuera inteligente, en diez años hubiera llegado a patrono; por el contrario es un simple empleado. ¡Pobre Donatella! Tú que riegas todas las noches tu sueño con lágrimas y suspiros, en espera de que él se decida a casarse, no comprendes que ese día no llegará nunca.

—Eres injusta.

—¡Veo claro, Donatella! Ese hombre ha encontrado en nuestra casa un cuarto con calefacción, una cocina que le va bien a su paladar, una cama blanda, una ventana al mediodía, y se queda aquí hasta que le echéis.

—Pero, Huska, tú no lo conoces. Te juro que Cecilio no es malo.

—Es venenoso como una carta anónima.

—Hemos retrasado la boda, por causa del equipo y del piso, pero...

—Pero la retrasaréis más, y definitivamente. Y cuando él vuelva a su país, confirmará entre las gentes aquellas la leyenda que tienen sobre las del norte: es decir, que si nosotros no vivimos todavía en las cavernas, es porque de vez en cuando viene

a civilizarnos alguno de ellos; y que todas nuestras mujeres caen fulminadas de amor, en cuanto uno de ellos se digna dirigirle una mirada carbonizante.

—Tú haces regionalismo, Huska.

—No, Donatella. Vistos en su país, son todos ellos simpatiquísimos. Los que se quedan entre sus montes tienen un carácter prodigioso; pero son de sobra indigestos los que con un permiso técnico y una maleta vienen aquí descaradamente a la colonización del norte.

—Papá, que conoce a los hombres, ha formado muy buen concepto de Cecilio.

—No creo que nuestro padre lo haya estudiado muy a fondo, ni se haya informado de él por cuenta propia. ¿Verdad, papá?

El padre entraba en aquel momento.

—No se trata de él—dijo friamente—sinó de ti. Tengo que hablarte.

Donatella salió.

Quedaron solos Méltta y su padre.

—Huska, tú vas todos los días a casa de un hombre.

Méltta no respondió.

—¿Es verdad?

—Es verdad. Pero te lo ha dicho Cecilio. No ha podido ser nadie más que él, con su instinto de polizonte, de carcelero y de espía.

—Te repito—atajó el padre, tratando de dominarla con la mirada y con la voz—que no se trata de procesarle a él.

—Pues a mí mucho menos.

—Eso tengo yo que decirlo.

La muchacha no supo ya reprimirse. Ella, tan pálida, larga, delicada y sutil como esas mujeres místicas de las vidrieras de las catedrales, se dejó llevar por un arrebató de ira y gritó:

—Hacen los lazaretos para los coléricos, los manicomios para los locos, las cárceles para los delincuentes, y, sin embargo, no hay un asilo abierto

para los imbéciles, que son más peligrosos que los delincuentes, los locos y los coléricos.

—Oyeme, Iluska—respondió él con enérgica frialdad.—Yo estoy acostumbrado a tratar con mujeres y a dirigir hombres, y rehuyo el golpe y preparo la defensa antes que el adversario me dirija su ataque. Por eso te advierto, para ahorrarnos el discutir, que conmigo es mejor razonar que explotar. Como ves, yo conservo mi calma. No te hablo de mi dolor, porque aborrezco las palabras inútiles.

El tono glacial de su padre la desarmó.

—No hago nada malo—declaró ella con lealtad.

—Eres su amante.

—¿Lo sabes tú?

—Lo sé. Y si te digo que lo sé, no es para lograr que cantes de plano. Yo no arranco las confesiones por medios rastroseros. Te digo que lo sé, porque tengo pruebas.

Méllitta quedó petrificada. ¿Pruebas? ¿Qué pruebas podía tener? Lo sucedido entre ella y Mauro, nadie más que Mauro lo sabía.

Y como no era ocasión de mentir ni de disculparse, se retiró a su cuarto y cerró la puerta violentamente.

Cuando la tía se enteró de aquella complicación sentimental, hizo la señal de la cruz.

Las mujeres, ante cualquier desgarrón de la monotonía diaria, hacen la señal de la cruz como medida preventiva, como los médicos militares, ante una enfermedad cualquiera, no saben hacer otra cosa, como principio de tratamiento, que recetar el aceite de ricino.

Y después dijo al padre la frase en que resumía todo su buen sentido casero:

—Te lo he dicho siempre, y no has querido creerme.

—Pero ¿qué?

—Que esa chiquilla tiene excesiva libertad. Cuan-

do una muchacha no ha cumplido aún los veinte años, no se la deja ir sola al extranjero.

—¿Por quién va lo de extranjero? Su amante no lo es.

Al oír la palabra *amante*, la buena señora hizo por segunda vez la señal de la cruz.

—¿Estás bien seguro de lo que dices?

—Segurísimo. Cecilio ha descubierto en un cajón de Méllitta cierto aparato de higiene íntima, que una señorita (que no sea señorita sólo para los sobres de la correspondencia) no puede usar.

La tía invocó a una docena de santos de ambos sexos.

—Pero ¿quién te dice que usa ese aparato?

—¡Qué tonta eres! No te figurarás que lo use como boquilla para los cigarros.

Otros doce santos acudieron a su memoria.

—Y Cecilio sostiene haber visto, por el ojo de la cerradura que tu sobrina hacía de dicho objeto el uso hidráulico para el que ha sido construido.

\*  
\* \*

Bondadosa lectora, usted dirá que este ignominioso escritor llega en su audacia a tomar una cáñula de madera para la higiene íntima como *deus ex machina* o base fundamental de una situación dramática, que ha tenido como punto de partida una complicación sentimental.

Sepa usted, señora, que yo también amo a los que apoyan en las nubes la escala de sus sueños, y que me gustaría vivir siempre en las fantásticas regiones de la quimera azul, y no hojear nunca más que libros que hablasen de purísimo amor. ¡Cuánto mejor sería no considerar al amor más que como nos lo imaginábamos de niños!

Todos los niños son soñadores; al crecer, algunos

siguen siendo niños: son los poetas; otros llegan a hombres: son los tenderos.

Los poetas siguen remontándose en los espacios, llevados por el aquilón de sus páginas de amor; pero los tenderos se previenen atándose a la tierra por un hilo, y despertando de su sueño con el binóculo de la moral.

La moral (estratificación sucesiva de leyes económicas heredadas de nuestros abuelos, con todo el interés compuesto de los prejuicios, falsas interpretaciones, quijotismos y demás necedades) la moral es como unos gemelos de teatro: se alarga, se acorta, se reduce, se agranda, ensancha o estrecha, el campo de visión, obedeciendo al tornillo que hay entre los dos oculares.

En ese tornillo que tiene el mágico poder de graduar las distancias, los valores, los planos y las proporciones están todas las cosas inherentes al sexo.

Es repugnante, ¿verdad, señora? oír hablar del sexo, de objetos íntimos, de funciones glandulares. Sin embargo, todo el instrumento de la moral sexual está apalancado sobre ese breve capítulo de la fisiología humana.

Vea usted:

Si en la muy noble familia Cacao de Capacaida, una de las hermanas de don Cecilio tuviese un retraso o una suspensión inquietante en la contabilidad ginecológica llevada tan escrupulosamente por la madre, en aquella casa podría irse en barca por un mar de lágrimas.

Pero si, por el contrario, esa hermana tomase marido, vería usted cómo los parientes todos, la familia entera, rodearía a la recién casada, invocando del cielo como un don divino la interrupción del ritmo mensual, cosa tan horrible en una muchacha.

Si el marido no tuviera la suficiente gallardía para cumplir con sus deberes de macho, toda la familia de la mujer se erigiría en alto tribunal de justicia

para condenarlo por impotente, y para defender a la esposa que, joven como es, tiene sus imperiosos deseos, resultando torpe y criminal que el marido no sirva para satisfacerlos. Pero si antes de su matrimonio hubiese ella tenido la osadía de confesar ese mismo deseo, toda la familia la hubiese declarado mujer perdida, viciosa, degenerada, advirtiéndola que una muchacha como ella no solamente no debe sentir deseos, sino que ni siquiera debe estar enterada de su existencia.

Si su cuerpo de mujercita joven tiende al amor, o si, como dice Mélitta, se entrega, la tendencia al amor o la concesión deshonran la sangre de la moralísima parentela, consternada y maldiciente. Pero si Donatella se casa, pasa a primer término, en todos los discursos, en todos los actos, en todos los preparativos, ese estupro legalizado por el Juzgado, que no sonroja a nadie, y en cuya ejecución todos colaboran sonrientes.

Los velos blancos y las flores de azahar significan que lo que por la noche tiene que sucederle a la muchacha no le ha sucedido todavía.

Mañana le ofrecerán rosas encarnadas, ya no blancas, porque todo se ha cumplido.

La partida para el viaje de bodas está combinada de modo que en la ciudad a donde vayan tengan toda una noche por delante. Ni uno solo de los asistentes al banquete o a la ceremonia ha dejado de figurarse a la novia en el acto de ofrecerse desnuda a un hombre que aquella misma mañana, antes de salir para la alcaldía, no la había besado aún.

La querida chiquilla de los veinte años, acostumbrada a moverse en plena ingenuidad (¡qué pura es! Figúrate que me decía: «yo me caso con mi papá») se moverá ya libremente en el viaje, en el hotel, en la habitación y en la cama. Antes le parecía indecente desnudarse una pierna delante de su madre, y ahora encontrará lo más natural desnudarse toda

ella delante de un hombre, y meterse con él entre las sábanas.

Como ves, lectora bella, no es el novelista quien lleva a primer término la brutal materialidad del sexo.

Y don Cecilio Cacao de Capacaída, y la tía, y el padre, y la muchedumbre, y el público, y la sociedad entera, que proyectan sus valores morales a la sombra de una glándula.

Méllita y Mauro se habían encontrado en un mundo purísimo: puro como puede únicamente encontrarse en las montañas; el acoplamiento entre ellos había sido determinado por una fuerza superior a su voluntad, ciega como la que guía a la abeja de una salvia en otra; una afinidad física, una sensualidad isócrona, un instinto que no puede analizarse, habían creado la felicidad de sus cuerpos y de sus espíritus, sin que cálculo alguno la empañase; la casualidad del encuentro y la falta de planes para el porvenir y de preocupaciones por el pasado, habían dotado a su amor de la sublimidad de un símbolo.

Pero he aquí que un Cecilio Cacao cualquiera, un mentecato celador de cárcel ensucia su pureza en nombre de la moral, y con sus inmundas manos de roedor de uñas, agita un objeto hallado en un cajón de Méllita, un objeto higiénico que nuestras mujeres tienen, después de todo, la torpeza de usar muy poco, o de no usarlo nada.

La mirada de los parientes de Méllita se había puesto por un momento en sus órganos. Se hablaba de moralidad, de bien, de mal, de honesto y de pecaminoso, pero la atención de toda la familia estaba concentrada en el sexo de la muchacha.

La familia, núcleo de la sociedad.

Señora, si usted quiere ser feliz, retírese a un islote perdido en el Océano, o a un peñasco desierto como el escogido por Sándor. Pero nunca en

el mismo de Sándor, porque correrían ustedes el riesgo de hacer, entre los dos, una nueva familia.

La familia, mal tremendo, causa de infelicidad, de errores y delitos. Los adolescentes se destruyen a sí mismos con vicios solitarios, porque los procreadores, en su manía al sexo, les impiden sus naturales funciones. Los jóvenes contraen enfermedades funestas, porque no pueden desinfectarse sin infundir sospechas; las muchachas quedan encinta porque en casa no hay facilidades para el lavado; abortan (o mueren de peritonitis) no siéndoles lícito confesar su embarazo, o matan el feto, no atreviéndose a mostrarlo al mundo, a este sucio mundo que frente al milagro de la maternidad tiene todavía la estupidez de preguntar si nueve meses antes la mujer se había entregado en cama, en barca o en la hierba, y si el macho había antes firmado cierta acta y dicho un «sí», ante una panza municipal, fajada con un gran lazo tricolor, a franjas.

7

Un libro abierto en una mano, y la otra abandonada a la japonesa. Mauro Mauri, cubierto hasta el cuello por un peinador blanco, miraba a la asiática muchacha en el espejo de en frente, que con el espejo opuesto multiplicaba hasta el infinito la pantalla amarilla, el peinador blanco y el rostro color de azafrán.

ella delante de un hombre, y meterse con él entre las sábanas.

Como ves, lectora bella, no es el novelista quien lleva a primer término la brutal materialidad del sexo.

Y don Cecilio Cacao de Capacaída, y la tía, y el padre, y la muchedumbre, y el público, y la sociedad entera, que proyectan sus valores morales a la sombra de una glándula.

Méllita y Mauro se habían encontrado en un mundo purísimo: puro como puede únicamente encontrarse en las montañas; el acoplamiento entre ellos había sido determinado por una fuerza superior a su voluntad, ciega como la que guía a la abeja de una salvia en otra; una afinidad física, una sensualidad isócrona, un instinto que no puede analizarse, habían creado la felicidad de sus cuerpos y de sus espíritus, sin que cálculo alguno la empañase; la casualidad del encuentro y la falta de planes para el porvenir y de preocupaciones por el pasado, habían dotado a su amor de la sublimidad de un símbolo.

Pero he aquí que un Cecilio Cacao cualquiera, un mentecato celador de cárcel ensucia su pureza en nombre de la moral, y con sus inmundas manos de roedor de uñas, agita un objeto hallado en un cajón de Méllita, un objeto higiénico que nuestras mujeres tienen, después de todo, la torpeza de usar muy poco, o de no usarlo nada.

La mirada de los parientes de Méllita se había puesto por un momento en sus órganos. Se hablaba de moralidad, de bien, de mal, de honesto y de pecaminoso, pero la atención de toda la familia estaba concentrada en el sexo de la muchacha.

La familia, núcleo de la sociedad.

Señora, si usted quiere ser feliz, retírese a un islote perdido en el Océano, o a un peñasco desierto como el escogido por Sándor. Pero nunca en

el mismo de Sándor, porque correrían ustedes el riesgo de hacer, entre los dos, una nueva familia.

La familia, mal tremendo, causa de infelicidad, de errores y delitos. Los adolescentes se destruyen a sí mismos con vicios solitarios, porque los progenitores, en su manía al sexo, les impiden sus naturales funciones. Los jóvenes contraen enfermedades funestas, porque no pueden desinfectarse sin infundir sospechas; las muchachas quedan encinta porque en casa no hay facilidades para el lavado; abortan (o mueren de peritonitis) no siéndoles lícito confesar su embarazo, o matan el feto, no atreviéndose a mostrarlo al mundo, a este sucio mundo que frente al milagro de la maternidad tiene todavía la estupidez de preguntar si nueve meses antes la mujer se había entregado en cama, en barca o en la hierba, y si el macho había antes firmado cierta acta y dicho un «sí», ante una panza municipal, fajada con un gran lazo tricolor, a franjas.

7

Un libro abierto en una mano, y la otra abandonada a la japonesa. Mauro Mauri, cubierto hasta el cuello por un peinador blanco, miraba a la asiática muchacha en el espejo de en frente, que con el espejo opuesto multiplicaba hasta el infinito la pantalla amarilla, el peinador blanco y el rostro color de azafrán.

—¿He hecho mal?—silabeaba ella con una vocecita puntiaguda como sus lancetas, sin levantar la vista de su trabajo con la lima, temerosa de haber cortado el margen de la uña o de haber desflozado la carne.

De los camerinos próximos, al otro lado del tabique ligero, convencional secreto de esa clase de tiendas, filtrábanse indistintas voces de caballeros, resobadas fórmulas de cortesía profesional, frases en francés, diálogos breves, interrumpidos por el aliento afanoso de una bomba de vapor, el resoplido metálico de un desecador, el sumergido de las tenacillas en una cubeta, con un efecto análogo al producido por una gota fría resbalando a lo largo de la columna vertebral, o por el chillido de un hierro candente.

De cuando en cuando el tintineo del sonoro timbre de la puerta, seguido de un leve rumor de pasos a lo largo del corredor, y un fru-fru de faldas, un eco cristalino de voces que pasan y se pierden en los gabinetes inmediatos. Perfume de mujer, resultante del olor de la piel mezclado con el exhalado por las telas, y unido a los efluvios de agua balsámica, al olor del alcohol ardiendo y de los cabellos quemados, en un aire rarefacto, homicida y agotante.

—Señor, la otra ma-no—gorjeó con un silabeo sincopado la japonesa, recogiendo los utensilios y echándose atrás en el cojín.

Mauro enarcó las cejas y levantó un dedo para rogarle que callase y se estuviese quieta, y se quedó escuchando unos instantes, como quien escucha una voz conocida.

La reconoció.

—Sigue—y alargó la mano a la occidentalizada *musmé* (1).

—¡Lucio!—llamó fuerte.

—¿Qué hay?—preguntó de al lado de allá del ta-

(1) Japonesa.

bique la voz de un hombre invisible, y por el camerino inmediato, asomó una cabeza de hombre enjabonada por un lado, rasurada por el otro, encapuchada en una redecilla, e iluminada por un monóculo radiante.

Un poco de aquella espuma de jabón pasó, en el abrazo, de la mejilla de Lucio a la mejilla de Mauro.

—¡Afeminado!

—Alta cirujía.

—En homenaje ¿a qué mujer?

—A la civilización.

—¿Civilización japonesa?

—La luz viene de Oriente.

—¡Ojo con el peligro amarillo!

—¿Has llegado hoy?

—Hace una hora.

—He visto los carteles. ¿Cuánto vais a estar?

—Un mes. ¿No me pides noticias de...

—No.

El peluquero, rizado a lo Byron, hizo brillar la hoja de la navaja, y el actor cómico fué a sentarse en la silla de operaciones.

—Anunciáis dos novedades.

—Dos desastres.

—Comprendo. Pertenecen al «mal teatro francés», como dicen los que creen que hacen buen teatro italiano.

—Una de esas dos comedias es deliciosa: teatro parisiense, agudísimo, lleno de finuras. En Italia no basta que las comedias tengan espíritu: se nos pide también sustancia. La otra comedia es demasiado original para tener éxito. No gusta más que lo que tiene una pequeña porción de originalidad, lo que se sale de lo corriente un solo tono. Cuando se sale toda una escala, fracaso seguro. El público no comprende más que lo cortado con arreglo a patrones manidos.

- Pero el autor debe escribir para el público, y no para sí.
- ¡Vieja frase! Hasta mi sombrerero piensa así.
- Te ruego que no me injuries.
- No te injurio. Mi sombrerero es mi público.
- ¿Y la compañía?
- Siempre la misma, menos el galán, que fué sustituido por...
- Lo conozco. Vale.
- ¡Cómo canta!
- ¿También canta?
- Me refiero a la navaja: ¡cómo canta!
- Y el otro, ¿por qué se ha ido?
- Riñó con la primera actriz.
- ¿Ha-go mal?
- Muy bien.
- Que si hace mal a mi dedo. Es una pregunta de manicura.
- ¿No vas a buscarla?
- ¿A quién?
- A tu ex-amiga.
- Jamás.
- ¿Ni irás a verla siquiera?
- Me guardaré muy bien.
- ¿Ni desde un palco?
- Ni desde el gallinero.
- ¿No te interesa?
- Me es ahora indiferente. ¿Quién es ahora su amante?
- Veo que te interesa.
- Pero no me preocupa.
- Pero al preguntar...
- Fué una pregunta así, de paso.
- Ya.
- ¿Quién es ahora?
- Si insistes, no va a ser una pregunta de paso: va a ser una pregunta de hacer noche.
- ¡Qué ingenioso eres!

- Ahora eres tú quien me insulta delante de la japonesa.
- No entiende el italiano.
- Y de mi barbero.
- Yo soy una máquina, señor.
- Lucio, ¿tienes para mucho todavía?
- Dos minutos, señor. Un poco de brillantina en el pelo.
- Entonces, ¡duro a la brillantina! ¿y tú?
- Brillantina también en las manos, en las uñas.
- ¿Qué libro lees?
- «El Póker: proporciones matemáticas y cálculo de probabilidades».
- Para jugar sobre seguro.
- Sí... Es un libro que enseña a renovarse científicamente.
- ¿Con quién juegas?
- Con tres o cuatro amigos, todas las noches.
- ¿Vives aquí?
- Tengo casa.
- ¿Mujeres?
- Una.
- ¿De propiedad particular?
- No. De libre disfrute.
- ¿Del dominio público?
- Hasta ahora no.
- ¿Joven?
- Niña.
- ¿Viuda?
- Soltera.
- ¿Cuesta mucho?
- Poco.
- ¿Famélica?
- Espiritual.
- ¿Dispéptica?
- Deliciosa.
- ¿Dónde la has descubierto?
- En un hotel.
- ¿De camarera?

- De huésped.  
 —¿De consideración?  
 —De primera clase.  
 —¿Pensión?  
 —Muchas liras.  
 —¿Heredera?  
 —No me interesa.  
 —¿Hija única?  
 —Con hermanos.  
 —¡Malo!  
 —Y hermanas.  
 —Mmmm... ¿Y qué uso haces de ella?  
 —La adoro.  
 —Uso externo.  
 —De rodillas.  
 —¿Y ella?  
 —También.  
 —No debéis estar muy cómodos.  
 —Hemos terminado.  
 —¿Os separáis?  
 —Le decía a la manicura.  
 —Yo también estoy servido.

Pago, cepillo, zalamerías, inclinaciones humildes de la japonesa.

Mauro y Lucio bajaron la blanca escalera de pocos peldaños y relucientes barandillas, y salieron a la calle. El actor se levantó hasta el rostro el cuello de piel, y se colgó del brazo de su amigo.

—En una palabra, que vives tranquilo.

—Y no aspiro a más. Vivo tranquilo. Tranquilidad sin límites y sin sombras. He hallado una criatura inteligente, que tiene mis gustos, mi sensibilidad. Sensualmente existe entre nosotros un sincronismo perfecto, y los dos nos figuramos un mismo mañana siempre, porque ni ella ni yo pensamos jamás en el porvenir.

—Pero ¿no hay quien piense por ella?

—Ha vivido siempre fuera de su casa: viaja sola en los expresos internacionales y en los trasatlánti-

cos; es huérfana de madre; el padre tiene una amante en cada ciudad de población superior a cien mil habitantes, y trata a los ministros como tratas tú al avisador de tu teatro. Se me ha entregado sin pedirme nada, más que amor; sin hacerme prometerle nada, más que una tarjeta postal; sin anunciarme peligros ni aplastarme con amenazas; viene cada día a mi casa a...

—¿A renovar las flores de los búcaros?

—A eso también.

—¡Qué líricos sois!

—Pero ella no es tontamente lírica: al hacer ese gesto de la renovación de las flores, un poco literario, lo despoja de todo sentimentalismo convencional, canturreando las estrofas maltusianas de Papini (antes de la conversión) o un estribillo picante aprendido en un *tingeltangel* (1) de Viena. Me brinda una jovialidad de muchacha; sabe ser una buena compañera, lo que los franceses llaman *un copain* (2).

—Y una vez agotado vuestro repertorio de ternuras y tibiezas, ¿qué hacéis en casa?

—Revelamos negativos, hacemos tinturas al estilo de Java, con extractos de hierbas que preparamos nosotros; cortamos y cosemos pantallas y cojines. Diariamente cambio de sitio las lámparas, para lograr rincones misteriosos. Luego, he electrificado la casa: estufa eléctrica, ventilador eléctrico, cafetera, tetera, hornillo para tostar el pan, eléctricos; siempre hay que hacer alguna reforma en la instalación, y en cuanto ella se ocupa en eso, por lo común me hace saltar los fusibles. Es divertidísimo.

—En una palabra, que embellecéis vuestro nido. Pasatiempos de canarios.

—El amor se forma de pequeñas cosas humildes.

—Y tontas. No te encadenará mucho tiempo esa mujer.

(1) Cabaret.

(2) Un compinche.

—Te equivocas. Posee el gran arte de no pedir, de no pretender, de no valorizar. Te juro que muchas veces he sentido que la amaba de una manera tal que estuve a punto de proponerle el casarnos.

—Para no amarla ya.

—No me entiendes.

—Eso dicen todos los que no saben explicarse.

—No entiendes el amor: lo ves a través de las comedias ligeras que recitas, y a través de las escenas de esas mismas comedias que las actrices, fuera del teatro, recitan en tus brazos: te has acostumbrado a las histrioncillas que se lavan la cara con vaselina, y cuando se abandonan sobre la otomana parece que esperan la varita del encantador.

—¡No ultrajes a mi clase!

—Algunas cosas sé yo de tu clase; y algún ejemplar he conocido que me ha hecho enloquecer.

—Desvarías, en efecto.

—Aquella pérfida criatura...

—Pérfida, es demasiado.

—¿La defiendes?

—Yo, no.

—Lo parece.

—Me defiendo a mí mismo.

—¿Eres, por casualidad, su actual víctima?

—Por casualidad. Has dicho bien.

—¿Eres su amante?

—Débilmente—admitió el actor.

—¡Cuánto me satisface!—se iluminó Mauro.—Nos produce una curiosa sensación el saber que un amigo nuestro es amante de la que fué nuestra amante; es una especie de Collar de la Anunciata que hace primos.

—La causa de la aventura eres tú mismo. Cuando la dejaste en la alta montaña ella telegrafió a todos los actores esparcidos en reposo por la península, y en pocos días reunió la compañía. Después de la primera función me llamó a su camerino, para decirme que tú eras un canalla.

—¿Y lo creíste?

—Era mi deber de actor contratado. Crisis histérica. Trato de calmarla; se me pone a llorar; me empaña un frac, estropeándomelo.

—¿Y después?

—Me contrata para tres años.

—¿Y te ha estropeado más trajes?

—No, porque desde entonces, cuando tengo que consolarla, voy en pijama.

—¡Pobre amigo mío!—lamentó Mauro.—¡Cuando pienso que eras tú mismo quien me aconsejaba que la dejase!

—Los higienistas aconsejan prevenirse contra los bacilos, pero son los primeros que adquieren las infecciones.

—Yo vivo aquí—dijo el actor, cuando se hallaron ante la puerta de un hotel.

—¿Ella también?

—Es natural. ¿Cuándo vuelvo a verte?

—Cuando quieras.

—¿Esta noche, después de la función?

—Yo, por la noche, juego mi partida con tres amigos. Ven a buscarme cuando salgas del teatro, ¿te parece?

—¿A qué café?

—Al de siempre.

—¡Qué constancia!

—Un humorista ha dicho que es más fácil cambiar de religión que de café.

El actor empujó la puerta giratoria y desapareció en el vestíbulo, saludado militarmente por un muchachito de uniforme rojo y gorra atravesada, sobre el cráneo esferoidal.

Mauro compró un periódico, subió a un tranvía que iba en dirección a la colina, y leyó el dramático suicidio de una modistilla que, no pudiendo obtener el consentimiento paterno para su matrimonio, se abrió el vientre con unas tijeras, en la misma presencia de sus progenitores consternados.

Y pensó: los consternados progenitores que se oponen a un matrimonio así, deberían tener un fin igual con las mismas tijeras.

Dió al cobrador del tranvía una moneda, y recibió, en cambio, una porción de saliva, servida en un recángulo de papel.

Un niño, de rodillas sobre el asiento, le puso un pie en sus pantalones impecables.

«No he comprendido nunca—dijo él para sí—por qué no dejan subir al tranvía a los perros grandes, y en cambio admiten a los niños pequeños. Sería mejor admitir a los perros y hacer que los niños siguieran el tranvía corriendo.»

Dobló el periódico, bajó y fué a salir a un camino desierto, en ligera pendiente, un camino lleno de silencio; las desiertas aceras corrían a lo largo de pequeñas villas señoriales: estudios de artistas, jaulas de oro para entretenidas de hombres serios; entre las piedras de la grava, veíanse algún que otro deshilachado manojito de hierba.

Se paró. A aquella hora Melitta le esperaba en su casa, vestida ya con el pijama de hombre, pronta a disponer en los fruteros los regordetes kakis y los áureos albérchigos, o a tostar rebanadas de pan en el hornillo eléctrico, o a canturrear: *Yes, we have no bananas* (1), dando saltos de pescado chino, que es el mejor trazador de curvas doradas en los azulados acuarios de reflejos lunares.

Entró. Oscuridad.

—¡Melitta!

Encendió la luz, y se detuvo, con la mano en el interruptor. Levantó el tapiz, y buscó en el aire el olor de los cigarrillos.

Se asomó a la ventana, escudriñando el camino desierto. Se fué a la portería: no la habían visto. Cartas, ninguna. Volvió a entrar: escribió cuatro

(1) ¡Sí tenemos bananas.

palabras en un papel grande y lo dejó en sitio bien visible, en el suelo.

Y salió.

En cada carruaje, en cada automóvil detenía su mirada, y de cuando en cuando se volvía.

—¡Mauro!

Y sacando la cabeza por una ventanilla, Melitta ordenó al cochero que se detuviera.

Mauro subió y dió su dirección.

—¿Venías a buscarme? ¿Dónde? ¿A mi casa?

—¿Por qué este retraso?

—Una bronca con los míos, por causa del estúpido mahometano.

—¿Grave?

—Reparable.

Y añadió:

—Me figuro.

Bajaron. Ya en casa, ella se le echó al cuello con una desesperada ternura, y mirándole fijamente, probó con una suprema sonrisa a contener las lágrimas. Pero he aquí que los lados de la boca se ahuecan como dos paréntesis, el labio inferior adquiere un leve estremecimiento, el mentón tiembla también, y toda su personilla vibra como una cuerda.

Era la primera vez que la veía llorar.

¡Pobre niña, tan querida, tan sensitiva! ¡Tenía párpados y ojos de muñeca, y alma errante de continuo por horizontes lejanos!

El amante la tomó sobre sus brazos extendidos y tuvo como miedo por la ligereza ingravida de aquel cuerpo sutil, que en un abandono de brazos, de cabello y de piernas colgaba desvanecido.

Cuando fué colocada sobre la vellosa piel del diván, abrió los ojos y sonrió.

—Habla—rogó Mauro.

Por toda respuesta, ella se enderezó, se volvió a coger a su cuello, se echó hacia atrás, y cayendo contra los almohadones, estrechó entre su seno y sus brazos la cabeza del amante.

—Nada, nada—murmuró ella. Y esforzándose en reír, añadió:—Soy una señorita como las demás. Tengo también mis días de nervios.

Y apoyando las piernas en el borde del diván se levantó con agilidad de gimnasta.

—Agua, té, azúcar, manteca, pasta de anchoas, fruta seca, fruta cocida.

Mauro fué detrás. Ella puso el enchufe del hornillo eléctrico, se secó los grandes ojos, se retorció como los peces chinos en el acuario. ¡Pobrecitos! También ellos eran víctimas de eso que se llama el ambiente: ¡el ambiente! Palabra descolorida, gris, engañadora, cosas horrendas que se encierran al mismo tiempo en bellas palabras gentiles; las peores enfermedades tienen los nombres más armoniosos: tisis, sífilis, cáncer...; los explosivos más terribles tienen los nombres más graciosos, que pudieran pasar por caricias de enamorados: dinamita, cresilina, melinita... El ambiente, inocente palabra, indica esa cosa funesta que obliga a los peces rojos y amarillos de Mauro a retorcerse sobre sí mismos, en curvas continuas para no dar contra el muro de cristal. El ambiente es sala de tortura que impide a los peces y a las mujeres seguir un camino recto, obligándoles, por el contrario, a un rodeo perenne.

Méllita, la muchacha independiente, curiosa siempre de fronteras nuevas y de mares distintos, estaba recluída en un acuario.

—¡Qué parados están hoy estos peces!—dijo ella a Mauro, saliéndole al encuentro, para quitarle de las manos la bandeja.—¿Podrías proporcionarme un proyecto de electrificación de los peces?

Una hora después el amante la acompañaba a su casa por un atajo silencioso, envuelto en la niebla de Noviembre, que no entristece aún, pero que insinúa el deseo de tibiezas voluptuosas; esa niebla casi palpable en que los carruajes son luces que andan, y las ramas de los árboles se rizan como mechones de cabellos.

Pasaron un puente tendido sobre un río, en la niebla.

El tintineo de los tranvías insistía amenazador, obligando a los perezosos peatones a apartarse. Entre el hilo invisible y el trolley que corre bajo él, salta una chispa: y es como un brillante de luz. Los mecánicos de los automóviles de alquiler duermen, apoyados sobre los volantes. Una manta de caballo protege el pecho de los radiadores. La niebla pulverizada se fija sobre las ropas como lluvia, y los faroles se alargan en estrellas de luz, en rizos de luz, en nebulosas de luz. Cada minúscula gota se descompone en inciertos circuitos de rojo, tímidos vapores de anaranjado, vaga humareda de amarillo, tenues vibraciones de verde, venas de azul, tibiezas de iñigo y de violeta. Las cosas desconocidas adquieren, al venir a nuestro encuentro, una línea indecisa que rápidamente se afirma, se deforma, se diluye en una disolución irisada. Las ventanas se esconden en la niebla, se revelan, se encienden, se ofrecen en plena luz; pero apenas se pasa ante ellas, el cristal luminoso se enturbia, se esfuma, se llena de sombras, desaparece. Todo un mundo impreciso, narcotizado de gris, desdibujado por medias tintas, se nos revela y huye por las acéras brillantes de humedad, serpenteadas de reflejos cambiables: es como un río humano de personas extraviadas, que se buscan con ansia unas a otras, a través del acolchado de la niebla, que escudriñan las confusas indicaciones de los tranvías, amontonados de improviso, como en un espectáculo de ilusionista. Todo llega de improviso: la señora que se detiene a mirar la hora, encorvándose un poco, para recoger algo de luz sobre la esfera del reloj; el vendedor de globos, que parece suspendido bajo el manojito multicolor de todos aquellos frutos de gas; el kiosko de periódicos, que se creía más lejos, el caballo monumental de bronce, noblemente sudoroso de niebla, que tenien-

do a su jinete como perdido en la niebla, parece buscar el camino más recto para ir a la cuadra.

Al pie del monumento, un mendigo ciego lee en alta voz sobre caracteres Braille la historia de Ulises, contada por otro ciego errante de hace treinta siglos, y el perro lazarillo, encogido con elevado desinterés junto al platillo de las limosnas, se masa señorialmente el abdomen.

Despedido de Melitta cerca de su casa (tenía la boca ardiente entre los frios pelos de su piel de mar-ta) Mauro rehizo el mismo camino; sobre las vuel-tas de su traje habíale quedado un femenino per-fume de violetas y de pieles: el perfume del alma de Melitta, sentimental como las violetas y salvaje como...

—Siga usted, lectora. Salvaje como...

Lo dicen todas las señoritas, hasta aquellas que se educaron entre monjas. Salvaje como...

—Como una pequeña fiera.

—Justo, señora. Así se dice.

\*  
\* \*

Mauro y Melitta atravesaban esa venturosa fase del amor en que es dulce, una vez aplacados los sen-tidos, engolfarse en la contemplación de la propia felicidad y en el comentario comprensivo de cuan-to rodea; el amor se condensa y solidifica como una esfera, y los amantes se lo tiran uno a otro, seguros de que si cae al suelo rebota, sin romperse ni defor-marse. ¡Traidor período! En el pacífico goce de la propia riqueza, no se lucha para custodiar, y entonces se cae en imprudencias, en incorrecciones, en erro-res de estilo, en faltas de la ortografía del corazón, y se revelan defectos y debilidades. Espadachines demasiado seguros de sí mismos, que se descubren.

Sólo pueden llamarse superiores aquellos amantes

que en este difícil período nada pierden en su re-cíproco prestigio.

La pureza de Melitta adquiría de día en día más transparencia, y su ingenio brillaba siempre como una luz nueva.

—¿Y por qué no os casáis?—preguntó a Mauro el actor cómico.—¿Por razones de dinero?

—Sí.

—¿No hay bastante?

—Hay demasiado.

El actor se incrustó en el ojo la lente.

—Hazte analizar la sangre.

—¿Por qué?

—Parálisis progresiva de primer grado. Hablas de demasiado dinero: delirio de grandezas.

—Pedirle que nos casáramos parecería una espe-culación.

—El matrimonio es un contrato en el que los dos contratantes están seguros de que hacen un buen ne-gocio.

—Los aforismos guárdalos para la galería de las funciones del domingo: jamás han servido de regla infalible en la vida. Yo soy pobre, o poco menos, y no tengo títulos; su padre es rico; sus hermanos son de carrera: uno es médico, otro es subteniente veterinario.

—¡Por Dios! ¡Un veterinario!

—No es cosa de risa. Tú, después de digerir tus revistas científicas, has de tener en más estima a un veterinario que a un profesor de griego; el ve-terinario estudia cosas reales, útiles, positivas; por el contrario, los buscadores de jeroglíficos egipcios, de canciones provenzales o de charadas filosóficas, no son más que recolectores de antiguallas inservi-bles, coleccionistas de curiosidad, colilleros de la ciencia, dignos todos de ser tolerados como inocentes maniáticos, que han escogido esta manera de matar el tiempo en vez de dedicarse a la busca y captura de sellos, a los juegos de sociedad, a los solitarios de

baraja, a los acrósticos, a los sonetos de rima forzada. Un profesor de sánscrito, ¿para qué sirve? Pues mucho más digno de encomio es un veterinario que ha descubierto la manera de...

—De enderezar las patas de los perros. Y bien, porque tu amiga tenga un hermano veterinario y un padre rico, ¿renuncias a tu felicidad? Eres grotesco.

—Pero...

—Obsceno.

—No negarás...

—Idiota.

—Reconocerás...

—Ridículo.

—Que yo...

—Despreciable. Anoche, por ejemplo, has jugado el poker, como pudiste jugar a la hermana de la caridad; no has acertado una sola vez.

—He ganado doscientas liras.

Has jugado mal igualmente. Ganar no significa saber jugar. Tener éxito en el poker, en las mujeres y en la vida, no significa merecerlo; a lo más, quiere decir ser afortunado en los encuentros, o sea, contender con un adversario que tiene cartas peores.

Mauro y Lucio andaban a trompazos por las ideas y por las calles. Los indecisos paseantes sin rumbo fijo suelen soltar a menudo los discursos también sin rumbo fijo y sin conclusión. La ciudad, hormigueaba de fermentos nocturnos, que la hacen parecerse a un escenario deshecho después de la representación. En medio de la gran plaza nocturna, un hombrecito hace girar el manubrio de un organillo que parece padecer de laringitis, y en el que la parte más sonora es el ruido de la manivela; vendedoras ambulantes de amor, a precio fijo; guardias de noche, que dejan puntualmente sus tarjetas de visita entre las puertas de las tiendas y la pared, para que los ladrones

sepan a qué hora pueden trabajar sin que se les estorbe.

—Mi proposición de casarnos tendría en ella un gran éxito de risa.

—Nadie se ríe de lo que es natural.

—Lo natural es casarse, claro. Lo convencional, quiero decir. Pues bien, hoy, después de dejarte, cuando salimos de la peluquería, la he hallado tan asustada, que por un sentimiento de protección ha faltado poco para que le ofreciera...

—Entrar en posesión de la cafetera eléctrica, del calentador eléctrico, de la silla eléctrica. ¿Y por qué no lo has hecho?

—Una vagabunda por instinto, una centrífuga, una inestable como ella...

—Pero también los corredores se paran un buen día, y hasta los sobres se detienen en el punto a donde van dirigidos. Sobre todo, al casaros, podéis viajar juntos, y hacer de la vida un interminable viaje de bodas. ¡Si vieras qué bien se riñe en el tren!

—Lo sé.

A pocos pasos de distancia les seguían los amigos: echados del café con los camareros, apagadas casi todas las luces y semicerradas las puertas, levantaban a golpes de granada la flora bacteriana del pavimento, se ponían a pasear desordenadamente por la ciudad semidesierta, como todas las noches. Al grupo se habían agregado otros amigos, rezagados también, y otros todavía, un poco soñolientos, que se defendían con el reloj en la mano, pero que eran convencidos y obligados a seguirles.

Para alargar la vida no hay más que un medio: reducir las horas del sueño.

—¡Un coche! ¡dos coches! ¡tres coches!—gritó Simonetti, el caricaturista megalómano, vividor anárquico, despertando con sobresalto a los cocheros dormidos. Y mientras se formaba el cortejo, añadió:

—No hay más que un medio para no ir bajo las ruedas de los coches: ir encima.

Los tres vehículos llevaron a los doce amigos a un café nocturno, cerrado ante la ley, pero abierto por el portal para los clientes callados, discretos y propicios.

Mucha luz, flores en el ojal, espaldas desnudas. Numerosas botellas en cubetas de hielo, frías y púdicas, guardando el incógnito bajo blancas servilletas, pretenciosos mantos (¿o sudarios compasivos?) destinados a cubrir el nombre indígena y las medallas de las exposiciones locales.

Gente que fuma y que ríe. Cortesanas inequívocas, camareros que ofrecen tabaco de contrabando, caballeros por encima de toda sospecha, vistos a menudo en los carteles de las grandes películas. La fotografía de alguno de ellos tomada de frente y de perfil, con firma autógrafa y huellas digitales, se conserva en el archivo de las comisarias.

Es el ambiente ambiguo, envenenado de elegancia, de alcohol, de anhídrido carbónico, de alcaloides, que ha nutrido las novelas de estos últimos tiempos, poniendo, por fin, en el que lee y en el que escribe un deseo de ir sin corbata por las calles, con los bolsillos llenos de frutas para mondar con los dientes, deteniéndose a beber en las fuentes y a esputar contra los periódicos literarios colgados en los kioscos, o en las cancelas refinadas y parafinadas de las mansiones de lujo.

Un camarero saludó, describiendo un giro en el aire con la servilleta, y recibió órdenes.

—¿No es cierto, Angel, que haría bien casándose?

—Desde luego—respondió Paschetta.—Es el consejo que yo le doy todos los días.

—Pero para burlarte de mí cuando lo hayas conseguido.

—Nos comprometemos — prometió solemnemente Paschetta — a no hablar jamás de tu matrimonio. Cada hombre tiene su mancha de aceite. La tuya

será esa. No te la reprocharemos nunca, como si la ignorásemos. La vida animal tiene necesidades muy odiosas, que se cumplen sin consultar a los amigos, y sin que los amigos le pregunten a uno en tal sentido. Tu matrimonio lo consideraremos una de esas cosas que no se sacan a la mesa entre gente educada.

—Pero cuidado con hacer moluscos humanos—intervino Carlos, el pintor escéptico.

—¡Niños, no!—dijo Paschetta.—Los nacimientos deberían regularse como ciertos ejercicios públicos: uno por cada mil habitantes.

—¡Casáos!—le increpó Casamadera, fotógrafo sin problema central.—No hay más que dos categorías de hombres: los que han tomado mujer y los que se arrepienten de no haberla tomado.

—¿Y los que se arrepienten de haberla tomado?

—Entran en la primera categoría.

Piti, escritor antiliterario, vació de un trago su cerveza Metzger, rubia y fría como una inglesa, y que como el amor de las inglesas deja un leve amargor de lúpulo en los labios. Y dijo:

—Admitirás, querido Mauro, que el amor gratuito, el capricho a título de favor, pueden pretenderse sólo hasta cierta edad. Pero después, se paga para dejar la entrada gratuita a otros. Tú hasta ahora, como todos los solteros, has comido bocadillos de felicidad, es decir, aventuras. Con los años comprenderás que de esos bocadillos no se vive; que es preciso comer fuerte y bien... Tú, además, en tu posición...

—No tengo posición.

—Razón para hacértela, casándote. La sociedad lo exige.

Paschetta aprobó:

—Cuando se vive en un país de supersticiones, hay que adaptarse a los usos y costumbres. Esa mujer, que es rica, te ofrece el medio de sacarle a la vida todo el rendimiento que la vida puede darte: productos y subproductos.

—Es horrible. No quiero casarme porque me lo imponen.

—¿Quién?

—La familia.

—¿El padre?

—El hermano menor: tiene un hermano furibundo. Casamadera, fotógrafo sin crisis de alma, le aconsejó:

—Prueba a hacerle callar dejándole una corbata. No hay hermanito que resista a la seducción de una corbata.

—No es un hermanito. Es un hombre. Y no lleva corbatas, porque es militar.

—¡Las más bellas piernas del teatro italiano!— iluminó Piti, al entrar Enma San Florencio, brillante y perfumada como una noche de Junio.

Sus dos acompañantes le quitaron la capa, y se sentaron a ambos lados de ella, contestando respetuosamente a los saludos. La brigada de Mauro se puso alrededor de la actriz, que con solemnidad episcopal corregida por una picardía de *soubrette* (1), entregó el dorso de su mano a media docena de bocas. Con Mauro no quedaron más que dos.

—Continúa.

—Hoy la acompañé hasta su casa, y me volví a la mía. ¿Me oyes?

—Sigue, sigue.

—En la puerta me encuentro con un hombre como de cincuenta años.

—El padre.

—Con un subteniente.

—Veterinario.

—Justo: el hermano. Saludos fríos. Presentaciones bajo cero. Les hago entrar y les ofrezco dos sillas. «Usted ha deshonrado a mi hermana», exagera el oficial. «Usted ha comprometido a mi hija», atenúa el padre. «Un momento», digo yo. «Hace falta una

(1) Confidante que acompaña en el teatro a la dama.

reparación», insiste el hermano con una voz de silbido constipado. El burgués me hipnotiza; el guerrero me fulmina. «Reparación» impone el uno, estilo telegráfico. «Re-pa-ra-ción», silabea el otro como para meterme la palabra en el cráneo. El hermano tiene la cara de esos mastines de leyenda que echan llamas por la nariz. «¿Qué decide?» precipita el padre. «No tiene que decidir él», rebate el militar. «Mi hija está deshonrada», sentencia el padre. «¡*Traviata!*» (1), proclama el hijo, que no ha llegado todavía a la música de Debussy. «Oigan, señores,—digo yo aprovechando una pausa,—si hablan siempre ustedes, y nada más que ustedes, quisiera saber por qué han venido a tener esta conversación en mi casa». El progenitor, como si yo no hubiese abierto la boca, lanza un ultimatum: «Veinticuatro horas de tiempo para reflexionar». Y el hijo se lleva un puño a la funda de la pistola, y exclama: «Cumpla con su deber, o le meto dos cargadores en el estómago. Dos cargadores de siete balas cada uno».

—Que son catorce. No debe tener el pulso muy seguro ese subteniente carnicero.

—Y mientras salgo para cerrar la puerta, me repite: «Dos cargadores; pistola Mauser».

—La pistola del Parto.

\*  
\*

En la otra parte del café cascabeleaban las risas de la parisinísima artista de varietés, mientras el músico Ripp, cara de eminencia gris, le cantaba a media voz el estribillo de su última composición «La foca muerta de tedio».

El rubicundo Manuel Sella, poeta y economista, escuchaba un proyecto de Calandrino, para hacer

(1) Peruida.

dinero. Calandrino es el último de los *bohémios*; pintoresco y desgarrado, tiene cosas de *clown* musical, de místico en busca de un convento que lo acoja, o de prófugo de un presidio de Polonia o de una cárcel siberiana, o de un relato extraordinario de Edgard Poe. Mirada ascética y dulce, como la de ciertos locos políticos; ropa descolorida por el sol y el agua; traje siempre de moda, porque no lo ha sido nunca.

—Quisiera abrir—explicábale él—una tienda de ideas, un kiosko de madera, con una puertecita, una tabla como de mesa, una lámpara, un samowar siempre tibio. Tienda de ideas. Por cincuenta liras se vende una idea a un pintor para un boceto, a un cuentista para un cuento, a un chocolatero para una propaganda, a un novelista para un título, a una mujer para reconquistar el marido, a un marido para desembarazarse de su mujer.

—Véndeme una idea para desembarazarme de un hermano.

—No tengo abierta todavía mi tienda—contestó, serio, el humorista. Y añadió:—Pero con esta industria no iba a hacerme millonario. Tengo ideada otra cosa: preparar una medicina en cantidades fantásticas; difundirla por todo el mundo, con la más estrepitosa *réclame*; cuando todos los farmacéuticos, hasta de los más ínfimos pueblecillos y los más remotos países la hayan adquirido, lanzar la primera onda de bacilos de una enfermedad que pueda ser curada sólo por aquel medicamento. Los farmacéuticos, hasta ahora, han cometido la barbaridad de lanzar los medicamentos en vez de lanzar las enfermedades: la fiebre española fué mal lanzada...

—¿Vamos? ¿Sabéis qué hora es? Las cuatro.

—¿La hora? ¿Qué importa la hora?—repuso Paschetta.—¿Por la estúpida circunstancia de que las manillas del reloj se junten en un punto determinado de la esfera y no en otro, tengo que interrumpir yo mi sueño, mi amor, mi conversación?

—El camarero nos echa.

—Cuando te cases, pasaré las noches en tu casa. Así me sustraeré a la ferocidad del camarero.

—¿No tiene otra ventaja el matrimonio?

Passoni respondió:

—Para nosotros, contrabandistas del tan cacareado placer, habituales de la aventura extemporánea, el matrimonio no representa más que la posibilidad de quitarse los zapatos para entregarse al amor. Día llegará, sin embargo, en que ni esta utilidad le reconoceremos siquiera: y entonces me cerraré en casa, con una buena provisión de tabaco, y una pianola.

—El pediluvio de la armonía—dijo Piti.

—En cuanto tenga diez mil liras me la compro.

—Cuesta mucho menos casarse con una profesora de piano—objetó alguien.

—Pero la profesora de piano se casa, para no tocar.

\*

\* \*

Si este libro hubiese sido escrito hace cuarenta años, o por un querido colega que escriba retrospectivamente, como hace cuarenta años (de esos que tienen por divisa *reeditar*) no se hubiera cometido un lapsus en que acabo de reparar.

Las últimas páginas que se desarrollan en el café nocturno no ocupan dos horas, sino la misma hora en noches distintas.

La brigada de Mauro salió, se disolvió y veinticuatro horas después se recompuso para volver al café. Los diálogos fueron repetidos, y la noche sucesiva fué igual a la anterior: los mismos tipos, las mismas bebidas, los mismos discursos, al cerrar, condenando la noción del tiempo.

Entre una noche y otra tuvo lugar el encuentro de Mauro con el veterinario y su padre, explicado por el vil seductor a sus amigos con las más minuciosas particularidades. La discusión con el ve-

terinario explica por qué Mauro, después de haberlo considerado como un científico puro, lo calificase luego de estúpido y feroz, igual que esos perros de leyenda, que sufren de inflamaciones en la nariz.

\*  
\* \*

—Resumiendo, ¿se puede saber por qué quieren obligarte a casar?

—Porque ha sido mi amante.

—¿Y eso es bastante? Haber tenido una mujer y ser obligado a casarse con ella, es como haber robado una bocina de automóvil y ser obligado a comprar toda la máquina. Ofrece pagar la bocina, y en paz.

—Yo no pago nada.

—Pues acabarás casándote.

—No me casaré.

—Me juego los bigotes a que te casas.

—Si no tienes bigotes.

—Me juego mi palabra.

—Pero ¿la amas?

—Le tengo un amor ideal.

El poeta Manuel Sella, que saliendo se abrochaba el gabán de baritonó, se detuvo a estrechar una mano, y dijo:

—El ideal es como la dieta vegetariana: tiene necesidad de un correctivo de carne: tened un bello espíritu escéptico; en el fondo de vuestra prisión de humorismo contemplad a través de los barrotes un pedazo de cielo. No os avergoncéis de estar enamorados: enamorados hasta el absurdo; hasta el cretinismo; ¿cuándo pudo nunca un hombre inteligente permitirse el lujo de ser cretino, sino cuando estuvo enamorado?

Mauro sonrió al poeta, y se recostó en el diván con un abandono de Cristo descendido. Las emociones del día habíale producido un agotamiento que ahora le inducía al sueño. No se durmió, pero

quedó en ese estado de sopor que abstrae parcialmente a la persona, y que permite sentir y no sentir: somnolencia blanda, que iguala las voces, desdibuja los personajes, y confunde el ambiente en una onda de resplandor y vaporosidad.

Llegaron a él frases indistintas:

—Seremos un gran pueblo cuando nos acordemos de que somos una pequeña nación.

Otro respondía:

—La política no se hace con palabras altisonantes, sino con listines de bolsa.

Y sobre todos, flotaba la voz del teósofo Pavia, explotador de los más intrincados laberintos filosóficos:

—Antes de entrar en el presidio de la sociedad, el hombre sufre prisión en la cárcel preventiva de la familia.

Mauro se dormía: oyó el tintineo de monedas sobre el mármol, un timbre de teléfono, el zumbido de un insecto. Y voces, voces confusas, rumores de vasos que chocaban, de cerillas que se encendían, cascabeleo de fisas de mujeres que salían y de mujeres que entraban.

—Los celos del pasado no son otra cosa que el temor de adquirir la sífilis—decía Paschetta.

—Los microbios, antes de manifestar su virulencia—explicaba Piti—se quedan inertes durante seis horas, para ofrecer a las pecadoras provincianas que vienen a distraer a la ciudad el tiempo de volver a su país a desinfectarse.

Mauro, durmiendo con los ojos semicerrados, pensó: —Debe de ser tarde, puesto que se habla ya de enfermedades venéreas.

Percibió claramente que más allá Simonetti discutía de estética con San Florencio.

—El secreto de la belleza consiste en acentuar el tipo propio, no en alterarlo. ¿Es morena? Se hace negra. ¿Rubia? Pues más clara. Pero es un error, en una morena, oxigenarse el pelo. Yo crearé

un día un instituto de belleza, en el que entrando con la cara de Felipe Turato se salga con la de la actriz Tatiana Pawlowa.

Mauro, medio caído de un lado, se dormía y despertaba de improviso, por la pérdida del centro de gravedad. Aquellas conversaciones no le interesaban, porque no se hablaba de amor.

—La mujer finge que es escogida, cuando, por el contrario, es ella la que escoge al hombre—analizaba Paschetta.—Pone al hombre en condición de tirarse a fondo. Cuando un hombre le gusta, le da a entender que si pide tendrá. Da la ilusión de ser elegida, pero es ella la que elige. Hace como esos prestidigitadores que te dan la ilusión de coger la carta que tú quieres, mientras, por el contrario, coges tú la carta que ellos te ponen en la mano.

Se hablaba nuevamente de amor. Mauro se desveló.

Casamadera, fotógrafo antimetafísico, explicaba con argumentos económicos el amor eterno:

—La mujer queda hipotecada por un hombre cuando ya le ha sacrificado parte de sí misma, o de su tiempo. Para no perder el capital, echa fuera otra suma; para no perder los diez minutos que lleva esperándole en una esquina, espera media hora más; quien ha perdido cien liras juega mil para recuperarlas; y pierde las mil; la mujer se le adhiere a uno para toda la vida, para no perder los tres primeros meses de amor.

El cogitabundo abogado Passoni desangraba un frasco de larguísimo cuello espiritual de virgen pre-rafaelista, riéndose malignamente de esos pseudo-alegres que mezclan tintas trascendentales de alcohol.

—¿En qué piensas?

—Pienso—masticó el térreo Passoni—que hacer el *viveur* en Turín es como sufrir la enfermedad del mar en el lago de Avellana.

Entró un célebre *iettatore*.

Inquietud general. Alguicn dejó de inquietarse.

—Haces mal—le amonestó Manuel Sella, el poeta

rubio—no creyendo en la iettatura, ni en los anillos maléficos, ni en los amuletos. Porque allí donde para los extraños no hay nada, hay para los creyentes de estas cosas un respiradero.

Pero ¿cómo? ¿El rubio poeta no había salido abrochándose sobre el vientre vegetariano el gabán de barítono?

Pues bien, ha vuelto a entrar, porque han transcurrido veinticuatro horas.

\*  
\* \*

Durante estas veinticuatro horas había muerto un pez rojo, y sus compañeros, alrededor de su cuerpo rígido y flotante, describían fúnebres evoluciones.

Mauro no había visto a Melitta, pero tuvo un nuevo encuentro con el hermano, y después de consultar a los más íntimos amigos, había vuelto al café.

El café.

Lucio escuchaba pacientemente las amarguras del condenado al matrimonio, a través del monóculo (el ojo en hielo, como decía el pintor Carlos), y pensaba distraído en sus cosas.

Cuando los amigos nos cuentan sus desventuras es el momento mejor para reflexionar sobre nuestros asuntos: nosotros resolvemos de memoria las multiplicaciones de nuestra contabilidad de calderilla, y el amigo ha sentido alivio en su corazón al abrirlo de par en par.

Mauro decía:

—Si yo no he hecho nada por conquistar a esa muchacha. Si se me ha entregado ella como...

—Suprime las comparaciones—interrumpió Piti, literato antirretórico.

—Yo no la quería. Me interesaba un poco nada más. Me fascinaba por su inocencia.

—La inocencia...—sentenció Paschetta.

—Ahórrate los aforismos—rogó Piti.

—La tenía como una hermana. Y como a una hermana la amaba.

—Para darle sabor de incesto a tu amor.

—Una hermana con la que hablaba de cosas inocentes; ella me contaba que le apretaban los zapatos; yo le hablaba de mi dolor de cabeza, creyendo que en nuestros diálogos no podíamos ir más allá. Me enseñó a tomar los huevos como las ostras. Os aseguro que entre mi amante de antes, la mujer de los nervios perpetuamente sacudidos, que me hacía vivir en una atmósfera de asfixia, y la niña que me enseñaba a beber los huevos como las ostras, ésta representaba un oasis en el...

—En el Sahara. Adelante.

—Economiza los paisajes.

—Aquel movimiento continuo que la otra había impreso a nuestro amor, hizome desear un amor inerte, estático, inmóvil. La niña era la paz.

—Lo sabemos: nos lo has dicho ya.

—Pero Pascheta no lo sabe aún.

—¡Dichoso él! Se lo figura.

—Habíamos pasado unos días deliciosos, divinos, edénicos, paradisiacos. No sabría encontrar adjetivo adecuado.

—Ni te canses buscándolo.

—¡En un pequeño albergue de las altas montañas, donde ha sido mía!

—¿Sin preámbulos?

—Sin las pequeñeces preliminares, sin la falsa alarma del pudor, que es como una falaz excitación.

—Prescinde de análisis.

—Pero en su entrega puso tanta honestidad, que me dijo allí mismo: «Cualquier cosa que me suceda, tú no lo sabrás nunca.»

—Siempre dicen eso.

—Golpe matrimonial a larga fecha.

—No comprendo cómo pudo tener intenciones matrimoniales aquella muchacha que deshojaba a cada

paso los folletos de las sociedades de viajes y turismo y de las compañías de navegación, y que después de tres meses de estancia en una nación sentía la necesidad de pasar la frontera.

—Conozco esa clase de vagabundas. En cada aduana creen depositar su pasado.

—No tenía pasado que purificar. En él era yo el primero.

Los tres que escuchaban se miraron alternativa y recíprocamente, pero nadie puso objeción ninguna.

—¿No lo creéis?

—Todo es posible.

El abogado que escuchaba sin intervenir, esbozó ese comentario sarcástico a boca cerrada, que consiste en ahuecar y arrugar la nariz, tocó después con el codo a Piti y señaló a Mauro:

—¡Cómo se llega a cornudo sin necesidad de maestro!

«La inherrable», casi bella en la luz velada por las pantallas, entró. *Incessu patuit dea*: frase latina que, en ciertas horas de la noche, pone en su sitio al espíritu; equivale a decir «tómese un poco de caldo.»

La «Inherrable» entró con paso hierático, acompañada de un caballero esmaltado que la ayudó a quitarse el abrigo de reflejos llameantes. De su desnuda garganta le caía sobre el pecho infecundo una larga cadena de platino con una cruz de oro. «La inherrable», con su fama de no haber sido poseída, representa el más repugnante tipo de prostitución. Hay quien habla de una deformación anatómica y quien dice de una psicosis sexual. Pero no se sabe cómo vive y cuál es, junto a los hombres, su forma de actividad profesional.

El fotógrafo antimetafísico la reconoció:

—Es una de esas estudiantes rusas (¿no le ves las facciones europeo-asiáticas?) que hace doce años venían a Italia a predicar el amor libre y a casarse

con revolucionarios italianos. Y se niega por histérica frialdad.

El filósofo Pavia, idealista humanitario, sentenció:

—Tal vez se niega por un sentido aristocrático de la pureza y por un deseo de elevación.

—La mejor venganza contra las mujeres que se hacen pasar por virtuosas es precisamente creer en su virtud y respetarlas.

El acompañante de la «Inherrable» llamó al de las ostras, y el vendedor de tifus en conchas cerradas, presentó sus homenajes y sus moluscos.

—¡No toma más que ostras!

—El más poderoso excitante para una mujer es un billete de mil—dijo Piti.

—Hay excepciones—protestó el filósofo.

—Es verdad—admitió Piti—las hay que piden dos billetes.

La escena es siempre la misma, pero ha pasado otro día. En el café no hay apenas nadie. En el margen de un periódico Piti escribe las «cuartetas económicas de bolsillo» en homenaje a una zorrilla que apenas ha vendido cincuenta y tres veces su virginidad:

La boca fresca,  
la frente pura  
de miniatura  
dieciochesca.

Lo que hace insoportable la poesía moderna es la costumbre de ocupar muchas páginas, que induce a emplear versos larguísimos. Si los poetas se habituasen a escribir en los márgenes de los periódicos, ¡cuánto ganaría la poesía!

Me dijo: sí,  
toda ella luminosa  
y temblorosa  
como un colibrí.

Piti escribe mientras Lucio, comediante y comediógrafo, desata su cólera por los fríos comentarios de la crítica a una comedia suya.

—La crítica...—vocifera Lucio.

Y Piti:

Se me ofreció  
con alma y vida;  
tibia y encendida  
se me dió.

—¡Llórala!—grita Lucio.—Es una *cocotte*.

¿Una *cocotte*?  
La *figulina*  
es una heroína  
de Walter Scott.

Y Lucio, con lo suyo:

—La crítica...

Piti hace una pelota con sus cuartetas de bolsillo, y sirviéndose del pulgar y el índice como de catapulta las proyecta contra el camarero. Y responde, indulgente:

—No hables mal de la crítica, de esa piadosa, santa, benéfica y filantrópica institución que sirve para que desahoguen noblemente su rabia todos los fracasados.

—¡Dejad en paz a los críticos!—protesta el comediógrafo Berrini, mostrando la mayólica de su sonrisa senegalesa, bajo dos carbonizados bigotes de carabinero.—¡Dejadles decir! ¡Es su único desahogo! Tú tienes el teatro lleno, el éxito, el aplauso: ellos no tienen nada. Están condenados a oscuri-

dad en la vida, y en su desgarrador sufrimiento por nuestro triunfo no tienen otra alegría que la de odiarnos.

Y plantó los sesenta y cuatro dientes furiosos en un disco de piñas.

La cocotilla prerrafaelista, de colores de acuarela tesoó, solamente por hacer algo, volviendo la espalda hacia la cara, y en lugar de llevarse la mano a la boca, tesoó sobre un homoplato.

—Me gusta la cocotilla.

—Por cincuenta liras, tuya.

—Por cincuenta liras, para ti.

—Te curaré yo.

—¡Dios me libre de los médicos!—gritó Piti.—La medicina es el arte de acompañar con palabras griegas a la última morada.

—Ha sifilizado a los más bellos campeones de nuestra *jeunesse dorée*.

—¿Y está ya curada?

—Pero después ha vuelto a enfermar.

—Podría adoptar el lema de D'Annunzio: «Yo tengo lo que he dado».

Un ambiguo efebo, demasiado guapo y demasiado rubio, entra contoneándose con un procaz ondulamiento de ancas, se sienta y pide con voz aspirada una bebida dulcísima (anis y agua). Es un hipersensible, un hiperesteta. Pálido de fastidio, dispone sobre la mesa hojas de papel, muchas hojas, muchísimas hojas, y alisándose la frente con la punta del anular, escribe líneas largas y líneas cortas, con gran derroche de admiraciones.

Dos epicúreos de café con leche que están jugando a los dados la consumación, lo llaman:

—¡Teresina!

El levanta la frente clara como una noche de luna, sonríe espiritualmente y saluda con la oscilación lánguida de un mechón de oro sobre los arcos de las cejas.

El joven médico Santori examina, a través de sus

lentes dióptricos, una pálida Taide a la aguada, y hace, a distancia, un diagnóstico de vegetación adenóidea; y el arquitecto Pagano Pogatschnig, atrincherado detrás de unos anteojos gigantescos con aros de tortuga (esos lentes que descansan a los ojos y asesinan a la nariz) con la mayor convicción le responde que se cisca. Piero Belli, novelista de guerra, demuestra con cálculos complicadísimos que si sumamos lo que cuesta una mujer toda la vida, y dividimos el resultado por el número de veces que un marido de sana constitución usa de ella, obtenemos, como cociente, una cifra que paga sobradamente, en igual número de veces, los favores de la más experta cortesana, de la más exigente aventurera, de la más emocionante *american beauty* (1).

A Mauro no se le veía, y debía ser tarde, porque Pascheta estaba ya en la fase de los aforismos fúnebres:

—Pensar en los muertos me entristece, por si son pocos. Me lleva a la idea de los vivos: y entonces me pongo más melancólico todavía porque los vivos sí que son muchos.

Flotaba en el aire cierta inquietud. ¿Y si Mauro Mauri estaba en la cama con dos cargadores en el estómago?

—¿Pueden ser indigestos dos cargadores?

—Si el estómago es débil, sí—respondió el cirujano.

El filósofo Pavia, pasándose los dedos por los cabellos que le quedaban sobre el cráneo (los otros le caían sobre el cuello) le daba fricciones filosóficas a una prostituta intelectual, de esas que tienen los cantos de Abelardo sobre la mesilla de noche, junto al frasco de glicerina; y le explicaba que el niño es cruel con el más débil, porque es mujer «todavía».

—El profesor Pavia—se observó—está redimiendo a la Magdalena, arrepentida de haber empezado demasiado tarde.

(1) Belleza.

—Espera hallar, como Voltaire, una Ninon de Lenclos que le deje dos mil francos para libros.

Media noche.

—¡Por fin!

Mauro Mauri entró.

—¿Cómo tan tarde?

—¿Cómo tan agitado?

—¡Si supiérais!

Retiraron los pies del diván, separaron la mesita y lo hicieron sentar en medio.

—Figuráos que para llegar antes he tomado un automóvil y a los trescientos metros hemos atropellado a un cura.

—¿Muerto?

—No: curará en unas semanas; pero hemos tenido que llevarlo al hospital, ir a la comisaria, perder el tiempo. ¡Los turas tienen una ietattural! Vengo de mi casa. Dejadme beber. He discutido hasta ahora con aquella gente. Me quito el abrigo. Toda la familia se me ha echado encima. Estoy que reviento. Toda la familia: hasta la tía; hasta el rinoceronte del marido de la tía! Quiere batirse conmigo.

—¿La tía?

—El hermano.

—Quiere encerrarse en un convento.

—¿El hermano?

—La tía. Por vergüenza del escándalo. Quiere denunciarme al procurador del rey!

—¿La tía?

—El padre.

—Pero ve por orden.

—No es fácil. También estaba el turco.

—¿Quién es el turco?

—El novio.

—Pero ¿tiene un novio?

—Ella no: su hermana.

El arquitecto Pagano le apalancó las mandíbulas y el joven cirujano le echó en la garganta un vasito de genziana.

Mauro se inmovilizó en una mueca horrenda; en seguida continuó:

—Después del primer coloquio me dieron veinticuatro horas para decidir, pero al cabo de doce horas han vuelto a visitarme. Tengo todavía un crédito de otras doce.

—Justas.

—El veterinario me dice a quemarropa...

—¿Pero por qué no se preocupa de sus mulos?

—Caballos: no mulos. Está en un regimiento de caballería.

—No recojas las interrupciones. Continúa. ¿Qué te ha dicho a quemarropa?

—¡Que me case!

—Pero eso te lo había dicho ya.

—Me lo ha repetido: ¡que me case!

—Se conforma con poco.

—¿Te parece poco?

—Me parece justo.

—El padre, sin más, se ha puesto a hablarme de la dote.

—¡Qué simpático es ese padre!

—Depende de la cifra.

—El hermano, por el contrario, ha hablado de dotos: mañana las publicaciones en el municipio: dentro de quince días, la boda.

—¡Qué prisa!

—Te ahorras todo el periodo latiginoso del noviazgo. ¿Y tú qué has dicho?

—Que no.

—Eres un fenómeno. ¿Te gusta esa mujer?

—Sí.

—¿La quieres?

—Sí.

—¿Pretendes una dote superior?

—Me cisco en ella.

—¿Entonces...

Mauro hizo esa pausa que equivale a un cambio de registro, y dijo con acentuada claridad:

—No podría nunca querer a una muchacha que, después de haberseme entregado sin cálculo, saca partido de su entrega para casarse luego.

—Pero ella no es la que quiere casarse.

—Ya lo sé. Sin embargo, yo no sabría nunca deslindar su personalidad de la de sus parientes. Después de todo, ella ha sido quien ha declarado a su familia que era mi amante. Lo cual equivalía a encadenarnos.

—Es preciso saber si ha declarado, confesado, o dejado entrever.

—Argucias, querido abogado.

—O si lo han descubierto ellos mismos.

—No seas defensor de oficio.

—Y tú no la acuses sin haber hablado antes con ella. ¿La has visto después del descubrimiento?

—No la dejan salir.

—¡Bellacos! ¿Y qué es lo que te dicen de ella?

—Para ablandarme, me dicen que se está volviendo tísica. Se cree todavía que los bacilos de Koch están dispuestos siempre a entrar en escena detrás de un fallecimiento, de un fracaso en un certamen, o de una desilusión de amor.

—Saben que eres un sentimental, y la tisis tiene todavía mucho partido entre los románticos.

—Pero no entre los higienistas. Para describirla como una mártir me la pintan como una cretina. Temen que se mate. «¿Quiere usted que se mate?» me chillaba la tía. «Cosas que se dicen» atenuaba yo. «¡Cosas que se hacen!» replicaba ella; y me ha asegurado que la pobrecita tiene siempre el sublimado corrosivo en la mesilla de noche.

—Que se lo quiten.

—Eso le he dicho yo también. En lugar de hacerme amar más, me la están haciendo detestable. Figuráos que cuando la tía me ha dicho por segunda vez: «¿Pero quiere usted que se mate?», yo le he respondido: «No haría más que lo que debe». ¡Si hubiéseis oído los berridos de la tía! ¡Una furia!

¡Una sirena de Fiat! ¡Una virgen debatiéndose entre las uñas de un gorila! ¡No sabía cómo hacerla callar! ¡Cuanto más pretendía aplacarla, más aullaba!

—Haberle cortado el nervio laríngeo—dijo tranquilamente el cirujano.

—Luego han venido a verme dos oficiales.

—¿Veterinarios?

—De caballería. Padrinos.

—¿Te bates?

—No puede uno negarse cuando es un caballero.

Los que se acuchillan en un acceso de ira, aunque sea por una pasión o una provocación perfectamente explicable, son asesinos. Pero el que después de unos años en las salas de armas, para tener un bello gesto, ensarta a un semejante, es un caballero.

—¿Y tus padrinos?

—He pedido a mi portero que me representara, puesto que se le manda que limpie los cristales, que traiga la leña y que pele los pollos y no se niega nunca.

—¿Ha aceptado?

—No. En la casa de enfrente vive Omb Ligo, el payaso *vieux style*, cómico irresistible de la Caspita-Film. Presento mi tarjeta; soy recibido; le pregunto si quiere apadrinarme.

—Abrevia. ¿Qué te responde el payaso?

—¿Que es demasiado serio para tomar parte en tales lances.

—Es una opinión.

—Por último, encuentro a Pellini y Fermenti...

Mauro indicó cuernos con el índice y el meñique de las dos manos. Los otros tocaron hierro, madera, un cuerno de coral y demás amuletos íntimos, conjurando la fiettatura por diversos medios según las diferentes escuelas (metálica, vegetal, zoológica).

—Pellini y Fermenti, en su calidad de empresarios de pompas fúnebres, tienen interés en sacar del duelo, por lo menos, un cadáver. En efecto, apenas se han encontrado con los padrinos del adversario, han com-

binado el lance a pistola, a diez pasos de distancia, libertad de apuntar y número ilimitado de disparos.

—¿Y lo has matado ya?

—No. El padre ha venido hace dos horas a mi casa a rogarme que no me batiera, porque un duelo así despertaría la curiosidad general sobre la muchacha, deshonrándola para siempre.

—Justo. ¿Y qué han hecho tus dos empresarios de pompas fúnebres al ver que se les escapaba por lo menos un cadáver?

—Ante la solemne promesa de la tía de morir en el término de tres meses, se han ido, dejando la dirección de su casa, con el número del teléfono y la lista de precios.

—Entonces estás tranquilo.

—No, porque han presentado una denuncia contra mí por corrupción de menores.

—¿No tiene aún los veintiuno?

—Los cumple dentro de unos meses.

—¿La has tomado por la fuerza?

—No.

—¿Se ha entregado voluntariamente?

—Eso no tiene importancia: todas las mujeres se entregan espontáneamente; no ha habido una sola que haya sido tomada por la fuerza.

—¿Pueden condenarte?

—Si no me caso, sí.

—En esta clase de juicios dictarán una ligera condena condicional, ¿verdad, abogado?

—Es lo corriente. Yo te defiendo.

—Pero yo tengo ya una condena condicional por ultraje a un ferroviario; conque si me condenan de nuevo...

—Tendrás dos penas: la nueva y la vieja.

—¿Y no hay otra solución?

—No la veo.

—Casarte.

—Celebrar una boda justa.

—Subir al altar.

—Con el anillo en el dedo.

El camarero, después de una orden misteriosa, puso en la mesita una cubeta metálica, llena de hielo, e hizo saltar dos tapones con la obligatoria explosión comprendida en el precio.

El arquitecto apuró de un sorbo la copa espumante antes de comenzar su discurso para no enfriar la improvisación bebiéndosela en medio de él; pero se la llenó de nuevo, porque no puede improvisarse discurso ninguno delante de una copa vacía.

El pintor se ofreció a miniar escenas dieciochescas, espiritualmente obscenas, sobre panzudas literas Luis XV, y el cirujano puso el forceps a disposición del primogénito, naturalmente varón.

—¡Los abrigos!

Salieron. Eran las cuatro de la mañana.

Junto a la puerta, un mendigo les saludó.

—No darle nada. Es un lisiado fingido.

—Le daré doble. ¿Qué mérito tendría si fuese un lisiado auténtico? Porque se toma el trabajo de fingir, es justo que su trabajo tenga su recompensa.

Mauro y el actor se dirigieron hacia el hotel en que él se alojaba con la actriz.

—Has pasado la noche fuera. ¿No temes su cólera?

—No me dirá nada.

Cuando estuvieron delante del hotel, levantaron la vista hacia una ventana del segundo piso, iluminada. Y sus miradas se encontraron. También a Mauro le había sucedido estar libre una noche entera, pero él se quedaba hasta el alba en la calle, mirando a la ventana, y contando las veces que un personaje misterioso le hacía encender la luz.

—¡Dichoso tú que no sufres!

El actor suspiró:

—De las mujeres, querido Mauro, hay que aceptar lo que te dan y no pedirles más. Tomarlas como son. Son deliciosos animales.

—Sí, deliciosos animales que deberían admirarse en los jardines zoológicos detrás de fuertes bartotes, como fenómenos de la Creación.



Méltta, presa de temblores de fiebre, se había retirado a su cuarto, negándose a responder a las llamadas. Dos o tres veces el tribunal compuesto del padre, la tía y el veterinario se había presentado a interrogarla, a suplicarle, a sacarla de aquella muda resistencia. Encastillada en su silencio, arrebujada en su piel de marta, y hundida en una poltrona, escondía el hociquito entre el pelo, como los coleópteros que cuando presienten el peligro, retiran los cuernos, estiran las patas y hacen el muerto.

Pero no sufría. La ira asfixiante de la que toda la casa estaba saturada, no le tocó a ella. Su modo de sentir era tan incompatible con el ambiente que la rodeaba, que permanecía indiferente a los chillidos, impermeable a la bilis de toda aquella gentuza que, desplegando todas las fuerzas en defensa de la moral, presentaban el cuadro panorámico de la medioeval estupidez.

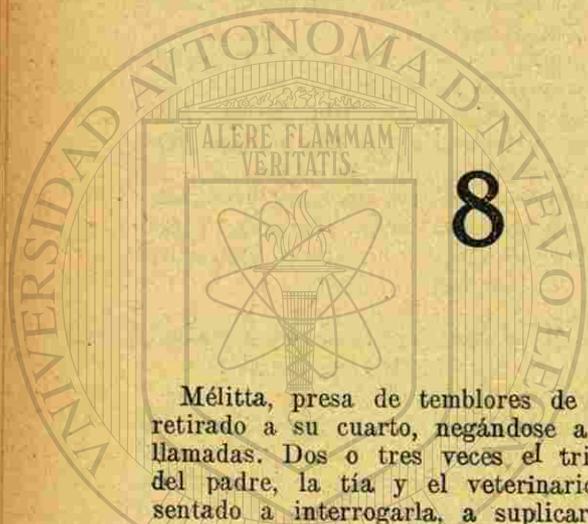
Los resoplidos de la tía, los aullidos del hermano, las palabras severas pero reposadas del padre, llegaban a sus oídos como sucesiones desorganizadas de sí-

labas. Ella y su familia eran, moralmente, como dos cuerpos que se adhieren, pero que no se mezclan; eran como el lacre y la marca: lo que en uno es relieve, en el otro es depresión; las convexidades audaces y renovadoras de Méltta ensamblaban con las retrógradas concavidades de la familia.

Méltta, que se había conservado virgen hasta hacía dos meses, por un retraso en la madurez sexual de sus deseos, tenía un concepto muy moderno, muy científicamente esquemático del amor, para dejarse arrastrar por los necios prejuicios de aquella pobre gente, en la que se unían las efemérides y vínculos convencionales de la familia. Había estado en Austria, en Alemania, en países de gran desenvolvimiento industrial, donde el amor libre no está acogotado por la moral jesuítica de los países latinos. Había estado en Bélgica, donde las parejas se separan cuando ya no las impresiona el amor, volviendo a encontrarse sin embargo de vez en vez, «para asuntos de administración ordinaria», como dicen los ministros dimisionarios. En el *boulevard* Anspach, de Bruselas, había visto a señoritas de buenisimas familias saludar con la mano a muchachos desconocidos que, al pasar, dirigiéronlas palabras de galantería. Sabía que allí, cuando una muchacha vuelve a casa encinta, no encuentra un padre que, maldiciendo, se arranque la cándida barba venerable, y escarabajee en los caminos de la ley, el «fruto de la culpa». Sino que es recibida, por el contrario, con esas palabras tiernas que merece y necesita una mujer que encierra el misterio sobrenatural de la maternidad; y cuando el niño viene al mundo, recibe también la bienvenida, y si la madre no puede atenderlo, educarlo y subirlo, se preocupan de todo los abuelos.

En Bélgica, los accidentes del trabajo de Cupido son comedias con un final alegre y luminoso; en Italia forman parte de los repertorios de Grand-Guignol: el padre puede matar impunemente a la

—Sí, deliciosos animales que deberían admirarse en los jardines zoológicos detrás de fuertes bartotes, como fenómenos de la Creación.



Méltta, presa de temblores de fiebre, se había retirado a su cuarto, negándose a responder a las llamadas. Dos o tres veces el tribunal compuesto del padre, la tía y el veterinario se había presentado a interrogarla, a suplicarle, a sacarla de aquella muda resistencia. Encastillada en su silencio, arrebujada en su piel de marta, y hundida en una poltrona, escondía el hociquito entre el pelo, como los coleópteros que cuando presienten el peligro, retiran los cuernos, estiran las patas y hacen el muerto.

Pero no sufría. La ira asfixiante de la que toda la casa estaba saturada, no le tocó a ella. Su modo de sentir era tan incompatible con el ambiente que la rodeaba, que permanecía indiferente a los chillidos, impermeable a la bilis de toda aquella gentuza que, desplegando todas las fuerzas en defensa de la moral, presentaban el cuadro panorámico de la medioeval estupidez.

Los resoplidos de la tía, los aullidos del hermano, las palabras severas pero reposadas del padre, llegaban a sus oídos como sucesiones desorganizadas de sí-

labas. Ella y su familia eran, moralmente, como dos cuerpos que se adhieren, pero que no se mezclan; eran como el lacre y la marca: lo que en uno es relieve, en el otro es depresión; las convexidades audaces y renovadoras de Méltta ensamblaban con las retrógradas concavidades de la familia.

Méltta, que se había conservado virgen hasta hacía dos meses, por un retraso en la madurez sexual de sus deseos, tenía un concepto muy moderno, muy científicamente esquemático del amor, para dejarse arrastrar por los necios prejuicios de aquella pobre gente, en la que se unían las efemérides y vínculos convencionales de la familia. Había estado en Austria, en Alemania, en países de gran desenvolvimiento industrial, donde el amor libre no está acogotado por la moral jesuítica de los países latinos. Había estado en Bélgica, donde las parejas se separan cuando ya no las impresiona el amor, volviendo a encontrarse sin embargo de vez en vez, «para asuntos de administración ordinaria», como dicen los ministros dimisionarios. En el *boulevard* Anspach, de Bruselas, había visto a señoritas de buenísimas familias saludar con la mano a muchachos desconocidos que, al pasar, dirigiéronlas palabras de galantería. Sabía que allí, cuando una muchacha vuelve a casa encinta, no encuentra un padre que, maldiciendo, se arranque la cándida barba venerable, y escarabajee en los caminos de la ley, el «fruto de la culpa». Sino que es recibida, por el contrario, con esas palabras tiernas que merece y necesita una mujer que encierra el misterio sobrenatural de la maternidad; y cuando el niño viene al mundo, recibe también la bienvenida, y si la madre no puede atenderlo, educarlo y subirlo, se preocupan de todo los abuelos.

En Bélgica, los accidentes del trabajo de Cupido son comedias con un final alegre y luminoso; en Italia forman parte de los repertorios de Grand-Guignol: el padre puede matar impunemente a la

hija «deshonrada», como el marido puede descuartizar a la adúltera. Todo el mundo sabe cómo entré nosotros, el cornudo que mata a su mujer tiene segura la absolución, porque, dada la imponente mayoría de cornudos, de los diez del jurado lo son cinco al menos; y éstos bastan para absolverle.

Donatella, algunos días antes, se había horrorizado viendo a Melitta, desnuda de la cintura para arriba, pasar de su habitación al cuarto de baño, para lavarse con agua fría el seno.

¡El seno!

Y Melitta, riéndose del asombro de Donatella, le había dicho, al volver a su cuarto:

—Ah, mujer Naga.

Donatella estuvo llorando varias horas.

—¡Mujer Naga! ¿Por qué me has llamado mujer Naga?—preguntó a Melitta, cuando se agotó todo el remanente líquido de sus lágrimas.

—Las mujeres Naga son como tú, Donatella; hacen residir el pudor en los pechos. Cada país tiene una zona corpórea de pudor: en el Japón, el pudor se localiza de los tobillos para abajo; en ciertos países siberianos, en la planta de los pies; en Turquía, en el rostro; junto al Guaycum las mujeres se avergüenzan, no al mostrarse desnudas, sino al desnudarse, y los hombres al vestirse.

—¿Tienen ustedes una conferencia de psicología de pueblos?—interrumpió, sarcástico, don Cecilio, sosteniéndose sobre las puntas de los pies.—Yo que soy turco, como usted dice, puedo servirle de objeto de estudio.

—De un estudio sobre los animales que no aciertan a aclimatarse—rebató Huska.

Donatella probó a echar una nueva rociada de lágrimas, pero teniendo ya los lagrimales exhaustos, se dejó caer en una silla, como un *boxeur* se abandona contra la cuerda, después de un fatigosísimo *round*.

\*  
\* \*

Don Cecilio Cacao de Capacaída había sentido súbitamente simpatía y afinidad por el subteniente veterinario. Este muchacho que, dejando de buenas a primeras la cuadra del regimiento, había afrontado treinta y seis horas de tren para hacer de su pecho defensa para el honor de una hermana a la que apenas conocía, era muy de su agrado. Melitta y Bernardo (el veterinario) habíanse separado de niños, sin llegar a verse en muchos años, porque él, ocupado en sus estudios en una de esas pequeñas universidades donde los profesores ejercen una dulce severidad sobre los estudiantes para que puedan tomar el doctorado, había quedado el último de los ciento cincuenta opositores a las cuatrocientas plazas de subtenientes veterinarios. Y sus compañeros de carrera eran ya capitanes, pero él, poco ambicioso de títulos ni de gloria, seguía de subteniente.

Bernardo enteró a don Cecilio Cacao de Capacaída de los caracteres que diferencian a la pulga del caballo de la del perro y la del hombre, y le explicó cómo él mismo había dado fricciones de pomada antiparasitaria a un caballo del general Cadorna...

—¡Un Capacaída!

Don Cecilio le tocó con la ocarina un trozo de *Il Trovatore*, ópera que se daba con preferencia en el teatro municipal de su pueblo, y le calculó de memoria la cantidad de goma ingerida en la vida media de un hombre, que tenga la costumbre de pegar con la lengua los sellos de su correspondencia. Donatella, ocupada en las cuatrocientas sesenta y seis pieles de topo de su abrigo, y en escrupuloso bordado de las cinco pelotas de la futura corona en la ropa blanca de comedor y de cama, estaba consternada por tener que verse con tapiceros y borda-

doras sin la compañía de su novio, el cual había encontrado en Bernardo una conformación mental tan semejante a la suya que casi se olvidaba de ella.

—Yo tengo también un tío rico—confesó Cecilio a Bernardo con gran derroche de mímica.—Pero está en desgracia. ¡Mi tío tiene un hijo!

Y le explicó cómo si dicho tío no hubiese tenido un hijo, vastos limonares y el ferrocarril económico Marrancio-Tesmoforia los hubiera heredado él.

Don Cecilio era feliz casándose con Donatella, para apartarla de aquella corrompida casa que le ofrecía el ejemplo impuro de Iluska, la viajera misteriosa, que si se paraba en su andar vagabundo era para echarse en brazos de un hombre.

¡Feliz era, casándose, don Cecilio!

De su casa habíanle escrito una carta, tan angustiosa que él, acompañado de Bernardo, había ido a la oficina postal a girarles a las cinco hermanas cien liras, recomendándoles paciencia hasta el día de la boda. La dote de Donatella salvaría la situación. Claro que si el tío rico no hubiese tenido un hijo, con los limoneros y el ferrocarril económico Marrancio-Tesmoforia, la cosa hubiera ido algo mejor; pero en fin, consumado el matrimonio, Cecilio sabría acordarse de la madre y de las cinco hermanas.

De vuelta a casa, Cecilio hablóle a Bernardo de su propia riqueza y de las varias casas «solariegas» que en feudo poseían sus cinco hermanas, inmaculadas las cinco, como Donatella.

Y besó a Donatella en la frente.

Donatella amaba a don Cecilio, pero a su modo. Ciertas mujeres están enamoradas sin tener un amante, y se acogen al primero que pasa. Es un amor indeterminado, un tiro sin puntería, un estado físico que corresponde al «calor» en las hembras de los animales: cualquier macho que se presente les sirve muy bien para su uso, como marido.

Mientras Cecilio la besaba en la frente, ella se

fijó en el nudo de su corbata, del más sobrenatural azul celeste; celeste como el alma ochocentesca de Donatella, en la que aún latía el sentimentalismo de la flor conservada en el libro, la diversión de los pétalos de rosa golpeados sobre la frente, de la cerilla apagada por sorpresa con un soplo, mientras papá hace ir la llama de un lado para otro.

\*  
\* \*

—¡Iluska!

No estaba.

—¡Iluska!

Había salido sin que nadie se diera cuenta.

Entró en casa de Mauro chorreante de agua de lluvia, como si llorase todo su cuerpo. Pero los ojos estaban luminosos y tersos. Melitta no era fácil a las lágrimas.

—Quieren purificarme—empezó ella con una sonrisa áspera, quitándose poco a poco los guantes.—Me parece estar en uno de esos países en que todos quieren a toda costa redimir, y que pecarían voluntariamente por el solo placer de ser redimidos.

Sonreía la niña.

¡La niña!

La que había desencadenado la tempestad.

El hombre la miraba, inquisidor.

—Yo sé qué piensas—le dijo ella impasible.—

Piensas que yo soy la causante de todo esto.

Gesto evasivo de Mauro.

—No merecías tanta molestia. Ha salido de mí el que nos amásemos. He sido yo la que te ha buscado.

—No, Melitta. Ninguno de los dos ha buscado al otro. El encuentro de nuestros deseos fué simultáneo. No seguimos el acostumbrado procedimiento de conquista, ni la consabida ficción de las negativas, y llegamos a la posesión recíproca sin preliminares de maldad, sin impaciencias innobles, y sin preguntar-

nos el uno al otro qué nos tendría reservado el mañana.

—Eso no es cierto, Mauro. Tú entonces me preguntaste qué sería de nosotros «después». Y yo te contesté: «Nada». Y te prometí que cualesquiera que fuesen las consecuencias de nuestro amor, tú las ignorarías. Y en vez de eso...

La primera nieve del invierno caía lenta, formando contra el rectángulo de la ventana como el vago tejido de un velo. Mélitta se puso en pie, levantó una cortinilla. La dejó caer. Los peces chinos se movían como a compás; tamborileando con las uñas sobre el cristal del acuario, Mélitta los asustó. Encendió un cigarrillo, y lanzando al techo una bocanada de humo azulado que se retorció en espirales, volvió a sentarse junto al amante.

—¿Tú crees—y le cogió las dos manos—que he sido yo la que te he echado encima la furia de toda esa gente?

—No—respondió él sin convicción.—Pero no me explico quién ha podido divulgar un secreto tan hermético y tan nuestro.

Primero débiles y después más fuertes, llegaron las musicales femeninas notas de una marcha fúnebre. Por el rectángulo de la ventana pasaba todo lo sobresaliente del cortejo: una cruz, el cocheró con tricorno y peluca blanca, los cuatro hachones encendidos, y el semicírculo de una corona de violetas. Y en seguida un coche con flores. Cuando llegaron ante la ventana, la banda atacó una marcha fúnebre, formada de preguntas y respuestas entre un bombardino consolador y una flauta inconsolable, exasperada por la duda filosófica del bajo en fa, y por las categóricas afirmaciones del tambor materialista.

—¿Quién es ese necio que se hace enterrar con tanto ruido?—preguntó Mélitta.

La música calló. Las voces de los curas volvieron a cantar, deslenguándose.

Mauro entonces la miró al rostro, buscando la verdad en el fondo azul mineral de sus grandes iris.

—¿Miras a ver si lloro? No. Yo no creo que las situaciones se resuelvan exprimiendo dos o tres gotas de agua salada de los conductos lacrimales.

—¿Y es cierto que te querías matar?

—¿Quién ha inventado eso? ¿Mi tía? Pero ¿han sido capaces aún de ponerme en ridículo? ¿Lo has creído?

—No.

En su rostro se veían señales de clara inteligencia: la única fuerza que puede quizás matar el dolor.

La niña callaba. Pero la emoción levantaba y deprimía su pecho, con ese tenue movimiento oscilatorio que tiene en los relojes el palpitante resorte del volante. Aun cuando el amor había impreso en su rostro señales de mujer, conservaba la pureza de la muchacha, como ciertas mujeres continúan siendo honestas aunque se hayan vendido una vez, y como ciertas naciones continúan siendo grandes, aunque una vez hayan sido derrotadas.

—¿Y bien?

—No hay más que una sola persona capaz de salvarnos. Mi hermano Sándor, al que conociste en la montaña. Es médico, hombre acostumbrado a mirar las cosas desde lo alto de sus dos mil quinientos metros, sobre el nivel de las pequeñas bellaquerías, de las sordideces, de los cretinismos. Sin embargo, no es fácil hacer llegar una carta hasta allá arriba. A estas horas hay ya dos metros de nieve, y de la oficina postal más próxima no sale nadie para allí.

—¿Y el teléfono sin hilos?—propuso Mauro.

—No habíamos pensado. Pero ¿cómo telefonarle sin advertir la procedencia? Para recoger las comunicaciones tiene que regular su aparato con arreglo a la amplitud de onda que se le señale. Sin esto no hay comunicación posible entre el trasmisor y el receptor.

Calló. Puso entre sus labios una cruz rusa de

doble brazo, que le caía del cuello colgando de una cinta de terciopelo, y se quedó pensativa.

—¡Ya está!—y la cruz se le cayó de los labios.— Cada día recibe conciertos de París, y noticias de política exterior desde Londres; basta conocer la amplitud de onda de esas transmisiones; a la misma hora, y con la misma onda, trasmito yo desde un aparato cualquiera.

—La idea es excelente, pero tú sabes que podemos usar un aparato receptor, pero que nos está prohibido el transmisor.

—Por lo mismo que la ley lo prohíbe, es seguro que alguno lo emplea.

\*  
\* \*

Dos horas después, Méltta se presentaba en el laboratorio de un desconfiado profesor del Politécnico, y le exponía los ocho incisivos y los cuatro colmillos luminosos de su honesta sonrisa. La gracia perfumada de su juventud cascabeleante pasó frívola y ligera por entre el nudo de hilos, el misterio de las ruedas, la solemnidad de las máquinas electrodinámicas, los galvanómetros meticulosos y las probetas llenas de líquidos amarillos.

Y después de una breve conversación...

\*  
\* \*

...todos los amantes de la telefonía sin hilos, abonados a los conciertos de París y a las noticias políticas de Londres, oían estas palabras:

«Sándor Virgili, soy tu hermana Iluska, y te ruego que vengas en seguida. No es nada grave, pero te necesito. Tú no puedes contestarme, pero estoy segura de que me has oído, y vendrás. Te espero.»

Y Sándor, en su pequeña casa, aislada como un faro

en un océano de nieve, estaba tendido sobre una especie de diván, con una pipa entre los dientes, y la rizada cabeza del perro entre las manos, escuchando con indiferencia las noticias arrojadas en el aposento por la negra boca metálico-parlante: la cotización de los algodones en el Havre, Liverpool y Alejandría, el cierre de la Bolsa en París, cambios, valores, precios de los granos, azúcar, café y metales, informaciones parlamentarias, esperando el principio de los conciertos anunciados la víspera. La señora Fanny Heldy, de la Opera, había cantado «*C'était une vieille chanson d'amour*» (1), de los *Cuentos de Hoffman*. Debía de ser emocionante, para un hombre aislado en el espacio, oír allá arriba el canto de la actriz parisién, *sportswoman* (2), triunfadora, como soprano, en el teatro real, y como jockey sobre la pista de los hipódromos.

El criado estaba preparándole a Sándor el café.

Del aparato salió de pronto una voz de mujer que pronunciaba claramente su nombre:

—¡Sándor Virgili!

Y continuaba:

—Soy tu hermana Iluska...

Sándor contuvo la respiración, e inmovilizó las mandíbulas de Párika, que en un imprevisto sobresalto de sorpresa, se había puesto a ladrar.

Terminada la última palabra, empezaron nuevos acordes de piano.

—¡Cierra!—ordenó al criado, señalando el aparato. Y se acercó a la ventana. Las montañas y el cielo eran una soledad blanquísima, sin relieve, sin vida.

—Mañana bajamos. ¿Me acompañarás hasta el fondo del valle?

Y se sentó, junto a la ventana, pensativo.

Párika le puso el hocico en la mano, y medio cerró los ojos, como para volverse más ligera.

(1) Erase una vieja canción de amor...

(2) Deportista.

\*  
\* \*

Dos viajeros y un perro bajaron por las brillantes pendientes, levantando de aquí y de allá puñados de hielo pulverizado. Cuando se hallaron junto al primer campanario, uno de los dos se acercó al grupo de casas semienterradas en la nieve, y el otro, con el perro, siguió caminando.

El telegrama dirigido a Mélitta había producido cierta alarma en la casa. La tía entró en su cuarto, con intención de leerlo. Pero, después, se limitó a preguntar:

—¿Era para ti ese telegrama?

Ella contestó, poniéndose una media:

—¿Venía dirigido a mí?

—Sí.

—Pues entonces no era más que para mí.

—¿Y no se puede saber de dónde viene?

—Claro que se puede—dijo poniéndose la liga.—

Como que yo lo sé.

—¿Y ahora sales?

—Salgo.

—¿A dónde?

—Fuera.

—¿Y si yo te digo que no salgas?

—Saldré lo mismo.

—¿Y si te lo prohibo?

—No me hagas reír, tía.

—Reirá bien quien ría el último.

—Los proverbios son la riqueza de los pobres de espíritu, tía.

—Los proverbios son la sabiduría popular.

—Y la ignorancia individual.

—¿Quieres que te dé un consejo?

—Dame un cepillo.

—¿Y si cierro la puerta?

—Será tonto que lo hagas después de haber salido.

Mélitta se puso el abrigo, y se abrochó bajando la escalera. En la sala de espera de la estación acabó de arreglarse la cara en un espejito convexo.

¡Sándor y la perra!

Mélitta se echó en brazos del hermano, y quedó inmóvil en el abrazo, hasta que el íntegro empleado encargado de recoger los billetes, les rogó burocráticamente que dejaran libre el paso.

La llegada de Sándor asombró a toda la familia. Cecilio, irreprochable con su corbata azul celeste, observó con un sentimiento de educado desprecio que aquel hombre joven, pero ya vivido, durante las presentaciones de ritual no se sacó las manos de los bolsillos del pantalón, ni pronunció ninguna de las manidas frases propias del caso. Magnífico tipo de pensador misántropo, de rostro encuadrado por el negro cabello y la barba en desorden, dominaba a todos con su mirada de hombre justo. Las vueltas blancas de la camisa le caían sobre las solapas de pana, desnudándole el cuello; y un cinturón de cuero lo ataba por la mitad, a la manera rusa.

—¿No está nuestro padre?—preguntó.—¿Cuándo vuelve?

Donatella no podía explicarse la inopinada llegada del barbudo hermanastro, casi desconocido; el subteniente veterinario y don Cecilio trataron de preguntar a Mélitta, pero la niña no respondió. La tía, presa de esa inquietud que sienten los ignorantes y los animales ante los grandes acontecimientos, sin explicárselos, hubiera querido reprochar a Sándor su imprevista llegada, pero se conformó con preguntarle por qué había traído consigo «aquel animalucho».

—Aunque esta perra no está inscrita en el Kennel Club, ha hecho la guerra conmigo.

—Me mancha el vestido con sus patas.

—Las patas que han pisado el fango de las trincheras tienen derecho a andar por las alfombras de los reyes y por los mosaicos de las catedrales.

La tía no refutó. Don Cecilio, Donatella, el subteniente veterinario le miraron como se mira a un loco político.

—¡Pido permiso a esta preciosa concurrencia!— declamó don Cecilio—y me ausento.

—Un instante—le entretuvo Sándor.—Tengo que decirle dos palabras.

—¿En secreto?

—En público.

Cecilio bajó los ojos ante aquella mirada dura. Después intentó quitársela con valor:

—Mi querido señor, perdóneme usted, pero me está mirando por detrás y por delante, al trasluz, como si fuera un billete de banco.

—Y, en efecto, me está pareciendo un billete falso.

El otro no contestó.

—Pero, Sándor...—balbuceó la tía.

—Te ruego, tía, que no te pongas entre nosotros dos.

—La señora aconseja bien—protestó don Cecilio.

—Y yo le aconsejo a usted—contestó Sándor, completamente tranquilo, que no se preocupe más de mi hermana Iluska, si no quiere ser reexpedido a su tierra en una doble caja de cinc.

El salvaje se retiró con dignidad, seguido por la temblorosa Donatella, y cuando estuvo bien seguro de hallarse fuera del campo auditivo de Sándor, masculló:

—¿De dónde habrá salido ese loco? Pantalón de pana, cuello desnudo, sin corbata, botas claveteadas, me recuerda a los carabineros que se disfrazaban antes de capuchinos para coger a los contrabandistas.

—Tengo que hablarte—dijo el subteniente veterinario a Sándor.

—Te oíré con gusto, pero aquí no. Acompáñame a mi hotel.

—¿No te quedas?—preguntó la tía, mientras el veterinario se ataba el correa a la cintura.

—Gracias. Volveré luego. Tengo que ver a nues-

tro padre. Y tú, Iluska, ven también a mi hotel dentro de dos horas.

La perra bajó la escalera ladrando, animada por el chocar de la espada invencible del veterinario y por el ruido de los clavos de Sándor sobre el mármol.

—Es preciso primero que te informes—empezó Bernardo, apenas estuvieron en la calle.

—Estoy perfectamente al corriente de todo—interrumpió Sándor.—Iluska me ha hablado de sus relaciones, del espionaje de ese hombre estúpido que os habéis metido en casa.

—¿Que nos hemos metido? Yo faltó de casa desde hace seis años.

—Pues que se han metido. Pero todos, incluso tú, os habéis servido de su espionaje para encadenar a Iluska con vuestra desgraciada superioridad.

—Tú no sabes de qué naturaleza son las relaciones entre Iluska y ese quidam.

—Son amantes. Muy natural. ¿Vas a imponerles abstinencia total? ¿Por qué?

—Sigamos andando—simplificó el pobre zooatra fulminando con una mirada a un sargento que le había hecho un saludo poco cumplido.

—Sé también que has enviado los padrinos al amante de Iluska, pero que los has retirado en cuanto el otro aceptó el duelo.

—No es cierto.

—Es cierto porque me lo ha dicho Iluska.

Se calló. La perra volvió dos pasos atrás. Sándor fijó su mirada en el rostro de su hermano, y continuó:

—¿De qué te han servido cuatro años de universidad? ¡Has estudiado las grandes leyes que gobiernan el mundo físico; has estado en contacto con el dolor; has escudriñado los misterios de la vida y de la muerte; has conocido los fenómenos eternos; y ahora te hallo haciendo necias declaraciones de mosqueterismo de melodrama! Tú sabes cuánto admiro y quiero yo a los químicos, a los físicos, a los naturalistas, a los médicos, a los veterinarios, por-

que tocan los grandes problemas del universo. Apenas me ha expuesto los hechos Iluska y me ha dicho que tú habías dejado el regimiento para venir a casa a arreglar esta cuestión, le he respondido: ¡Es un veterinario! Nos pondremos en seguida de acuerdo: un hombre que ha mirado a través del microscopio, no puede pensar como un hombre común, como una mujer vulgar. Tú tienes la misma mentalidad que la tía.

Akortaron el paso. La perra no se separaba de ellos. Al cruzar las calles, Sándor la cogía del collar.

El subteniente Bernardo Virgili era el ejemplar más hermoso del hibridismo científico-militar. Las grandes leyes, los problemas immanentes, los misterios de la vida, los fenómenos eternos a que se había referido su hermano, el doctor Sándor, le habían formado una mentalidad tendenciosamente científica; y el contacto con los oficiales de caballería que consideraba ciegos a todas esas luces, le daba la convicción de una superioridad espiritual sobre todos. Pero los oficiales de caballería le trataban con cierto desdén, de mayor a menor: ¿qué era, en el fondo, junto a aquel brillante mundanismo, aquella elegancia deportiva y aquellos postulados éticos, un veterinario? Por otra parte él no se determinaba a encerrarse en un aislamiento científico, ni a expresar su recíproco desdén hacia la etiqueta, las formas y el protocolo tan querido de la caballería. Después de todo, y aunque bajo un aspecto especial, el era oficial de caballería también. Bernardo se agitaba en el drama de sentirse superior por el prestigio cultural que le infería su carrera, y por su prestigio moral de la misión zoofila, aliviadora del dolor, a él confiada, complicado con la amargura de no ver reconocida esa científica superioridad, puesto que él llevaba también espuelas en los talones y espada al costado.

La tragedia de su carrera se reflejaba igualmente en su revelador coloquio con Sándor: el subteniente

Bernardo tenía el deber de vengar por las armas el honor de su hermana; pero el zooatra Bernardo, que había estudiado en sus libros científicos los problemas del amor y las incontrastables fuerzas del instinto sexual, tenía que sonreír ante el convencionalismo del amor sexual, y dejarse de tales cuestiones, meros pasatiempos de *kermesse* de beneficencia.

El doctor Sándor lo había desarmado atacando al hombre de ciencia; y en nombre de las fuerzas de la naturaleza defendía a Iluska, pidiéndole a él y a los demás miembros de la furibunda familia una inmediata suspensión de hostilidades.

Bajo el albo traje de sanitario centelleaban las espuelas del oficial. Los argumentos expuestos por el hermano en defensa de Iluska le convencieron a medias: sentíase demasiado oficial para admitirlos y demasiado científico para rechazarlos.

Hubo un momento en que iba a ceder, pero la circunstancia de que entonces pasasen ante un pabellón de administración militar y que el centinela le rindiese armas, bastó para que se reintegrara a lo más recóndito de su conciencia y de su honor.

—¡Nuestra hermana está deshonrada!—exclamó.

—¡Palabras!—adujo Sándor, con una triste sonrisa de piedad.—Lo deshonroso no es amar, sino oponerse al amor; todo lo que al amor se sobrepone, lo mancha: obstaculizar al amor, constreñirlo, venderlo, legalizarlo son asimismo formas distintas de mancharlo; vosotros lo mancháis con vuestras amenazas, con vuestras denuncias al procurador del rey.

—Esto último me parece sobradamente honesto: ¿qué puede haber más legal que la denuncia de un acto penado por el código?

—Lo más estúpido y bestial que habéis hecho es precisamente esa denuncia. Llevar el amor de dos muchachos, arrastrado, a la mesa de un juez, entre un robo y un desacato por embriaguez. ¿No te ves ridículo?

—Tú vives muy fuera del mundo para comprender.

—Lo sé. La sociedad es como los malos olores: viviendo en medio de ellos, uno se habitúa porque los absorbe. Pero como en este ambiente no pienso estar más de dos días, quiero que liquidemos rápidamente este asunto de Iluska. ¿Cuándo vuelves al regimiento?

—El cuanto el amante de Iluska se decida a casarse.

—¿Y si no se casa?

—Se las entenderá con los tribunales.

Sándor le miró fijamente, compadeciéndole.

—Mi hotel es éste. Ya sabes dónde estoy. Y ese señor, ¿dónde vive?

El veterinario le dió las señas de Mauro.

Y se separaron.

\*  
\* \*

Vuelto a casa, el subteniente vió en la antecámara el gabán de su padre. Había vuelto. Y don Cecilio, preparado a toda prisa su equipaje, había partido.

—¿Por qué?

—Porque ha recibido este telegrama—gorjeó Donatella, temblorosa, alargándole un polígono amarillo; y suspiró:—¡Pobrecito!

—¿Por qué pobrecito?—chilló la tía.—Hereda de un golpe varios millones; éste—y señaló un nombre escrito en el telegrama—es el tío propietario de los limonares y de un ferrocarril; y este otro—y repitió el gesto—es el hijo único, que hubiera sido heredero universal. Ahora, con la muerte de los dos, padre e hijo, la herencia pasa a don Cecilio.

Donatella destiló veinticinco gotas de dolor.

—No lores, estúpida—le increpó la tía.—Son millones que se cuelan en tus bolsillos.

—¡Debe de haber sido una muerte atroz!—gimió Donatella.—¡Quemarse vivos los dos!

—¡Mal a medias, media desgracia!—comentó la tía, que siempre tenía a mano un proverbio.

Y, en precaución, hizo la señal de la cruz.

Donatella abrió el piano de media cola, y se puso a tocar un vals, de Waldteufel, naturalmente, simplificado para principiantes.

\*  
\* \*

—¿Y bien?—preguntó el actor, entrando en casa de Mauro.

—Me parece ser uno de esos gatos que, cuando se ensucian en la alfombra, acercan el hocico, diciendo: ¿lo hice ya? ¡Cásate! Mi vida estos días se ha transformado en un acto de ciertas preciosísimas comedias francesas, en las que la escena, dividida por la mitad, representa dos habitaciones de una casa equivocada: una infinidad de personajes indefinibles entran sin llamar, salen sin saludar, se equivocan de puerta, se encuentran, se abrazan llorando, vuelven con cualquier pretexto, se ven atacados de catalepsia, dan tarjetas de desafío, olvidan el paraguas, blanden la pipa como si fuera un revólver. Tú ahora te has sentado aquí, en mi casa, con una gran tranquilidad; pues no te asombres si de un momento a otro ves llegar, ¿qué se yo? una domadora de cocodrilos, el bey de Túnez con fez, un detectif americano disfrazado de anticuario, el jefe de una tribu de pielesrojas, un hombre desnudo escapado de un manicomio, o un comisario de policía que se te lleve detenido y maniatado.

—¿Es un pretexto para echarme?

Mauro señaló con el dedo hacia la antecámara, en donde había sonado una campanilla.

—Yo me voy.

—Tú te quedas.

Apenas abrieron, entró un hombre vestido de mujer; para que la ilusión fuese completa, llevaba

también un gran seno que giraba alrededor de su robusta persona, coronada por un historiadísimo sombrero de plumas amarillas.

—¡La tía!

Lucio, a la presentación aproximada, hizo una inclinación económica, y se fué al otro lado de la estancia, a jugar con un king, instrumento chino compuesto de varias piedras suspendidas de un telar de bambú.

—¿Se puede saber qué ha decidido?

—Nada, señora. ¿Y usted?

—Que se case.

—De eso se habla hace mucho rato.

—Pero usted no lo ha aprobado todavía.

—Ni lo aprobaré.

—¿Luego se niega?

—Yo no.

—¿Consiente?

—Sufro.

—Entonces, ¿cuándo viene a pedir la mano de mi sobrina?

—¿Pedir? No hay nada que pedir, puesto que se me impone, aunque la rechazo.

—Fije la fecha de la boda.

—Fijenla ustedes.

—La de conocer a los parientes.

—No tengo.

—Pero los tenemos nosotros.

—No basta.

—Habrá también que hablar de la dote.

—¿Dote? Yo no especulo.

—Mi hermano ha fijado, como dote, la cantidad de...

—Repito que no aceptó ni un solo céntimo: pueden ustedes imponerme la mujer, pero no su dinero.

—¿Es usted lo bastante rico para mantenerla?

—Soy pobre y cargado de deudas.

—Entonces, ¿qué va a darle de comer?

—Desconozco sus gustos.

—Luego, hay que hablar también de la casa.

—Un asunto que no me entretiene.

—Pues ¿dónde va a dormir su esposa?

—No es cosa que me quite el sueño.

—Pero ¿de qué raza de maridos es usted?

—De la peor.

La tía resopló como una central eléctrica; se dejó caer en un diván, rebotó hasta el centro de la habitación, giró sobre sí misma gritando:

—¿Qué ruido es ese?

—Los inquilinos de al lado que dan golpes para que usted se calle.

Nuevos chillidos, más agudos: evoluciones desordenadas por la estancia, con golpes en el techo.

—Pero ¿qué golpes son esos?

—Los inquilinos de arriba, que demandan silencio.

Lucio intervino, quitándose prudentemente el moculo:

—Señora...

—¡Después de lo que ha hecho!—vociferó la tía, señalando con el índice vengador a Mauro.—Con la culpa que tiene en su conciencia.

—¿Es una culpa poseer a una mujer?

—Después del matrimonio, no—sentenció, categórica, la tía;—pero antes del matrimonio, sí.

—Si la culpa consiste en el «antes»—subrayó Mauro—basta con no celebrar el matrimonio; así el «antes» deja de existir.

Lucio sonrió; la tía lo fulminó.

—¡Qué cinismo!—gritaba. Y cada vez que su mirada se posaba sobre Mauro, se horrorizaba como ante la vista de Jack, el destripador.

En un acceso de asma, el pecho descargaba toda su furia bajo la forma de injurias sintéticas.

—¡Yo reviento!

—Lo creo. Pero, ¿no podría usted irse a reventar a otra parte?—la invitó Mauro dulcemente.—Es más cómodo para todos.

Campanillazo. Un perro irrumpió en la estancia,

asustando a los peces, y dejó huellas digitales en las ropas negras de Lucio, pasando luego junto a la tía, sin dignarse olfatearla siquiera.

Mauro hizo las presentaciones.

—¿Luego acepta usted casarse con mi hermana?

—Por fuerza.

—¿Por fuerza?

—No puedo decir por amor.

El doctor Sándor se volvió a Mauro, como si los otros no existieran:

—Yo no adopto posturas de gladiador, ni actitudes brillantes—dijo.—Soy sencillamente un hombre al margen de las prevenciones y de los apriorismos. He venido a la ciudad llamado por mi hermana, de una manera casi sobrenatural, y la he hallado oprimida por toda esa gentuza enfurecida y asociada para una empresa poco menos que de compraventa y de rescate. Aun cuando no fuese mi hermana, yo la defendería porque es un sér débil: instintivamente simpatizo con los pequeños, con los débiles, con los culpables; es excesivo el número de personas que tienen razón. Yo no creo, sin embargo, culpable a Iluska; porque aunque hubiese cometido la más grave de las culpas, bastaría la desproporción entre sus fuerzas y las de sus acusadores, para hacérmela santa. A usted, señor Mauri, se le han dirigido amenazas y cartas de *ultimátum*, ¿no es eso?

—Sí. Y yo he contestado que consiento en casarme con su hermana, para que de una vez se acaben las molestias, las visitas, las bellaquerías, las amenazas y las lágrimas. Esta buena señora lleva ya tres días viniendo a llorar a mi casa. La humedad de su desesperación ha hecho salir en las paredes salitre. He dicho, pues, que me caso. ¿Qué más se me pide?

—¡Con qué entusiasmo!—rezongó la tía.

—¿También quieren ustedes entusiasmo?—protestó Mauro.—¡Eso es gollería! Se puede, con el cuchillo, en la garganta, entregar la bolsa; pero ofrecerla con

una sonrisa y pedir gentilmente que se la lleven, eso supera a mis evangélicas posibilidades.

Sándor callaba, pensativo. Luego habló:

—Comprendo su rencor hacia mis parientes. Pero lo esencial es que usted quiera bien a Iluska.

—No la amo ya.

—¡Ah, bellaco, bandido, miserable!—rugió la tía, hinchándose y deshinchándose entre los brazos de Lucio.

—¡La detesto!—remachó Mauro, impasible.

—¿Que detesta a Iluska? ¿Y qué daño le ha hecho la pobre?

—Lo sé, doctor. No entra en esta conjura, pero no me arriesgo tampoco a considerarla extraña a ella. La juzgo el exponente de un movimiento desencadenado contra mí. Podrán ustedes obligarme a casarme con ella, pero no a que deje de detestarla.

—¡Si hace ocho días la amaba!

—Hace ocho días la amaba. ¡Pero hace siete que están ustedes molestándome!

—Es justo—admitió Sándor. Y se levantó.

La perra se levantó también, y se estiró sacando un palmo de lengua.

La tía atravesó con una suprema ojeada a Jack el destripador, y gruñó una despedida al amigo.

Sándor se inclinó y siguió tras ella.

Los queridos parientes habían conseguido destruir el amor.

El problema se reducía a dos fórmulas:

La del médico: ¿qué importa que se case, si no la ama?

Y la del subteniente: ¿qué importa que no la ame, si se casa?

Durante dos días, Sándor trató de que venciera su tesis. El padre, acostumbrado a considerar desde lo alto a los hombres, sus pasiones y sus intereses, ante el problema de la moral sexual se encerraba en una ideología de portera, y cada argumento de Sándor se estrellaba contra su sentencia:

—¡Reparar con el matrimonio!

Entretanto, el afecto de Mauro por Mélitta se tenía de desprecio. Hasta su amor cristalino se enturbiaba al recordarlo, y hablando de él con los amigos, lo evocaba con vulgar irreverencia.

—¿Cómo has podido comprometerte con una señorita?—le preguntó alguien.

—¿Qué quieres?—contestó encogiéndose de hombros.—Porque en el país donde no se encuentran *cocottes*, he tenido que conformarme con una virgen.

\*  
\*  
\*

Don Cecilio Cacao de Capacaida escribió una larguísima carta para explicar cómo su honor y el de su noble estirpe le impedían emparentar con Donatella, cuya hermana estaba dada a la perversión, y cuyo hermano, viviendo entre los montes, se había expresado de una manera que un Capacaida no podía oír sin sentirse lastimado en su amor propio. Y concluía retirando su palabra de casamiento.

Las riquezas heredadas del tío hacían de él el hombre más rico de toda la región; como tal podía casarse con una decentísima señorita, cuyo nombre llamamos por una explicable delicadeza, adornada de incalculables virtudes y de calculables millones.

El día de la toma de dichos todas las personas conspicuas de la población fueron invitadas a casa de Cecilio: el director de *El Inconscuso* (semanario conservador), el médico cirujano de obstetricia, y algunos muchachos «bien», educados en el temor de Dios y en la veneración del último Borbón. Agotados los acostumbrados y manoseados temas (feminismo, espiritismo, teosofía, movimiento continuo y otros inocentes pasatiempos por el estilo, de lo que, según testimonio de los exploradores, se discute hoy hasta en el más infimo poblacho de provincia) don Cecilio, «que había viajado», dió

una conferencia sobre el Norte, y ahondando más, sobre una población determinada, en la que se habla medio francés, y en donde todas las mujeres—decía trazando en el espacio una línea recta con el pulgar y el índice, y el anillo de prometido—todas las mujeres se entregan a la primera petición. Por otra parte los hombres son tan necios que, en el tranvía basta decir «abonado», para no pagar billete; en el café puede uno levantarse sin pagar, y en toda familia donde hay una señorita sin marido se encuentra de comer y de dormir gratis, a cambio de una vaga esperanza de casarse con ella.

Pero cuando se poseen los nobles sentimientos de don Cecilio, no se puede vivir más de dos meses en una de las corrompidas familias de aquella licenciosa ciudad.

9

Donatella se dispuso a entrar en un convento, místico sanatorio para los incurables del amor. El subteniente Bernardo volvióse al regimiento, llamado por un telegrama del servicio a la cabecera de un caballo semental, moribundo de melancolía.

El doctor Sándor y su perra Páprika se volvieron también a los montes. Pero antes de separarse, Sándor e Iluska se abrazaron como si ya no fueran a verse más.

—¡Reparar con el matrimonio!

Entretanto, el afecto de Mauro por Mélitta se tenía de desprecio. Hasta su amor cristalino se enturbiaba al recordarlo, y hablando de él con los amigos, lo evocaba con vulgar irreverencia.

—¿Cómo has podido comprometerte con una señorita?—le preguntó alguien.

—¿Qué quieres?—contestó encogiéndose de hombros.—Porque en el país donde no se encuentran *cocottes*, he tenido que conformarme con una virgen.

\*  
\*  
\*

Don Cecilio Cacao de Capacaida escribió una larguísima carta para explicar cómo su honor y el de su noble estirpe le impedían emparentar con Donatella, cuya hermana estaba dada a la perversión, y cuyo hermano, viviendo entre los montes, se había expresado de una manera que un Capacaida no podía oír sin sentirse lastimado en su amor propio. Y concluía retirando su palabra de casamiento.

Las riquezas heredadas del tío hacían de él el hombre más rico de toda la región; como tal podía casarse con una decentísima señorita, cuyo nombre llamamos por una explicable delicadeza, adornada de incalculables virtudes y de calculables millones.

El día de la toma de dichos todas las personas conspicuas de la población fueron invitadas a casa de Cecilio: el director de *El Inconcuso* (semanario conservador), el médico cirujano de obstetricia, y algunos muchachos «bien», educados en el temor de Dios y en la veneración del último Borbón. Agotados los acostumbrados y manoseados temas (feminismo, espiritismo, teosofía, movimiento continuo y otros inocentes pasatiempos por el estilo, de lo que, según testimonio de los exploradores, se discute hoy hasta en el más infimo poblacho de provincia) don Cecilio, «que había viajado», dió

una conferencia sobre el Norte, y ahondando más, sobre una población determinada, en la que se habla medio francés, y en donde todas las mujeres—decía trazando en el espacio una línea recta con el pulgar y el índice, y el anillo de prometido—todas las mujeres se entregan a la primera petición. Por otra parte los hombres son tan necios que, en el tranvía basta decir «abonado», para no pagar billete; en el café puede uno levantarse sin pagar, y en toda familia donde hay una señorita sin marido se encuentra de comer y de dormir gratis, a cambio de una vaga esperanza de casarse con ella.

Pero cuando se poseen los nobles sentimientos de don Cecilio, no se puede vivir más de dos meses en una de las corrompidas familias de aquella licenciosa ciudad.

9

Donatella se dispuso a entrar en un convento, místico sanatorio para los incurables del amor. El subteniente Bernardo volvióse al regimiento, llamado por un telegrama del servicio a la cabecera de un caballo semental, moribundo de melancolía.

El doctor Sándor y su perra Páprika se volvieron también a los montes. Pero antes de separarse, Sándor e Iluska se abrazaron como si ya no fueran a verse más.

—Acaso—mintió ella—después de que nos casemos vuelva a quererme como antes.

—Lo creo—auguró el hermano, estrechándole la mano por la ventanilla.

El tren se alejó.

—¡Pues yo no lo creo!—pensó Mélitta, buscando el pañolito de seda cruda en el fondo de su bolso de gamuza.

Se volvió. El tren había desaparecido. Sándor tornaba a su destierro con la visión de la sonrisa de Iluska. La sonrisa triste de Iluska: los labios entreabiertos nada más que lo bastante para dejar entrever dos incisivos. Sándor volvía a sus hielos, donde solamente puede vivir un bebedor de silencio, como él, un solitario ébrio de vértigos; volvía a sus dudas tan sereno, a su cándido observatorio donde veía a todos porque no veía a nadie. Era como aquel que, leyendo en el atril la partitura de una ópera, en la soledad y en el silencio, lejos de todo instrumento, siente en su propio cerebro una orquesta entera.

La niña no tenía la maldad del dolor; salido que hubo a la plaza, lanzó un silbido de repetición, y un automóvil que pasaba, describiendo una hábil curva, le puso los neumáticos contra las rodillas.

Mauro salió a abrir.

—Está tu padre—susurró.

—Lo veré con gusto—rebatió ella, tranquila, entrando.

—¿Qué vienes a hacer aquí?—preguntó el padre.

—¿Y tú?

—A hablar de ti.

—Pues la persona de quien vienes a hablar, me interesa.

Se arrodilló sobre el diván, y se sentó sobre sus propios pies.

—¡Seguid!—y sacó de una cajita de latón un pellizquito de tabaco rubio, que echó en el hueco de una sutil hojita rectangular.

—Había terminado.

—¿De veras?

—Mañana, las publicaciones; dentro de quince días, la boda.

Mélitta extendió el tabaco con los dos índices, y lió el cigarrillo de un solo golpe, sacudiendo luego las partículas perdidas por las rodillas y las cáderas.

El señor Virgili le ofreció lumbre. El no perdía nunca su línea de caballero: continuaba siendo el diplomático estilizado que, diez años antes, sorprendiendo a cierta ladrona, bella y enojada, con las manos sobre unos documentos, quiso curarle personalmente un arañazo en un dedo, mientras se presentaba la policía.

Pero el hombre modernísimo que había permitido a Iluska, la niña de las cosas de muñeca, viajar sola por el mundo, ante el «pecado» de Iluska se había echado atrás, y los dormidos prejuicios habían soliviantado su despreocupada concepción de la vida moderna.

Para defender el núcleo social de la familia, la sociedad saca armas de los más insospechados y profundos escondites. El padre de Mélitta, polígamo, enérgico y expeditivo, acostumbrado a dirigir violentos consejos de administración y a presidir tumultuosas asambleas de accionistas, el inquieto sobre cuyas maletas gritaban su propio nombre los más famosos hoteles del mundo, se había transformado en un pobre padre burgués, oprimido por esta obsesión: «mi hija es una mujer perdida».

Y la tía dulce y panzuda como un azucarero, que estudiaba con ayuda de los lentes las «Mil recetas útiles», y pertenecía a esa clase de personas que si te encargan que les echés una carta te la dan abierta, ahorrándose así la molestia de poner saliva, la buena tía había adquirido de pronto el perfil de los horrendos chinos legendarios que ejercitan la piratería en el Mar Amarillo.

—Le había fijado a mi hija una dote de...—y pronunció una cantidad.

Mauro respondió:

—No sé qué hacer con eso.

—Pero he dispuesto, por el contrario, darle...— y dobló la cifra.

—He declarado ya que no quiero dinero.

—Tiene que mantener a su mujer.

—No pienso en semejante cosa.

—Pues está obligado a pensar.

—Pensaría si la hubiese pedido; pero imponiéndomela, no.

—Porque le ha sido impuesta, es por lo que le brindamos el medio de atender largamente a sus necesidades.

—¿Y si yo, después de la ceremonia nupcial, no me preocupo más de mi mujer, y la planto en las mismas escaleras de la alcaldía?

—El caso está previsto por la ley. Pero usted no lo hará.

El padre cogió los guantes.

—Vamos, Iluska.

—Me quedo.

—Tú vienes.

—Que me quedo. ¿No es acaso mi prometido? Pues ¿qué temes?

—Es inútil decirte lo que temo.

—Es inútil decírmelo, porque lo que temes ha sucedido ya.

—¡Ni más ni menos! Ven conmigo.

—Puedes insistir tres horas seguidas y no obtendrás nada. Conque vas a hacer mejor papel marchándote tres horas antes.

El señor Virgili se puso los guantes de cuatro onzas, y salió dignamente, alisándose su menguado cabello con una mano, antes de encasquetarse el sombrero.

—Mauro, ¿es verdad que no me quieres ya?

Se achicó, encogiéndose, cuanto pudo y lo acarició

con sus frescos dedos, que sabían a jazmín y a tabaco rubio. La estancia sumergíase en las sombras del anochecer. Quedaron callados. En el cuarto se multiplicaba el rayo de un farol de la calle.

Apoyó su cabeza sobre el hombro de Mauro, rozándole la cara con los cabellos, y le preguntó, en un lenguaje de canción zingara, dónde se había quedado el amor.

—Junto a un pequeño lago de los Alpes, verde como una bebida, y que parecía poder sorberse con una paja—canturreó ella, acariciadora. Y evocó el mechón amarillo de árnica, que le había servido de almohada; y la mariposa celeste, pequeño triángulo de esmalte, parada sobre el libro del poeta malogrado; y el dosel azul bajo el cual habíanse unido sus cuerpos en un milagro de pureza; y el frágil albergue de caza martilleado por el granizo y alumbrado por los relámpagos, donde le había besado estremecida de miedo.

Mauro callaba, teniéndola entre los brazos. Pero veía en lontananza otra Mélietta, la que le había dado amor solamente, la que entre dos espejos de luces cruzadas se rasuraba la nuca, con la navaja, a la *victime*, envuelta en el revelador vestido de crespón, el de los dragones rojos y los crisantemos amarillos, en el que había sentido palpar por primera vez su tibio seno y enarcarse sus nerviosas caderas de zingara rubia. La que palpitaba ahora entre sus brazos no era más que una ridícula contrafigura de aquella.

—¡Vete, vete! No te amo ya.

La niña se levantó, cruzó la estancia como un autómatas y se perdió en la noche. Al tocarse una sien caliente, sintió resbalar por el hueco de la mano una gota que parecía haberse quedado prendida en el cabello.

Era una lágrima de su amante.

Con aquella gota de llanto en la palma, siguió adelante, al acaso, transfigurada, en la sombra,

como una virgen funeraria, que llevase en la mano una tenue llama.

\*  
\* \*

—¿El señor Mauro Mauri está conforme en casarse con la señorita Iluska Virgili?

—¡Ya lo creo!—respondió.

—Tiene que decir «sí»—corrigió el funcionario. Y repitió la fórmula.

—La señorita Iluska Virgili está conforme en casarse con el señor Mauro Mauri?

Ella calló.

El funcionario reprodujo la pregunta.

—¡Pues sí!—soltó.

—Responda simplemente «sí».

—Sí.

—Firmen—gargarizó el oficial del Registro civil, dándoles la pluma.

Mientras los esposos firmaron, lanzó desde lo alto de su banda tricolor un sostenidísimo «chist», filtrado por entre los dientes, al público inquieto, el acostumbrado publiquito que arrastra su estúpida curiosidad por las salas de los tribunales, por las de las ceremonias nupciales, por las antecámaras de las policlínicas y de los dispensarios de urgencia.

Mauro, en los quince días anteriores, no había visto a ninguno de sus adversarios. La vispera le había llamado el señor Virgili por teléfono.

—¿Usted siempre incommovible? ¿No quiere que vayamos juntos a la alcaldía?

—No.

—¿Nos encontraremos allí?

—Sí.

—¿A las once?

—A las once.

—Con sus testigos, ¿eh?

—Comprendido. Buenos días.

—Un momento—añadió el señor Virgili.—La imprenta que hace las participaciones de enlace se encarga ella misma de mandarlas: yo le he dado ya una lista de parientes y amigos: si usted quiere hacer otro tanto...

—¿Qué imprenta es?

El señor Virgili dió un nombre y una dirección y colgó el auricular. Mauro corrió a la imprenta.

—¿Están ya?

—Todavía no. Pero ¿quién es usted?

—El novio.

Leyó; y después:

—No va. Demasiada literatura. Lo destruye todo. Y escribió cuatro rayas en el dorso de una tarjeta.

—Imprima eso y mándelas.

El día de la boda, cuatrocientas personas recibían este aviso:

*Iluska Virgili y Mauro Mauri*

*Se casan hoy*

*No se admiten flores y se dispensan*

*las visitas*

Entre dos alas de mendigos Mauro y Méliha bajaron la escalera de la alcaldía. Seguiales aquella nuez fofa de la tía, y el padre con los dos testigos de la novia. Eran éstos nada menos que un general de la reserva y un profesor de universidad, el célebre Manso Birri, historiador del Extremo Oriente, una verdadera lumbrera de la ciencia, conocido particularmente en Alemania por sus investigaciones históricas sobre la madre de Gengis-Khan. Todo

el mundo sabe que este conquistador mongólico fué hijo de una virgen, que no perdió su virginidad al tenerlo; y tan injusta fama, tan monstruoso error histórico se hubiera perpetuado hasta el fin de los siglos, si el profesor Manso Birri no hubiera escrito sus tres volúmenes, publicados desde Laterza (prólogo de Benedicto Cruz), desmintiendo semejante leyenda.

Los testigos del novio, dos descamisados cogidos en la misma plaza del municipio, se habían ido ya.

Cuando el cortejo estuvo en el zaguán, el brillante portero, lleno de pieles y botones, abrió la portezuela del automóvil. La esposa subió.

Mauro Mauri hizo un gran saludo, atravesó los soportales y se sumergió en la plaza, perdiéndose entre la multitud.

El profesor Manso Birri, testigo de la esposa, se quedó petrificado. Entre las costumbres de los pueblos estudiados durante veinte años, no había visto nunca una ceremonia nupcial terminada con la fuga del marido.

—¡Inaudito!—y se tiró de ambos lados el negro acento circunflejo de sus bigotes merovingios.

Bajó del automóvil, miró la hora en el reloj de níquel asegurado por un cordoncito de seda negra, saludó a la esposa, al padre, a la tía, con una fórmula latina que se apresuró a traducir, y subió gravemente a su cuarto piso, diciendo:

—*Horribile dictu!*

Y como hasta cuando hablaba consigo mismo solía añadir a cada frase bárbara su traducción, exclamó:

—¡Horrible para dicho!

Cogió las sátiras de Horacio, y se hundió en uno de esos sillones que cuando salen a escena en el cuarto acto, dejan adivinar que allí va a reventar el primer actor.

—Los brazos de una mujer serán deliciosos—mur-

muró—pero los brazos de una poltrona son mucho más fieles.

Y leyó.

Para él, acostumbrado a descifrar a los indescifrables autores del Extremo Oriente, la lectura de Horacio, el más *boulevardier* de los poetas latinos, era un alivio del espíritu, en los cuartos de hora de melancolía, como para nosotros examinar a las menores en camisa de las páginas de la *Via Parisienne*.

\*  
\* \*

A Mauro Mauri no se le vió más. Uno de los amigos se acercó a su casa, y lo vió ocupado en abrillantar con polvo de esmeril y una piel rugosa el escudo de una tortuga viva.

—¿La abrillantas hasta que quede al descubierto la carne?

—Hasta que quede reluciente como un camisón español.—Y continuó imperturbable su tarea, alejándola de cuando en cuando con el brazo tendido, como para ver mejor el efecto.

—Parece que no le desagrade la operación.

—Es una hembra.

—Las hembras piensan más en la piel que en el alma. Las manchas de la conciencia se quitan más fácilmente que las del coloré.

Mauro le miró a la cara.

—Esa frase es demasiado bonita para ser tuya—le dijo.

—Es de un ironista: Marco Ramperti.

—Me lo figuraba. Bebe.

—¿Qué es?

Leyó en uno de los lados de la botella prismática:

—*Courvoisier, the brandy of Napoleon (1)*.

(1) Courvoisier, el aguardiente de Napoleón.

- ¿Y tus peces?  
 —Muertos.  
 —¿Y tu esposa?  
 —Muerta, para mí.  
 —¿Por qué no te dejas ver con nosotros?  
 —Muerto, para todos.  
 —¡Qué animal!  
 —Animal hibernal. Saldré el día que pueda ir por la calle con un verdugo obediente a mis órdenes.  
 —¿No vamos a verte más en la mesa de *poker*? El juego es un buen narcótico.  
 —Es un excitante.  
 —Es una esponja de la memoria. ¿Tienes una amante?  
 —No. Tengo mujeres.  
 —Es lo mismo.  
 —Es distinto. Las cuchillas gillette y las mujeres las cambio cada vez que las uso. Bajo a la calle: la primera que encuentro la mejo en casa, la pago y la despido.  
 —Mujeres que se pagan. ¡Qué horror!  
 —¡Prejuicio! ¿Crees que disminuyes la importancia del amor porque lo pagues? Pues si en vez de decirte: «dame diez liras y seré tuya», te pusieran esta condición: «cómprame un retrato del rey y te perteneceré», ¿no te apresurarías a comprarle un retrato del rey, sobre el cual, además, hay esta inscripción: «vale diez liras»?  
 —Según eso, el robo no será más que un apropiamiento de fotografías.  
 —Si has venido para discutir, ya puedes largarte.  
 —No te he pedido una opinión sobre mi carácter.  
 —Ni yo te la he pedido del mío.  
 —Dime que coja la puerta y...  
 —Tenle por dicho.  
 No se levantó siquiera para acompañar al amigo. El gorjeo monosilábico de los gorriones lo reclamó hacia la habitación inmediata, que daba a un pequeño jardín. Estaban los de siempre. Los reconoció. A

cada uno le había dado un nombre. Al presentarse él, se elevaron hasta la altura del primer piso, y después de una breve evolución, se pusieron en torno suyo para picotear, siempre gárrulos, las migas que les echaba. Poco a poco fueron acercándose a Mauro, hasta que Pierro, el más inteligente (¿o el más ingenuo?) comenzó a dar vueltas alrededor de su cabeza, y se le puso en una mano.

Desde los balcones de enfrente los vecinos miraban a aquel santo en pijama. Una criada sacudió una alfombra, y los pájaros volaron.

Volvió a entrar. Al pasar por la cocina cogió con un par de pinzas de plata un tizón rojo. Sobre la mesita morisca yacía una pipa de vidrio de Venecia, provista, en la base, de una pequeña ampolla llena de algodón en rama. Vertió en ese algodón unas gotas de perfume, y lo dejó. De una caja de sándalo tomó ciertas hojas, las envolvió en un rectángulo de filigrana de plata, y lo introdujo todo en la pipa, con el tizón.

Aspiró, primero á cortas y luego a largas bocanadas, tendido de un lado y la cabeza echada para atrás, como si soñase.

—¿Qué fumas?

Barrió la habitación con los ojos.

Mélitza, de pie ante él, en una niebla gris de un olor pesado, se le aparecía como una visión. Y alucinado por el humo venenoso del beleño, no supo juzgar si se trataba de una sombra o de una mujer.

—¿Opio?

—No—respondió sin moverse.—El opio es literatura exótica para muchachos.

—¿*Hachisch*?

—Literatura decadente para maestrillas histéricas.

—Pues ¿qué es?—e hizo ademán de quitarle de la boca el instrumento aquel de vidrio.

—Una pipa.

Y añadió, riendo como rien los locos:

—No es otra cosa que una pipa.

Mélitia se acurrucó en el suelo, sobre la piel extendida junto al diván.

—Tú eres como esto—le dijo.—Tú eres como el beleño. ¿No sabes qué es beleño? Tu hermano, el veterinario corazón de león, ¿no te lo ha dicho nunca? Tú eres como el beleño: calmante del sistema nervioso, hipnótico excelente en los casos de monomanía aguda, de parálisis agitante y de *delirium tremens* pero al fumarlo excita, embriaga, alucina, provoca la felicidad; y después trae el delirio, y después del delirio, la muerte. Hay que tomarlo como prescribe la farmacopea. Si yo te hubiese tomado a ti como prescribe la farmacopea moral, hoy sería feliz. He querido tomarte de distinta manera. ¡Y ahí está el error!

—Te había escrito—dijo Mélitia, reuniendo bajo sí varios almohadones—una de esas cartas que no se releen, porque si vuelven a leerse ya no se echan.

—Me figuro que la habrás releído.

—He preferido venir a hablarte.

Le cogió las manos, con las suyas, ardientes. Ciertos animales tienen una temperatura superior a la nuestra: el tigre, cuarenta grados. Mélitia estaba ardiente.

—¿Y qué vas a decirme?—le preguntó él desliándose.

La mujer se levantó, dió unos pasos por la estancia, absorta, y apoyó en un mueble su débil figura curvilínea.

—Tú me odias, Mauro. Yo te amo todavía.

Mauro aspiró una bocanada de humo verdoso, que cruzó la cánula de vidrio, y la sopló sobre el suelo.

El humo quedó pesante, como estaño.

—No te odio. Me eres indiferente.

—Yo, por el contrario, te amo. Tú sabes cuánto me pesa mi casa, después de lo ocurrido. He viajado siempre: hoy tendría mayor libertad para viajar y más razón para ello, para separarme de mi

familia. Pues si me quedo aquí es solamente por estar cerca de ti.

—¿Quisieras estar más cerca aún?

—Quisiera—y se adhirió materialmente a él—ser recibida como se acoge a una amante, con la que no se tiene otra obligación que la de quererla bien.

—¿Te parece poco?

—Es poco. Tendría derecho a ser recibida aquí dentro como una esposa.

—¡Ah! Pretendes el cumplimiento del contrato matrimonial, incluso con amenazas? Por algo has sido educada en la escuela de un enérgico hombre de negocios.

—No me has dejado terminar. Me insultas muy pronto. Pido ser recibida de vez en cuando como una amante. Como una amante que te quiere bien.

La tortuga del empavonado escudo brilló como un gran collar que anduviese. Mauro le echó una bocanada de humo, y lanzó una risotada metálica, cayado de nuevo boca arriba, con la pipa entre los dientes.

La mujer calló. El humo beleño, esparcido por la estancia, dábale también a ella una especie de blanda embriaguez, una confusión enervante, un desorden de pensamientos imprecisos. Sonrió con aquella sonrisa suya hecha como de dos labios que se entreabriesen lo bastante para dejar blanquear por entre ellos dos incisivos.

—¡Tú también!—ordenó Mauro, metiéndole entre los dientes la pipa de vidrio.

Ella aspiró.

—Una vez tú, otra vez yo. Esta para mí, esta para ti...—y entretanto iba pasando la pipa de la boca de ella a la suya propia, y de la suya propia a la de ella.

—¡Tengo sed!—dijo Mélitia;—y cogió la botella prismática de licor.

—¡Hermosa!—murmuró Mauro, admirándola con los ojos semicerrados.—E inteligente. La intelligen-

cia es lo único que redime de la vergüenza de ser hombre. Tú me amas y tienes piedad de mí. En la piedad de las mujeres hay siempre un poco de oficiosidad, de sadismo o de necrofilia. Tu amor abracadabrante me gusta porque me envenena; tú eres como esas máquinas ingeniosas que en un instante extraen raíces cuadradas y parecen juguetes; se llaman calculadoras. Eres una bella calculadora y pareces un juguetito; pero te perdono porque este paseo es muy bonito; el mar está perfumado de magnolias; alguna sultana embarcada ha dejado caer su collar; no hacer crujir los dedos; me da mucho fastidio; parece que se rompen; producen un ruido de esqueleto desarticulado. La sultana va en barca; es pálida; tiene el rostro de acuarela, como tú; se vuelve al harén; también yo me voy a un harén-cooperativa, a escoger mujeres. Tú tienes la languidez musulmana. Los ojos, color de sulfato de cobre; un cuerpo de danzarina del Cambojge, y danzas en medio de una fiesta pirotécnica; cada girándula es un sol; haz una lluvia de estrellas de tus cabellos pálidos; una gran girándula rubia; y un cosaco a caballo tira el pañuelo, e inclinándose en la carrera hasta el suelo, lo recoge. Eres hermosa, tan hermosa, Melitta, que no debes envejecer; vivirás no más de treinta años, como las leonas y las panteras. Si quieres que te mate yo, no te haré sufrir; te mataré en un bello país: en Tierra Santa, en un hotel; en el Gólgota-Hotel, o en la cervecería del Cirineo ceremonioso, o en el Tabarín del Mal Ladron.

Abrió los ojos.

—¡Melitta!

Saltó al centro de la estancia; buscó el interruptor de la luz.

Había huído.

Mauro se tambaleó de aquí para allá, y fué a caer junto a la ventana. Su cabeza dió sobre el King,

el instrumento chino formado de varias piezas sobrepuestas, como un telar de bambú.

De vuelta a su casa, Melitta halló al profesor Manso Birri, que salía. Con el gabán abrochado y las manos hundidas en los bolsillos del pantalón, bajaba con relativa seguridad las escaleras; porque al llegar a cada rellano, exploraba el terreno con la punta del pie, cerciorándose de que no quedaba otro escalón, y ponía en esto una atención tal que Melitta pudo pasar muy bien por su lado sin que el profesor la reconociese.

—¿Quién ha mandado estas rosas?

—El profesor Birri—contestó la camarera, llamada por un toque de timbre.

—Llévatelas al comedor.

—Son para usted.

—Pues tíralas a la calle.

El padre y la tía se dirigieron mudas y recíprocamente miradas.

—El profesor Birri—empezó el padre—ha venido a vernos.

—Lo encontré por la escalera; me ha pisado un pie y no me ha reconocido. Se ve que me ama poco.

—Todo lo contrario—respondió el padre.—Ha venido precisamente a pedir tu mano.

—¿Mi mano? ¿Y qué va a hacer con ella? ¿La necesita para que le ponga los sinapismos?

—No bromees, Iluska.

—¿Qué quiere de mí?

—Casarse contigo.

—Pero si yo estoy ya casada.

—Ese matrimonio se anula.

—Entonces: ¿habéis contratado un matrimonio para anularlo?

—Es que la prueba no ha salido bien.

—Pues esta otra saldrá peor.

—Saldrá mejor.

—Pero si puede ser mi padre.

—Es una ventaja.

—¡Que horror! Con esa cara tan arrugada, que parece que va a estornudar constantemente.

—Es un hombre de experiencia, que comprende las cosas, y va con pies de plomo.

—Ya lo he visto y notado en la escalera.

—Pasaría hasta por tu pasado.

—No lo conoce.

—¡Tanto mejor!

—¡Vaya una gracia!

—No pretenderás vivir mucho tiempo en las condiciones de ahora. Estás legalmente casada, sin que te pueda considerar esposa; tienes un marido que no es marido; vives en casa de tus padres, como una soltera.

—No me pases por delante de los ojos mi infelicidad, porque eres tú quien la ha querido.

—Iluska, no te entiendo.

—¿Y hasta ahora no has caído en la cuenta de que no me entiendes?

El padre calló. Melitta sufrió un ataque de risa nerviosa.

—¿Yo mujer de un profesor de... ¿De qué? ¿De lenguas muertas? ¿Con esos bigotes de tinta china, y esa nariz luminosa como un faro?

—Un faro puede ser útil a una muchacha que ha perdido la brújula.

—¡Piénsalo, Iluska!—suplicó la tía.—Ha dicho que está seguro de hacerte feliz.

—¡Qué presunción! Pero ¡cuánta gente se pone en contra mía para hacerme feliz!

\*

\* \*

Mauro, después de una noche pasada en la alfombra, se asombró de verse vestido, al despertar, a las once de la mañana, con una cicatriz en la frente: la pipa de vidrio de Venecia no era más que un pequeño montón de añicos.

Se incorporó atontado. Automáticamente se desnudó, se dió un baño frío, se envolvió en una toalla-capa, y poniendo un espejo en las maderas de la ventana, empezó a enjabonarse el rostro.

Nunca había estado tan triste. Todo le producía fastidio: la luz, los pájaros, el leve ruido de un destilador mal cerrado. Desde un balcón de enfrente, una señorita le miraba.

Se enjabonó resoplando.

La señorita siguió mirándole.

—¡Ahora te arreglaré yo!—murmuró.

Se quitó la toalla-capa, la tiró lejos, y volvió a la ventana completamente desnudo.

—A ver si ahora miras—dijo entre sí.

En efecto, la señorita se metió en casa apresuradamente, y volvió con una silla y unos gemelos.

Se empolvó cuidadosamente, se curó la herida y salió. Era mediodía.

Su aparición en casa de Melitta desbigotó a la tía.

—¿Está Iluska?

—Voy a ver.

—No se moleste. Yo sé que está.

—¿Que quiere usted?

—Que venga a almorzar conmigo.

Melitta se presentó.

—¿Soy tu marido?

—Sí.

—Pues bien: deseo que vengas a almorzar conmigo. ¿Es pedir mucho?

—No.

—Vístete. Te espero abajo.

La tía se desató en lágrimas; Donatella aspiró sales; el padre palideció.

—¿Me lo habéis impuesto para toda la vida, y os impresionan que me vaya con él un par de horas?

Melitta y Mauro se dirigieron lentamente al centro de la ciudad.

—Ayer, Melitta, te di un espectáculo desagradable. Necesito que me perdones.

El padre los seguía a distancia, ocultándose detrás de las columnas y detrás de las personas.

La actitud de uno y otro era de completa tranquilidad. Entraron en un restorán que vió el Resurgimiento, que alojó a los viejos parlamentarios, y que está servido todavía por camareros a la antigua, de esos que en pasadas épocas, cuando moría un cliente, lo recordaban y le acompañaban a la última morada.

El señor Virgili no entró; pero desde fuera, por entre las junturas de las cortinillas, observó cómo los dos consultaban la carta, mientras un camarerito imberbe y rubio (un Cupido en frac, para parejas de amantes) llenaba dos cálices de un vino claro.

—Como véis, no me ha matado—dijo, por la noche, al llegar a su casa.

—Suponemos que el profesor no te habrá visto—receló la tía.

—¡Es él!—dijo el padre, al oír un timbre.

—Buenas noches, profesor.

Manso Birri entró encorvado, pero solemne, abrochado todavía como un cura con traje seglar, llamante todo él con sus puños cilíndricos, por entre los que aparecían unas mangas de punto de lana.

El nudo (hecho) de la corbata iba un poco atra-vesado, torcido sin duda por la emoción.

La tía le ayudó a despojarse del abrigo de perro, reencarnado en marta.

—¿Cómo va, profesor?

—*Ut fata trahant*—respondió; y tradujo en seguida:—Como quiere el destino.

—¡No se queje del destino!—dijo la tía, presurosa y sonriente.—¡Un hombre célebre como usted!

—*Vellem nascere litteras*.

Y, como es natural, tradujo:

—Quisiera no saber escribir. ¿Y la señorita Iluska? (Para mí siempre es una señorita). ¿Es á bien?

—Muy bien.

—¿Puedo tener el honor de verla?

—El honor será suyo.

La tía fué en su busca.

—No quiere verle.

—Sé razonable, mujer.

—No estoy en casa.

—Le hemos dicho que sí.

—He salido.

—No es verosímil, a estas horas.

—Dile que me he ido al infierno.

—No se puede.

—Pues dile que se vaya él.

El profesor escuchó los mayores detalles de una inopinada jaqueca de Iluska maravillosamente descrita por la tía, y se tiró de los bigotes merovingios, soltando una frase latina que nos guardaremos muy bien de decir, para no tener luego el trabajo de traducirla.

\*  
\* \*

—En una palabra, es preciso escoger, señor Mauri—intimé el padre de Mélietta, quitándose los guantes y echándolos en el sombrero puesto boca arriba.—O consiente usted en la anulación de su matrimonio, o se determina a llevarse a Iluska a su casa, con todos los derechos de una esposa.

—¿Anulación del matrimonio? ¿Y por qué, siendo así que me han hecho ustedes casar con ella a la fuerza?

—Es la misma objeción que me ha puesto Iluska.

—¿Luege ha hablado usted con ella?

—Naturalmente.

—¿Y qué ha contestado?

—Se ha puesto a llorar.

—Me parece extraño. Las mujeres se valen de las lágrimas para quitar la comunicación de los coloquios embarazosos. Pero Iluska no recurre a estos medios.

—¿Estima usted mucho a Iluska?

—Muchísimo.

—¿Pues por qué no la quiere como debe?

—La adoro.

—¿Entonces? ¿Por qué no se decide a tenerla en su casa? ¿Para olvidarla?

—Porque quiero amarla aún. Porque si la tuviera en mi casa como una mujer, vería en Iluska a la muchacha que se ha entregado sin apariencia de cálculo, pero que ha hecho sus cálculos después, y ha cerrado con utilidad sus balances.

—¿Usted cree, señor Mauri, en mi palabra de caballero? Yo le juro que Iluska no ha hecho nada por sí para casarse.

—Muy bien. Estoy convencido. Hoy que Iluska no me pide nada creo en su pureza, como creí en ella cuando se me entregó sin pedirme nada tampoco. Pero mañana viéndola en mi casa, con derechos de mujer, la consideraría de nuevo una calculadora. ¡Las opiniones pueden corregirse, pero las sensaciones no!

—Luego, para querer a mi hija ¿necesita usted posiciones irregulares?

—Tal vez. Si usted no me la hubiese impuesto, yo se la habría pedido.

—Y si llegásemos a anular el matrimonio, ¿usted me la pediría?

—Es posible.

—¿No es más sencillo suprimir estas complicaciones y olvidar el pasado?

—No, señor.

—Entonces ¿anulamos el matrimonio?

—Se necesitan motivos grandes.

—Los abogados saben inventarlos.

—Pero los jueces no los toman en cuenta.

—Los médicos los confirman.

—Los médicos no pueden confirmar lo que no existe.

—Pagando se tiene todo. El dinero hace ver

más allá que el mejor instrumento de precisión. La impotencia del marido...

—Una buena idea.

—¿Le disgusta?

—Me cisco en ella. Pero es inverosímil, ya que hace un mes iban ustedes a querellarse contra mí por... ¿Por qué iban a querellarse? ¿Por corrupción de menores? ¿Por estupro?

—Es verdad. Se puede recurrir al divorcio.

—Hay que ir al extranjero.

—Viaje agradable.

—Puede hacerse.

—¿Se iría usted tres meses con Iluska a Hungría o a...

—Si Iluska quiere...

—Se lo diré. ¿Está usted dispuesto a partir?

—En seguida.

—¿Tiene pasaporte?

—En regla.

—Pues adiós.

Y al mecánico que, gorra en mano, le abría la portezuela, ordenó:

—Biblioteca.

El orientalista Manso Bini dejó los anteojos sobre el libro, y después de un momento de incertidumbre reconoció al visitante.

—Acepta el divorcio—anunció sin más el industrial al erudito.—Dentro de cuatro o cinco meses podré darle la mano de mi hija.

Un sabio que meditaba, peinándose la barba con un lápiz, impuso silencio.

—¿Y cómo ha sido? ¿Le ha expuesto mi plan?

—No, profesor: hubiera tenido un resultado adverso. Para obtener no debe acentuarse la necesidad, porque ésta es siempre la que valoriza las cosas. Hay que despreciar, y dejarle a la parte contraria la ilusión de que es a ella a quien solamente interesa el asunto.

—Es verdad. Pero ¿qué interés puede ver el otro en que se le separe de su esposa?

—Porque es justamente la legalidad del matrimonio lo que le impide amar a Iluska, y amará de nuevo a ésta, anulado que sea aquél.

—El excitante de la ilegalidad. ¡Qué curioso! Entre todos los estímulos del amor, no había descubierto nunca éste.

Un estudioso que preparaba su tesis «sobre la influencia de las fases lunares en la reproducción de la cola de los lagartos» martilleó el pupitre con las uñas. Y el profesor Manso Birri bajó nuevamente la voz.

—Pero ¿no hay riesgo entonces de que, logrado el divorcio, ame otra vez a la señorita Iluska?

—Después de tres meses de estancia en el extranjero, durante los cuales no se encontrarán más que una vez ante el abogado y otra ante el tribunal, no sentirán el uno por el otro más que indiferencia.

—¿Ella cree que los dos van a verse más a menudo?

—No lo sé.

—¿Y menos a menudo?

—Tampoco lo sé.

—¿Y en privado?

—Conozco a mi hija.

Méltta, a la idea de ir en el *Orient Express* saltó como una niña. A la vuelta de la montaña, cuando el inefable don Cecilio Cacao, masticador de uñas y de virtudes, había desencadenado la tragedia, ella quiso de nuevo partir para el extranjero, reemprender la vida errante de los últimos años. Pero el señor Virgili, irreductible en su imposición, habíale respondido simplemente:

—No te irás.

Un padre distinto le hubiese dicho.

—No te irás, para no causarle a tu padre un dolor muy grande.

El, por el contrario, sin levantar la vista de un telegrama lleno de números, expuso con la mayor naturalidad:

—No te irás, porque no te daré ni un solo céntimo.

Ahora, por fin, partiría hacia otros países, donde se habla otro idioma, y donde la gente de raza distinta da la efímera ilusión de la novedad.

10

Una hora antes de la partida, la tía se dirigió a la estación para coger un sitio; pero con sus enormes caderas cogió dos.

Iluska y Donatella llegaron precedidas de una gran maleta, mientras daban las primeras campanadas, y la tía pronunció la única frase que dicen las tías cuando se han adelantado a coger sitio en un vagón:

—Temí que no llegáseis a tiempo.

En el compartimiento de al lado, Mauro Mauri sacaba monótonos arpegios de la goma del sombrero.

Cuando ya estuvieron cerradas las portezuelas, creando entre los que se quedan y los que parten ese estado de ánimo atontado y sonriente de los que no saben qué decirse, un hombre negro y veloz como

—Es verdad. Pero ¿qué interés puede ver el otro en que se le separe de su esposa?

—Porque es justamente la legalidad del matrimonio lo que le impide amar a Iluska, y amará de nuevo a ésta, anulado que sea aquél.

—El excitante de la ilegalidad. ¡Qué curioso! Entre todos los estímulos del amor, no había descubierto nunca éste.

Un estudioso que preparaba su tesis «sobre la influencia de las fases lunares en la reproducción de la cola de los lagartos» martilleó el pupitre con las uñas. Y el profesor Manso Birri bajó nuevamente la voz.

—Pero ¿no hay riesgo entonces de que, logrado el divorcio, ame otra vez a la señorita Iluska?

—Después de tres meses de estancia en el extranjero, durante los cuales no se encontrarán más que una vez ante el abogado y otra ante el tribunal, no sentirán el uno por el otro más que indiferencia.

—¿Ella cree que los dos van a verse más a menudo?

—No lo sé.

—¿Y menos a menudo?

—Tampoco lo sé.

—¿Y en privado?

—Conozco a mi hija.

Méltta, a la idea de ir en el *Orient Express* saltó como una niña. A la vuelta de la montaña, cuando el inefable don Cecilio Cacao, masticador de uñas y de virtudes, había desencadenado la tragedia, ella quiso de nuevo partir para el extranjero, reemprender la vida errante de los últimos años. Pero el señor Virgili, irreductible en su imposición, habíale respondido simplemente:

—No te irás.

Un padre distinto le hubiese dicho.

—No te irás, para no causarle a tu padre un dolor muy grande.

El, por el contrario, sin levantar la vista de un telegrama lleno de números, expuso con la mayor naturalidad:

—No te irás, porque no te daré ni un solo céntimo.

Ahora, por fin, partiría hacia otros países, donde se habla otro idioma, y donde la gente de raza distinta da la efímera ilusión de la novedad.

10

Una hora antes de la partida, la tía se dirigió a la estación para coger un sitio; pero con sus enormes caderas cogió dos.

Iluska y Donatella llegaron precedidas de una gran maleta, mientras daban las primeras campanadas, y la tía pronunció la única frase que dicen las tías cuando se han adelantado a coger sitio en un vagón:

—Temí que no llegáseis a tiempo.

En el compartimiento de al lado, Mauro Mauri sacaba monótonos arpegios de la goma del sombrero.

Cuando ya estuvieron cerradas las portezuelas, creando entre los que se quedan y los que parten ese estado de ánimo atontado y sonriente de los que no saben qué decirse, un hombre negro y veloz como

un escarabajo perseguido corrió a lo largo del tren, echándose en brazos de la tía.

—Mira qué lindas flores te ha traído el profesor—aduló la opulenta tía, endosando el ramo de claveles de las manos del orientalista a los guantes immaculados de Iluska.

—No quería que partiese usted sin mi homenaje.

Iluska hizo la más guiñolesca de sus reverencias, y el tren partió.

—¡Qué escribas!—gimió la tía.

—¡Que telegrafíes!—lloró Donatella.

—¡Todos los días!—perfeccionó el profesor. *Nulle dues sine linea* (1).

Y probablemente explicó también el significado de dicho latinajo, pero el ruido del tren apagó su voz. Las dos mujeres agitaron los pañuelos, y el profesor se alejó de allí, visiblemente conmovido. Mélitta vió solamente un hombre negro, un poco encorvado, dirigiéndose a la puerta, con un pedazo de cinta blanca que le salía por abajo, bailándole sobre el talón del zapato de becerro.

Cogida inopinadamente por dos manos, Mélitta echó atrás la cabeza, ofreciendo la garganta desnuda, blanquísima entre los pelos de castor, a los labios de Mauro.

Entre tanto la tía, Donatella y el profesor compadecían a la pobre Iluska, tan desgraciada al tener que partir en compañía de aquel monstruo; la infeliz Iluska que, antes de ver realizado su sueño de amor con Manso Birri, el insigne orientalista, tenía que romper, con el divorcio, la pesada cadena.

—¡Qué viaje más espantoso para Iluska!—lloró Donatella.

—Tres meses de martirio—dramatizó la tía.

El tren corría por la campiña invernal.

(1) Ni un solo día sin una línea.

—Adoro la nieve—sonreía Mélitta, contemplando los campos velados.—Esa zorrilla de primavera no la puedo sufrir.

—Será un viaje dulcísimo.

—Nuestro verdadero viaje de amor.

—Tres meses de amor, Mélitta.

De un hombre galoneado que invitaba al coche-restorán, tomó dos billetes.

—Seis y siete, trece: trae suerte.

Mélitta tiró los claveles del profesor, y en el acto, un soplo de aire frío que entró por la ventanilla, le revolvió los dorados cabellos, dejando flotante un delicado perfume de juventud.

En casa de Iluska renació la tranquilidad. Donatella pintó nuevas marinas con la coma blanca de siempre sobre el horizonte, imitando una vela, mientras se determinaba por una u otra orden monástica, para casarse con el Señor después del fracaso de su casamiento con don Cecilio.

La tía olvidó las gafas entre las páginas de las «Mil recetas», y se cuidó del correo de Iluska, movilizándolo a las hermanas de los más diversos conventos, para la preparación de camisas de noche y de día, para el bordado de calzoncillos con gomas ecuatoriales, y para el cosido de las sábanas entre las cuales el ilustre orientalista tenía que aportar su modesta contribución a la conservación de la especie.

Intermediarios y agencias se encargaban de la busca de un nido: cartas, golpes de teléfono, proposiciones, contraofertas... ¡Cuánta maniobra para juntar legalmente dos ombligos de sexo distinto! Querían una casa austera, silenciosa, más bien antigua, porque el profesor detestaba las construcciones modernas, donde todos los ruidos del vecino se oyen en tu cuarto, y donde no puedes estornudar sin que el pianista del piso de encima interrumpa sus felinos ejercicios de independencia y velocidad, diciéndote: «¡salud!»

Después de largas y pacienzudas investigaciones, se encontró un alojamiento un poco oscuro, más bien taciturno, en una casa vieja, que a pesar del mobiliario de buen gusto, daba la impresión de estar allí muy mal.

— ¡Qué sorpresa será para Iluska—regocijábale la tía—bajar del tren y dirigirse sin más a su casa!

El profesor sonreía bajo los truculentos bigotes merovingios.

Todas las noches se dirigía a casa de Virgili para leer las cartas de Iluska, admirar con los anteojos a caballo sobre la punta de su cartilago nasal las tarjetas postales, y cambiar alguna idea sobre por menores del alojamiento.

—Lo que yo no he podido explicarme—dijo una noche el profesor—es la actitud del esposo después de la ceremonia nupcial. Un abandono tan inopinado y tan definitivo.

— ¡Un loco!—abrevió la tía.

—Pero ¿había querido él ese matrimonio?

—Claro que sí. De rodillas pidió la mano de Iluska.

— ¡Es extraño!—meditó el profesor, sacudiéndose los bigotes.—Se ha hablado mucho de abandonos un minuto antes de la ceremonia, pero no de un minuto después. O bien, en noches sucesivas a las de la boda, por no haber hallado el marido pura a la esposa. ¡Pero inmediatamente después de la ceremonia, no!

La honestísima tía le convenció, aunque no hacía falta, de que Iluska era pura como el agua de lluvia; y que si no lo hubiese sido, ni remotamente se la hubieran ofrecido a él. Por lo demás, él mismo, testigo de la boda, había visto cómo entre los esposos no hubo siquiera el efímero contacto de un beso.

Iluska no había prometido casarse con el profesor, pero el padre, fiando en la política del hecho consumado, estaba seguro de que, ante el equi-

po dispuesto, la casa preparada y la noticia oficial, no se atrevería a decir que no.

Pasó el invierno. Las cartas de Iluska anunciaban, inminente, el divorcio.

— ¡Llega mañana por la noche! — saltó Donatella.

—Después de cuatro meses y medio de residencia en el extranjero—gimió la tía—en contacto con aquel nefasto individuo, qué ganas tendrá de verse libre al fin.

—Ha sido un verdadero viaje de liberación.

—Será feliz pensando que no volverá a ver más a ese hombre.

Entre tanto, en un coche-cama del expreso de Oriente, y en viaje de vuelta, los dos amantes se estrechaban fuertemente en un desesperado abrazo, como se estrechan las parejas de suicidas en el acto de lanzarse enlazados a los abismos misteriosos de la muerte.

El monótono paisaje primaveral se desenrollaba ante las cortinas violeta de la ventanilla, acelerando el ritmo de su reevocación: el café de orquestas mordaces y tumultuosas, como bebidas difíciles; teatros luminosos; calles desordenadas, hoteles donde se danza y se engaña, imponentes y fastuosos, como corresponde a los cuarteles generales del adulterio y de la galantería. Volvíanles a la memoria—abrazados en aquella fugitiva celda de pana—todos los lugares en donde se había representado su amor: dramas declamados por bellas actrices, que a pesar de todo los dejaban indiferentes, porque su amor constituía todo su mundo. ¡Cuántas veces los espectadores; de al lado les habían dicho áspersamente que callasen, mientras ellos, olvidándose del lugar donde estaban, se dirigían palabras llenas de ternura! Y ¡cuántas veces, a mitad de espectáculo, habían abandonado la sala de repente, para sumergirse en la oscuridad de las calles desiertas, para sentirse más juntos, para estar más solos!

—¡Cuatro meses de ensueño!—añoraba Méltita, acurrucada junto a él, mirando con distraídos ojos la fuga de los árboles floridos. — ¡Cuatro meses de amor!

Y apoyó la frente contra su mejilla. El amor moría con el florecer de los almendros y de los melocotoneros.

Mauro le acariciaba los cabellos, y la besaba en la boca, perfumada de frutos.

—Ahora podré morir sin pena—decía ella—porque he probado todo lo que la vida puede dar. En estos cuatro meses de amor he vivido como en cuarenta años, porque fueron como una condensación de dulzura. ¡Morir! Se me figura ir al encuentro de la muerte.

Mauro le cerró la boca.

—Y sé, tú, Mauro, quien lo vea. Ahora que somos libres, que estamos divorciados, ahora que el fantasma del «recato matrimonial» no existe ya separándonos, ¿por qué no nos unimos para siempre? Tú necesitas libertad, ilegalidad, rebelión, ir contra la corriente. Para amarme es preciso que yo no te pertenezca por derecho. Pues bien, ahora estamos de nuevo en un plano irregular. Riámonos de todos y de todo a la vez. ¿Quieres que nos unamos como amantes?

El sacudió la cabeza.

—Cada día me has hecho la misma pregunta y cada día te he contestado con las mismas palabras. Felices como en los últimos tiempos no podremos ya serlo. Yo sería un mal marido. Mis antepasados me han transmitido una triste herencia: la locura y el suicidio; solamente mis pocos parientes que han llevado una vida quieta, serena, sin contrastes y sin luchas salieron indemnes. Pero los demás... Mi abuelo se suicidó de un pistoletazo en un acceso de neurastenia; mi tío se ahorcó en un asilo después de haber padecido años enteros una psicosis. De algún tiempo a esta parte noto en mi cabeza como

una disgregación: no he podido estar tranquilo como aconsejan los médicos; los médicos prescriben la tranquilidad, el reposo y el bienestar, como si cada hombre pudiera beber todo eso en la primera fuente; el otoño pasado, por la época de nuestro matrimonio, me sorprendieron cometiendo extravagancias, diciendo cosas insensatas. Por mucha felicidad que me ofreciesen en nuestra vida futura, no podría desclavarme la idea fija de la felicidad pasada: vería siempre estos cuatro meses a la orilla del Danubio, que ya no volverán, y nuestro otoño en Turín antes de la catástrofe; nuestras jornadas en la alta montaña, que ya no podrán repetirse, en aquel silencio donde no oía otra voz que tu voz.

—¡Muchacho!

—¿Muchacho yo? Existen niños que no han reído nunca, y hombres que nunca fueron niños. Yo soy de esos. Resignémonos, Méltita, al limitado tesoro de nuestra dulzura. ¡Acaso, como tú dices, en cuatro meses hayamos condensado toda una vida!

Callaron. Y evocaron el Danubio verde, sobre el cual corrían grandes planchas de hielo; el revuelto Danubio de la antigua leyenda por entre los palacios modernos de la metrópoli gris; su llegada, un atardecer de invierno, a la capital desconocida; el ómnibus que los lleva al hotel, abriéndose camino con dificultad por la infinita nieve azul, dorada a intervalos por grandes faroles, encendidos mucho antes del crepúsculo; a sus ojos cansados de tres días de viaje, el desfile de escaparates aparecía como un mundo fantástico, compuesto de la flora y la fauna de los nacimientos, de bufos fantoches (juguetes para niños), de bonitas telas, ricos abrigos, joyas hipnotizantes (juguetes para mujeres), y de señoras elegantes, presurosas de tienda en tienda, hermosas señoras (juguetes para hombres), como lo son todas las señoras que vemos al entrar en una ciudad desconocida.

Méltta, muy pegada a él, le pasó una mano por bajo el chaleco y le buscó el corazón.

Callaban, pero sus ojos cerrados veían el tibio cuarto del hotel, instalado en el último piso, desde donde los transeuntes y los vehículos parecían pequeños y lentos, como los actores y las actrices del Teatro de las pulgas. Los trineos ligeros tirados por caballos ponían una nota noruega en las blancas calles blanqueadas de cafés llenos de luz, cada uno de los cuales dejaba filtrarse a través de la puerta giratoria un ruido propio: escoceses de las rodillas desnudas cantando el *Tipperary* (1); un cosaco dando infinitas vueltas sobre un balanceo de tambores, con gran agitación de carucherías torácicas; una andaluza que bailaba con un clavel entre los dientes al són del último fandango español de un compositor húngaro.

En las raras paradas del directo, los dos amantes se repetían con angustia el nombre anunciado a lo largo del tren, y cerraban los ojos, estrechándose más apasionadamente.

Corrían hacia el cielo azul de Italia; la colina turinesca debía de ser toda ella como una música de tenues flores rosadas, como esas estancias que ciertos suicidas llenan de flores, para bajar soñando a los profundos jardines de la muerte.

—¿Sufres, Méltta?

—Mira cómo arden mis manos. Tengo aquí, en el cerebro, tanto pensamientos confusos, ideas revueltas, recuerdos desordenados... Me siento como hace quince días cuando el cirujano me durmió con el éter; aquel querido doctor Wolf, que reía con todos sus dientes blindados de oro.

Se agolparon en su memoria los hechos salientes y los pormenores insignificantes de su estación de amor. Las largas noches llenas de espasmo; el despertar a la mañana siguiente, muy avanzado el

(1) Himno nacional inglés.

día; la adustez del mayordomo, del tipo de los feld-mariscales, que se enfadaba al verlos bajar al comedor a las tres de la tarde o a las diez de la noche, con aquella inconsciencia juvenil que provenía de sus relojes parados: para ellos el tiempo no estaba medido por las horas, ni dividido en días y noches, sino que se desenvolvía al ritmo febril de su pasión, dividiéndose en ímpetus de sensualidad, pausas de reposo y claras zonas de ternura; se amaban cuando los otros se sentaban a la mesa; dormíanse cuando los demás se iban de paseo; a menudo se hacían servir el almuerzo en la cama, y cuando la camarera anunciaba «son las ocho», tenía que añadir si de la mañana o de la tarde.

El punto de contacto de sus bocas era el centro de gravedad de todo el universo: un universo sin leyes, sin control, sin parientes. Había vuelto a ellos la serenidad gozada en la alta montaña, cuando no pensaban en el porvenir, cuando ningún hombre de abdomen tricolor les había ordenado a ella *seguirle a él* y a él *protegerla* a ella, *tenerla junto a sí* y *suministrarle* lo que prescribe el artículo 132 del Código civil. Desde el día en que una fuerza extraña a su amor les había obligado a abrazarse delante de la ley, la repulsión los había separado; y en cuanto otros se habían metido a desunirlos, su amor había resucitado, y el viaje de divorcio se había transformado en un viaje de bodas. Jamás hubo luna de miel tan apasionada como aquel dulcísimo viaje hecho para desatar un nudo.

Se besaban en el café, en la plaza, en el vestíbulo del hotel.

—Nos han visto.

—¿Quién? No hay nadie.

—Tienes razón. Estamos solos.

Sorprendidos besándose en una catedral, en medio de una humareda de incienso, fueron expulsados por el enfado lleno de consonantes aspiradas de un guar-

dían; pero salieron tranquilos, sonrientes, sin el temor a la policía ni la inquietud del sacrilegio.

Recordaban la navegación de Budapest a Viena, en un vaporcito danubiano festoneado de luces, como una cabalgata, y el viaje de Viena a Praga, de Praga a Linz, mientras los abogados y los jueces se ocupaban en su divorcio; viajes sobre asientos blanquísimos, en trenes deliciosamente tibios, que llevaban a los lados guirnalda de tómpanos y adornos de nieve.

La noche de fin de año la pasaron en un cabaret de Viena, de vestíbulo futurista, donde las señoras dejaban sus enormes abrigos de pieles, y entraban en la sala marcando con sus pies el ritmo de la música de Kálman y de Stolz. Entre cada dos mesitas poníase el violín de espalda, como para inocular en las mujeres su música subcutánea, y en las pausas lanzaba el arco a lo alto, y lo recogía con la destreza de un malabarista, volviendo a tocar; un fakir indostánico vendía trozos de cuerda de ahorcado. Mélitta había comprado una; estaba demasiado nueva; pero había servido; a menos que el suicida no fuera un higienista. Una vendedora de golosinas pasaba en clámide griega y sandalias de antilope, con la solemnidad hierática de una portadora de ofrendas, exclamando:

—*Backerei! Backerei!*

Mauro había preguntado a Mélitta si *Backerei* era un dios del Walhalla, a quien la sacerdotisa dedicase bizcochos y mieles.

—Tontine; quiere decir dulces; quiere decir *petits-fours* (1).

Y desde aquella noche, *Backerei* había quedado como sinónimo de golosina, y muchas veces ella, desde entonces, estirándose lánguidamente como una gatita, y frotándose contra su cuerpo, se le había ofrecido voluptuosamente, mayándole así:

(1) Pequeñas golosinas.

—*Backerei!*

Al filo de la media noche, las luces se habían apagado durante un instante, entre estallidos de besos y de risotadas. Encendidas de nuevo, un des-hollinador, acogido con terror hilarante, se metió por entre las mesas, distribuyendo ramitos secos de un gran manojo. Un caballero checo, en un lenguaje lleno de *v* y de *z*, preguntó a Mauro si le permitía golpear con su propio ramito las espaldas de su rubia compañera, y añadió que eso daba suerte.

¡Suerte! En seguida todas las mujeres ofrecieron sus espaldas a los vecinos, mientras los tapones de los espumosos, proyectados contra el techo, caían sobre los cráneos y sobre las mesitas.

¡Suerte para todo el año! ¡Qué triste estaba Mélitta en aquella fiesta! Nada lograba hacerla reír: ni las gracias de los payasos bohemios que en el palco escénico central se quitaban, uno después de otro, hasta cincuenta chalecos; ni el *clown* servio que se hacía extraer un diente grueso como un sombrero de copa de cuya raíz cariada saltaban fuera algunas ratas blancas. Mélitta sabía que el año recién nacido no iba a procurarle más que amarguras.

Los lazos de las serpentinas se entrelazaban con los mechones de acebo y de musgo que colgaban de las lámparas, bajo las cuales las espirituales vienesas de dientes de oro masticaban cigarillos, elaborados con una especie de mostaza capaz de hacer estornudar a las estatuas, mientras la orquesta imitaba la voz solemne del *harmonium*.

No se reía Mélitta, ni siquiera cuando cierta coccilla un poco bebida cantaba el «*ridi pagliaccio*» en húngaro, con la boca llena, ni cuando el jefe de los camareros—el *ober*—solemne como un ministro, pasó con una enorme jeringa para lanzar al techo largos chorros de *lysoform*, que caía en un polvillo irisado sobre las fumadoras y sobre los jarros de cerveza.

El año naciente prometía días mejores a todos:

a Mélitta, no. Mélitta era un enfermo a quien los buenos augurios no hacen sonreír, porque conoce el inevitable progreso de su mal. Un turco vendedor de tapetes, que decía hablar todas las lenguas y haber viajado por todo el mundo, se había inmobilizado delante de su mesa, jurando por sus parientes próximos y remotos, ascendientes, descendientes, consanguíneos, afines y colaterales, que sus tapices venían directamente de Esmirna, y que dos casaditos como Mauro y Mélitta los necesitaban con la mayor urgencia.

—No estamos casados—había proclamado Mélitta en italiano.

Entonces el turco políglota, presa de un inopinado deseo por la italiana rubia, le había ofrecido la propia merced a cambio de la suya:

—¿Tú bailar? ¿tú cantar? Tú gustarle mucho a Ahmed Alí Kamel. Si tú dormir con Ahmed Alí Kamel, Ahmed Alí Kamel regalarte tapetes turcos, los más bonitos de su zapatería turca.

Y señalando a Mauro:

—Tú no dormir con austriaco: austriaco es *mabulbezef*.

—¿*Mabulbezef*?

—¡Estúpido!—tradujo el turco.

Y como Mélitta no quiso traicionar al «austriaco» Mauro, para complacer al turco, el turco se alejó de allí blasfemando como un cristiano. Durante unos instantes, el cabaret entero calló, para gustar las maldiciones del mercader fracasado en amor, una de esas maldiciones pintorescas y compendiadas de los musulmanes, que se extienden a los antepasados y a la posteridad, sin olvidar las ramas ciegas, los padres putativos, los hijos ilegítimos, el médico de la familia y los vecinos de la casa.

Aquella noche habían vuelto al hotel más enamorados que nunca, y hasta el alba se abandonaron a dulces, enervantes e inagotables *Backerei*.

Pero a fuerza de tanto *Backerei*, una mañana

Mélitta sintió cierta curiosa languidez, una sensación de náuseas, y el espejo le reveló una palidez insólita. Cogió con fastidio el perfume de sus propios polvos, y no quiso oír hablar de la mermelada de guindas. El consultado doctor Wolf, de los dientes de oro, había sentenciado:

—*Sie sind schwanger* (1).

—¿Está seguro?

—La certeza absoluta no se tiene hasta el cuarto mes, cuando se siente el latido fetal; pero por ahora sin embargo puede afirmarse que sus náuseas y su repugnancia por la mermelada de guindas, no tienen como causa ninguna mala digestión.

El doctor Wolf es un tipo de vodevil: estilizado y acicalado como si cada cliente que acudiese a su consulta a contarle sus desgracias fuese una amante en el primer encuentro, recibe en salones misteriosos, de muebles frívolos, de sombras discretas, y entre una lágrima y otra de la infeliz pecadora, le ofrece licores delicados que no tienen parentesco ninguno con el trivialísimo elixir chino que nuestros médicos se hacen regalar por su cómplice el farmacéutico. Si en el reino de Citera el democrático rey Cupido quisiese crear un servicio sanitario, nadie tan indicado como el doctor Wolf, el cual (dirección a conservar) vive en Budapest, en la calle de Cualquiera el Grande. Se ocupa de todas las enfermedades derivadas del amor, de las imprudencias en amor, de los excesos en amor, de la desgracia en amor; y su clientela abarca desde la niña inexperta que habiendo querido llegar demasiado pronto al amor espía su anticipo con un retraso inquietante, hasta el venerable magistrado jubilado, que nunca hubiese pedido voluntariamente la jubilación en amor, pero que se la han dado también. No es preciso añadir que el doctor Wolf fué el primero en aplicar en la capital húngara el método de la desmoniza-

(1) Está usted embarazada.

ción de los monos jóvenes para la monización de los hombres viejos. Muchas señoritas honestísimas que, no queriendo llegar al matrimonio mal preparadas, se habían ejercitado anteriormente en el arte de parir, por obra y gracia del doctor Wolf, exquisito remendón de virtudes estropeadas, pudieron ofrecer al esposo el más impenetrable misterio de hermética pureza. A sus clientes que han pecado por abuso de dulzura, él les habla dulcemente, con palabras confortables, y no hace la más insignificante operación sin haber insensibilizado la parte dolorida. En ciertos casos, como el de Méliita, cuya sensibilidad dolorífica era una cosa excepcional, llegó hasta a la anestesia completa. Opera con la ayuda de un barbudo ayudante, que le sirve también de consolador para los clientes masculinos. Todos saben (y los que no lo saben están a tiempo todavía de saberlo por experiencia) que cuando el especialista dice:

—Ah, mi querido señor, usted tiene la...

—¡Yo me mato!—exclama el cliente, y añade:—soy hombre arruinado, hombre acabado—y sigue en ese tono hasta agotar las reservas de su vocabulario.

Entonces el médico le coloca un discurso, que dura de media hora a cuarenta minutos, para calmar su desesperación y darle valor. Pero el doctor Wolf que tiene una clientela numerosísima para desperdiciar porque si media hora de tiempo en una obra franciscana de confortación verbal, confía al ayudante de la barba, figura ascética de capellán de cárcel, el encargo del discursito consolador.

—Rodolfo.—le dice—salón verde.

Y Rodolfo halla, en el salón verde, un caballero hundido en el más profundo de los sillones.

—No se desespere, ilustre señor—exclama el viejo Rodolfo, alisándose la cándida barba.—La suya es una enfermedad de fácil curación, y tan extendida que ya los bacilos perdieron buena parte de su primitiva virulencia. Solamente en Budapest hay ya cien mil hombres en las mismas condiciones que

usted, y están muy bien, se cuidan de sus negocios y tienen una familia sana; todos ellos estaban decididos a suicidarse, pero después se abstuvieron: conque si llegan a hacerlo, a estas horas estarían arrepentidísimos. Dentro de dos días, esa úlcera desaparecerá, y después de la tercera inyección, el mal no será contagioso. Pero la cura es larga y va a ser hecha con una solicitud escrupulosa; la mayor parte de las aortitis, parálisis progresivas, ataques de hígado, encefalitis sífilíticas, reblandecimientos medulares, demencias paralíticas y muertes repentinas que sobrevienen a los que se ponen en cura, es por haber interrumpido ésta, creyéndose curados, después de quince días de inyecciones. Yo mismo, que tengo setenta y ocho años, he padecido su enfermedad, pero gracias a una cura asidua y constante estoy bien y mis doce hijos son padres, a su vez, de niños sanos...

Y sigue en este tono, hasta que un campanillazo del doctor Wolf le llama:

—Rodolfo, salón rojo.

Y en el salón rojo le espera un cliente casi en estado preagónico:

—No se desespere, ilustre señor: la suya es una enfermedad de fácil curación, y tan extendida que ya los bacilos perdieron buena parte de su primitiva virulencia. Solamente en Budapest...

Mauro se lo había pedido con las palmas juntas.®

—¡No vayas al doctor, Méliita!

—¿Dejarlo venir al mundo? ¿Y quién lo cuidará?

—Yo.

—¿Quitarle a un niño la madre? Es un delito. Y yo no puedo tenerlo conmigo. Mi padre me anularía. Mi padre tiene la fuerza tremenda del dinero.

—Lo tendremos nosotros.

—¿Nosotros? Después de la reparación del matrimonio tendrías que hacerme la de la maternidad.

—¡No, chiquilla! Rompemos estas estúpidas prácticas para el divorcio, y nos amamos ya en adelante de la manera más pacífica y más legal.

—Más estúpido aún. Tú no podrías seguir queriéndome. Es necesario que no nazca nuestro hijo.

Mauro la miró con gran lástima.

—Muchacha, discurre como una campesina. Desciendes al nivel de una mujer cualquiera. Te resignas a abortar, como hacen las demás. Tu amor a la lealtad, a la pureza sin prejuicios lo dejas en el lecho clínico de un ginecólogo.

—Amigo mío, el hijo no es una abstracción, sino una realidad. Una realidad que me veo obligada a suprimir. Lo mato ahora, para que luego no tenga que morir de hambre. Si naciera, mi padre nos dejaría sin pan a él y a mí. Nos echaría a los dos a la calle. Me ha enviado al extranjero a divorciarme, no a hacer hijos. Y volveré a casa con el nombre de la señorita Virgili. Una señorita de buena familia conservadora no puede hacer hijos. Debe matarlos antes de que nazcan. Es la sociedad quien lo quiere; es la moral quien lo manda. Hay que suprimir una vida, para que la moral se salve.

Vestida con unas claras telas primaverales, se dirigió ella sola a la clínica del doctor Wolf, dando una gran vuelta a pasos lentos por el *Donauquai* (1) lleno de un sol débil y de gente alegre que se apresura a embarcar en los barcos-moscas, que hacen el servicio entre Pest y Buda. El Danubio era azul como el mar, como el Danubio azul de la sinfonía de Strauss. En una confitería compróse un cartucho de *fondants* (2) y, desgranándolo entre

(1) Muelle del Danubio.

(2) Bombones.

sus pequeños dientes, subió las escaleras de mármol del doctor Wolf.

—Soy muy sensible al dolor físico. No me haga sufrir.

El médico le aplicó el esteroscopio sobre el seno izquierdo:

—Corazón sano.

—¿Soportaré el narcótico?

—No lo sé, pero crea usted, señora, que el narcótico total es demasiado para una operación como ésta.

—Le repito, doctor, que mis nervios multiplican por cien las sensaciones: lo que para los demás es una molestia, para mí es un dolor; lo que para los demás es un dolor, para mí es una tortura.

—Está bien.

Cuando tuvo en el rostro la máscara Juilliard, experimentó una sensación de fresco, de frío, de hielo, mezclado con la amargura del éter que se volatilizaba por la nariz. Las palabras del médico y del ayudante se deformaban, estirándose, diluyéndose en lontananza. No se diferenciaba aquello de la embriaguez que le produjo en un bar de la Cannebière el *cocktail-ether* de un licorista americano. Los ruidos se hacían débiles y lejanos, tan lejanos que se les veía como elevarse en el silencio, en alto, muy en alto, donde nada se mueve, donde nada se oye. Una sensación de alejamiento. Probó a hablar; empezó una frase, pero algo así como una gota más fuerte que ella, la partió por la mitad. Entonces le pareció que bajaba de lo alto a grandes saltos, y que venían a su encuentro paisajes henchidos de color y pletóricos de luz, girando en vastos espirales y transformándose continuamente: personas y ambientes de las *Mil y una noches*, condensados en una vuelta de pocos minutos en el cerebro de un calenturiento. Los hierros tintineantes en los receptáculos de vidrio, repetían la canción en boga de Franz Lehar.

—Pero, doctor, ¿qué espera? ¿Cuándo empieza a operarme?

—He terminado, hija.

Abrió los ojos, y experimentó una curiosa turbación en el rostro. El médico le hablaba y ella no le veía. Veía solamente, contra el gran rectángulo luminoso de la ventana de vidrios esmerilados, un microscopio amarillo, inclinado sobre un espejito redondo.

Algunas horas después, hallándose en un blanco aposento de la clínica, sus ojos tropezaron con los húmedos de Mauro; y al día siguiente volvió con él al hotel, a aquella estancia altísima, desde donde la isla de Santa Margarita aparecía como un compacto macizo de flores.

Pero desde entonces le había entrado en la sangre una tristeza opresiva como una enfermedad.

—No tendré nunca hijos—murmuró un día.—¡Mi hijo era aquél; mi único hijo era el tuyo!

Y después balbuceó unas palabras confusas que Mauro no entendió bien; le pareció que decía: «lo he matado yo».

Vino el divorcio. Mauro quería quedarse en Hungría unos días más, pero ella respondió secamente:

—He telegrafiado ya a casa que llego el jueves.

\*  
\* \*

Y ahora, cerrados en la celda color lila, de regreso ya, cruzaban una llanura florida, de un tono rosa de primavera, y abrazados como dos suicidas, se repetían uno a otro, temblando, los nombres de las estaciones.

En el corredor del coche-cama, una nodriza coreográfica se esforzaba en distraer a un niño melancólico, cantándole canciones más melancólicas que el niño, en las que con insistencia se hablaba de fresas.

—Las fresas de San Juan—explicó Méllitta.—Es

una delicada leyenda extendida por muchos países de Europa. El día de San Juan, la Virgen reúne a todos los niños que viven en el Paraíso, y por encantadores senderos florecidos de lirios, los lleva a sus magníficos jardines, en donde les ofrece las más hermosas fresas de las platabandas celestiales.

—Es curioso.

—Y las madres de luto, las madres que tienen un niño en el Paraíso, el día de San Juan rehusan las fresas, por temor a que la Virgen le diga a su pequeño: «Hijo mío, no hay fresas para ti, porque tu madre, en la tierra, se ha comido ya tu parte.»

Méllitta miró, a través de las cortinillas, al niño melancólico.

—También yo tengo un niño en el Paraíso.

El tren se paró. Entraron los aduaneros a meter sus patas en la delicada ropa blanca de las maletas.

Y el último tramo del viaje también se cumplió; parecía que uno acompañase a la otra a la orilla de un mar, en donde hubieran de embarcar para un viaje sin retorno. Se estrechaban las manos, en un abandono de recíproca ternura, como a través de los barrotes de hierro se saludan por última vez los que se quedan llorando y los que se van muy lejos, a espiar una larguísima condena. Una palabra, una leve palabra inexpresiva, les devoraba interiormente; una leve palabra, que expresa una cosa vasta y tremenda: el fin desgarrado por el sufrimiento:

—Jamás.

Tal vez evocaron íntimamente los dos, en aquel supremo momento, el pequeño lago alpino, coronado de mechones de árnica amarilla: «Allá arriba volverán otros amantes, y repetirán nuestro idilio; y los halcones girarán sobre sus cabezas, como han girado sobre nuestro amor. Pero nosotros no lo veremos jamás.

—¡Jamás!

Bajaron: se separaron llorando, y la muchedumbre los dividió.

Iluska hizo una ligera tentativa de rebelión.

—¿Casarme con un hombre que habla latín? Me parecerá que me meto en la cama con un brevariario.

—Pues ¿qué quieres hacer sola por el mundo? Necesitas un hombre que te guíe.

Un día recibió una larga carta de enhorabuena y de aliento, de una señora amiga de la familia. Otro día, un ramo de flores de una prima. Un pariente lejano, encontrado al azar, le preguntó cuándo era la boda.

—¿La triste ceremonia? — respondió ella.—No lo sé.

La tía, Donatella, el profesor, llevaban a casa grandes paquetes, hablaban de documentos, iban y venían a la Alcaldía, señalaban fechas.

—Pero ¿cuándo he dicho yo nunca que sí?—preguntaba Iluska.

Ella daba vueltas por la ciudad, por la colina, y volvía a casa cansada.

Una mañana se halló ante la casa de Mauro. Llamó. Volvió a llamar.

Retornó al día siguiente.

—Se le ve muy poco—dijo la portera.

Le escribió. No tuvo respuesta.

En casa preparaban la exposición del equipo, y enviaban tarjetas de invitación.

Iluska se halló en casa un día de Mayo, lleno de vibraciones luminosas, en el que hubiera sido tan delicioso quedarse junto a la ventana, sola, en silencio. Pero la estancia fué invadida por señoritas maliciosas, damas comadres y hombres irónicos, que admirando el equipo de la novia, comentaban, a la vez que la finura de los tejidos, las dimensiones del continente, para sacar deducciones del contenido. En un ímpetu de rubor y desdén, hubiera querido echarlos a todos de casa, pero juzgó más sencillo, marcharse, sin saludar a ninguno. Se quedó el profesor, feliz, tragándose las sonrisas de dos o tres colegas, los cuales, discutiendo sobre los sistemas de engarce y sobre el mecanismo de los botones, se reían de él que iba a tener la dicha de admirar todas aquellas pícaras cosas en pleno funcionamiento.

La misma noche de la llegada llevaron a Iluska a su casa, para que admirase las muestras de buen gusto del esposo y apreciase la minuciosa previsión de la tía. Pero ella suspiró de alivio cuando volvió a hallarse en la casa paterna, en su camita de soltera.

Llegaron los regalos.

Estuches de terciopelo, estuches de seda, estuches de cuero, 80 cubiertos, 7 lápices de oro, con doce minas de recambio cada uno (en total, 84 minas); tres servicios de helado, un catalejo, 12 gemelos de madreperla, 5 juegos de té, un cuadro de Donatella (marina); un pequeño tapiz de Donatella (pequeña marina); un piano vertical, regalo de cierto tío del novio. Advertencia: ni el novio ni la novia se conocían apenas. Un piano de cola (otro tío; véase la advertencia); un servicio para espárragos; un corta-criadillas, de plata; 3 gramófonos con discos dobles; 8 pinzas de plata, para el azúcar; 46 piezas, entre vasos, frasquitos y cajitas de cristal, porcelana y *biscuit*.

Iluska hizo una ligera tentativa de rebelión.

—¿Casarme con un hombre que habla latín? Me parecerá que me meto en la cama con un brevariario.

—Pues ¿qué quieres hacer sola por el mundo? Necesitas un hombre que te guíe.

Un día recibió una larga carta de enhorabuena y de aliento, de una señora amiga de la familia. Otro día, un ramo de flores de una prima. Un pariente lejano, encontrado al azar, le preguntó cuándo era la boda.

—¿La triste ceremonia? — respondió ella.—No lo sé.

La tía, Donatella, el profesor, llevaban a casa grandes paquetes, hablaban de documentos, iban y venían a la Alcaldía, señalaban fechas.

—Pero ¿cuándo he dicho yo nunca que sí?—preguntaba Iluska.

Ella daba vueltas por la ciudad, por la colina, y volvía a casa cansada.

Una mañana se halló ante la casa de Mauro. Llamó. Volvió a llamar.

Retornó al día siguiente.

—Se le ve muy poco—dijo la portera.

Le escribió. No tuvo respuesta.

En casa preparaban la exposición del equipo, y enviaban tarjetas de invitación.

Iluska se halló en casa un día de Mayo, lleno de vibraciones luminosas, en el que hubiera sido tan delicioso quedarse junto a la ventana, sola, en silencio. Pero la estancia fué invadida por señoritas maliciosas, damas comadres y hombres irónicos, que admirando el equipo de la novia, comentaban, a la vez que la finura de los tejidos, las dimensiones del continente, para sacar deducciones del contenido. En un ímpetu de rubor y desdén, hubiera querido echarlos a todos de casa, pero juzgó más sencillo, marcharse, sin saludar a ninguno. Se quedó el profesor, feliz, tragándose las sonrisas de dos o tres colegas, los cuales, discutiendo sobre los sistemas de engarce y sobre el mecanismo de los botones, se reían de él que iba a tener la dicha de admirar todas aquellas pícaras cosas en pleno funcionamiento.

La misma noche de la llegada llevaron a Iluska a su casa, para que admirase las muestras de buen gusto del esposo y apreciase la minuciosa previsión de la tía. Pero ella suspiró de alivio cuando volvió a hallarse en la casa paterna, en su camita de soltera.

Llegaron los regalos.

Estuches de terciopelo, estuches de seda, estuches de cuero, 80 cubiertos, 7 lápices de oro, con doce minas de recambio cada uno (en total, 84 minas); tres servicios de helado, un catalejo, 12 gemelos de madreperla, 5 juegos de té, un cuadro de Donatella (marina); un pequeño tapiz de Donatella (pequeña marina); un piano vertical, regalo de cierto tío del novio. Advertencia: ni el novio ni la novia se conocían apenas. Un piano de cola (otro tío; véase la advertencia); un servicio para espárragos; un corta-criadillas, de plata; 3 gramófonos con discos dobles; 8 pinzas de plata, para el azúcar; 46 piezas, entre vasos, frasquitos y cajitas de cristal, porcelana y *biscuit*.

El novio regaló a Iluska un brillante un poco amarillento, pero bonito. El padre, un bolso de oro y una piel de marta; la tía, en sociedad con el veterinario (¡oh! lo que se ve) una larga cadena con una cruz de brillantes.

De un desconocido llegó hasta la novia un lazo rojo, con una gota de rubí.

—¿Quién puede ser?

Se pensó en todos los amigos, en todos los parientes.

Y el enigma quedó sin solución.

Méltta recordaba que cierto día, en el albergue de caza de un gran rey, mientras ella se rasuraba la nuca a la víctima, un joven que amaba la había dicho:

—Tienes un hermoso cuello para la guillotina. Te sentaría bien un lazo rojo con una gota de rubí, colgando sobre la fuente de la garganta.

¿Y el hermano Sándor? No había escrito una sola palabra de parabién ni se sabía nada de él.

—¡Es extraño!—musitó Donatella.

—¡Es tan extravagante!—comentó el veterinario.

—¿No sabes tú nada?—preguntó a Iluska la tía.

La tía sabía algo. Cierta día que estaba sola en casa un montaraz de rostro quemado por los hielos se presentó a descubrirle entre lágrimas, que su amo había desaparecido en una hendidura. Todos los días se asomaba a ella como quien visita una tumba; y agazapado en el borde, escribía el abismo, buscando lo invisible. Buscaba acaso un cuerpo de muchacha que desde hacía muchos años le negaban los hielos. Y una noche no volvió. Sobre la orilla del abismo, Páprika, la compañera de pelo rojo, lanzaba al aire sus más dolorosos aullidos, como si lo llamara.

—Aquella mañana—dijo el criado de Sándor—yo había vuelto del llano, y le había llevado esta carta.

La tía buscó sus gafas.

Era una carta de Iluska, en la que contaba su

desesperación por el amor perdido, y la vergüenza de ser echada en brazos de aquel hinchado erudito, por una fórmula que se llama matrimonio, y que en su caso era la más innoble de las prostituciones.

La tía despidió al mensajero de la muerte. Convenía que lo sucedido no se supiera, para no estropear la boda, para no amargar la fiesta.

\*  
\* \*

Y la fiesta llegó. Iluska se entregó pasivamente a las manos que la ceñían de velos y que le fijaban flores de azahar. Sonrió a los hombres de sombrero de copa, subió al coche, bajó, dijo que sí, dió las gracias, dió el brazo al esposo, y se sentó a la mesa.

El acontecimiento fué ruidoso. El señor Virgili, padre de la esposa, era conocidísimo en el mundo de los negocios, siendo uno de esos patriotas industriales que tienen una fe inquebrantable en los destinos de la Patria, pero que ponen a salvo sus ganancias en los Bancos de Londres y Nueva-York.

El esposo habíase puesto un monóculo, para presentar un aspecto más de mundo, pero en el llevarlo demostraba una especie de cansancio semejante al de los perros que descansan sobre las dos patas de atrás.

Era el verdadero tipo del braquicéfalo piamontés. La cara pálida cuadrada, cortada verticalmente por dos largos bigotes negros, y horizontalmente por la corbata negra y el cabello negro, parecía una es-  
quela mortuoria. ®

Las vueltas del frac, un poco anticuado, mostraban toda clase de condecoraciones, incluso la Langosta Verde del lago Titicaca, y el Gran Cinturón Heráldico de Mahomet.

También los respectivos testigos de los esposos mostraban algunas condecoraciones humorísticas: caballeros del Papa o comendadores de Montenegro,

o condecoraciones de prestidigitador-ilusionista. Uno de los testigos era profesor de griego en la Universidad, uno de esos profesores bonachones, que estrechan la mano contra las dos suyas, a manera de *sandwich*, no juegan a nada, un lápiz les dura toda la vida, y les da un ataque de apoplejía cada vez que oyen alabar al muy moderno Héctor Romanogli, representante para Italia de la antigua razón social Esquilo, Sófoles y Compañía.

El otro testigo era un escritor robusto. Se llaman escritores robustos aquellos que han sufrido una tremenda equivocación no haciéndose mozos de cuerda.

El banquete nupcial tenía nada menos que cuarenta cubiertos.

—Cuarenta personas—pensó la esposa—que se dan cuarenta a racones a mi salud.

Entre las personalidades eminentes sobresalían un diputado agrario (botas con elásticos a los lados), un Caballero de Capa y Espada, un Oficial del Santo Sepulcro, y un célebre médico, profesor de Universidad, especialista en enfermedades de los pelos.

Iluska se veía en medio de todos, como una prisionera. Recordaba una frase inconveniente, pero pintoresca, que dijo la actriz, amante de Mauro, en la montaña:

—¡Qué náuseas, los hombres! ¡Esos seres que en las calles hacen cola delante de los urinarios!

Más pálida que de costumbre, en aquel ridículo candor florido, se sentía molesta por las miradas de los comensales, a ambos lados de ella. Sufrió la humillación de ser expuesta al público durante la ceremonia, el paseo en coche y el almuerzo. Pensaba:

«Me han vestido de esta manera, con la ridícula librea de la pureza, para que sepan todos que esta noche podrá desnudarme este hombre, gozar de mi carne, echar en mi cuerpo el producto de una preventiva cura reconstituyente.»

—Habla, mujer—le incitaba la tía, tocándola con el codo.—Dile algo a tu marido.

Ella hubiese querido gritar:

—Me cisco en él. Me cisco en todos. Me cisco hasta en mí misma, porque ninguna zorrilla está expuesta como yo a las calladas burlas de esta gentuza que ha bebido en mi honor. Lo que más procura ocultar todo el mundo, el amor, el acto sexual, el rito que se cumple en secreto, estos lo hacen objeto de cháchara, de plácemes, de enhorabuenas. Nadie sabe lo que esta noche sucederá en las casas de los demás. Pero todos saben lo que sucederá en la mía. Lo llamado boda, lo llamado himeneo, lo llamado sueño realizado es siempre un...

Y volvía a su memoria la palabra rigidamente científica que salía de la boca blindada de oro del simpático doctor Wolf. El acto del amor, que es inmoral si se le comete a escondidas, sin informar a nadie, se hace milagrosamente puro si se le anuncia a todos por carta y en los diarios, y si se invita al banquete a cuarenta bestias famélicas.

Las señoras se divertían con las ingeniosidades de los caballeros: la langosta fué alabada por su virtud afrodisíaca.

—No es verdad.

—Es verdad.

—Lo notará la esposa.

—Se lo auguro al esposo.

Se encomió la pureza de la muchacha, se desaprobo su manía de errar por el mundo, se consideró la amplitud de su pelvis, haciendo sin embargo alguna reserva sobre el volumen de su seno.

—Dile algo a tu esposo—solicitaba la tía.

Los camareros llenaban continuamente las copas. Risas insolentes corrían de un extremo a otro, y las más ingeniosas obscenidades se transmitían de boca en boca, por detrás de las espaldas de las damas, pero en un quedo rumor que permitía a las mismas enterarse.

El padre de Iluska combinaba una venta de hierro viejo, con el vecino.

—Tu esposo te habla y tú no le contestas—insistió la tía.

—Es la emoción—explicó una señora entrometida, mordiendo un muslo de faisán.

Iluska estaba abstraída en un punto del mantel, atormentando con las uñas un nudo del tejido.

—¿Me permite?—dijo el camarero, sirviéndole fresas con ron.

Fresas.

Miró la fecha en el menú. San Juan.

—¡Pero si siempre te han gustado tanto las fresas!—le riñó la tía.—¡Si toda la vida has sido golosa!

Iluska retiró el plato delicadamente, como si se lo ofreciese a alguien, y se puso a llorar, como jamás había llorado en su vida. Todos se levantaron y la rodearon.

Al esposo se le cayó el monóculo, pero lo recogió y volvió a quedar el ojo en escapatate.

—Agua.

—Sales.

—Un poco de vinagre.

—Pero ¿qué tiene?

—¡Ah, pobrecita!

—Es la emoción.

—Mojadle la frente.

—Las siehes.

—Hielo.

—Hay que desabrocharla.

—Desmayada.

—Parece que pasa..

—¿Quieres salir?

—Sí.

—¿Puedes volver a la mesa?

—Sí.

—Es la alegría, ¿verdad?

—Sí, sí. Es la alegría.

Había jurado renunciar a la propia personalidad.

—Te hubiera sentado bien el aire—sentenció el

subteniente veterinario, en uniforme de gala.—¿Por qué no has querido salir?

—Si salía no entraba más.

—Un sorbo de champán pone las cosas en su sitio—imbecileó una señorita provinciana, que debía beber muy de tarde en tarde.

La explosión de los taponazos fué la señal para los discursos. Después de un breve preludeo de modestia obligatoria (primero usted, profesor; no, primero usted, caballero; yo no sé hablar; yo no soy orador) mientras se martilleaba en las copas para obtener silencio, un señor se levantó.

Un golpe de tos. Ojeada circular.

—En este fausto día, en que nos hemos reunido todos en camaradería franca y alegre, para festejar el himeneo de la ciencia (*aplusos*) con la inocencia (*comentarios*), las bodas del erudito que todo lo sabe (*aprobaciones*) con la muchacha que nada sabe aún de la vida (*sonrisas benevolentes de las damas; tacto de pies por debajo de la mesa*), en este fausto día repito, siento vivamente que mi torpe palabra no sepa expresar la muchedumbre de sentimientos que hullen en mi corazón. No sabré yo cantar dignamente los méritos de quienes hoy doblan el rígido papel de su obra duradera, para abrir el libro de su viaje por el amor (*ovaciones prolongadas*), para empalmar la casta flor cuyo cuerpo alberga un alma inmaculada (*aprobaciones*), la muchacha que suma a la belleza del semblante las más escogidas virtudes del corazón y de la mente (*vivísimos plusos sobre todos los platos*). Levanto mi copa en homenaje a este símbolo de gracia para el que se han encendido, por fin, las luminarias del día deseado, y cuyas virtudes uno a las de la blanca muchacha que hoy le ofrece, con sus cándidos velos una pureza heredada de los sanos principios de la familia en cuyo seno ha nacido, pureza que es prenda segura de fidelidad y de amor (*señales de consorcio en el*

auditorio). Si no temiera cansaros, referiría una anécdota (señales de atención), que demuestra cómo...

Sigue la anécdota. Idio'a. Desatención general. Pero después el calamitoso orador vuelve a hablar de la copa, de los más hondos latidos, de la región precordial y desea una vida larga, esmaltada de bebés, porque allí donde están los hijos está la felicidad; y el discurso se apaga bajo la explosión de los aplausos unánimes.

Apretones de manos.

Otro orador: el escritor robusto se levanta con dominadora solemnidad.

—Insistentemente requerido para decir dos palabras, vence mi repulsión instintiva, y hablo.

Aprobación. Pausa. Durante su accionar prosopopéyico, le entra en el puño un poco de champán. Continúa, como si buscara las frases.

—Osado empeño es, en verdad, hablar aquí, en medio de esta selección de hombres habituados a hacerlo en la cátedra, desde la tribuna parlamentaria, desde el escaño de los tribunales, acostumbrados a formular la verdad eterna de la ciencia y la verdad relativa y circunstancial del derecho, ante los escaños de los jueces o en las asambleas de los sabios. Diré, pues, yo también con el fiero Alóbroge...

Y después del fiero Alóbroge fueron citados el Bardo de la democracia, el Ghibelin fugitivo, el Saboyano de los remordimientos amarillos, y Turín que fué cuna de los movimientos revolucionarios del 21. Los invitados, entre tanto, hablaban de sus negocios, de la cura de Montecatini, del propio dueño de la casa, se servían vino, encendían cigarros, se desabrochaban el chaleco, se metían en el bolsillo una banana o cuatro dátiles, o un cuchillito, y de cuando en cuando cogían al vuelo una frase: ...conserva, pero no esconde... todo lo vence el amor... amor que a nadie amó, el amor perdona... el hogar... la santa alegría... la familia, núcleo de la sociedad...

y hasta que el sol resplandezca sobre las miserias humanas.

Sirvieron el café.

Aplausos a la «feliz improvisación» preparada quince días antes.

—En nombre de los estudiantes de la Universidad...

Todos se volvieron hacia el fondo, en donde un pálido efebo de líneas delicadas de onanista levantaba la copa en representación de la juventud estudiosa, que asistía en espíritu a la boda del insigne sabio, del gran artesano que primeramente en un oficio templó sus nervios de acero, y que como dijo bien el filósofo ¡ay de mí! muy pronto olvidado...

Abrazos entre el alumno y el profesor. Lágrimas sobre los bigotes merovingios. Aplausos conmovidos del público. Risas de los camareros. Una señora absorbe con la servilleta cierto vaso de Burdeos extra-viejo que le han vertido sobre su vestido blanco.

—No mancha—decreta un profesor de lenguas muertas.

—¡Alegría!—proclama un hombre de barba roja, que no es el marido.

La tía prescribe inmediatamente una de las «Mil recetas útiles».

—¡Señores!

Otro orador. Es el corresponsal de «El Vengador de los Cuñados», semanario independiente. Por el discurso puede conocerse que es periodista, porque cita, en efecto, el imperativo categórico, el agnosticismo, un primer tiempo, un segundo tiempo y el estúpido sigl. diecinueve. Para mostrar su desenvoltura oratoria, se balancea ligeramente, y teniendo una mano en el bolsillo del pantalón, juguetea con el dinero tin'ineante.

Se habla en voz baja del esposo, viejo amigo de familia, que fué tesigo en la primera boda de ella.

—¡Qué curioso! Y ha llegado a segundo marido. De testigo a...

—A reo.

—¡Que tristeza el primer matrimonio! El marido la dejó al pie de la escalera municipal.

—Pero ¿por qué?

—Porque estaba loco.

—Comprendo que uno enloquezca después de quince días de experimentación. Pero ¿de repen e? Por lo tanto no la ha tocado nadie.

—Me parece que no.

También Iluska pensaba en la primera boda, que hasta en medio de su ambiente de hostilidad había sido más honesta y recatada que la contradanza de intestinos desencadenada ahora en torno a su dolor.

—Queremos flores de azahar—dijo una señora.

—Cogedlas—se resignó Iluska. Y ofreció su rubia cabeza a todas aquellas manos grasientas de comida.

—Mirad, queridos y felices esposos—advirtió el subteniente veterinario—no os queda tiempo que perder.—Y mostró su reloj de pulsera.

—Son las cuatro. El tren sale a las seis.

Movimiento de contramarcha y de abrigos; cambio de sombreros; cada hombre, un clavel en el ojal; las señoras buscan papel para envolver las flores. ¿Un periódico que no sirva?

Abrazos; sillas que cambian de sitio; saltos de espíritu del tío espiritual. En cada familia hay un tío espiritual que «dice unas cosas...» y «hace siempre una de las suyas...», y regala cajitas que, apretando un botón, tocan la marcha real, o revólvers que al dispararlos sueltan perfume.

Las maletas estaban ya cerradas. Iluska se quitó el velo, la cándida librea del estupro, y se puso un traje sastre gris. El marido estaba abajo, en automóvil.

Empurpurada de rubor, la tía llevó aparte a Iluska, y después de unas temblorosas reticencias, empezó así:

—Como no tienes madre, me corresponde a mí tocar esta cuestión delicada.

Y le espetó ese discurso de ocasión, que es como la toaleta espiritual, psicológica y genial de la condenada a la noche de bodas; es el vademecum de la desfloración; la preparación concentrada para los misterios de la alcoba; el curso rápido de fisiología sexual, que podría titularse: «Qué es el marido y manera de usarlo». La moral impone que toda señorita contraiga matrimonio sin saber nada de eso; y una vez llegado el matrimonio, antes de que entre en la cámara nupcial, la madre, o quien haga sus veces, le quita la venda; hasta ese momento, ella ha tenido que ignorar, como los caballos de las corridas de toros en España, a los que se venda un ojo para que reciban la cornada sin saber de dónde viene.

Afortunadamente eso no sucede más que en la teoría, porque en la práctica, nuestras muchachas, antes de llegar al matrimonio, encuentran quien les quite la venda de los ojos y de todos los sitios.

Iluska comprendió, ya desde las primeras palabras, el argumento de aquella conferencia.

—¡No me fastidies, tía! ¡En estas cosas te puedo yo dar lecciones a ti!

Entonces la tía se volvió al esposo, suplicándole que tratase bien a aquella pobre niña inocente.

Bendiciones. Poesía de la chica de la portera. Cambio de enhorabuenas y de apretones de manos.

El mecánico puso en marcha el motor.

—¡Al fin solos!—declamó el subteniente veterinario, cuando se hubo cerrado la portezuela del tren.

Donatella lloraba viendo a su hermana, instalada allá arriba, en la jaula errante, detrás del cristal. El profesor negreaba a su lado, paternal.

—¡Qué bella jornada!—musitó Donatella.

—¡No os pongáis al aire!

—¡No saquéis fuera la cabeza!

—¡Las llaves de la maleta están en tu bolso!

—¿Habéis puesto las sales?

—¡Cuidado!—suplicó la tía: y miró con ojos implorantes al esposo.

—Tenéis un gran día.

(Esta profunda observación la habían hecho ya tres veces. Pero la culpa era del tren, que no partía nunca).

—¡Un sol magnífico!

—¡Y de buen pronóstico!—gorjeó la tía.

—Vuestra vida — enunció el lírico subteniente veterinario—será toda poesía.

—De pie forzado—respondió secamente la esposa. En una rigidez de autómeta, sonrió glacial, mientras el tren pasaba revista a una hilera de pañuelos agitados al aire.

—¿Estás cansada, Iluska?

—Sí.

—Sentémonos. ¿No me dices nada?

—Déjeme tranquila.

El profesor se hizo prestar por un vecino la guía. Y la consultó.

Bajaron de noche en una gran ciudad. Mientras el marido dirigía la colocación de maletas y sombrereras en el ómnibus del hotel, ella miraba el cielo. Maravilloso. Hasta el estúpido cielo parecía mostrar un chaleco fantasía bordado de estrellas.

—Esta habitación está orientada al Norte—sentenció el profesor, al entrar. Y dijo un verso de Virgilio. El camarero le rogó que escribiera nombres y procedencia. Iluska, desplomada en una silla, miraba con envidia a la mujer que le llevó un jarro de agua caliente.

Se dejó quitar el sombrero y desabrochar la chaqueta.

—¡Amor!—viscoseó el marido.

Indiferente como un autómeta, contestó que sí a cuanto se le preguntaba.

—Estas camisas las he comprado hechas y me han

costado cuarenta liras, pero me están como a medida.

Iluska miró las camisas.

—Me han traído también camisetas de malla. No me las pongo en verano.

Iluska admiró las camisetas de malla.

—Parece pequeña esta maleta y, sin embargo...

Iluska admiró la increíble capacidad de la maleta.

—Y ahora a la cama.

La esposa empezó a desabrocharse.

—¡Ah! no: esta alegría quiero tenerla yo.

Se dejó desnudar como por un médico: sin pudor, sin rubor, sin repugnancia. Había perdido la voluntad.

Cuando estuvo desnuda del todo, el profesor se asombró de una particularidad; una particularidad común a los zingaros de ciertas tribus. En París, en el estudio de un pintor de Montparnasse, había conocido Iluska a una zingara que le servía de modelo; estaba depilada toda ella, y tenía en el cuello un dije con un ojo entre dos cruces. También ella, desde entonces, borraba casi cada día la sombra animal de su enjuto vientre de niña.

—¿Sabes? ¡Estas cosas no me gustan!—dijo el marido, con forzada sonrisa.—Parece como si hubieras tenido ciertos parásitos de los que no pudo verse nunca libre el rey Carlos II de Inglaterra.

Ella no respondió. Otro hombre, ante la revelación de aquella limpia desnudez, casi asexual, hecha infantil por la navaja, hubiérase encantado como ante un milagro de pureza.

Comprendiendo que se había excedido en su severidad, el profesor la besó en la frente:

—*Amor non talia curat.* El amor no repara en estas cosas.

Y empezó a desnudarse. Puso el reloj de níquel en la mesita de noche, y lo envolvió en tres vueltas de cordón negro, con la calmosa meticulosidad del

confitero esteta ocupado en caligrafiar una torta. Extendió la americana sobre el respaldo de una silla.

Y entre tanto, pensaba que el momento difícil había llegado, y echaba de menos los tiempos en que el príncipe, gozando del *jus prime noctis* (1) relevaba a sus queridos vasallos de la ingrata operación.

—¿Qué haces?—preguntó a Iluska, viéndola bajar de la cama y ponerse un pijama rojo de seda.

—Me peino.

Había poca luz en el tocador. Ella tardaba. Cuando el profesor se puso la camisa de noche, preguntó:

—¿Estás aún ahí?

—Ya lo ves.

Entre el peine y los cabellos brotaban pequeñas chispitas. ¡Cómo se interesaba Mauro por aquella electricidad de su cabellera! El mismo quería peinarla, en aquel cuarto del hotel desde donde se veía el Danubio, y desde donde la isla de Santa Margarita parecía una almohada de flores.

—¿Chispas?—dijo el profesor.—Me asombras. Te peinarás mañana.

Y la llevó al lecho.

—Quítate esos pantalones, Iluska. La mujer en pijama no me gusta. Parece pederasta.

Tapado: hasta el cuello, la estrechó entre sus brazos velloos contra su velloso pecho, y le puso sobre su delicado rostro los pavorosos bigotes merovingios.

—No, esta noche, no—gritó Iluska, cruzando las piernas y retorciéndolas como si fueran cordeles.

—Si—balbuceó él, anhelante: y con una rodilla traó de separar las rodillas de ella.

—¡Déjame, estoy cansada!

Pero él la quiso a toda costa, porque el yacer con una virgen era ya estado de fornicación.

Solamente a las muchachas honradas que se llevan

(1) Derecho de la primera noche, o de pernada.

al altar y a las prostitutas que de la calle se llevan discretamente a la alcoba, se las puede traspasar sin la ternura de un preludio.

Oprimida bajo su peso, ella volvió de un lado la cara, para defenderse del repugnante oír de brillantina rancia que exhalaban los bigotes de acento circunflejo; y mientras el macho hacía los más desesperados esfuerzos para mostrarse tal, ella leía en la pared de en frente un cartel escrito en cuatro idiomas:

«El propietario no es responsable de los valores que no se le confien. Quien no deje la habitación antes de las primeras catorce horas, se considera...»

Cuando hubo terminado, el profesor se abandonó, medio desvanecido, sobre la frescura de las sábanas.

—¿Duermes?—preguntó poco después a la esposa.

Méltta veía entonces un lago alpino, un gran mechón de árnica, esponjoso como una almohada, un maravilloso dosel de infinito, y un hombre que la había tomado por amor, a quien se había entregado por amor, en un abandono completo de todos los sentidos: sus cuerpos se habían fundido de tan admirable manera en aras del amor, que parecían propiamente un solo cuerpo, sin que nadie hubiera podido decir cómo se juntaron. Se había sentido tan íntimamente traspasada que la carne de Mauro le parecía su propia carne, como si ella fuese verdaderamente ella, y la vida verdaderamente la vida, sólo cuando Mauro la hacía suya.

Suspiró.

—¿En qué piensas?—preguntó el profesor, buscándole un pecho.

—En ti.

confitero estaba ocupado en caligrafiar una torta. Extendió la americana sobre el respaldo de una silla.

Y entre tanto, pensaba que el momento difícil había llegado, y echaba de menos los tiempos en que el príncipe, gozando del *jus primæ noctis* (1) relevaba a sus queridos vasallos de la ingrata operación.

—¿Qué haces?—preguntó a Iluska, viéndola bajar de la cama y ponerse un pijama rojo de seda.

—Me peino.

Había poca luz en el tocador. Ella tardaba. Cuando el profesor se puso la camisa de noche, preguntó:

—¿Estás aún ahí?

—Ya lo ves.

Entre el peine y los cabellos brotaban pequeñas chispitas. ¡Cómo se interesaba Mauro por aquella electricidad de su cabellera! El mismo quería peinarla, en aquel cuarto del hotel desde donde se veía el Danubio, y desde donde la isla de Santa Margarita parecía una almohada de flores.

—¿Chispas?—dijo el profesor.—Me asombras. Te peinarás mañana.

Y la llevó al lecho.

—Quitate esos pantalones, Iluska. La mujer en pijama no me gusta. Parece pederasta.

Tapado: hasta el cuello, la estrechó entre sus brazos vellosos contra su veloso pecho, y le puso sobre su delicado rostro los pavorosos bigotes merovingios.

—No, esta noche, no—gritó Iluska, cruzando las piernas y retorciéndolas como si fueran cordeles.

—Si—balbuceó él, anhelante: y con una rodilla trató de separar las rodillas de ella.

—¡Déjame, estoy cansada!

Pero él la quiso a toda costa, porque el yacer con una virgen era ya estado de fornicación.

Solamente a las muchachas honradas que se llevan

(1) Derecho de la primera noche, o de pernada.

al altar y a las prostitutas que de la calle se llevan discretamente a la alcoba, se las puede traspasar sin la ternura de un prelude.

Oprimida bajo su peso, ella volvió de un lado la cara, para defenderse del repugnante oior de brillantina rancia que exhalaban los bigotes de acento circunflejo; y mientras el macho hacía los más desesperados esfuerzos para mostrarse tal, ella leía en la pared de en frente un cartel escrito en cuatro idiomas:

«El propietario no es responsable de los valores que no se le confien. Quien no deje la habitación antes de las primeras catorce horas, se considera...»

Cuando hubo terminado, el profesor se abandonó, medio desvanecido, sobre la frescura de las sábanas.

—¿Duermes?—preguntó poco después a la esposa.

Méltta veía entonces un lago alpino, un gran mechón de árnica esponjoso como una almohada, un maravilloso dosel de infinito, y un hombre que la había tomado por amor, a quien se había entregado por amor, en un abandono completo de todos los sentidos: sus cuerpos se habían fundido de tan admirable manera en aras del amor, que parecían propiamente un solo cuerpo, sin que nadie hubiera podido decir cómo se juntaron. Se había sentido tan íntimamente traspasada que la carne de Mauro le parecía su propia carne, como si ella fuese verdaderamente ella, y la vida verdaderamente la vida, sólo cuando Mauro la hacía suya.

Suspiró.

—¿En qué piensas?—preguntó el profesor, buscándole un pecho.

—En ti.

\*  
\* \*

Museos, armerías, bibliotecas; envió de tarjetas postales; compra de regalos; fotografía de los dos en la plaza de San Marcos, con todas las palomas a su alrededor.

Hacia el fin de la segunda semana estaban en casa, en aquella gran casa, amueblada con cierto gusto, a donde el esposo llevó sus libros, y en donde recibió a colegas y discípulos.

Una mañana Iluska encontró a Mauro.

—¿Te has dejado crecer el pelo?

—Sí. Me estoy aplebeyando. Ya no fumo.

El estaba pálido, agotado por una noche de poker.

—¿Estás contenta con tu marido?

—Bastante.

Y rió.

—¿Te quiere?

—Quiere siempre besarme en la mesa, mientras come. Yo no puedo sufrir los besos con salsa de tomate.

—¿Todos esos son sus defectos?

—Todos esos.

—Eres envidiable, entonces. ¿Te sientes feliz?

—Ciertamente. ¿Y tú?

—Yo soy un vencido; una figura gris; un ser inútil; no he probado nunca la alegría de la conquista: por eso soy un vencido. Mis amores no fueron nunca de conquista, porque yo he sufrido siempre el amor; sufrí el amor de una actriz inquietante; sufrí el amor de una muchacha purísima.

—Sin embargo, tú también me has querido.

—No lo sé.

—Me has querido, hasta cuando decías que me odiabas. Se podrá disimular el amor, pero el odio, no. Y ahora, ¿qué haces?

—Paseo mi desgracia.

—Tu desgracia es un poco de neurastenia, un poco de agotamiento nervioso: enfermedades que se curan con duchas frías y con unos polvos.

—Polvos de alejamiento. No tengo más remedio que irme.

—¿Irte?

—Tengo deseos de matarme.

—¡Palabras!

—No poseo ya nada.

—Posee la vida delante de ti.

—Por eso quiero matarme. Porque tengo delante de mí la vida. Es demasiado. Adiós.

Y no lo vió más.

A casa iban muchos jóvenes en demanda de consejo, a consultar con el profesor sus problemas científicos y sus crisis espirituales. El pálido efebo de abundante cabellera y de afilado perfil de estudiante onanista preparaba una tesis de doctorado sobre el divorcio considerado filosóficamente.

—Me asombra, profesor, que sea usted contrario al divorcio, habiéndose casado con una divorciada.

—Me he casado con una divorciada *sui generis*, de género particular—explicó el erudito especialista en historia oriental.—El divorcio presupone el matrimonio, pero el matrimonio presupone la *conjunctio maris et feminae*, es decir, la unión del macho y de la hembra. El matrimonio de la que es hoy mi mujer, fué matrimonio de derecho, pero no de hecho: la acción del ayuntamiento carnal no se había verificado. Yo me he casado, por lo tanto, con una soltera. Mi mujer, casada y divorciada, era virgen.

Las declaraciones del orientalista se difundieron por los claustros de la Universidad; los muchachos se las comunicaron a las señoritas, y éstas a los profesores.

—¿A qué vienen esas risas?—protestó, escandalizado, un profesor de griego.—También yo creo que ha tenido que encontrar pura a su esposa. Si así no fuera, lo hubiera advertido. A un hombre como

Manso Birri que lleva su escepticismo, su duda científica hasta explorar la virginidad de la madre de Gengis-Khan, que vivió hace 700 años, y que a la distancia de 700 años puede demostrar con pruebas filosóficas y anatómicas que la madre del gran conquistador del mundo no fué virgen, ¿le negáis capacidad para distinguir la virginidad de una mujer que se mete con él en la cama?

Pasaron los días grises, las tardes monótonas, las noches desoladas.

—¡Cuando tengas un niño no te aburrirás más!—la animaba, en tono de augurio, Donatella.

—No tendré hijos.

No los quería. Su único hijo, su hijo verdadero era el que tuvo que nacer de su amor: aquel que lo mató en la clínica blanca de Budapest el cirujano de los dientes de oro.

Los modistos no la interesaban, las reuniones no la atraían. Todo le parecía insulso, manoseado, nauseabundo. Se sentía nacida para lo imprevisto, para lo intempestivo, para lo formidable.

—Un muchacho ha traído esto para la señora—le anunció una tarde la camarera a su regreso presentándole un gracioso cesto de mimbre.

Lo abrió. Una tortuga viva, de escudo centelleante como una pitillera de tortuga, agitaba su bamboleante cabeza, moviéndola esúpidamente.

—¿No hay carta ninguna?

—No, señora. No está más que la dirección.

Reconoció la letra.

—¿La señora no se quita el sombrero?

—No. Vuelvo a salir.

Pero mientras se disponía a salir de nuevo, estremecida por un mal presentimiento, el marido entró, ofreciéndole un periódico de la tarde. Entre dos rayas negras le puso delante de los ojos un nombre:

## MAURO MAURI

**anuncia su propia muerte.**—*Será enterrado mañana, hora 15.*—*No quiere sobre su tumba ni hierbajos ni discursos.*

La mujer se apoyó en el quicio. En otra página del periódico se refería el suicidio de un hombre que, subiéndose a un andamio, abandonado por los albañiles, en una calle muy céntrica, empezó a esputar sobre la muchedumbre endomingada, tirando después el sombrero, la chaqueta y los zapatos. Y acabó con el volteo de sí mismo, desde la altura de un tercer piso a la calle, estrellándose.

Iluska no sufrió apenas. Se sentía como un vegetal, como un organismo sin alma. Tomó lecciones de baile, y se fué a bailar a un club no del todo innoce, en donde conoció a muchos jóvenes de mundo, y a señoritas de tarifa fija (cocotas) y de tarifa variable (mujeres honradas). Frecuentó algún que otro salón, alguna que otra sala de té, contrajo amistades superficiales, y recibió ciertas visitas insulsas...

—Pregunta por la señora—dijole una mañana de Junio la camarera, presentándole una tarjeta de visita.

Iluska la leyó y la devolvió.

Manso Birri que lleva su escepticismo, su duda científica hasta explorar la virginidad de la madre de Gengis-Khan, que vivió hace 700 años, y que a la distancia de 700 años puede demostrar con pruebas filosóficas y anatómicas que la madre del gran conquistador del mundo no fué virgen, ¿le negáis capacidad para distinguir la virginidad de una mujer que se mete con él en la cama?

Pasaron los días grises, las tardes monótonas, las noches desoladas.

—¡Cuando tengas un niño no te aburrirás más!—la animaba, en tono de augurio, Donatella.

—No tendré hijos.

No los quería. Su único hijo, su hijo verdadero era el que tuvo que nacer de su amor: aquel que lo mató en la clínica blanca de Budapest el cirujano de los dientes de oro.

Los modistos no la interesaban, las reuniones no la atraían. Todo le parecía insulso, manoseado, nauseabundo. Se sentía nacida para lo imprevisto, para lo intempestivo, para lo formidable.

—Un muchacho ha traído esto para la señora—le anunció una tarde la camarera a su regreso presentándole un gracioso cesto de mimbre.

Lo abrió. Una tortuga viva, de escudo centelleante como una pitillera de tortuga, agitaba su bamboleante cabeza, moviéndola esúpidamente.

—¿No hay carta ninguna?

—No, señora. No está más que la dirección.

Reconoció la letra.

—¿La señora no se quita el sombrero?

—No. Vuelvo a salir.

Pero mientras se disponía a salir de nuevo, estremecida por un mal presentimiento, el marido entró, ofreciéndole un periódico de la tarde. Entre dos rayas negras le puso delante de los ojos un nombre:

## MAURO MAURI

**anuncia su propia muerte.**—*Será enterrado mañana, hora 15.*—*No quiere sobre su tumba ni hierbajos ni discursos.*

La mujer se apoyó en el quicio. En otra página del periódico se refería el suicidio de un hombre que, subiéndose a un andamio, abandonado por los albañiles, en una calle muy céntrica, empezó a esputar sobre la muchedumbre endomingada, tirando después el sombrero, la chaqueta y los zapatos. Y acabó con el volteo de sí mismo, desde la altura de un tercer piso a la calle, estrellándose.

Iluska no sufrió apenas. Se sentía como un vegetal, como un organismo sin alma. Tomó lecciones de baile, y se fué a bailar a un club no del todo innoce, en donde conoció a muchos jóvenes de mundo, y a señoritas de tarifa fija (cocotas) y de tarifa variable (mujeres honradas). Frecuentó algún que otro salón, alguna que otra sala de té, contrajo amistades superficiales, y recibió ciertas visitas insulsas...

—Pregunta por la señora—dijole una mañana de Junio la camarera, presentándole una tarjeta de visita.

Iluska la leyó y la devolvió.

—¿Profesora Miceli? ¿Una profesora? Buscará al profesor.

—No, señora; desea hablar con la señora.

—¿Cómo es?

—Media edad; bien vestida, cargada de joyas.

—Que entre.

La visitante atravesó el salón con la desenvoltura de una dama del gran mundo, y se excusó de haberse presentado así, sin solicitar una audiencia. Pero la delicadeza de su misión...

—¿En qué puedo servirla?—se impacientó Iluska.

La señora aquella habló de su propia familia, boyante en otros tiempos, en desgracia ahora; nombró a ciertos parientes suyos doctorados, en muy buena posición, riquísimos, los que le permitían tender una red vastísima de conocimientos entre las mejores familias y los hombres más serios.

—¿Usted, pues, se ocupa en beneficencia?—le atajó Iluska.

—No es la palabra justa.

—¿Es usted fundadora de alguna obra piadosa?

—Obra piadosa precisamente no—empezó a aclarar la señora, rodeando las palabras un poco sincopadas con gestos curvilíneos.—Me explicaré mejor.

—Lo prefiero.

—Un conocido mío, más bien, una de las personas más «distinguidas» que frecuentan mi casa, y cuyo nombre me permitió callar por ahora, siente hacia usted una gran simpatía.

—No tengo el gusto... ¿Y se lo dice a usted?

—Ciertas cosas no pueden decirse a la persona directamente interesada, cuando tiene un marido, un nombre, una posición.

—Adelante.

—Este caballero es un hombre guapo, no muy joven ya, pero agradable aún, elegante y rico.

—¿Dónde me ha visto?

—La ha seguido muchas veces, hasta cuando era usted la señora Mauri.

—¿También eso sabe usted?

—Yo lo sé todo.

—Pues lo siento. Su profesión me parece bastante equivocada. Perdóneme, pero...

—Diga cuanto quiera, señora. Todas las señoras a quienes hablo por primera vez como ahora a usted, empiezan por insultarme, pero después cambian de tono.

—Yo no cambiaré. Acabe.

—Al caballero a quien tengo el gusto de referirme, le agradaría sobremanera verla a usted en mi casa un día de estos: pasado mañana, por ejemplo. Y para que pueda atestiguarle de un modo tangible su simpatía, en correspondencia a su consentimiento de usted de dedicarle una tarde, se verá muy honrado haciéndola un regalo: un pequeño regalo, un objeto artístico, un joyerito, un juguete inútil. Pero no estando seguro de hallarlo a gusto de usted, él preferiría que lo escogiese usted misma, para lo cual le ofrece, por mediación mía, hasta quinientas liras por cada tarde.

Iluska escuchó todo aquello sin pestañear.

—Yo vivo en una casa a propósito, en una calle desconocida, sin porteros; no hay más que subir al primer piso. En la puerta se lee: Prof. Miceli, lecciones de gimnasia rítmica. No puede haber más discreción, como usted ve.

Y sacó del bolso un pequeño tarjetero, y de éste una tarjeta, con la dirección litografiada en cursiva inglesa.

—Aquí tiene mi nombre y mi dirección. A las tres irá el caballero, y la esperará toda la tarde.

—Dígale usted que no pierda el tiempo. No irá.

—Será una desilusión muy fuerte para él. No le diré nada. Esperará.

—¿Lleva usted a menudo embajadas de esta clase?

—Sí, señora.

—Y las demás señoras, ¿qué le contestan?

—Lo que me ha contestado usted, poco más o menos. Yo entonces insisto suavemente, y espero.

—En vano.

—Siempre suelen acudir.

—Hay que tener hambre.

—No es preciso que carezcan de lo necesario: basta con que deseen lo superfluo. Señoras de la aristocracia, mujeres de altos empleados, de funcionarios, de eminencias frecuentan mi casa, y no siempre por necesidad. A veces por curiosidad.

—Irán sólo una vez.

—Todas creen ir solamente una vez por el gusto de la novedad, o por estudiar el ambiente. Pero después vuelven. Y en ocasiones me cuesta trabajo despedirlas.

Iluska hizo un movimiento apenas perceptible.

—Mi marido.

El profesor entró con un paquete de libros, solemne dentro de su chaleco que se abrochaba hasta la laringe.

—Perdón—se justificó, separándose.—No sabía que tuvieras visita.

—La señora...—balbuceó Iluska, turbada.

—He venido a pedir informes de un mecánico que yo creía había estado a su servicio. Pero su señora me ha convencido de mi error. Les ruego me perdonen.

Y se levantó.

Mediodía. El profesor dió cuerda al reloj de níquel que andaba desde hacía treinta años, sin haberse parado una sola vez.

—Orden y método hasta en las cosas más pequeñas—predicó.—Para que el arroz pueda servirse a mediodía, hay que ponerlo al fuego dieciocho minutos antes. Y en cuanto a las bananas, encárgale a la cocinera que no compre más.

—A mí me gustan mucho.

—Pues no está bien. Cada hombre debe nutrirse de frutos de su tierra. Nosotros estamos, por heren-

cia milenaria, ambientados en nuestro clima y habituados a los frutos de nuestro país. Las variaciones en la nutrición natural equivalen a actos contra la naturaleza. Sin contar con que las bananas cuestan carísimas... A propósito: no me explico cómo este mes hemos gastado más luz que el pasado, siendo los días más largos y...

—Funcionará mal el contador.

—Error no puede ser. ¿Está ya la comida? De hoy en adelante, Iluska, te cuidarás de que esté siempre a su hora, a las doce y a las diecinueve.

—A las siete es de día aún.

—Precisamente por eso.

—Si tuviéramos que ir al teatro, se comprende, pero no vamos nunca.

El marido combinó meticulosamente la canulilla del tapón esmerilado con la raya del cuentagotas, y dejó caer en el vaso la acostumbrada dosis de ruibarbo y genciana.

—Una, dos, tres. ¿Cómo dices? Cinco, seis. ¿Teatro? Ocho, nueve, diez. Tú sabes que mis estudios... Doce, trece... no me consienten perder las noches en los espectáculos públicos.

—¿Y qué son tres horas?

—No dedico tres horas de mis noches a cosas frívolas.

—Me parecería muy justo, si no me privases a mí también.

—El sitio de la mujer está *vel in tumulto vel in talamo*: o en la tumba o en la cama.

—No es un dilema muy alegre.

—¿Y este catálogo de automóviles?

—Hace tres meses que me has prometido un torpedo.

—En el período de la boda nos adornamos siempre de ricas plumas y bellas palabras. Es una ley biológica, común a casi todas las especies de animales. ¿Has salido?

—Sí: a comprarme un impermeable.

—Prenda inútil. Cuando llueve, se está uno en su casa: *domi mansit, lanam fecit*; se quedó en casa e hiló la lana.

—¿Y si tengo que salir?

—El paraguas, el tradicional paraguas, instrumento tan perfecto que desde el día que fué inventado no ha sufrido modificación alguna. ¿Y mis anidropodotecos de goma?—preguntó a la doncella.

—¿Cómo ha dicho el señor?

—Anidropodotecos de goma, eso que en inadmissible barbarismo se llama chanclos o cubrezapatos; anidropodotecos les digo yo. Que estén listos para las dos.

—¿Te vas a poner los chanclos con ese sol?

—Es que amenaza lluvia. Hay que prevenirse.

\*  
\* \*

Cuando salió el marido, ella vagó por la vasta casa, rica en mobiliario, pero pobre en intimidad, y oyó el eco de sus pasos como en una gran casa abandonada. Salió a la calle, se hizo llevar al centro. Las calles estaban concurridísimas; los comercios, llenos de gente que hacía compras para irse al mar y a la montaña. Ella tenía que quedarse todo el verano en la ciudad, o salir todo lo más unos cuantos días a un pueblecillo insulso a media hora de tren, una de esas aldeas para empleados amontonados en pensiones y para comadronas que se hacen ellas mismas los sombreritos.

A través de las vidrieras rameadas de flores de Baratti vió a las personas de siempre, tomando los acostumbrados helados; ambiente siempre ya «vieja Inglaterra», donde las entretenidas parecen mujeres legítimas, los hombres dicen a las damas con los ojos «llevo buenas intenciones», y los intelectuales de alma en espiral, como el juego de la oca, ostentan

libros expurgados, con la meliflua encuadernación celestial de la Sociedad pro Cultura Femenina.

Fué a cruzar el umbral. Pero se detuvo. Recorrió la galería, se paró ante las muñecas Lenci, de los ojos asombrados, que la asombraban, flanqueó los sombríos museos, y se dirigió a Casanova, a hojear revistas de modas.

¿De modas? ¿Para hacerse qué?

Un joven la siguió, pero al ver su rostro tan triste, renunció a la conquista.

Volvió a casa. Comida, conversaciones honestas, lectura de periódicos, alcoba; pero el marido no pretendió nada, no siendo sábado ni jueves.

Por las noches no podía conciliar el sueño. El estío le ponía en la piel un inquietante deseo de caricias. Salió, dió vueltas medio desnuda por la estancia, abrió una ventana que daba al jardín, y ofreció el pecho y la garganta a la noche, al aire perfumado, al azul. De lo alto de un árbol, un ruiseñor dejaba caer gotas de música, que saltaban de rama en rama entre el coro de frondas peinadas por el viento.

Y volvió al lecho, llena de ansias.

A la mañana siguiente, encontró en el salón la tarjeta de visita de la profesora de gimnástica rítmica: dirección litografiada en cursiva inglesa. Una calle que no conocía.

Por la tarde salió después de marcharse el marido. Eran los días de exámenes para la licenciatura.

El día estival era apacible como una tarde de primavera. Consultó el reloj. Las tres.

A aquella hora la cordial profesora de gimnasia rítmica estaba recibiendo al incógnito personaje que la esperaba.

¡Pobrecito! Ya no muy joven, pero agradable, elegante, rico.

Compró un ramo de ciclamínos dobles y se lo puso a la cintura.

Parejas de amantes subían hacia la colina. Des-

filaban automóviles hacia el hipódromo. Un altísimo *stage-coach* (1) tirado por cuatro caballos estruendosos de cascabeles, pasó dejando mil ecos alegres.

¡Qué vida la suya! La única aventura, era aquella oferta de dinero. Prostituirse a un desconocido.

Y sin embargo, por una sola vez, no le hubiera desagradado probar, por ver, por curiosear, por encararse con lo imprevisto.

—Todas creen ir una sola vez—había dicho con malicia la profesora de gimnasia rítmica,—pero luego vuelven; probar una vez quiere decir empezar.

Se sintió un poco cansada por el sol, por el polvo, por el fastidio. Pasaba un taxi de plaza. Lo hizo parar levantando la sombrilla. Era mejor volverse a casa.

El hombre bajó la banderita del taxímetro y se inclinó de un costado para recoger la dirección.

Iluska estuvo por dar la de su casa. Pero se arrepintió. ¡Volver a su casa, a aquellos escuálidos aposentos donde sus pasos reumbaban como en un pavoroso vacío de intimidad!

Hurgó en el bolso buscando la tarjeta con la dirección escrita en cursiva inglesa.

No estaba. Pero se acordaba perfectamente.

Subió al estribo, y en voz baja, como con miedo de que el mecánico la oyese, ordenó:

—Calle Carolina Invernizio, diecinueve.

FIN

DIRECCIÓN GENERAL DE

(1) Faetón.



## PITIGRILLI

— y —

## LA CRITICA ITALIANA

No es frecuente ver, en Italia, que un autor de veintisiete años publique cuatro libros en dos años, y de ellos venda casi doscientos mil ejemplares. Este hecho, como es natural, ha producido un revuelo grandísimo, conjurando contra escritor tan afortunado las infinitas iras de unos y de otros.

*Mamíferos de lujo*—su primera serie de novelas cortas—apareció en 1920, cuando algunos «parvenus» de la literatura proclamaban napoleónicamente haber sustituido la agonizante «novela de amor» por la novela de ideas, sin otra razón que la de sus descripciones zolianas y sus elementales disertaciones sobre la moral, la sociedad, el comunismo y la monarquía. El público, hartado ya de la acostumbrada canción del «amor desgraciado del señor A por la señorita B», así como de los trucos ingenuos de los «renovadores», asqueado de melancolías, pedantismos y academicismos se puso a leer con entusiasmo a Pitigrilli, humorista genial y fresco, inagotable, brillante, multicolor, y, sobre todo, divertido; divertidísimo, inverosímilmente divertido.

Vino después *Cinturón de castidad*, cuyos ochenta

filaban automóviles hacia el hipódromo. Un altísimo *stage-coach* (1) tirado por cuatro caballos estruendosos de cascabeles, pasó dejando mil ecos alegres.

¡Qué vida la suya! La única aventura, era aquella oferta de dinero. Prostituirse a un desconocido.

Y sin embargo, por una sola vez, no le hubiera desagradado probar, por ver, por curiosar, por encararse con lo imprevisto.

—Todas creen ir una sola vez—había dicho con malicia la profesora de gimnasia rítmica,—pero luego vuelven; probar una vez quiere decir empezar.

Se sintió un poco cansada por el sol, por el polvo, por el fastidio. Pasaba un taxi de plaza. Lo hizo parar levantando la sombrilla. Era mejor volverse a casa.

El hombre bajó la banderita del taxímetro y se inclinó de un costado para recoger la dirección.

Iluska estuvo por dar la de su casa. Pero se arrepintió. ¡Volver a su casa, a aquellos escuálidos aposentos donde sus pasos reumbaban como en un pavoroso vacío de intimidad!

Hurgó en el bolso buscando la tarjeta con la dirección escrita en cursiva inglesa.

No estaba. Pero se acordaba perfectamente.

Subió al estribo, y en voz baja, como con miedo de que el mecánico la oyese, ordenó:

—Calle Carolina Invernizio, diecinueve.

FIN

DIRECCIÓN GENERAL DE

(1) Faetón.



## PITIGRILLI

— y —

## LA CRITICA ITALIANA

No es frecuente ver, en Italia, que un autor de veintisiete años publique cuatro libros en dos años, y de ellos venda casi doscientos mil ejemplares. Este hecho, como es natural, ha producido un revuelo grandísimo, conjurando contra escritor tan afortunado las infinitas iras de unos y de otros.

*Mamíferos de lujo*—su primera serie de novelas cortas—apareció en 1920, cuando algunos «parvenus» de la literatura proclamaban napoleónicamente haber sustituido la agonizante «novela de amor» por la novela de ideas, sin otra razón que la de sus descripciones zolianas y sus elementales disertaciones sobre la moral, la sociedad, el comunismo y la monarquía. El público, hartado ya de la acostumbrada canción del «amor desgraciado del señor A por la señorita B», así como de los trucos ingenuos de los «renovadores», asqueado de melancolías, pedantismos y academicismos se puso a leer con entusiasmo a Pitigrilli, humorista genial y fresco, inagotable, brillante, multicolor, y, sobre todo, divertido; divertidísimo, inverosímilmente divertido.

Vino después *Cinturón de castidad*, cuyos ochenta

mil ejemplares alarmaron a la gente de letras, y más tarde *Cocaina* (otros ochenta mil ejemplares) que colmó al punzante escritor de fortuna y de fama, concitando contra él a todos los fracasados de la literatura y, como ha dicho Marco Ramperti, a todos los murciélagos de la crítica.

Con *Ultraje al pudor* ha sucedido como con los anteriores. Pitigrilli es en esta obra el mismo excelente muchacho de todas las suyas, que se ríe de todo y a quien los tiempos y los hombres no le permiten dejar la palabra al poeta sentimental que hay dentro de él.

Hoy Pitigrilli es el único humorista de Italia, y el más divertido ironista de Europa, y, además, el más leído sin duda ninguna, de todos los escritores italianos.

ANGELO FRATTINI

(*Il Secolo Illustrato*).

He aquí un nuevo libro de Pitigrilli—*Ultraje al pudor*—colección de novelas paradojales, escritas por el mismo procedimiento y con igual desenvoltura que las anteriores del autor: *Mamíferos de lujo* y *Cinturón de castidad*.

Una cuarta parte del ingenio de Pitigrilli—sustituyendo a los otros tres cuartos, cuya riqueza desprecia él como un millonario magnífico, bastaría en cualquier otro país para polarizar sobre el nuevo astro la atención de una crítica que fuera verdaderamente crítica.

Pero, por fortuna, es e incomparable autor, a despecho de la crítica de su patria y contra ella, muestra espléndidamente su talento, que es muy grande.

Querer decir en pocas líneas lo que estas asombrosas novelas significan no es tarea fácil. Habría que exponer todas sus páginas, una tras otra, para darse cuenta de su arborescencia sin igual, de su frondosidad inusitada. La mariposa que tenemos en

nuestros dedos no nos revela el secreto de su leve vida; hay que soltarla, para que tome el camino de las flores, para que nos muestre su belleza, al mismo tiempo que nos espolvorea de oro.

Pitigrilli es también como una mariposa, que gusta con preferencia de posarse sobre las flores venenosas: y el polvo que deja entre los dedos, es polvo de plomo.

LEONIDA REPACI

«*Pagine Rosse*».

¡Pitigrilli! ¡Cuánto y qué mal se ha hablado de este joven autor lleno de ingenio, que en pocos días ha sabido escalar la cumbre de las Musas! Hace diez años Piti era sencillamente un autor de sonetos, que publicaba «Número». Hoy es el autor de los cuatro libros más leídos de la literatura moderna: *Mamíferos de lujo*, *Cinturón de castidad*, *Cocaina* y *Ultraje al pudor*.

A. L. FIORITA

«*San Giorgio*», Génova.

Entre los cien mil literatos que viven al sol en nuestra tierra feliz, sólo hay uno, maestro de un humorismo que no podría definirsele bien más que llamándole «humorismo Pitigrilli».

Y a cambio de esos cien mil, obstinados en deplorar la existencia del sol, yo pondría solamente cien Pitigrillis en este país nuestro, tan pletórico de adormideras y de hongos.

MARIO SOGLIANO

«*Don Marzio*», Nápoles.

Pitigrilli es uno de los más simpáticos y leídos escritores de Italia. El público se ha aficionado a él, y le quiere, lo busca, espera con ansia sus publicaciones, y cuando aparece un nuevo libro suyo se apresura a comprarlo, como tiempo atrás sucedía con Guido de Verona.

*Ultraje al pudor* confirma su fama. Su humorismo encanta, aunque a veces nos haga daño, destruyendo una ilusión que nos era querida y dejándonos una gran tristeza en el alma.

Pitigrilli, como muchos dicen, es un humorista trágico que detrás de su máscara oculta un Pierrot de corazón dolorido. Todo es en él elegancia de lenguaje y mordacidad de pensamiento.

GIACOMO ETNA

«*Giornale dell' Isola Letterario*».



He sido el primer editor que ha dado a conocer en todos los países de habla española a Pitigrilli; hoy tengo el honor de lanzar al mercado otro nuevo novelista:

### Bruno Corra

Tengo la seguridad de que sus novelas serán un verdadero *succés*, como lo ha sido en Italia, donde sus libros se han reimpresso infinidad de veces.

Para dar a conocer a

### Bruno Corra

he creído que lo que más interesaría a los lectores es su obra

EL TORO (Novela de amor y de aventuras, de la época de los Borgia)

Libro de un interés y de una emoción extraordinarios, bordado con exquisiteces de estilo y concepción encantadoras.

Bruno Corra se manifiesta en estas páginas como un consumado narrador de episodios escalofriantes y un afortunado pintor de escenas del más atrevido realismo.

La habilidad insuperable con que están enlazados los cuadros de los estilos más heterogéneos, hacen del presente libro una verdadera maravilla literaria.

Tomo de 272 páginas 20×13 . . . . .	Ptas. 4
En tela. . . . .	» 5'50

Inmediatamente se publicará de

### Bruno Corra

BEBEDORES DE SANGRE

Un tomo 20×13. . . . .	Ptas. 4
En tela. . . . .	» 5'50

Editorial B. Bauzá.—Apart. 66.—Aribau, 175 a 179  
Barcelona

---

MARIA ANA DE BOVET  
Marquesa Guy de Bois Hebert.

Confesiones de una solterona.

Versión española de la 11ª edición francesa y prefacio de Sebastián Gomila. La insigne autora que hizo célebre el pseudónimo de *Mab*, aborda en esta obra, como indica su título, el problema de la situación de la soltera entrada en años, ante la sociedad. Realmente es una autobiografía franca a más no poder, atrevida y de gran alcance social y psicológico.

Tomo de 224 páginas 19×12. . . . . Ptas. 3

MAX KRAFFOSKY

La mujer en cueros.

Estudio médico analítico de la feminidad. Obra curiosísima en que se estudia a la mujer física y moralmente, en forma a la vez regocijada y profunda. Puede considerarse un *capo lavoro* del ingenio teutón, donde campean la profundidad y la amenidad por modo muy notable.

Tomo de 224 páginas 19×12. . . . . Ptas. 3

PEDRO DUFOUR

Historia de la prostitución.

En todos los pueblos del mundo, desde la antigüedad más remota hasta nuestros días.

Edición ilustrada por Eusebio Planas.

Tercera edición.

Dos tomos con 2408 páginas y 22 láminas cromolitográficas tiradas en papel ilustración, 23×15.

En tela . . . . . Ptas. 17



U N A

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE TUCUMÁN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

